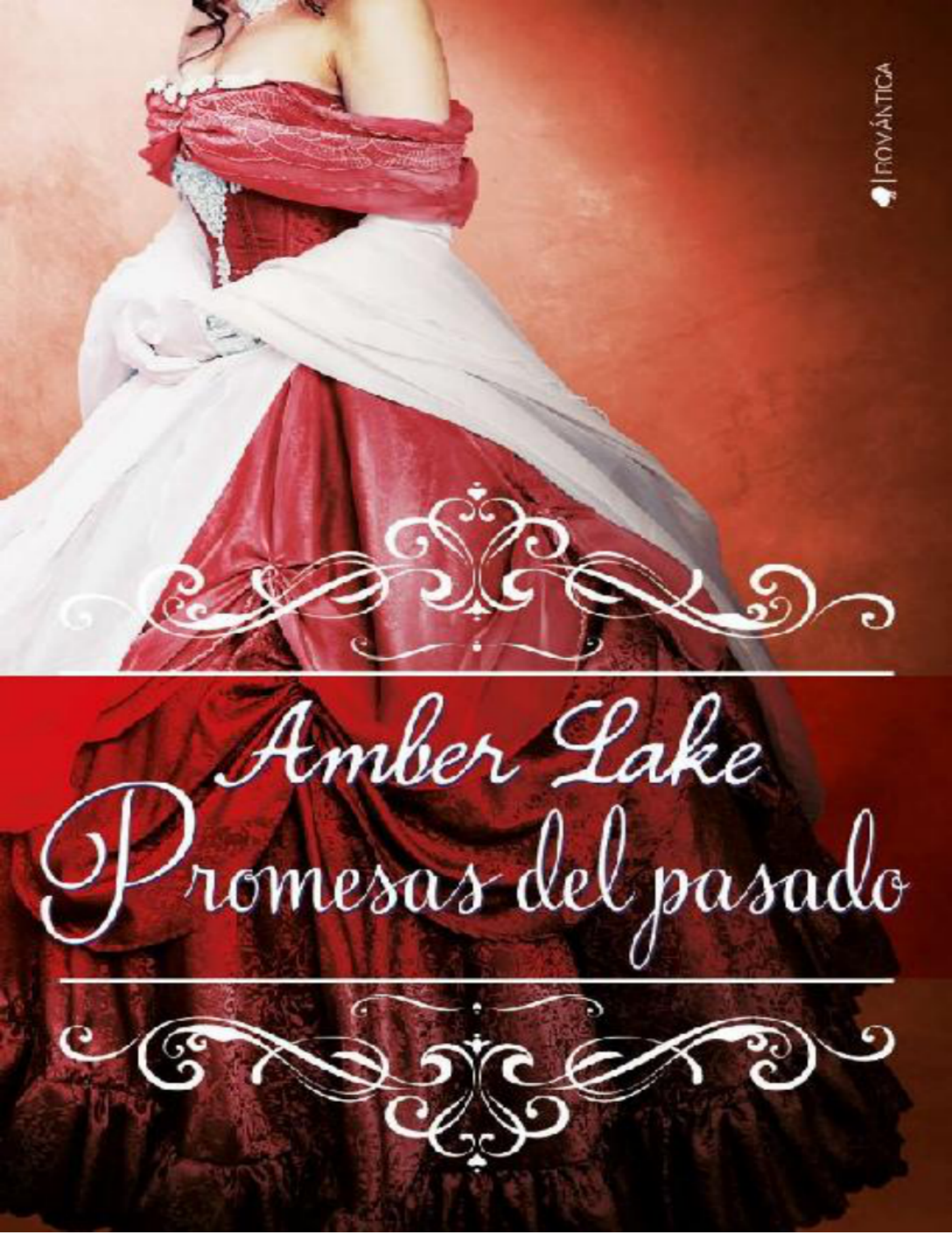

ROVÁNTICA
Amber Lake
Promesas del pasado

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, enero 2019

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Nota del Editor

Índice

¿Deberían ser olvidados los viejos amigos
y nunca recordarlos?
¿Deberían ser olvidados los viejos amigos
y los viejos tiempos?
Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de camaradería
por los viejos tiempos.

Por los viejos tiempos (Auld Lang Syne) (fragmento)
Robert Burns (1759-1796)
Poeta escocés

Capítulo 1

Castillo de Dolmuck, Tierras Altas, Escocia. Enero de 1805

—¿Puedo acompañar a Dougal a Stirling, señor?

—No.

Kenneth no se desanimó ante la tajante negativa de su abuelo e insistió.

—Solo será una semana.

Angus MacLennan, *laird* de Dolmuck, golpeó la robusta mesa con la jarra de peltre y derramó parte del espumoso líquido que contenía.

—¿Estás sordo? ¡He dicho que no irás! —vociferó.

Briana, sentada a la izquierda de Angus, dio un respingo, asustada por la violenta reacción, y Ewen, junto a ella, comenzó a llorar. El niño, de apenas seis años, no se acostumbraba a esos exabruptos, que se acentuaban cuando el anciano había tomado demasiada cerveza.

—Calla a ese mocoso de una vez o le daré una buena razón para llorar —amenazó Angus, lo que intensificó el llanto del pequeño.

Kenneth, sentado a la derecha de su abuelo en la larga mesa repleta de viandas, reprimió con esfuerzo la mordaz réplica que pugnaba por salir de su boca. No temía el castigo, como en otras ocasiones, sino que descargara en los niños su malhumor.

Briana abrazó a su hermano y lo meció para calmarlo. Al ver que no lo conseguía, decidió marcharse con él. Angus nunca se había mostrado violento con ellos, era cierto. Reservaba toda la rudeza para su nieto, aunque, en los últimos meses, bebía más de lo habitual y eso le volvía más colérico.

Con once años recién cumplidos, Briana era muy sensata para su edad. Las circunstancias habían propiciado que madurara antes que otras niñas. La temprana muerte de su madre al dar a luz a Ewen, la dejadez de un padre siempre ausente y la falta de recursos en su hogar, hasta que Angus se hizo cargo de ellos y los llevó a vivir a Dolmuck, habían forjado en ella un carácter fuerte y luchador, el cual, unido a su natural inteligencia y sensatez, la proveían de un talento especial para manejar la irritabilidad habitual del *laird*.

—Si da su permiso, señor, subiré a acostarlo. Está muy cansado —pidió Briana con un atisbo de sonrisa.

—Llévatelo de una vez —accedió Angus, acompañando las

palabras con un gesto de la mano que sostenía la jarra, lo que ocasionó que volviera a derramarse parte de su contenido. Con un gruñido exasperado, volvió a llenarla y bebió un largo trago.

A sus sesenta y un años Angus presentaba un aspecto muy avejentado. Las largas horas trabajando en los campos como un labriego, unido a su agriada expresión, le habían marcado más que el natural paso del tiempo. Los hombros encorvados, el rostro surcado de arrugas y el encanecido cabello poco recordaban a aquel gallardo joven al que se disputaban todas las solteras y bastantes casadas de la comarca. Aunque algo quedaba en él que ni las penalidades sufridas ni la amargura que lo acompañaban habían logrado anular: el brillo indómito de sus ojos permanecía intacto.

—Te ayudaré a subirlo a su cuarto —se ofreció Kenneth, e hizo intento de levantarse. Ya tendría ocasión de continuar con aquella conversación, pensó; ese no era buen momento. Y, si no lograba convencer a su abuelo de que lo dejase acompañar a Dougal, se marcharía de igual forma. Ya tenía dieciséis años y no necesitaba su permiso.

—Permanece en tu sitio, muchacho. Aún no he terminado contigo —le indicó Angus con voz desabrida.

Briana cogió a su hermano de la mano y abandonó el salón con rapidez.

Kenneth obedeció, pero no volvió a sentarse. Se quedó de pie junto a la mesa, en el oscuro y frío comedor del castillo, esperando a que su abuelo hablara.

—¿A qué se debe ese interés por ir a Stirling?

Kenneth dudó unos segundos, evaluando la conveniencia de confesarle las razones de aquel viaje. No quería enfurecerlo, cosa que sucedería con probabilidad, pero tampoco quería mentirle. Ya no era el niño asustado que temblaba cuando le oía levantar la voz.

—Quiero alistarme en el Ejército para luchar en la guerra contra Francia —confesó con mirada decidida.

Su intención era quedarse en Fort William y presentarse al comandante de la guarnición, pero esa no era la única razón. Necesitaba ausentarse de Dolmuck, alejarse de su abuelo. Si para ello tenía que ir a la guerra, lo haría.

Una desagradable carcajada salió de la boca de Angus al escuchar las palabras de su nieto.

—¿Y qué crees que vas a hacer, mocoso engreído? ¿Piensas acabar tú solo con Napoleón?

Kenneth levantó la barbilla con valentía.

—Considero mi deber luchar por mi país —replicó ofendido.

Ya no deberían dolerle los desplantes de su abuelo, pero así era.

Una nueva risotada de Angus dio a entender la diversión que le provocaban esas palabras. En un instante, todo rastro de hilaridad se borró de su rostro, que se tornó cruel. Se inclinó hacia delante para acercarse más a Kenneth y mirarlo con un brillo amenazador.

—Tu deber es hacer lo que yo te ordene; y que recuerde, no te he ordenado que te enroles en el Ejército. Además, tú no tienes país. Escocia no es un país, por si lo has olvidado. Dejó de serlo cuando fue usurpado por esos malditos ingleses a los que no les debes nada, aunque tengas la desdicha de que tu padre fuese uno de ellos.

Angus apuró el resto de su bebida con gesto de repugnancia y continuó:

—Si por lo menos se hubiese tratado de un buen escocés, la deshonra no habría sido tan grande. Pero tuvo que elegir a un inglés para que le hiciese un hijo. —En su tono de voz y la expresión de su rostro se apreciaba el desprecio que sentía por aquel hecho.

Cuando su hija se marchó de casa, Angus pensó que pronto se cansaría de su escapada juvenil y regresaría a su hogar. Conforme fueron transcurriendo los años sin tener noticias de ella, se convenció de que había muerto. Tenía una naturaleza débil, como su madre, y enfermaba con frecuencia. Comenzaba a aceptar la triste realidad cuando Roselyn apareció con un mocoso de la mano que, para mayor desdicha, había sido engendrado por un *sasenach*[1]. El que el padre hubiese muerto no reparaba el daño; su nieto seguía siendo inglés y ese estigma lo acompañaría siempre.

Kenneth, que se esforzaba en conservar la calma y no replicarle, no pudo contenerse más.

—Cierto, mi padre era inglés. Eso no va a cambiar, por mucho que le pese. Y tengo una familia inglesa a la que pienso buscar. Sé que a mi madre le habría gustado que lo hiciera —confesó decidido. Había pensado ocultarle sus intenciones, pero la intransigencia de su abuelo avivaba en él la llama de la rebeldía.

Pensaba emplear las pocas libras que su madre le dejó en contratar a un investigador que lo ayudara a buscar a los familiares de su padre. Apenas sabía nada de él. Solo que se llamaba John Buller, que nació en el barrio de White Chapel en un hogar humilde, que tuvo varios hermanos y que, para huir de la pobreza, se enroló siendo un niño en una compañía de teatro. Escasa información, en efecto; aun así, esperaba que fuese suficiente para encontrarlos. Eso le ayudaría a romper los lazos con su abuelo, que nunca lo había aceptado, y comenzar una nueva vida.

Por lo que su madre le contaba, sabía que su padre fue un

gran actor que despertaba la admiración de quienes acudían a sus representaciones, y un buen hombre que lo habría amado mucho si hubiese llegado a conocerlo. Por desgracia, enfermó y la muerte lo sorprendió antes de que él naciera. En esas fechas se encontraban de gira por Francia, donde se había trasladado la compañía, y fue enterrado en un pueblecito de la Bretaña. Su madre se quedó desolada y quiso volver a Inglaterra. No tuvieron oportunidad. Las revueltas que terminarían derrocando a la Monarquía meses después e instaurando la República se habían extendido por el país y ellos quedaron atrapados. Trascurridos siete años, la paz volvió a reinar en tierras francesas y Roselyn decidió regresar a Escocia.

Kenneth no comprendió esa decisión, lo hizo una vez fallecida. Al sentir que su fin se acercaba, quiso dejarlo en un lugar donde estuviese cuidado y protegido, en Dolmuck, su hogar, convencida de que su padre velaría por él. Se equivocó. Por suerte para ella, no llegó a descubrir el triste destino al que lo había condenado. ¿Cómo culparla si solo pensaba en lo más beneficioso para su hijo?

—A saber quién fue tu padre y dónde estarán esos parientes que tanto interés tienes en conocer. Tu madre se abría de piernas a la menor ocasión, ¿crees que iba a estar al tanto de quién la preñó?

Kenneth saltó como un resorte al escuchar ese insulto y le plantó cara.

—¡No le consiento que llame ramera a mi madre! —exclamó con los ojos encendidos de ira y los puños apretados para no ceder a la tentación de golpearlo.

Angus se levantó y se acercó a él con el rostro ensombrecido. Lo agarró por la pechera de la camisa y lo miró a los ojos, que casi estaban a la misma altura de los suyos.

—No vuelvas a levantarme la voz, sucio bastardo, o lo lamentarás —le advirtió en voz baja y amenazante.

Kenneth intentó soltarse y Angus le estampó la mano en la mejilla. Una furia ciega inundó a Kenneth. No iba a tolerar que continuase maltratándolo. Fue hacia su abuelo con el puño levantado. Angus se adelantó y volvió a golpearlo, en esta ocasión con tanta fuerza que lo derribó, y al caer se golpeó la cabeza contra el duro suelo. Los gritos de Grizela le hicieron volver a la realidad. Contempló el cuerpo inerte de su nieto y la inquietud se coló en su cerebro embotado por la bebida. Tambaleándose, cogió una botella de encima de la mesa y salió del salón.

Grizela corrió hacia Kenneth con el corazón encogido.

—¡Dougal, ayúdame! —pidió a su hijo, que había

contemplado la escena sin decidirse a intervenir. Nadie en el castillo se atrevía a censurar al *laird* excepto ella.

Entre los dos incorporaron a Kenneth y lo subieron a su habitación. Lo tendieron en la cama y Grizela mandó a Dougal a por agua limpia y paños. Cuando regresó con lo que le había pedido, le limpió el rostro y le taponó los orificios de la nariz para que dejase de sangrar. La desviación que presentaba le indicaba que se la había roto. También tenía un corte en la ceja y en el labio. Respiró más tranquila cuando él comenzó a recuperar la consciencia.

Con un hábil movimiento, le colocó el hueso de la nariz en su sitio, aunque se temió que no curaría bien. Le echó miel en los cortes para que cicatrizasen y le dio a beber una mezcla de corteza de sauce hervida y vino para aliviar el dolor; eso y unas horas de descanso serían suficientes para que se recuperase. Era un chico fuerte y curaría rápido, se dijo convencida. Ella tenía experiencia en curar las heridas de la mayoría de los habitantes del castillo, tanto las físicas como las que no eran tan evidentes y resultaban igual de importantes.

Hija de una doncella de la casa, llevaba toda su vida al servicio de los MacLennan. Comenzó desde niña a trabajar en el castillo, pasando por diferentes tareas hasta convertirse en una especie de ama de llaves que organizaba y dirigía con inteligencia, mano firme y corazón bondadoso la vida en Dolmuck; y, lo más importante, era la única que tenía cierta influencia sobre el *laird*, que dejaba el gobierno de la casa en sus diestras manos.

Grizela miró a Kenneth, que estaba sumido en un profundo sueño inducido por el brebaje que le había hecho tomar. Sus rasgos eran tan diferentes de los de su madre y su abuelo que debía de haberlos heredado de su padre, un buen mozo, sin duda. Los grandes ojos de un azul tormentoso, la elegante nariz, que a partir de ahora ya no sería tan perfecta, la cuadrada mandíbula y ese hoyuelo del mentón le conferían un gran atractivo que se iría incrementando con el tiempo y atraería las miradas de todas las mujeres que se encontrara a su paso.

Le acarició la mejilla en un delicado gesto y se sentó en una silla junto al lecho dispuesta a velarlo toda la noche, al igual que hiciera cuando su madre acababa de morir y el pequeño Kenneth estaba desconsolado.

1 «Inglés» en gaélico escocés.

Capítulo 2

Kenneth se despertó al alba y lo primero que acudió a su mente fue el firme propósito de marcharse de Dolmuck. Se levantó con rapidez y tuvo que tenderse de nuevo debido al leve mareo que experimentó. Cerró los ojos para calmarse y volvió a intentarlo, esta vez con más cuidado.

—No deberías abandonar la cama. Necesitas reposo —le recomendó Grizela, que acababa de entrar.

—Estoy bien —mintió.

Ella no lo creyó, pero no dijo nada.

Kenneth se levantó y fue a mirarse al espejo, situado en una de las paredes junto al lavamanos. Hizo un gesto de pesar al observar su magullado rostro.

—¿Por qué no me quiere, Grizela? ¿Qué le he hecho para que me deteste de esta forma? Yo no elegí a mi padre. No tengo la culpa de que fuera inglés. —Las palabras estaban impregnadas de llanto contenido. Le dolía el desprecio de su abuelo más que los golpes que había recibido de él.

Desde su llegada a Dolmuck nueve años antes, la actitud de Angus había sido la misma. Nunca lo quiso, ni a su madre tampoco, por lo que pudo apreciar en los pocos meses que permaneció allí, antes de que la enfermedad que venía arrastrando acabase con su vida. Sin embargo, mientras ella vivió no resultó tan desagradable, algo que cambió tras su muerte. Insultos, desprecios y algunos golpes, la mayoría de las veces por cosas sin importancia, se convirtieron en habituales, y él procuró relacionarse lo menos posible con ese hombre que no le había dado el menor motivo para que lo quisiera.

Grizela no respondió. Sabía la respuesta, pero era tan dolorosa que prefería no herirlo más. Como siempre que él preguntaba, intentó justificar esa violenta actitud.

—No es que no te quiera, es su carácter; y odia a los ingleses por lo que le hicieron a su familia. Trata de entenderlo. Acabará asumiéndolo —sugirió con voz conciliadora. Sabía que el carácter del viejo *laird* empeoraba con los años, pero tenía que animar al pobre muchacho, que no tenía la culpa de los pecados del pasado.

Para el orgulloso Angus MacLennan fue un duro golpe que su única hija se marchara de casa a los diecisiete años, aunque no se

permitió exteriorizarlo. Ella, que lo conocía bien, advirtió su pesadumbre y el sentimiento de culpa que nunca admitiría ante nadie. El que Roselyn regresara con un niño, cuyo padre había sido un actor inglés, agravó la animosidad que sentía por ella desde que nació, y que volcó en el niño cuando su madre ya no estaba para protegerlo.

—No pienso aguantar más. Me marcharé hoy mismo.

Kenneth se desprendió de la camisa manchada de sangre. El movimiento le provocó un fuerte dolor que intentó disimular.

—No cometas una locura, Cainnech[2]. ¿Adónde vas a ir? Este es tu hogar. Eres el nieto del *laird* —le aconsejó Grizela. Por mucho que le pesase a Angus, el chico era su único descendiente directo y tenía el derecho a heredarlo.

—No quiero nada suyo. No me importa que me desherede. Nunca volveré por aquí —declaró con juvenil optimismo. Estaba decidido y nada ni nadie lo detendría. Llevaba madurándolo durante meses y, tras lo ocurrido la noche anterior, no pensaba demorarlo más.

—No hables así, muchacho. Eres injusto con él. Tu abuelo es rudo y no sabe expresar sus sentimientos, pero te quiere.

—No, Grizela, él no me quiere —se quejó con tristeza—, y no solo porque mi padre sea inglés. Hay algo más, alguna razón que desconozco, pero sé que nunca me ha querido ni llegará a hacerlo.

Grizela calló. No era el momento de confesar secretos que llevaban ocultos muchos años.

Kenneth comenzó a vestirse.

—Aguarda unos días, hasta que se te hayan curado las heridas —le pidió en su afán por detenerlo.

—No te preocupes. Apenas son unos rasguños. —Temía que, si desistía, no tendría valor para hacerlo más tarde.

Grizela vio la firme decisión en sus ojos y no insistió. Sabía que ese día llegaría. La situación era insostenible.

—Ve a la cocina antes de marcharte. Te prepararé algunas viandas para el camino —ofreció, y salió del cuarto.

Kenneth llenó un zurrón con los pocos objetos que conservaba de su madre. No quería nada de lo que su abuelo le había dado excepto la ropa que llevaba puesta. Cuando hubo acabado, bajó a la cocina.

Grizela había envuelto un buen trozo de queso y otro de cecina de ciervo junto a un pan de centeno y una botella de aguardiente de moras que ella misma destilaba; eso lo mantendría caliente por la noche.

—Con esto aguantarás un par de días. Procura dormir bajo

techo, el frío es intenso en esta época del año y resulta peligroso pasar la noche por esos caminos. —Le metió el envoltorio y una manta de fina lana en el zurrón—. Y con esto podrás llegar a Londres y mantenerte algunas semanas.

Kenneth rechazó la pequeña bolsa con monedas que le alargaba.

—No puedo aceptarlo, Grizela, son tus ahorros.

—Tú lo necesitas más que yo. Y solo es un préstamo, ¿entendido? Espero que me lo devuelvas cuando regreses.

Kenneth no dijo nada. Los dos sabían que el futuro era incierto y ese día podía no llegar.

—Le he pedido a Dougal que te prepare un buen caballo y un arma con la que defenderte. No puedes ir andando y sin protección. Va a ser un largo viaje.

—Él se disgustará cuando se entere —comentó Kenneth. Le preocupaban las repercusiones que aquello le acarrearía a Grizela y a su hijo. Aunque su abuelo los valoraba más que a cualquiera de sus sirvientes, en esta ocasión estaban rebasando el frágil límite de su confianza.

—No te preocupes, ya me encargaré de calmarlo. Te debe eso, al menos.

Grizela lo abrazó con fuerza, como hacía cuando era un niño triste y desamparado, y él respondió a ese abrazo con todo el cariño que sentía por la mujer que había sido para él una segunda madre.

—Os echaré de menos a todos… excepto a él —dijo, y un sollozo se le escapó de la garganta.

—Y nosotros a ti, Cainnech. Cuídate mucho.

Grizela lo vio marchar con lágrimas, que se limpió con un furioso manotazo. Sabía que era poco probable que volviese a verlo.

El frío viento del amanecer azotó el rostro de Kenneth cuando abrió la puerta. Se cubrió con el capote y salió al exterior. La robusta figura de Dougal aguardaba cerca de los establos. En una mano llevaba las riendas del caballo y en la otra uno de los viejos mosquetes de caza de su abuelo, junto con dos saquitos: uno de pólvora y otro con balas de plomo.

—¿Llevas el *sgian dubh*[3] que te regalé? —le preguntó, mientras ataba el zurrón a la silla del caballo.

Kenneth le mostró la bota derecha en cuyo lateral sobresalía un mango de asta de ciervo tallada con motivos celtas. Se trataba de un puñal de cortas dimensiones protegido con una funda que los

padres solían regalar a sus hijos cuando cumplían los quince años. Dougal, que lo tomó a su cuidado desde que llegó a Dolmuck y ejerció de hermano mayor, quiso cumplir con la tradición a falta de un padre y con un abuelo que no mostraba interés por el muchacho.

Dougal era el único hijo de Grizela y, como Kenneth, tampoco había conocido a su padre, un mozo de cuadra que llegó al castillo acompañando a un comerciante de caballos. En los tres días que estuvo allí, el joven sedujo a Grizela con su elocuencia y apostura. Cuando ella se enteró de que estaba embarazada, no fue capaz de deshacerse del niño y lo ocultó hasta el mismo día del parto. Angus la instó a que diera el nombre del padre de su hijo. Grizela, al igual que hiciera su madre y consciente de que el fugaz amante no iba a reconocer su paternidad ni a casarse con ella, se negó a hacerlo. La decisión de tener el niño había sido suya y ella sería la que se encargaría de criarlo.

La falta de una figura paterna en sus vidas creó un fuerte vínculo entre ambos. Dougal, de paciente y generoso carácter, ayudó e instruyó al pequeño Kenneth como un padre habría hecho. Buen espadachín, le enseñó a utilizar la espada y a defenderse de cualquier tipo de agresión; también a montar a caballo, a cazar y a pescar. Todas las tareas que correspondían a Angus y que él nunca realizó. Con todo, lo que Kenneth más apreciaba de Dougal era el cariño y la dedicación que le había demostrado y que suplía la desidia que su abuelo le mostraba.

—Espero que no hayas olvidado todo lo que te he enseñado. Cúbrete bien las espaldas y lograrás vivir mucho tiempo —le recordó Dougal con los ojos brillantes de emoción. El abrazo que le dio fue igual de intenso y sentido que el de Grizela momentos antes.

—No te preocupes. Haré que te sientas orgulloso de mí —respondió Kenneth acongojado. Le costaba separarse de las personas a las que quería y por las que era correspondido.

Kenneth agarró al caballo por las riendas y se encaminó hacia la puerta que daba acceso al castillo, y que solo ejercía una función ornamental desde que se derruyó parte de la muralla tras las revueltas jacobitas.

—¡Kenneth!

La voz de Briana llamándolo hizo que se detuviera. Giró la cabeza y la vio correr hacia él.

—¿Vas a Stirling con Dougal? ¿Has convencido a tu abuelo? —le preguntó con ansiedad no exenta de inquietud cuando apreció las magulladuras de su rostro.

—No, Briana, me marcho para siempre. Este ya no es mi

hogar.

La niña se quedó estupefacta.

—No nos puedes dejar. ¿Qué va a ser de nosotros?

El patetismo impreso en su voz emocionó a Kenneth, aunque no podía arrepentirse de su decisión.

—Estaréis bien. Mi abuelo no os maltrata y tenéis el cariño de los sirvientes.

—No me quiero quedar aquí si tú no estás. Llévanos contigo —suplicó ella.

—No puedo hacer eso. No sé adónde iré ni de qué viviré.

—Pero dijiste que estaríamos juntos, que nos casaríamos.

La inocencia de sus palabras hizo sonreír a Kenneth. No tenía que haber alentado esos sueños infantiles.

—Eres demasiado joven para pensar en matrimonio, Briana, aún faltan unos años. Cuando crezcas, regresaré y nos casaremos —respondió medio en broma para contentarla.

—¿Me lo prometes? —reclamó ella con la esperanza brillando en los ojos.

—Te lo prometo.

Briana sonrió y se empinó sobre sus pies para llegar hasta la mejilla de Kenneth y depositar un rápido beso en ella.

—Te esperaré —declaró, y su joven corazón se hinchó de ilusión.

Kenneth subió al caballo y traspasó la puerta. Cuando se alejaba, dirigió sus ojos por encima del muro y miró por última vez el lugar en el que había vivido los años más tristes de su corta vida. En una de las ventanas le pareció ver la figura de su abuelo que lo miraba, y el estómago se le contrajo de rabia.

Con una mezcla de sentimientos bullendo en su interior, espoleó al caballo y partió veloz con la firme decisión de no regresar nunca a Dolmuck.

2 Kenneth, en gaélico escocés.
3 Cuchillo escondido, en gaélico escocés.

Capítulo 3

Castillo de Dolmuck, Tierras Altas, Escocia. Marzo de 1823

—Si están todos presentes, comenzaré con la lectura del testamento del finado —anunció Walter Finlayson, socio fundador de la prestigiosa firma de abogados Finlayson e hijos de Inverness, encargada de la custodia del documento.

Los murmullos cesaron y el abogado, con gesto serio como requería la ocasión, procedió a romper el lacre de cera que sellaba el sobre y extrajo de él dos pliegos de papel y dos sobres más pequeños igualmente lacrados. Antes de comenzar la lectura, el hombrecillo de cabello ralo, nariz prominente y ojos pequeños de mirada inteligente observó a su reducido auditorio por encima de sus anteojos de montura dorada y gruesos cristales.

En la espaciosa sala, que hacía las veces de despacho y biblioteca, las paredes estaban cubiertas desde el suelo hasta el techo de estantes llenos de libros, lo que revelaba la afición del dueño de la casa por la lectura. Los robustos muebles de oscura madera brillaban con los rayos del sol que entraban por los grandes ventanales, y el fuego que crepitaba en la chimenea atenuaba el frío que se resistía a abandonar aquellos parajes, a pesar de que la primavera ya había llegado. Esa era una de las estancias más cálidas del castillo y, tal vez por ello, había sido la habitación preferida del *laird* durante los últimos años, cuando los achaques propios de la edad fueron minando poco a poco su salud.

El grupo de personas que por unas u otras circunstancias se encontraba allí reunido había formado parte de la vida de Angus MacLennan, fallecido dos semanas antes. No todos aparecían citados en el testamento, pero esa no era razón para prohibirles su asistencia al acto, sobre todo si, como en este caso, eran parientes directos de los probables herederos.

En lugar preferente se encontraban Briana y Ewen, nietos de un primo del difunto y sus únicos parientes directos en aquella sala, aparte de Nerys, la hija de Briana, de cinco años de edad, que se sentaba sobre las rodillas de su madre. La pequeña ya sugería que iba a ser una belleza como su progenitora, con el cabello de fuego, los finos rasgos y unos expresivos ojos color miel.

Al lado de los anteriores, y en contra de la voluntad de MacLennan si hubiese estado presente, se sentaba la familia del

marido de Briana. Fergus Murray, su suegro, que a sus más de setenta años presentaba un lozano aspecto acentuado por los vistosos colores de su elegante atuendo, que contrastaba con los negros ropajes que vestía Alexander, sentado a su lado.

El hijo mayor de Fergus mostraba un perenne rictus de tristeza en el rostro, que le hacía aparentar más edad de los treinta y siete años que tenía y afeaba unos rasgos que, de otra forma, habrían resultado atractivos. Pero aquella deformidad de su pierna derecha, que lo obligaba a utilizar bastones para caminar, era una lacra difícil de sobrellevar y una afrenta para su padre, que lo despreciaba por ello.

Junto a Alexander se sentaba Catriona, su esposa, mujer de gran belleza y elegancia, bastante más joven que su marido. La nuera de Fergus era consciente de su atractivo y lo resaltaba con ricas vestimentas y vistosas joyas.

Conociendo la enemistad que existía entre Angus y Fergus, Finlayson supuso que el suegro de Briana había asistido con el único propósito de defender los intereses de su nieta, que debía de considerar suyos, al haber fallecido su hijo el verano anterior.

Detrás de los familiares se sentaban los sirvientes más antiguos de la casa: Grizela, la anciana ama de llaves, su hijo Dougal y la esposa de este, Rhona, una rolliza mujer de rostro ruboroso y mirada amable. Tras ellos el resto de los sirvientes a los que el fallecido había mencionado en su testamento: Crissa, la competente cocinera, y Stew, su marido, que se encargaba de las caballerizas. La pareja de ancianos, al igual que Grizela, llevaba toda su vida en Dolmuck y esperaba acabar allí sus días.

A su lado se encontraba Jane. De pequeña estatura y aspecto delicado, su capacidad y la destreza que demostraba en la organización de la casa la habían convertido en el mejor apoyo de Grizela, que solía delegar en ella gran parte de sus obligaciones. Llevaba casi treinta años allí, desde que su padre, un agricultor viudo con cinco niños, fue desalojado por Fergus de la granja que le tenía arrendada. Incapaz de hacerse cargo de una niña, la dejó en el castillo antes de partir con sus hijos mayores hacia el sur, en busca de un trabajo que les permitiera sobrevivir.

Un poco apartado del resto de asistentes se hallaba Murdock MacKay, médico y amigo personal de Angus, que había actuado como testigo. El hombre enjuto, de nívea cabellera y mirada penetrante, no dejaba de observar con atención todo lo que allí ocurría.

Cuando Finlayson comprendió que tenía la atención de los reunidos, comenzó a leer.

> ***Yo, Angus MacLennan, señor de Dolmuck, en plena posesión de mis facultades mentales y de los derechos sobre mis bienes, consigno en este documento mis últimas voluntades para que se cumplan tras mi muerte.***
> ***Dejo en depósito, administrado por la firma de abogados Finlayson e hijos, la cantidad de veinte libras para que la parroquia continúe celebrando misas por el alma de mi esposa y por la mía, aunque yo no lo merezca.***
> ***A Grizela Connley le dejo para su uso y disfrute mientras viva la vivienda que ocupa, así como una renta anual de treinta libras.***

Grizela mostró una amplia sonrisa de satisfacción en su ajado rostro, que se reflejó en el de la mayoría de los presentes. Con ello podría disfrutar de un cómodo retiro, que bien se lo merecía después de toda una vida al servicio de los MacLennan.

> ***A Dougal Connley, vinculado a Dolmuck desde su nacimiento y que nos ha servido con devoción y eficiencia, le dejo en propiedad la casa en la que habita y el huerto adjunto con una extensión de 2 acres[4], de los que podrán disfrutar él y sus herederos.***

Dougal se sorprendió ante tan generoso legado, que no esperaba, a pesar de que el viejo Angus nunca había sido tacaño con sus allegados. Su esposa ahogó un sollozo y se secó los ojos húmedos de emoción. Podrían dejar el servicio en Dolmuck y vivir de lo que la pequeña granja produjese. Grizela no parecía impresionada. Unos meses antes de morir, Angus le comunicó su intención, que ella había callado prudentemente. Conociendo al viejo *laird,* sabía que podía cambiar de pensamiento de un día para otro; por suerte, no había sido así. Si Angus quiso compensar lo que se merecían por parentesco —ateniéndose a los rumores que circulaban sobre su nacimiento— era algo que nunca sabría. Aunque él no diera muestras de creer las habladurías de la servidumbre, siempre los trató, a ella y a su hijo, con una consideración especial, que ahora se veía reflejada en esas últimas voluntades.

> ***A Stew, Crissa y Jane, mis fieles sirvientes, por su lealtad y abnegación, les dejo la cantidad de***

cincuenta libras a cada uno de ellos.

Se escucharon palabras de agradecimiento por parte de los mencionados y de aprobación por el resto. Stew y Crissa se miraron emocionados. Si tenían que abandonar Dolmuck, algo que ninguno de los dos deseaba, alquilarían una casita en Ferwey y vivirían con comodidad el tiempo que les quedase. Jane estaba maravillada y lamentaba que Niall, su marido, no estuviera allí para alegrarse con ella. Ese dinero los ayudaría a cumplir su sueño de comprar la taberna en Edimburgo de la que tanto habían hablado.

Walter Finlayson carraspeó para imponer silencio y continuó:

A Nerys Murray lego las joyas que pertenecieron a mi difunta esposa y que permanecerán custodiadas por la firma de abogados antes mencionada hasta que cumpla los diecisiete años.

Nerys miró a su madre con una sonrisa. No sabía qué estaba sucediendo, pero le agradó escuchar su nombre. Briana le hizo un gesto con el que le indicaba que permaneciese en silencio y ambas volvieron toda su atención al serio caballero sentado tras la gran mesa.

A Briana Murray, de soltera Briana Fletcher, el usufructo de la granja arrendada a Donald Nicolson y una renta anual de cincuenta libras mientras no vuelva a casarse.

Exclamaciones de sorpresa brotaron de las gargantas de los presentes excepto de la de Briana, que se mantuvo seria. No era lo que esperaba, pero tampoco Angus había sido mezquino. Tendrían suficiente para vivir ella y su hija y no se vería obligada a recurrir a su suegro ni a venderle las tierras porque no era la propietaria. Una sabia jugada por parte de Angus, pensó. Con ello impedía que Fergus la presionase con sus exigencias y se aseguraba de que no molestaría a los granjeros, ya que de su buen funcionamiento dependía el sustento de su nieta. Otra cosa que agradecerle y que la mayoría de los presentes no entendería.

Catriona, sentada a su lado, le cogió la mano en un gesto de ánimo. Estaba tan sobrecogida como todos. Briana se merecía una mejor recompensa después de haber invertido tantos años en engrandecer la hacienda y cuidar de su propietario.

Ignorando los comentarios, el abogado continuó.

A Ewen Fletcher el usufructo, mientras viva, de la casa situada en la ciudad de Inverness y una renta anual de cien libras por un periodo de cinco años.

En esta ocasión las exclamaciones fueron más sonoras y numerosas. Ewen se quedó lívido para, al instante siguiente, levantarse de un salto rojo de ira.

—¡Esto es un ultraje! —exclamó furioso. Golpeó la mesa con fuerza, haciendo saltar por los aires los papeles que la cubrían.

Finlayson le dirigió una mirada torva.

—Haga el favor de comportarse, señor Fletcher, o le pediré que abandone la sala.

Con los puños apretados y respirando con dificultad, Ewen volvió a sentarse.

—¿Cómo es posible que MacLennan solo les deje una mínima parte de su fortuna? ¿Dónde va a parar el resto? —preguntó Fergus sin disimular su frustración y elevando la voz para hacerse oír entre los numerosos murmullos. Veía que se le escapaban las tierras que atesoraba.

—Si dejan de hablar, continuaré con la lectura del testamento y saldrán de dudas —aconsejó el abogado, molesto por la interrupción.

Todos guardaron silencio a la espera de las siguientes palabras. La tensión en la sala era tan densa que podría haberse cortado con un cuchillo.

El resto de mis bienes los lego a mi nieto, Kenneth MacLennan…

La reacción de los presentes ante la mención del nombre que menos esperaban oír ahogó la voz del abogado. Finlayson no impuso el silencio en esta ocasión y dejó que asimilaran la noticia.

La única voz que no se escuchó fue la de Briana. Las contradictorias emociones que estaba experimentando, y que poco tenían que ver con las del resto de asistentes, la sacudieron con tanta fuerza que le cortaron la respiración, y se encontró jadeando como si hubiese recibido un puñetazo en el estómago. ¡Kenneth vive! Fue su primer pensamiento, y le provocó tal alegría que creyó que iba a perder el sentido.

—Pero ¿no había muerto durante la guerra? —Fergus, que no salía de su estupor, volvió a intervenir formulando en voz alta la pregunta que la mayoría de los presentes se estaba haciendo.

—Nunca se llegó a confirmar. Solo fue un rumor sin fundamento que partiría de algún borracho —apuntó Alexander, que no aprobaba las intervenciones interesadas de su padre.

—¿Está seguro de que continúa con vida? —volvió a preguntar Fergus, ignorando las palabras de su hijo.

Finlayson suspiró y se recomendó paciencia. El proceso estaba resultando más largo de lo que en principio creyó.

—El señor MacLennan vive y, según nuestros informes, goza de buena salud, si bien no hemos podido ponernos en contacto con él porque se encuentra de viaje en un remoto lugar. Cuando regrese, se le comunicará la noticia del fallecimiento de su abuelo y su inclusión en el testamento.

Un año antes, Angus le había encargado que averiguara el paradero de su nieto. El anciano, tal vez presintiendo próximo su final, quiso poner las cosas en orden. Lo que Finlayson no imaginó fue que aquella rutinaria gestión le iba a acarrear tan arduo trabajo.

El detective de Londres al que encomendó la investigación tardó más de lo esperado en descubrir el paradero de Kenneth MacLennan, que utilizaba el apellido Buller. En el extenso informe que les envió le revelaba que el señor Buller, tras abandonar el Ejército una vez acabada la guerra contra Napoleón, continuó trabajando para el Gobierno como asesor comercial en los países americanos —razón por la que pasaba gran parte del año fuera del país— y ocupaba una aislada oficina en los sótanos de Whitehall. Añadía que permanecía soltero, sin que se le conociese ninguna relación estable.

Pero había algo más.

En el informe se revelaba —y no dudaba de que fuese cierto— que ese empleo no era más que una tapadera de su verdadera ocupación. En realidad, Kenneth MacLennan, alias Kenneth Buller, trabajaba para la Corona como agente en misiones secretas desde hacía más de diez años, cuando fue reclutado durante la guerra. Su sagacidad y valentía le habían hecho cosechar muchos éxitos en su carrera profesional, hasta el punto de que se comentaba en algunos círculos que acabaría sucediendo a *sir* William Eckersley, actual responsable de la Oficina para Europa y América del Foreign Office, cuando este se jubilase. Solo su jefe directo y unos cuantos funcionarios más del mismo ministerio estaban al tanto de su verdadera identidad. Ni siquiera su casera sabía que el silencioso y anodino señor Buller era uno de los mejores espías con los que el país contaba.

Al comunicarle a su cliente el resultado de las pesquisas

realizadas, le pareció detectar en él un cierto alivio mezclado con decepción: alivio al saber que estaba vivo y decepción por la labor que desempeñaba. Había oído decir que Angus MacLennan no le tenía un gran cariño a su nieto a causa de su ascendencia inglesa por parte de padre. Aun así, y en contra de lo que se esperaba, decidió cambiar el testamento y dejarle a su único descendiente la mayor parte de su fortuna.

—Y ahora, si me lo permiten, continuaré con la lectura —anunció Finlayson, y la reprobación que mostraba su rostro fue más efectiva que sus palabras.

> ***El resto de mis bienes los lego a mi nieto, Kenneth MacLennan, que podrá disponer de ellos si acepta las condiciones expresadas en la primera cláusula, solo conocidas por él y por mis abogados, que serán los encargados de velar que se cumplan. En caso de no aceptar los términos impuestos, esos bienes se repartirían entre Briana Murray, de soltera Briana Fletcher, y Ewen Fletcher en la forma que se especifica en la segunda cláusula de este testamento.***

—¿Cuáles son las condiciones que debe aceptar? —preguntó de inmediato Ewen con un hilo de esperanza. Tal vez no estaba todo perdido.

—Como acabo de leer, esas condiciones aparecen en una cláusula aparte, que solo se le mostrará al señor MacLennan. Él está en su derecho de revelarlas o no cuando las haya conocido.

—¿Y podemos enterarnos de los términos de la segunda cláusula? —se interesó Fergus. Necesitaba saber qué parte de la herencia le correspondería a su nuera en el caso de que el nieto de Angus no la recibiera, y así trazar un plan a seguir.

—Obviamente, esa segunda cláusula solo se conocerá si el señor MacLennan no cumple con los términos de la primera, lo que está por ver. —Finlayson miró a Murray con irritación—. Y ahora, si ya he satisfecho su curiosidad, permítanme que acabe. Si tienen alguna pregunta que hacer, les ruego que esperen al final o este trámite se hará eterno.

La expresión de su rostro no admitía réplica cuando barrió con la mirada a los presentes. Y, sin esperar respuesta, volvió a colocarse las gafas y continuó:

> ***Así mismo, en caso de haber transcurrido un año desde la fecha de lectura de este testamento y el***

señor Kenneth MacLennan no haberse presentado a reclamar su herencia o haber fallecido, se procederá a repartir los bienes que le corresponderían entre Briana Murray, de soltera Briana Fletcher, y Ewen Fletcher, según los términos de la segunda cláusula.
Para que conste y este documento tenga validez, procedo a su firma el día 10 de enero de 1823 actuando como testigo Murdock MacKay, cuya rúbrica aparecerá.

El abogado mostró el documento para que comprobasen la presencia de las firmas y llamó a MacKay para que certificase que la suya era auténtica.

—Es la mía —confirmó el doctor.

—¿Está seguro de que esa fecha es correcta y el testamento es válido, señor Finlayson? —preguntó Ewen conteniendo a duras penas la rabia que sentía y que se mezclaba con amarga desilusión. Ellos se merecían la herencia del viejo más que el desertor de su nieto. Habían aguantado su malhumor y sus desaires para recibir apenas unas migajas. ¡Maldito tacaño!

—¿Cuestiona mi profesionalidad, señor Fletcher? —preguntó a su vez el abogado en tono amenazador.

—En ningún momento, pero me ha desconcertado. Todos creíamos que había hecho testamento hacía varios años y en términos bien distintos. ¿No es así, Briana? —Ewen instó a su hermana a que confirmase sus palabras—. ¿Briana? —la llamó ante su falta de respuesta.

Ella parecía ausente, con una rara expresión en el rostro. Ewen pensó que debía de estar tan disgustada como él. En el anterior testamento, si era cierto que existió tal y como el viejo les había comentado, les dejaba a ellos su fortuna. Aunque en aquella ocasión había estado bebiendo y, en esas circunstancias, no podían fiarse de lo que decía.

La cegadora alegría que Briana sintió en un primer instante al enterarse de que Kenneth seguía vivo había dado paso a la desilusión. ¿Cómo era posible que no se hubiese puesto en contacto con ellos? Todo ese tiempo negándose a aceptar la posibilidad de que hubiese muerto en la guerra, aguardando su regreso para que cumpliera la promesa que le hizo y que estuvo atesorando hasta que el sentido común y la presión la obligaron a aceptar que él nunca volvería para hacerla su esposa. ¿Y ahora se enteraba de que seguía vivo y que recibiría la herencia que Angus les había hecho creer que sería para ellos?

Briana pareció regresar del lejano lugar al que sus pensamientos la habían llevado y respondió tras aclararse la voz:

—Es cierto. Angus nos comentó en una ocasión que había hecho testamento a favor de nosotros dos, sus familiares más cercanos. Dedujimos que su nieto había muerto o que no quiso incluirlo, como venía comentando desde que Kenneth se marchó.

Los presentes ratificaron esas palabras. La mayoría habían escuchado en alguna ocasión decir al *laird* mientras hablaba con los hermanos: «Cuando seáis los dueños de todo esto…», «Cuando heredéis mis tierras…», y frases similares, de ahí que estuviesen convencidos de que los Fletcher serían los herederos de Angus; todos excepto Grizela, a la que la noticia no le había desconcertado. Ella sabía que Angus apreciaba a ese nieto, al que se esforzaba en olvidar. Por ello, al enterarse de que vivía, quiso obrar con justicia y siguiendo los dictados de su corazón. A pesar del trato injusto que le había dispensado mientras vivió en Dolmuck, lo quiso a su manera. Pero los fantasmas del pasado eran muy poderosos y nunca habían dejado de rondarlo, obligándolo a repudiar a ese pequeño que era el que menos culpa tenía de lo ocurrido entonces.

—El anterior testamento fue redactado hace diez años. Al existir uno de fecha posterior, que es el que les estoy leyendo, ha de considerarse válido y debe ser aceptado como sus últimas voluntades —aclaró el abogado.

Alexander sonrió ante el giro que habían dado los acontecimientos, algo muy poco habitual en él. Se regodeaba por el gran desengaño de su padre, que hasta momentos antes se veía como dueño de Dolmuck. Ahora tendría que idear alguna solución para hacerse con las tierras, y esta no le iba a resultar barata.

En efecto, Fergus hervía de furia. Hasta su último aliento de vida, ese usurpador se había empeñado en privarlo de lo que era suyo por derecho, impidiendo que su nieta tuviese acceso a las tierras. Pero podían ocurrir muchas cosas hasta que Kenneth MacLennan se hiciese cargo de su herencia, se dijo con un brillo calculador en la mirada y una sonrisa de anticipación. De una u otra forma, recuperaría lo que Angus le había robado.

4 Medida inglesa de superficie que equivale a 4 046,856 metros cuadrados.

Capítulo 4

Tras la lectura del testamento de Angus MacLennan, que tanto revuelo había causado, la mayoría de los presentes se marcharon de Dolmuck o volvieron a sus quehaceres.

Cuando Briana y Ewen se quedaron a solas en la biblioteca, él se encaró con su hermana.

—Lo sabías, ¿verdad?

—No. Me he quedado tan sorprendida como tú —reconoció con sinceridad. Nunca sospechó cuáles eran las intenciones del anciano.

—Pues no pareces muy disgustada —dijo él con recelo.

—¿Por qué no habría de estarlo?, ¡al igual que tú, me he quedado sin herencia! —respondió airada.

Aunque estaba decepcionada, sentía una inusitada alegría mezclada con insensata ilusión. Kenneth estaba vivo y volvería a verlo, algo sobre lo que había perdido la esperanza. Superado el furor inicial, resurgía ese antiguo sentimiento que nunca la había abandonado, a pesar de haberlo intentado con todas sus fuerzas.

Briana avivó el fuego de la chimenea. Sentía frío, más a causa de la tensión que de la temperatura de la sala, que estaba bastante caldeada.

—Puede que no acepte las condiciones a las que se ha referido el abogado. En ese caso, la herencia volvería a nosotros —consideró Ewen mientras se servía una generosa ración de *whisky*—. Tenemos que conocerlas para saber si existe alguna posibilidad.

—Si Kenneth no las revela, será difícil enterarnos. En todo caso, no estamos seguros de que esa segunda cláusula nos beneficie. Es mejor que no concibas vanas esperanzas y aceptes de buen grado el legado que te ha dejado, y que es bastante generoso —le aconsejó en tono conciliador.

—¿Generoso? Si apenas me dará para vivir, y solo durante los próximos cinco años. ¡Qué haré entonces! —exclamó con vehemencia.

—Tendrás que trabajar, como todos hacemos —le aconsejó Briana con ironía.

Se acercó a la ventana y observó a su hija, que jugaba en el jardín bajo la atenta mirada de Mary, una de las sirvientas que se ocupaba de su cuidado. Comprendía el desengaño de su hermano.

Había sido un duro golpe para él, pero ya era hora de que tomase las riendas de su vida y comenzase a forjarse su futuro. Con veinticuatro años, Ewen era un hombre alto, robusto y al que no le faltaba inteligencia, lo que significaba que era apto para desempeñar una buena cantidad de trabajos. Hasta ahora había preferido dedicarse a haraganear y gastar el dinero que no tenía, pensando en lo que iba a recibir. Como esa posibilidad se había desvanecido, tendría que atenerse a las consecuencias.

—¿Y si lo persuadimos? —sugirió Ewen.

Ella giró la cabeza y se lo quedó mirando con gesto de incredulidad.

—¿A qué te refieres? ¿No estarás pensando en…? —No se atrevió a expresar en voz alta lo que sugerían sus palabras.

—¿Quitarlo de en medio? —Terminó él la frase, y soltó una carcajada—. Tranquila, no soy un asesino. Me refiero a que se le podría hacer entender lo injusto que el viejo ha sido.

El corazón de Briana volvió a latir con normalidad.

—No seas niño, Ewen, no creo que sea tan generoso o tan tonto de renunciar a ese patrimonio. Resígnate y procura disfrutar mientras estemos aquí. Cuando Kenneth llegue, tendremos que marcharnos.

A ella no le costaría acostumbrarse a una vida más sencilla, con menos trabajo y responsabilidades. Alquilaría una casa y, con la generosa renta que recibiría más los beneficios del arriendo de la granja, vivirían su hija y ella con comodidad. Era mucho más de lo que esperaba heredar de su propio padre si no hubiese dilapidado todo su patrimonio.

Ewen, apuró el *whisky* que se había servido y estrelló el vaso en la chimenea, lo que provocó una llamarada.

—¡Maldito viejo mentiroso y tacaño!

—¿Estás loco? ¡Vas a incendiar la casa! —le recriminó Briana.

—¿Y qué más da?, ya no va a ser mía. ¡Ojalá esté ardiendo en el infierno! —exclamó en un arrebato de cólera. La bebida lo había alterado, lo que acentuaba su resentimiento.

Briana no pudo evitar salir en defensa de Kenneth. Aunque era pequeña, había advertido la excesiva severidad con la que Angus lo trataba. El día que se marchó, detectó las magulladuras de su rostro. Cuando le preguntó a Grizela, esta le explicó el altercado que había tenido con su abuelo y que precipitó su marcha; también le confesó que temía que nunca regresaría a Dolmuck.

—No hables así de Kenneth, no conoces las razones que tuvo para marcharse. Tampoco debes ser desleal. Tenemos mucho que

agradecer a Angus. Nos ha dejado más que nuestro padre, que se lo gastó todo en borracheras. ¿Olvidas quién te crio? ¿Qué habría sido de nosotros si no nos hubiese recogido? Da gracias por todo lo que has disfrutado estos años, más la casa y la renta con la que, si eres comedido en tus gastos, podrás vivir hasta que resuelvas tu vida.

A Ewen, las palabras de su hermana no le aliviaban la frustración que sentía. Podría haber sido el *laird* de Dolmuck, y ahora solo sería un pequeño rentista que apenas tendría para pagar las deudas de juego que había acumulado. ¿Qué les diría a sus acreedores, a los que había convencido de que pronto cobraría su herencia? Iría a la cárcel… o algo peor.

No pensaba conformarse con su suerte, se dijo. Tenía que encontrar una solución o el futuro se tornaría muy negro.

Murdock MacKay rehusó el ofrecimiento de los Murray de llevarlo en su carruaje hasta Ferwey, donde vivía, y prefirió ir caminando. Eso le daba la oportunidad de ordenar sus pensamientos y evaluar la situación con calma.

Sonrió al recordar el revuelo ocasionado por la lectura del testamento. Había observado las reacciones de los presentes, convencido de que entre ellos se encontraba el responsable de la muerte de su paciente.

Al no poder demostrarlo, no había querido transmitir sus sospechas a nadie, pero su intuición, apoyada por largos años de oficio, así se lo indicaba. A su entender, el cadáver del anciano presentaba los signos típicos de un envenenamiento por acónito[5]: quemaduras en la boca, salivación excesiva, vómitos, debilidad muscular, problemas cardíacos… Aunque, sin pruebas que corroborasen sus conjeturas, no debía ponerlo en conocimiento de las autoridades. Tampoco podía señalar a nadie como el causante de dicho deceso; había demasiados posibles candidatos. Tendría que esperar y ver cómo se sucedían los acontecimientos. Necesitaba un indicio por pequeño que fuese para hablar con el alguacil. No iba a dejar que el crimen de su amigo quedase impune.

Entre los candidatos que tenían más motivos y posibilidades para acabar con la vida del anciano, ya que el veneno se lo debieron administrar con la comida o bebida, estaban los hermanos Fletcher, Briana y Ewen, nietos de Alasdair MacLennan, primo de Angus, al que acogió cuando Larena, la hija de Alasdair, murió en el parto de Ewen. El padre de los niños, Robert Fletcher, un borrachín que nunca fue del agrado del *laird*, desatendía a sus hijos y que, cuando las deudas

comenzaron a acosarlo, le pidió a este que se hiciese cargo de los pequeños a los que no podía, o no quería, mantener.

Angus sintió un inmediato apego por los niños y los trataba con afabilidad, algo impropio en una persona que no demostraba sus afectos. Desde luego, no se lo demostró a su propio nieto, Kenneth, al que siempre trató con rudeza, lo que se hizo más patente con la llegada de los pequeños.

Briana era la favorita de Angus. La niña supo ganarse su aprecio, que fue creciendo con los años. Inteligente, generosa y prudente, sabía captar a la perfección los estados de ánimo del huraño anciano y tratarlo en consonancia. Nunca habían surgido conflictos entre ellos, excepto cuando tenía que defender a Ewen de la ira de Angus después de alguna de sus numerosas trastadas.

Porque resultaba obvio que el joven Fletcher no poseía las cualidades de su hermana, a la que sí se parecía físicamente. Era impulsivo, bravucón y juerguista como su padre, lo que lo había llevado a meterse en más de una reyerta. Como no se caracterizaba por el amor al trabajo, nunca fue del agrado de Angus, que había ido delegando en Briana la administración y cuidados de las tierras cuando esta tuvo edad para llevar las riendas.

El único disgusto que la joven le dio al *laird* fue al casarse con Malcolm Murray. Angus se opuso con todas sus fuerzas a ese matrimonio con el segundo hijo de su rival desde tiempos ancestrales. No lo consiguió. Robert hizo valer sus derechos y gestionó el casamiento a cambio de una fuerte dote. Con ella se libró de las deudas que acumulaba y le permitió continuar con su ritmo de vida, hasta que al poco de la boda murió al caerse despeñado por un barranco cuando regresaba ebrio a casa.

Briana se opuso a la boda y la estuvo posponiendo durante meses, hasta que no tuvo otra opción que acceder, ya que el no cumplir la palabra dada por su padre supondría una grave deshonra a la familia.

Angus le había comentado que en esa época estuvo tentado de cambiar el testamento que había redactado a favor de los hermanos. Al no tener mejor alternativa lo dejó estar, confiando en que Malcolm no se dejase manipular por su padre. Lo que le decidió a cambiarlo fue la muerte de Malcolm y el temor de que Fergus tomase las riendas de la fortuna de Briana, aduciendo que velaba por los intereses de su nieta. Averiguó si Kenneth continuaba vivo y, al comprobar que así era, lo dejó como principal beneficiario, aunque esa no hubiese sido nunca su intención.

La reacción de asombro y decepción de los Fletcher parecía

sincera, lo que podía indicar que no tenían conocimiento del nuevo testamento y seguían pensando que ellos eran los herederos; buena razón para adelantar el fallecimiento de Angus y cobrar la herencia. Le resultaba difícil de creer en el caso de Briana, que profesaba un sincero cariño al anciano y tenía una condición privilegiada en Dolmuck. Si Angus moría y el castillo y parte de las tierras pasaban al hermano, según los términos del testamento anterior, ella tendría que abandonar el que había sido su hogar desde niña y la posición de respeto y poder que ostentaba.

En el caso de Ewen, ya no estaba tan convencido de su inocencia. Nunca había profesado sincero afecto por el familiar que los acogió y les proporcionó una vida de comodidades que nunca habrían tenido con su padre, del que había resultado ser un fiel reflejo. Pese a su juventud, ya tenía importantes deudas de juego que Angus se había negado a pagar, por lo que debía de estar deseoso de hacerse con la herencia. El anciano arrastraba numerosas dolencias, pero ninguna que fuese a llevarlo a la tumba en breve, Si continuaba con vida, Ewen se endeudaría aún más. Pese a ello, dudaba que hubiese sido él. Ewen Fletcher era holgazán y vividor, aunque noble de carácter e incapaz de asesinar a sangre fría a la persona que lo había cuidado desde que nació.

Con posibilidades y motivos para matar al *laird* también estaban el resto de las personas a las que había dejado algún legado: los criados, en especial Grizela y su hijo, Dougal.

Grizela Connley, la criada más antigua de la casa y que rebasaba los setenta años de edad, llevaba allí toda su vida. Era hija de Kirsty, doncella al servicio del barón de Dolmuck, y de padre desconocido, ya que ella nunca reveló el nombre, lo que no impidió que los rumores corrieran. Según se comentaba, el padre de Grizela era Carson Lokhart, hermano menor de Meriel, la madre de Angus, ya que las fechas de la posible concepción coincidían con una de sus prolongadas visitas a Dolmuck. De ser cierto, le unía un cercano parentesco con el *laird,* hecho que nunca fue admitido por ninguna de las partes.

Grizela comenzó a trabajar en la casa desde niña, ocupándose de todo y de todos hasta convertirse en la gobernanta del castillo. Había criado a Roselyn, la hija de Angus, a su nieto y a los dos niños acogidos. A todos los había querido como a Dougal, su único hijo. No veía motivos en ella para acabar con la vida de su señor. Al contrario, mientras que Angus viviese, tenía su lugar allí, algo que no podía asegurar cuando Dolmuck pasase a otras manos.

Aunque, tal vez sí existía uno. Si Grizela estaba convencida de

que Angus y ella eran parientes, tal vez porque su madre se lo había confesado, podía haber acumulado tanto rencor que al final la llevó a querer vengarse. A su hijo debía incluirlo entre los sospechosos por esa misma razón y por una más: Dougal llevaba toda la vida al servicio de MacLennan desempeñando todo tipo de trabajos en el castillo y fuera de él, hasta convertirse en su mano derecha. Pero tenía una familia que mantener y una hija por casar a la que debía de proporcionar una dote si quería aspirar a un marido de posición. En el caso de que tuviese conocimiento de los términos del nuevo testamento, en el que le dejaba un notable legado, ¿habría querido esperar para cobrarlo? Los mismos motivos podían atribuirse a Rhona, su esposa, e igual oportunidad. Al resto de sirvientes se inclinaba a descartarlos.

Varios sospechosos y todos podían albergar razones más o menos poderosas y oportunidad para eliminar al anciano, pero era Fergus Murray la persona que había despertado sus recelos en primer lugar. De todos era conocido el odio recíproco que los dos hacendados se profesaban, y que se había gestado años antes de que ambos nacieran.

Fergus era hijo de Lachlan Murray, un propietario colindante con Dolmuck que durante los levantamientos jacobitas del siglo anterior se mantuvo neutral, cosa que nunca le perdonaron los MacLennan, que habían luchado desde el principio a favor de Carlos Estuardo, el pretendiente escocés al trono. Cuando Kenneth MacLennan, el padre de Angus, murió en la batalla de Culloden dejando viuda y dos niños pequeños, Lachlan lo celebró y, para mayor agravio, le fueron concedidas a Murray las tierras del vencido tras haber sido confiscadas por el Gobierno inglés.

Lachlan se consideraba propietario de esas tierras y cuando le fueron devueltas a Angus —su legítimo dueño al haber muerto su hermano mayor—, montó en cólera y peleó durante el resto de su vida para que se las devolvieran. Fergus heredó la inquina y las pretensiones de su padre, pero fue más astuto. Viendo que no podía conseguirlas por vía judicial, empleó medios más prácticos y sibilinos. Intentó arruinar las cosechas, le robó arrendatarios y presionó a los banqueros para que no le concediesen préstamos y así tener la oportunidad de comprarlas por un precio irrisorio.

Como la mayoría de los hacendados de las Tierras Altas, había sucumbido al fácil y próspero negocio de criar ganado lanar, que dejaba grandes beneficios debido a la creciente demanda del mercado. Para ello necesitaba terrenos y pastos con los que alimentar a sus ovejas, y los mejores eran los de MacLennan.

Al final pareció encontrar un método infalible para quedarse con las tierras que tanto ansiaba: casar a Malcolm, uno de sus hijos, con Briana, la candidata a heredar la mitad de Dolmuck, pese a la firme oposición de la joven y de Angus. Compró las deudas de Robert Fletcher y lo presionó para que accediese a la boda bajo amenaza de enviarlo a prisión. Una vez que su nuera hubiese recibido la herencia, las tierras pasarían a su poder. Lo extraño era que hubiese esperado seis años para poner en marcha su plan. En cuanto a las oportunidades que tuvo para envenenarlo, eran muy escasas, a no ser que contase con un cómplice en Dolmuck que actuase a sus órdenes.

Sí, Fergus Murray tenía muchos y poderosos motivos para asesinar a Angus MacLennan, y por ello encabezaba su lista. Le habría supuesto una desagradable sorpresa el ver frustrados sus planes. ¿Cuál sería su siguiente paso? Porque no dudaba de que persistiría en su empeño de recuperar, de una u otra forma, lo que consideraba suyo.

[5] Aconitum napellus, planta herbácea también conocida como «matalobos» o «casco del diablo». Contiene aconitina, un alcaloide muy tóxico.

Capítulo 5

Residencia Wisley. Cavendish Square. Londres. Septiembre de 1823

Kenneth observaba el concurrido salón estratégicamente situado tras una de las gruesas columnas que sustentaban el techo. Que esa columna ocultase la mayor parte de su cuerpo no era una casualidad. Desde hacía un buen rato intentaba evitar a Frances, que estaría buscándolo para presentarle a otra dama soltera y con pretensiones de dejar de serlo en los próximos meses.

Resopló por lo bajo. Apreciaba mucho a su madrastra y agradecía el empeño que se tomaba en buscarle esposa. Con ello le demostraba el aprecio que le tenía, pero él no pensaba secundar sus planes porque no estaba interesado en verse arrastrado al altar, y se temía que nunca iba a estarlo. Amaba demasiado su trabajo, que le proporcionaba una existencia entretenida y una extraordinaria libertad de movimientos, como para abandonarlo todo por una esposa y los hijos que vendrían de esa unión.

Llevaba un par de semanas en Londres, después de varios meses en una misión por tierras americanas, y ya estaba deseando involucrarse en una nueva aventura. Esa era su vida, la que llevaba desde que con diecisiete años se enroló en el Ejército, y no se arrepentía de ello; ni siquiera cuando se reunía con su familia recién hallada y contemplaba lo felices que su padre y sus hermanos eran en sus respectivos matrimonios.

Si alguien le hubiera dicho seis meses antes que iba a conocer el calor de una gran familia, que lo había acogido como un miembro más y le mostraba un gran afecto, cada uno a su manera, lo habría tachado de loco. Descubrir que tenía un padre y dos hermanos menores, cuando pensaba que era huérfano, fue una auténtica sorpresa que al principio le costó digerir. Ahora se sentía dichoso de haberlos encontrado y disfrutaba cuando todos estaban reunidos, como en aquella ocasión, aunque debiera soportar los insistentes esfuerzos de Frances, a la que se le habían unido sus dos nueras, por verlo casado antes del nuevo año.

—¿Descansando del bullicio o esquivando al enemigo?

La voz a su espalda sobresaltó a Kenneth, pensaba que había elegido un buen escondite. No necesitó mirar para saber que se trataba de *lord* Heydon, su hermano.

—Lo segundo —reconoció con cierto pudor.

—No te tenía por un cobarde que elude los enfrentamientos —comentó Julian con sorna. La amplia sonrisa que se dibujaba en su apuesto rostro, marcado por las cicatrices que la guerra le había dejado, evidenciaba lo mucho que se estaba divirtiendo con las tribulaciones de su hermano mayor.

—Y no lo soy, deberías saberlo, pero en este caso el adversario es el más temible al que me he enfrentado a lo largo de mi vida.

Julian le dirigió una mirada en la que se reflejaba un sentimiento de solidaridad. Su hermano, el más intrépido de los agentes con los que la Corona contaba, y que le había salvado la vida en una ocasión, se amilanaba ante una dulce mujercita. No podía censurarlo por ello, a él le ocurría igual. Recordaba el acoso al que su madre lo había sometido años antes y que le provocó grandes quebraderos de cabeza. Si bien, debía reconocer que la jugada había dado excelentes resultados.

—Coincido contigo. Mi madre es incansable, capaz de derrotar al contrincante más esforzado —comentó Julian con innegable cariño. *Lady* Frances tenía más fortaleza en su menudo cuerpo que todo un regimiento de fusileros reales.

Kenneth asintió con un gruñido. En el tiempo que llevaba en la ciudad, Frances lo había arrastrado a varios bailes y otros tantos eventos por el estilo en los que no dejaba de presentarle damitas casaderas que lo miraban con ojos tímidos y ruborizados rostros. De nada valían sus elaboradas excusas o las más sutiles tácticas de evasión, ella siempre conseguía que acabase acudiendo, porque su tenacidad era asombrosa.

—Salgamos de aquí o acabará encontrándote y terminarás accediendo a cualquier cosa de la que te arrepentirías más tarde —propuso Julian mientras se encaminaba hacia una puerta cercana.

Kenneth lo acompañó de buen grado por un estrecho corredor que, tras bajar varios tramos de escaleras, desembocó en una amplia y fresca sala abovedada y ocupada en su mayoría por estantes llenos de botellas. Los dos hermanos, de complexión muy similar y elevada estatura, casi rozaban con la cabeza el techo.

—Nunca habría imaginado que esta casa albergara una bodega tan impresionante —comentó Kenneth admirado.

—Es uno de los mayores logros de nuestro padre y su pasión más secreta, que, por suerte, mi madre conoce y consiente.

—¿Cuántas botellas habrá?

—Cerca del millar. La mayoría son vinos de diferente procedencia y añada, entre ellos los que cultivamos en Heydon Hall.

—No sabía que eras viticultor. —La admiración que Kenneth sentía por su hermano crecía día a día. Descubrió su valía cuando ambos trabajaban de agentes infiltrados durante la guerra contra Napoleón; y solo unos meses antes, cuando conoció al hombre bajo el alias de Némesis, apreció sus grandes virtudes.

Julian Rawson era el hijo mayor de los marqueses de Wisley y, por lo tanto, el heredero del título. Vivía con Claire, su esposa, y sus dos hijos en Herfordshire, en una finca que ambos gestionaban con gran éxito. Las novedosas técnicas de cultivo que Julian empleaba y la sagacidad empresarial de Claire estaban dando excelentes resultados.

—Yo solo me dedico a suministrar algunas ideas y facilitar la distribución del producto, el verdadero trabajo lo hacen los arrendatarios —le aclaró con modestia.

Julian se sentía muy orgulloso de lo que su esposa y él habían conseguido en Heydon Hall. Los vinos que se producían en aquellas tierras eran muy apreciados por los entendidos y su venta procuraba grandes beneficios tanto a él como a sus arrendatarios. En los últimos tres años las cosechas habían sido excelentes y esperaba que continuasen así en los siguientes, lo que estaba añadiendo prestigio a los caldos que producían.

—Tomemos un trago —ofreció Julian.

Caminaron entre los estantes hasta el final de la sala. Al llegar allí descubrieron que no estaban solos.

—¿Alguien más ha tenido la necesidad de sustraerse del bullicio y reclamar algo de tranquilidad? —comentó Gregory al ver llegar a sus hermanos, y sus ambarinos ojos lanzaron divertidos destellos.

El pequeño de los Rawson los recibió con su habitual sonrisa cínica que contribuía a hacer más encantador su atractivo rostro.

—En efecto. Aunque me sorprende verte aquí, chico. ¿Cómo es que no estás pegado a las faldas de tu mujercita para evitar que te la roben en tus propias narices? —bromeó Julian.

—Adele ha subido a descansar un rato —reconoció, fastidiado por la puya de su hermano.

Le costaba admitir que corría el riesgo de convertirse en un marido posesivo, pero no podía evitar recelar de todo hombre que se acercaba a su esposa. Sabía muy bien el peligro que corría. ¿Existía un castigo mayor para un libertino reformado?

Adele estaba cada día más bonita. El embarazo, que apenas se le notaba, había redondeado sus formas, llenando sus pechos, curvando sus caderas, añadiendo un brillo especial a su mirada y color a sus mejillas. Estaba tan encantadora que le robaba el sentido, al

igual que le ocurriría a cualquier hombre que la mirase.

—Entonces, desfrunce ese ceño y relájate, tanta tensión acabará encaneciéndote el cabello en pocos días. Ya te acostumbrarás a la admiración que despierta. Además, piensa que es su presentación en sociedad y todos sienten curiosidad por conocerla. Presume de ella y deja que te envidien, es lo más inteligente que puedes hacer y lo más saludable —le aconsejó Julian.

—Es fácil predicar sin seguir el ejemplo, viejo. Tú tienes a Claire encerrada en el campo la mayor parte del año —respondió Gregory con enfado.

—Por propia elección, hermanito; y eso me evita muchos sinsabores, no te lo voy a negar —reconoció con satisfacción.

Julian se compadeció del sufrimiento de su hermano. Aunque no le vendría mal tragarse un poco de su misma medicina, pensó. Él, que había seducido a la mitad de las casadas de Londres, entendería cómo se sentían los maridos burlados. Pero llevaba razón. El que a Claire le gustase vivir en la finca la apartaba de los licenciosos caballeros que iban a la caza de hermosas mujeres, ya fuesen solteras o casadas. El imaginar a su preciosa Claire acosada por alguno de ellos le hacía hervir la sangre.

—Las alegrías del matrimonio, ¿no es cierto? —comentó Kenneth con ironía tras escuchar a sus hermanos—. Cada vez me reafirmo más en la idea de que el mejor estado para un hombre sensato es la soltería. —La carcajada que emitió le valió una mirada furibunda por parte de los otros.

—¿Lo has traído para que se regodee de nuestros desasosiegos? —acusó Gregory a su hermano con el gesto torcido.

—Comienzo a arrepentirme de haberle facilitado una salida a su complicada situación. Debí dejarlo en manos de madre. Entonces se le habría borrado esa guasona sonrisa de los labios —refunfuñó Julian.

—Está bien, prometo no volver a meter el dedo en la llaga. Ahora, ¿dónde está ese trago al que me has invitado?

Julian cogió un par de copas y vertió una generosa ración de la botella de brandi que Gregory tenía sobre la mesa. Bebieron en silencio durante unos minutos, cada uno centrado en sus pensamientos.

Gregory, preocupado por Adele. Aunque le había asegurado que se encontraba bien al acompañarla a su habitación y que solo necesitaba descansar unos minutos, no dejaba de pensar que podía tener algún problema y se lo ocultaba para no preocuparlo. Terminaría su copa y subiría a comprobarlo, decidió.

Julian estaba pensando en las nuevas semillas de maíz que le

enviaban desde América y que llegarían al día siguiente a Londres en uno de los barcos de Gregory. Si lograba que fructificasen en sus suelos, aumentaría la producción y los ingresos. También recordó que tenía que recoger los pendientes que pensaba regalar a su esposa en el aniversario del nacimiento de su hijo, y que había mandado hacer a juego con el collar heredado de su madre, uno de los pocos recuerdos materiales que tenía de ella.

Y Kenneth dándole vueltas al problema que se le había planteado en los últimos días y que debía resolver lo antes posible.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en Londres, Kenneth? Lo digo porque, mientras estés aquí, madre va a continuar organizando día sí y otro también fiestas de este tipo. Te puedo asegurar que no abandonará mientras no te vea comprometido. Y entonces, el mayor peligro al que tendrás que someterte será lidiar con los parientes de la joven para conseguir robarle un beso en alguna de las tediosas reuniones a las que te obligarán a asistir —comentó Gregory con sorna.

—Soy muy consciente de ello. Por eso, he tomado la decisión de adelantar mi partida. Os alegrará saber que me marcho en un par de días.

—No te ofendas, Kenneth, pero me alegra oírlo. Me evitarás muchos sinsabores —confesó Gregory.

—Descuida, me hago cargo —lo tranquilizó con una mueca que era lo más parecido a una sonrisa que sus hermanos le habían visto en toda la noche.

—¿No te cansas de la vida tan ajetreada que llevas? Con tu edad, debes de ir planteándote el retiro —se mofó Gregory. Él, que había trabajado como espía para la Corona, no echaba en falta aquellos días. Ahora se encontraba realizando lo que siempre había deseado: dirigir su negocio de transporte marítimo, que seguía creciendo, y vivir en Londres con su esposa.

—Por lo que estoy escuchando, creo que es menos agobiante que la de muchos casados, temerosos de que les arrebaten a sus esposas —aguijoneó Kenneth. Y ante la mirada aviesa de sus hermanos, añadió con seriedad—: No creo que pudiera adaptarme a la tranquila existencia del hacendado o llevar los números de una empresa. Necesito acción, intriga, peligro, que la sangre fluya por mis venas tan rápido como el agua en los riachuelos de montaña. Es lo que he hecho desde que tengo uso de razón. Cuando era pequeño y recorría con mi madre los caminos de Francia en plena revolución o, después, al enrolarme en el Ejército y marchar a la guerra, pero, sobre todo, estos últimos años, trabajando para el Foreign Office. No sería

feliz viviendo de otra forma.

Tanto Julian como Gregory asintieron en silencio. Reconocían que su hermano mayor era diferente. Él eligió esa vida, no le fue impuesta como a ellos. A Julian, durante la guerra cuando su dominio del francés, le posibilitó infiltrarse en el Ejército galo y abandonar sus labores de espía antes de que la contienda terminara. A Gregory, fue la desafortunada relación con la esposa de su superior durante su estancia en el Ejército, que Julian consiguió resolver antes de que provocara un escándalo, lo que lo llevó a engrosar la lista de agentes británicos. Estuvo dedicado cinco años a ese servicio y se alegraba de haber concluido con la tarea.

Se oyeron unos pasos que se acercaban. Los tres giraron la cabeza para descubrir la alta y elegante figura de Henry Rawson, marqués de Wisley, con su cabellera plateada brillando bajo la luz de las velas que iluminaban la estancia. A sus sesenta y tres años, su atractivo apenas había menguado, conservaba el brillo inteligente y decidido en sus verdes pupilas, idénticas a las de Julian.

—Sabía que os encontraría aquí. Veo que no perdéis las antiguas costumbres —comentó, dirigiéndose a sus dos hijos menores. Y mirando a Kenneth, explicó—: De pequeños, cuando querían desaparecer, venían a este lugar. Todos en la casa lo sabíamos, pero no nos parecía justo privarlos de esos ratos de soledad.

—No éramos los únicos que nos refugiábamos en la bodega cuando queríamos huir de madre —le recordó Julian.

—Cierto —reconoció Henry con una sonrisa—. Por eso, cuando no os ha visto a ninguno de los tres, se ha figurado dónde podía encontraros.

Todos rieron. Había pocas cosas que se le escaparan a la sagaz marquesa de Wisley.

—Me ha enviado a buscarte, Kenneth. Parece ser que hay una joven dama que quiere presentarte —le comunicó. Y ante la mueca desgana de este—: Debes perdonarla. Solo quiere procurarte felicidad, al igual que hizo con tus hermanos.

—Y se lo agradezco sinceramente, pero te ruego que me disculpes ante ella. No me considero capaz de aguantar la charla insulsa de otra debutante por esta noche.

—No te preocupes. Ya me inventaré alguna excusa para justificar tu ausencia —le aseguró, y valoró diferentes formas de aliviar el disgusto de su temperamental esposa, todas ellas muy placenteras para ambos.

Kenneth inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—¿Vendrás a despedirte antes de tu partida? No creo que estemos aquí cuando regreses. Ya he abandonado demasiado mis obligaciones —preguntó Julian a su hermano mayor. Cada vez soportaba menos el aire viciado de Londres. Añoraba el cálido refugio que constituía su invernadero, donde realizaba sus experimentos. Claire también estaba deseosa de regresar a su hogar, al igual que los niños echaban de menos el corretear por los campos y jugar con los animales de la granja, que les abastecían de las materias primas.

—Nosotros pensamos trasladarnos a nuestro hogar en pocos días. Adele necesita descansar y gozar de mis cuidados —dijo Gregory con los ojos brillantes de anticipación. A pesar de que la estancia en aquella casa era muy agradable y les daba la posibilidad de disfrutar de la familia, estaba deseando tener a su mujer para él solo.

—Aunque solo estaré ausente un mes, mañana vendré a despedirme de las damas y de los niños.

—¿Otra misión? —preguntó Henry con cierto reparo. Prefería que Kenneth abandonase esa vida de peligros, pero consideraba que él debía decidir sobre su propio futuro.

—No se trata de trabajo en esta ocasión, padre. Mi abuelo falleció hace unos meses y me ha nombrado heredero.

—¿El *laird*? —preguntó Gregory.

—El mismo.

—Permíteme darte el pésame a la vez que la enhorabuena por tu nueva condición. Te vas a convertir en un hacendado y puede que hasta entres en la nobleza —manifestó Julian con sinceridad y bastante alivio. Le incomodaba el hecho de que su hermano mayor, que en teoría debería ser el heredero de los títulos de su padre, no pudiese ostentarlos por haber nacido fuera del matrimonio.

Kenneth no esperaba que su abuelo le hubiese nombrado heredero. Pensaba que lo había borrado del testamento tras su marcha de Dolmuck.

—Me temo que no va a ser posible. El título de *laird* no me otorgará el derecho a sentarme en la Cámara de los Lores. Solo se trata de un título de cortesía que va ligado a la posesión de la tierra —aclaró sin ningún rastro de pesar en la voz. Al contrario, al estar la herencia libre de obligaciones nobiliarias, podría deshacerse de ella sin ningún impedimento y venderla al mejor postor. No tenía intención de ligarse a aquellas tierras de ninguna forma.

Su bisabuelo, Kenneth MacLennan, era barón de Dolmuck, un título que la Corona escocesa concedió a sus antepasados dos siglos antes y que continuó ostentando tras la firma del Acta de Unión en 1707, cuando el Reino de Escocia dejó de ser un estado independiente

para formar parte del Reino de Gran Bretaña. Cuando el barón de Dolmuck se unió a los jacobitas y estos fueron derrotados en 1746, perdió el título junto con la mayor parte de sus propiedades, y su viuda e hijos pasaron unos años amargos hasta que le fueron devueltas las tierras.

Lo que nunca le restituyeron fue el título de barón. No obstante, aunque la Corona hubiese decidido hacerlo, su abuelo no lo habría aceptado. El odio que sentía por los ingleses, que habían invadido su país y matado a su padre, le impedía aceptar un honor concedido por un parlamento extranjero; también le había impedido reconocer a su nieto medio inglés que llevaba el nombre de su padre, al que idolatraba y consideraba un héroe. Por ello, nunca llegó a pronunciarlo en su presencia, dedicándole todo tipo de apelativos, la mayoría insultantes.

—Estoy decidido a vender todo lo que me haya dejado y regresar lo antes posible a Londres. No quiero que me pille allí el invierno. Recuerdo el frío que hacía en aquel inhóspito lugar.

Kenneth no solo recordaba el árido clima de las Tierras Altas. Había otros recuerdos mucho más traumáticos que no lograba eliminar de su memoria.

—No sabes cómo te entiendo. Cuando estaba en el Ejército pasé varios meses en Fort William con mi regimiento y, aunque no llevaba el culo al aire bajo las cortas faldas que visten los soldados de las Highlands, casi se me congelan mis partes nobles —dijo Gregory con un involuntario escalofrío.

—Lo que habría sido una auténtica desgracia para la humanidad, hermanito. La cantidad de féminas defraudadas que existirían al no haber tenido el placer de disfrutar de tus grandes dotes amatorias —apuntó Julian burlón. El lanzarle puyas a su hermano le resultaba cada vez más entretenido.

—No me recuerdes aquella época de atolondramiento, bien arrepentido estoy de ello.

—¿Seguro? Aunque hayas sentado la cabeza, cosa de la que me alegro, no creo que lo pasaras tan mal seduciendo a toda jovencita, y no tan jovencita, que se te ponía por delante —continuó Julian en el mismo tono.

—Si insistes en el tema voy a tener que quitarte esa sonrisa petulante del rostro, viejo —apostilló Gregory con gesto belicoso.

—Creo que te falta mucho para eso, chico, digamos que el resto de tu vida. —La carcajada que soltó Julian solo sirvió para encender más a Gregory.

—No discutáis, por favor, parecéis dos gallitos peleones —les

recriminó su padre—. Dejemos a Kenneth que continúe explicándonos sus proyectos.

Julian sonrió satisfecho ante la mirada aviesa que Gregory le dedicó.

—Poco más puedo añadir. Como ya os he dicho, mi intención es vender todo lo que pueda. No tengo buenos recuerdos de aquel lugar, excepto por las pocas semanas que pasé allí con mi madre antes de que muriera, y deseo desvincularme —dijo convencido. No le resultaría difícil deshacerse de la herencia, otra cosa sería eliminar los tristes recuerdos que lo ataban a Dolmuck.

Capítulo 6

A primera hora de la siguiente mañana, Kenneth se dirigió a Whitehall, donde tenía su sede el Foreign Office. Tenía una cita con *sir* William Eckersley, su superior, al que conocía desde hacía quince años. Su regimiento estaba destinado en Portugal luchando por expulsar del país a las tropas francesas y Eckersley vio el potencial del joven soldado escocés. Lo reclutó y, desde entonces, había sido para Kenneth lo más parecido a una familia hasta que conoció a los Rawson. Bajo su batuta había aprendido los entresijos de ese difícil y gratificante oficio, que *sir* William dominaba.

Al llegar al despacho, Woles, su ayudante, lo hizo pasar de inmediato.

—¿Deseaba verme, señor? —preguntó Kenneth al hombre sentado tras la gran mesa cubierta de papeles.

Eckersley levantó los ojos del documento que estaba leyendo y los fijó en el recién llegado.

—Siéntese, Oberon, enseguida estoy con usted —indicó al recién llegado empleando su nombre en clave.

Kenneth se acomodó en una silla frente al escritorio y aguardó. Sabía que no le gustaba que lo interrumpieran cuando estaba trabajando.

Sir William impresionaba a todo el que lo mirase. Su gran altura y corpulencia no pasaban desapercibidas, pero era la sagacidad de su mirada lo que más fascinaba de su aspecto.

Transcurridos unos minutos cerró la carpeta y la dejó sobre una pila que contenía otras muchas. Se repantigó en su asiento con las manos reposando en el abultado vientre. Miró al hombre que tenía delante, el mejor de sus agentes y al que había llegado a apreciar como algo más que a un subordinado. Cuando lo conoció, siendo un muchacho espigado, su instinto le dijo que tenía cualidades para convertirse en un buen espía, pero los resultados de su trabajo habían superado sus mayores expectativas. No solo era inteligente, intrépido y reservado, tenía una cualidad muy importante para ese oficio y que no era fácil encontrar: su habilidad para camuflarse, para transfigurarse en otra persona, que lo convertía en el mejor para trabajar de infiltrado.

Durante la guerra contra Napoleón fue una pieza decisiva, trabajando en la sombra y ayudando al resto de agentes que estaban

sobre el terreno, salvando la vida de muchos, entre ellos a Julian Rawson, actual conde de Heydon, que recientemente se había revelado como su hermano.

—Tengo una nueva misión… si está dispuesto a llevarla a cabo —le comunicó con cierta expectación. No quería forzar su decisión.

Estaba al tanto de la cuestión de la herencia, pues le había dado a Kenneth la noticia del fallecimiento de su abuelo. Los abogados del difunto se habían puesto en contacto con él al ser la única persona que conocía su paradero. Al haberse enterado de su nueva condición, MacLennan querría retirarse del servicio y disfrutar de su fortuna. Sentiría perderlo, aunque se alegraba de que la suerte le sonriese.

Kenneth frunció el entrecejo. Nunca había rechazado las misiones que le encomendaban, pero en esta ocasión debería hacerlo, en caso de que no estuviese dispuesto a aplazarla.

—Lo siento, señor, he de viajar hasta Inverness para resolver la cuestión de la herencia de mi abuelo. Si no es urgente, podría aplazarlo hasta mi regreso.

—¿Cuándo piensa partir para Escocia? —preguntó *sir* William con secreto alivio.

—Mañana mismo. No quiero retrasarlo más.

—Bien. Podrá compaginar la misión con sus asuntos particulares, ya que tiene que ver con un problema surgido en aquellas tierras.

A Kenneth le extrañaron esas palabras, pero, como era habitual en él, no dejó traslucir ninguna emoción.

—Usted dirá.

Sir William revolvió entre los documentos que descansaban sobre el escritorio hasta encontrar lo que estaba buscando. Los gruesos anteojos no lograban ocultar el brillo perspicaz de su mirada.

—Nos han llegado informes de que están resurgiendo con fuerza las reivindicaciones secesionistas en las Tierras Altas.

—Esas pretensiones nunca se han olvidado por allí. Se siguen escuchando voces que invocan su glorioso pasado, a las que no hay que dar importancia. Aprendieron la lección en Culloden —opinó Kenneth. Sabía de primera mano que ese sentimiento era endémico, pero no creía que constituyese un verdadero problema, ni ahora ni en el futuro.

La mayoría de los escoceses, y los de las Tierras Altas en primer lugar, continuaban sin aceptar que sus antepasados hubiesen renunciado a su reino al unirse a Inglaterra, aunque toleraban la situación debido a los beneficios que la unión les procuraba y que no

querían perder. Pero siempre había pequeños núcleos más inconformista que pretendían reavivar los antiguos ideales jacobitas y que acababan siendo silenciados por los moderados.

—Cierto, y mantenemos vigilados y controlados a esos grupos separatistas, al igual que los surgidos en Irlanda o Gales. Me refiero a nuevos focos de sedición radicados en algunos cuarteles del condado de Invernes, que es más preocupante. Si las consignas subversivas se expanden al resto de regimientos, nos veremos envueltos en una verdadera rebelión, algo muy peligroso y a lo que no nos podemos arriesgar. Tras su visita, el rey a Edimburgo quedó tan deslumbrado con aquellas tierras que está barajando repetir la experiencia e, incluso, adquirir una propiedad allí para pasar algunas temporadas. No vamos a permitir que el ambiente hostil prospere y se radicalice, ¿no cree?

Durante el verano del año anterior, Jorge IV se dejó convencer por *sir* Walter Scott para visitar Escocia, siendo el primer rey inglés que lo hacía. La visita se orquestó como una representación teatral dirigida por el escritor en la que muchos disfrutaron, en especial el rey. Otros sectores de la población, los que más habían sufrido la represión inglesa tras las revueltas jacobitas del siglo anterior, arraigados en su gran mayoría en las Tierras Altas, lo consideraron una provocación y engrosaron las filas de los independentistas, que nunca se habían extinguido.

Kenneth coincidía con su superior en la gravedad del problema. No era lo mismo un grupo de labriegos armados con hoces y rastrillos que soldados entrenados y en posesión de armas de fuego.

—¿Y cuál sería mi misión?

—Descubrir la gravedad de la situación y si los agitadores pueden crear verdaderos problemas. Comprenderá la necesidad de asegurar que no van a surgir incidentes desagradables si al final nuestro rey se decide a materializar su proyecto. Es necesario identificarlos para que no se agrave. Si solo se trata de simples protestas fruto del descontento por cuestiones que no afectan a la integridad de la Corona, no se hará nada, con trasladarlos a otros regimientos fuera de Escocia será suficiente. Si, por el contrario, es algo serio que haga peligrar la vida del monarca y de su familia, habrá que tomar medidas contundentes.

Kenneth asintió. Aunque pensaba que no se trataba de nada preocupante, lo investigaría con la misma atención que todas sus anteriores misiones. Se limitaría a algún grupo de jóvenes pendencieros con la cabeza llena de heroicas gestas de sus antepasados y mucho tiempo libre, todo ello aderezado con la fuerte

cerveza que se consumía en grandes cantidades. Al no existir ningún conflicto bélico en esos momentos, los cuarteles de las Tierras Altas albergaban a soldados jóvenes, sanos y con sus instintos guerreros reprimidos que de alguna forma tenían que liberar tanta fogosidad.

—Veré qué puedo averiguar.

Kenneth fue a levantarse cuando *sir* William lo detuvo con un gesto de la mano.

—Otra cosa, Oberon. Ya sabrá que pienso retirarme en breve y tengo que buscar un sustituto. He pensado que usted sería la persona idónea, por experiencia y por sus buenas dotes como gestor. Así pienso exponerlo al primer ministro, si está de acuerdo.

A Kenneth le sorprendió la propuesta. Ese puesto solía reservarse para algún miembro de la nobleza o un militar de alta graduación. Él no era ni una cosa ni la otra. ¿Habría influido el peso político y social de su nueva familia? Le decepcionaría comprobar que su padre había presionado a *sir* William para que apostara por él.

—Estoy dispuesto a aceptar el cargo, pero me gustaría saber que la razón para tal ofrecimiento son mis méritos y no mi reciente vínculo con la nobleza.

Eckersley no ocultó su desagrado ante esas conjeturas.

—Es bien sabido que valoro la capacidad de una persona por encima de cualquier cosa, sin importarme los lazos familiares que pueda tener. Sepa que mucho antes de que saliera a la luz su relación con el marqués de Wisley había pensado en usted para ese puesto. Como le he comentado, es la persona que reúne las condiciones que exijo para desempeñarlo con solvencia. No me dejo presionar en una cuestión tan importante como esa. Este es un puesto de gran responsabilidad, del que depende la vida de muchos hombres y mujeres que trabajan para la Corona y que realizan una labor fundamental, de salvaguarda de nuestro país y de sus tradiciones, y muy peligrosa. La seguridad de estos agentes es para mí lo más importante.

—En ese caso, sería un honor servir a mi país en tan importante cometido.

La satisfacción se reflejó en el orondo rostro de *sir* William.

—Me alegra que acepte el compromiso, aunque, como bien sabe, esta es una responsabilidad que le exigirá grandes sacrificios personales para los que no todos están preparados —insinuó.

—Soy consciente de ello, señor —aseguró Kenneth.

Kenneth sabía a qué aludía su interlocutor. Tendría que renunciar a formar una familia, como había sucedido hasta ahora. Esa ocupación era muy exigente y pocas veces resultaba aceptada por una

esposa e hijos, que requerirían de una justa atención. Como él ya había decidido renunciar a ello, no le supondría ningún sacrificio.

—A su regreso de Escocia retomaremos la conversación y, si sigue interesado, haré la propuesta al primer ministro. Cuando tenga algo concreto sobre la misión que ha aceptado, envíeme un informe por las vías habituales.

—Así lo haré, señor.

—Le deseo suerte con sus gestiones personales, MacLennan.

Kenneth se despidió de *sir* William y abandonó el edificio. Le quedaba mucho trabajo por hacer antes de partir hacia aquellas tierras que se juró no volver a pisar.

Capítulo 7

Tras abandonar Whitehall, Kenneth se dirigió a la residencia Wisley, en Cavendish Square, en el aristocrático barrio de Mayfair, para despedirse de las damas Rawson como había prometido a su padre. Las encontró en el hermoso jardín del que Frances se sentía tan complacida, disfrutando del sol y de los juegos de los niños.

—¡Tío Kenneth, mi hermanito ya sabe andar! —exclamó jubilosa Alice, la hija de Julian, al verlo llegar.

La encantadora niña de casi seis años se dejó aupar por él. Le rodeó el cuello con sus bracitos y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Eso es estupendo, preciosa, pronto podréis corretear los dos juntos —la animó Kenneth, y caminó con ella en brazos hacia el lugar en el que se encontraba el resto de las damas.

Frances y Adele observaban al pequeño Charles, de un año, dar sus primeros pasos. Iba cogido de la mano de Claire, su madre, que lo animaba con cariñosas palabras.

—*Miladys*… —saludó Kenneth con una inclinación de cabeza, depositando a la niña en el suelo.

Alice corrió hacia su hermano y lo abrazó, haciéndolo caer sobre el césped. El pequeño comenzó a reír y rodar por el mullido suelo acompañado de su hermana y ante la mirada amorosa de Claire, que no podía ocultar la felicidad que sentía.

—Kenneth, querido, qué gusto verte. Ya me ha comentado Henry que pasarías a despedirte de nosotras. Tengo entendido que partes mañana hacia Escocia —comentó Frances, indicándole que se sentara junto a ellas.

—Así es, a primera hora. Es un viaje muy largo y no quiero demorarlo más o me darán las Navidades en aquel lugar.

—No tenía noticia del fallecimiento de tu abuelo. Siento su pérdida y el dolor que ese hecho te haya provocado. —La sinceridad de las palabras de Frances se apreciaba en sus bellos ojos claros.

La dama, que a sus cincuenta y tres años conservaba casi intacta la belleza que la había hecho destacar en su juventud, era una mujer muy perspicaz a la que muy pocas cosas de su entorno se le escapaban. Destacaba en ella su férrea tenacidad y su devoción a la familia, que era el centro de su existencia. Se sentía dichosa rodeada de sus hijos y, desde el nacimiento de sus nietos, su felicidad se había duplicado, de ahí que le costase tanto separarse de ellos.

Desde que la conoció seis meses antes, Kenneth sintió por ella un afecto que se había convertido en verdadero cariño. Él, que quedó huérfano siendo un niño, veía en Frances a la madre que perdió. Ella le correspondía de igual manera y no le importaba demostrárselo.

—Recibe mis condolencias, cuñado. Me han comentado que era el único familiar que te quedaba por parte de madre. Ha debido de ser un duro golpe perderle —intervino Adele, la esposa de Gregory, que se encontraba sentada junto a Frances.

Debido a su embarazo, Adele había reducido las visitas al hospital de caridad en el que colaboraba de forma altruista, lo que no debía de agradarle, pues poseía una naturaleza vivaz y compasiva. Tras su matrimonio, su aspecto había cambiado mucho, reconoció Kenneth. Su alta y delgada figura se había redondeado y su rostro mostraba una nueva expresión que la embellecía. También el vestuario y la forma de peinar su cabello oscuro le favorecían, habiendo perdido ese aire de solterona poco agraciada con el que la conoció y que, para asombro de muchos, logró conquistar el corazón de su hermano, uno de los solteros más codiciados de Londres, tanto por apostura como por méritos personales.

Estaba bonita y se la veía feliz en su nuevo estado. Kenneth se alegraba. Apreciaba a aquella mujer inteligente y resuelta que poseía una prodigiosa voz de soprano, lo que le habría cosechado muchos éxitos si hubiese decidido dedicarse al bel canto.

—Cierto. Aparte de algunos primos lejanos, mi abuelo era el único MacLennan que quedaba vivo. Me temo que ese árbol se ha secado —reconoció Kenneth con cierta tristeza pensando en sus antepasados, que habían llevado y defendido con orgullo su apellido.

—No tiene que ser así. Quedas tú para proveer de ramas al árbol de los MacLennan —puntualizó Frances, con su habitual agudeza.

Cuando el marqués de Wisley reconoció públicamente la existencia de su hijo mayor, le ofreció a este cambiar el apellido. A Kenneth le emocionó ese gesto con el que el resto de la familia estuvo de acuerdo, pero rehusó. El apellido MacLennan era lo único que le quedaba de su madre y quería conservarlo. Así se lo explicó a su padre, que entendió y respetó una decisión que lo honraba.

Kenneth aceptó la taza de té con una forzada sonrisa, pero no respondió a la velada insinuación de la marquesa. No tenía intención de formar una familia y, tras la conversación con su superior, ese convencimiento se había reforzado. El problema era que la persistente Frances no lo admitía. Mejor no entrar en terreno farragoso por el momento, se dijo.

Levantó su rostro hacia el cielo y recibió con agrado los rayos de sol que se derramaban sobre el tranquilo rincón del jardín en aquella cálida mañana de final de verano. La paz y la alegría que se disfrutaba en aquel hogar y que transmitían todos los miembros de aquella familia era un regalo. El cariño, un sentimiento que desconocía y al que se estaba acostumbrando con rapidez, parecía respirarse en cada rincón. Si alguna vez pensó que se podía prescindir de él, ahora advertía que estaba muy equivocado.

Claire, que había dejado a sus dos hijos vigilados por la niñera, se acercó a saludar a Kenneth y se unió a los pésames.

—Es una triste noticia. ¿Estabais muy unidos? —Ella, que había perdido a toda su familia, empatizaba con los sentimientos de su cuñado.

Claire era muy distinta a Adele en el aspecto físico. De baja estatura y belleza angelical, parecía una muñeca de porcelana, frágil y etérea. Pero al mirarla pocos adivinaban su temperamento resuelto y su gran determinación, que la había ayudado a salir de las situaciones más difíciles. Lo que sí se advertía en ella a primera vista era su carácter bondadoso que, al igual que su suegra, le granjeaba el cariño de todos los que la rodeaban.

Sus hermanos habían tenido buen ojo y mucha suerte en la elección de esposa, ambas mujeres excepcionales. Él no estaba dispuesto a correr el riesgo de que la fortuna no le sonriese. Prefería permanecer soltero.

—La última vez que lo vi fue hace dieciocho años —contestó Kenneth. Prefería no dar demasiadas explicaciones para no ensuciar el nombre de una persona fallecida.

¿Qué había sentido al enterarse de su muerte? Nada, se respondió, ni júbilo ni dolor. En contra de lo que pensaba, la noticia no le había alegrado. Esa animosidad que había albergado en su interior se había esfumado dejando solo indiferencia. Aunque los recuerdos continuaban bien vivos en su memoria para que no olvidara la peor época de su vida.

—¿Dónde está situado Dolmuck? —se interesó Frances.

—En las Tierras Altas, a unas doce millas de Inverness, en dirección oeste.

—Debe de ser un hermoso territorio —aventuró Adele, muy amante de la naturaleza.

—Lo es. El castillo se levanta a orillas de un río cercano a un pequeño lago. El clima no es benévolo, con inviernos muy fríos y lluvias casi todo el año, lo que hace que los caminos se conviertan en intransitables la mayor parte del tiempo, pero la tierra es rica en

pastos y favorece los cultivos; también hay frondosos bosques donde abunda la caza. En los terrenos de la propiedad se encuentran dos aldeas, Ferwey, la más cercana al castillo y la más poblada, y Caemloch, algo más alejada y en una zona agreste. A unas seis millas al norte está Kilmord, una población importante. Es una zona que se ha despoblado mucho en los últimos setenta años. Ahora apenas queda una décima parte de sus habitantes y muchas granjas están abandonadas.

—¿Y a qué se debe esa trágica circunstancia? —preguntó Claire consternada. Ella, que se hallaba muy involucrada en la explotación de la finca de Herfordshire, consideraba un pecado dejar abandonada una tierra fértil habiendo tantas bocas que alimentar.

—Han sido varias las razones. Ya antes del levantamiento jacobita de 1745 comenzó una lenta emigración de escoceses que no estaban conformes con la firma del Acta de Unión. El éxodo se incrementó tras la derrota y las leyes represivas que se impusieron como el desmantelamiento de los clanes, la confiscación de bienes a los vencidos o la prohibición de llevar armas. Sin embargo, lo que más ha influido en la despoblación ha sido el cambio en la forma de explotar la tierra por parte de los terratenientes. Han pasado de cultivarla como medio de subsistencia a dedicarla en su mayor parte a pastos para las ovejas.

—Oí hablar de esos desplazamientos masivos, pero pensé que había sido algo temporal —comentó Claire, que poseía una vasta cultura. Al morir su madre, su padre se desentendió de ella y la envió a un internado del que, tras nueve años, salió con una excelente formación que la capacitaba para desempeñar con soltura un empleo de educadora; tarea a la que se habría dedicado, y con mucho éxito, si no se hubiese cruzado Julian en su camino.

—Al contrario, han ido aumentado y aún continúan. El mercado de la lana está en auge y cada vez se dedican más tierras al pastoreo. Los antiguos granjeros tienen que buscar el sustento en otro lugar, desplazarse a la costa y convertirse en pescadores, o emigrar a las antiguas colonias americanas. Incluso han sido llevados a la fuerza muchos de ellos para trabajar como mano de obra barata en las plantaciones coloniales.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Frances—. ¿Cómo es posible que el Gobierno haya consentido esos atropellos?

—La mayoría son capturados en los asaltos a tierra en la costa noroccidental. El comercio de hombres es muy lucrativo y deja a las arcas de la Corona buenos dividendos. Es difícil acabar con ese negocio en el que todos se lucran menos los que son vendidos como

esclavos.

Kenneth conocía bien esa infame práctica. Durante una misión, en la que investigaba a los grupos nacionalistas irlandeses, se vio obligado a enrolarse en uno de esos barcos. Lo que presenció allí lo conmocionó. Con el informe que envió a sus superiores, la Armada logró apresarlo y liberar a los cautivos, pero Kenneth sabía que ese solo era uno de los muchos barcos que surcaban los mares con su infame carga.

—Me ha parecido detectar por tus palabras que no te agradan aquellas tierras —comentó Frances, siempre tan perspicaz.

—Siento haber dado esa impresión porque no es cierto. Tal vez se trate de los parajes más bonitos que haya contemplado en mi vida, con su belleza salvaje y natural. Lo que no me gusta es el carácter de la mayoría de sus gentes, ese apego a vetustas tradiciones que les impide evolucionar, como ha ocurrido en las Tierras Bajas. Muchos están anclados en la Edad Media, añorando los antiguos sistemas de clanes, hablando en gaélico y negándose a aceptar que ya no son un reino independiente —reconoció. Su abuelo era el mejor ejemplo, aunque no el único que pensaba de esa forma.

—No creía que estuviesen tan atrasados. En el último siglo se ha desarrollado una gran actividad cultural y científica en aquel país. Edimburgo se ha convertido en la cuna de las ciencias y ha dado importantes inventores e investigadores —se asombró Adele, muy interesada por los avances científicos. Poseía una notable formación en medicina y botánica transmitida por su padre, que antes de entrar al servicio de la Iglesia había estudiado Medicina en Oxford.

—Cierto, pero esa modernidad no ha llegado a las Tierras Altas, créanme, y menos a su parte más septentrional. Allí continúan viviendo en el siglo XVII —se quejó Kenneth.

—Ahora tienes una buena oportunidad para cambiar las viejas costumbres. Todos deberían beneficiarse de las ideas novedosas —insinuó Adele, muy sensible a las injusticias.

—No hay allí nada que me interese, por lo que considero innecesario implicarme —reveló Kenneth.

—A mí me parece una región muy interesante, plagada de leyendas y héroes. Me gustaría visitarla, pues solo la conozco por las novelas de *sir* Walter Scott —comentó Claire con entusiasmo.

Kenneth, que había leído las obras de Scott, pensaba que no se ajustaban a la realidad y, como en toda obra de ficción, había adornado los hechos e idealizado a muchos personajes. Él podía hablar desde la experiencia de las virtudes, que eran muchas, y de los grandes defectos de sus habitantes.

—Tal vez la visita del rey logre revertir ese proceso y dé un impulso hacia la modernidad en el territorio de las Highlands —opinó Adele.

—No creo que a nuestro rey le haya movido el deseo de conocer y valorar los problemas de las gentes de allí, teniendo en cuenta que se ha limitado a la zona que menos ayuda necesita —consideró Kenneth con desagrado. Como a muchos, esa visita tan comentada le había parecido una burda representación.

—Hemos de reconocer que algo positivo ha conseguido: ha despertado una auténtica pasión por la moda escocesa, lo que aumentará la producción textil y la demanda de lana. Todo caballero que se precie debe guardar en su armario un traje escocés a medida. Y hasta se atreven a lucirlo en algunas reuniones en la ciudad —se escandalizó Frances—. Si no has encargado uno, te puedo indicar dónde hacerlo. Aunque me han comentado que un equipamiento completo a lo *highlander* sale por una pequeña fortuna.

Kenneth estuvo de acuerdo. Desde la visita a Escocia de George IV, el furor por recuperar las antiguas tradiciones escocesas, que ya había comenzado a resurgir desde finales del siglo anterior, había rebrotado.

—Gracias, pero no es mi intención volver a utilizar un *kilt*. Ya tuve que llevarlo durante los años que pasé en Dolmuck y no es una experiencia que me agradaría repetir. Llevar las piernas al aire en un clima tan extremo como aquel es un acto de heroísmo. Nadie en su sano juicio se pondría uno habiendo usado los cómodos pantalones, reconoció. Esperaba que no se convirtiera en costumbre esa pasión por las viejas usanzas que supondría un retroceso y no un avance hacia la modernidad, como muchos deseaban.

Claire y Adele se miraron divertidas, pensando cómo les sentaba el exótico atuendo a sus maridos.

—¿Cuánto tardarás en regresar, querido? Aunque la temporada acaba de empezar, no es conveniente ausentarse durante mucho tiempo o las debutantes más cotizadas ya estarán comprometidas —le recomendó Frances, que continuaba con su empeño de buscarle una buena esposa.

Kenneth estaba preparado para esa pregunta y no dudó en contestar.

—No lo puedo precisar. Depende de lo que tarde en arreglar los asuntos de la herencia. Quiero dejarlo todo liquidado para no tener que volver en el futuro.

No tenía intención de pasar allí más días de los necesarios, pero tampoco le importaría retrasarse un poco por el camino si con

ello evitaba a las damiselas ociosas que Frances estaba deseosa de presentarle y que solo tenían una idea en mente: conseguir un compromiso de matrimonio.

Capítulo 8

Caía la tarde cuando Kenneth divisó Inverness. La ciudad parecía haber cambiado poco desde la última vez que la vio. Entonces huía de su abuelo, ahora iba a encontrarse con su legado.

Situada en la desembocadura del río Ness, las ruinas del viejo castillo (que en su día tomaran miembros de los clanes Fraser y Munro para entregarlo a la reina María Estuardo, a quien el gobernador le había negado la entrada) destacaban sobre el resto de las edificaciones.

Había viajado hasta Glasgow en diligencia durante cinco días, que le resultaron interminables, y no quiso continuar de ese modo. Decidió comprar un caballo y hacer el resto del camino en solitario. Aunque era más peligroso, tardaría menos y podría disfrutar de los hermosos paisajes que dejan sin aliento y respirar el aroma de aquella tierra fértil e indomable.

Gratos recuerdos lo asaltaron al adentrarse en tierras escocesas. La belleza salvaje de las montañas, con el elegante Ben Nevis, el silencio en las grandes planicies del Gran Valle salpicado de profundos lagos, el verdor de las praderas contrastando con los cobrizos y malvas del brezo que crece en sus laderas… Extensas tierras despobladas donde la silueta de castillos ruinosos o de casas solariegas deshabitadas rompía la uniformidad del agreste paisaje.

Desde Fort William había cabalgado siguiendo el lago Ness, que tanta nostalgia de su infancia le provocaba, con las montañas bordeándolo en empinados acantilados. Habían sido incontables las veces que se había bañado en aquellas frías y oscuras aguas cuando regresaba de una excursión de caza. Dougal se reía de él cuando advertía el temor en sus ojos y lo incitaba a superar sus miedos y a no creer en las historias que Grizela les contaba sobre el monstruo que habitaba en el lago. Recordaba con nitidez el rostro de espanto de Briana y cómo él emitía una risita nerviosa al contemplarlo, con lo que intentaba disimular sus propios temores.

Grizela, Dougal, Briana, Ewen… Su familia escocesa. ¿Qué habría sido de ellos?, se preguntaba con frecuencia desde que recibiera la noticia. Reconoció que el principal motivo para hacer ese largo viaje era volver a verlos. Podría haber resuelto todo el asunto a través del abogado, pero quiso tener la posibilidad de abrazarlos de nuevo. Y si alguno de ellos ya no se encontraba en este mundo, rezar

una plegaria ante su sepultura.

Antes de cruzar el río Ness por el viejo puente de piedra que llevaba a la orilla derecha, donde se levantaba la ciudad, Kenneth dirigió la mirada hacia el este. La extensa planicie donde en 1746 se libró la batalla de Culloden, en la que su bisabuelo cayó abatido luchando por sus ideales de independencia y libertad, parecía conservar su sombría atmósfera. «¿Habría sido todo distinto si él no hubiese muerto aquel día?», se preguntó.

No quiso torturarse más con amargas conjeturas y enfiló una de las calles que llevaba al centro de la ciudad, donde se encontraba el despacho de los abogados.

—Es un placer conocerlo, señor MacLennan. Siéntese, por favor —dijo Walter Finlayson, yendo al encuentro del recién llegado.

Kenneth estrechó la huesuda mano que el abogado le tendía y ocupó un asiento frente al amplio escritorio de roble que ocupaba el centro de la sala.

Finlayson centró su atención en el hombre que tenía delante. Su estatura y su fuerte complexión era lo primero que llamaban la atención, pero cuando se le miraba a los ojos, el brillo de inteligencia y decisión que desprendían aquellos iris de un azul grisáceo y la fuerte línea de su mandíbula impresionaban más que su envergadura. Un hombre notable, además de peligroso, al que nadie querría tener de enemigo.

Si llegó a desconfiar de la veracidad del informe remitido por el detective contratado por Angus MacLennan para buscarlo, esas dudas acababan de despejarse. Y en otro informe enviado apenas un par de meses antes, el detective le comunicaba que *lord* Henry Rawson, marqués de Wisley, había reconocido a Kenneth MacLennan como hijo habido con anterioridad a su matrimonio con lady Frances Rawson, marquesa de Wisley, lo que lo emparentaba con una de las familias más influyentes de la sociedad londinense.

—¿Desea tomar una copa? Tengo un excelente *whisky* de malta que me traen de una destilería de Speyside, legal, por supuesto. El mismo que nuestro rey degustó en su visita a Edimburgo y que tanto alabó —ofreció. Apenas tres años antes, la mayor parte del licor que se consumía en Escocia se producía en destilerías caseras y era ilegal, ya que los productores se negaban a pagar los impuestos que la Corona les imponía.

—No, gracias. Prefiero terminar lo antes posible con este trámite si no tiene inconveniente —denegó Kenneth.

—Como desee.

Finlayson se dirigió a un pequeño armario reforzado con gruesas planchas de hierro y doble cerradura que descansaba sobre una mesa en uno de los rincones. Sacó del bolsillo de su chaleco dos llaves de regulares proporciones que iban unidas a una cadena de oro y procedió a abrirlo. De su interior cogió una carpeta marrón cerrada con una cuerda. Regresó a la mesa y se sentó. Abrió la carpeta y extrajo de ella varios pliegos de papel y dos sobres lacrados. Se colocó los anteojos y comenzó a leer.

Yo, Angus MacLennan, señor de Dolmuck, en plena posesión de mis facultades mentales y…

Kenneth lo interrumpió.

—Cíñase a la parte que me atañe, por favor.

—Si es su deseo… —accedió el abogado—. Veamos. Como ya se le comunicó, su abuelo lo designó heredero de la mayoría de sus bienes, excepto algunas donaciones a parientes y a sirvientes más antiguos, como podrá comprobar en la copia del testamento que le hemos preparado.

Finlayson cogió de uno de los cajones de su escritorio un sobre que contenía la copia a la que se refería y se lo entregó a Kenneth, que lo guardó en el bolsillo de su levita.

—Pero la aceptación de estos —continuó el abogado— está sujeta al cumplimiento de unos requisitos que procedo a leerle.

Kenneth frunció el ceño. «Ya empezamos con condiciones», pensó. Debió imaginar que el viejo no se lo pondría fácil.

Finlayson cogió uno de los sobres lacrados y, tras mostrarle que el sello estaba intacto y que en el exterior aparecía la firma de su abuelo y de Murdock MacKay, lo abrió, desplegó la hoja de papel que contenía y comenzó a leer.

Para que mi nieto tome posesión de su herencia deberá cumplir una serie de requisitos que a continuación detallo.
Con el fin de que el linaje continúe puro, sin que se contamine más por sangre inglesa, deberá casarse con la hija de una buena familia escocesa, con arraigo de dos o más generaciones, antes de que trascurra un año desde la lectura de este testamento.
Ejercerá como verdadero laird de Dolmuck, ocupándose de la administración de las tierras y de la relación con los arrendatarios, lo que le obligará

a residir en el castillo al menos la mitad del año.
Deberá conservar para el señorío de Dolmuck las dos terceras partes de las tierras que haya recibido, incluido el castillo con todo lo que contiene y que únicamente legará a los descendientes habidos de su esposa escocesa si los hubiere.
De no cumplir con estas condiciones, o en caso de no tener descendencia de su esposa escocesa, el legado que hubiese recibido pasará a Briana Murray, de soltera Briana Fletcher y a Ewen Fletcher, o a los descendientes de estos si ellos hubiesen fallecido, según los términos de la segunda cláusula.
De los fondos no sujetos a renta podrá disponer sin que medie condición alguna.
La firma de abogados Finlayson e hijo, que ejerce como albacea testamentaria, se encargará de que estas condiciones sean respetadas.

Kenneth se quedó lívido al escuchar los términos que su abuelo imponía. Presentía que no iba a ser generoso ni tras su muerte, pero lo que planeaba era inadmisible: ¡quería atarlo a Dolmuck de por vida!

—Esas condiciones son inaceptables —dijo después de unos segundos, en los que consiguió apaciguar lo suficiente su furia para hablar.

Finlayson hizo un gesto de contrariedad. Comprendía que no le gustasen las disposiciones del testamento, pero tenía que convencerlo de que las aceptase. El marqués de Wisley era un aristócrata muy influyente y su hijo sería su cliente más importante. No debía perderlo.

—Es cierto que los términos no son todo lo satisfactorios que deberían tratándose de un heredero directo, pero no por ello se pueden considerar inaceptables. Todo puede ser relativo, y cuando se mira desde otra perspectiva…

—No hay otra perspectiva, señor. Mi abuelo siempre quiso vincularme a esta tierra y si pensaba que de esta forma iba a conseguirlo estaba muy equivocado. No quiero su herencia. Renuncio a ella.

Se sentía engañado y se reprochaba haber llegado a albergar la esperanza de que lo hubiese querido lo suficiente como para obrar con honradez, que hubiese reservado un lugar, aunque pequeño, en su corazón para su único nieto.

—Comprendo su desilusión, señor MacLennan, pero hay una

forma de que pueda recibir un tercio de su herencia.

Pocos días después de la lectura del testamento, Finlayson recibió la visita de Fergus Murray. El hacendado lo presionó para que le revelase el contenido de las dos cláusulas que permanecían sin abrir. Recurrió en primer lugar al soborno y, viendo que este no daba resultado, lo amenazó se forma solapada. Cuando comprobó que el abogado se mantenía firme, Fergus decidió contratar sus servicios. Quería que convenciese a Kenneth MacLennan de que le vendiese las tierras que iba a heredar, pagándole un precio algo inferior a lo que valían, aunque más elevado de lo que cualquier otro le ofrecería por ellas.

Finlayson no vio problema en aceptar el encargo. Se limitaría a hacer de mediador, lo que no suponía un conflicto de intereses con su cliente fallecido ni con su nieto, en caso de que este quisiese contratar sus servicios. Sabía que, si MacLennan decidía vender, la única persona que estaría dispuesta a comprar esas tierras era su vecino, que llevaba muchos años deseando adquirirlas.

Kenneth miró con interés al hombrecillo casi calvo, de gran nariz y mirada sagaz.

Cuando Finlayson vio que tenía su atención, continuó exponiendo su plan. No podría conservarlo como cliente, aunque procuraría que quedase satisfecho con su gestión. Era bueno para el negocio que personas importantes hablasen bien de ellos.

—Según las cláusulas del testamento, solo está obligado a conservar los dos tercios de las tierras y vender el otro tercio. De hecho, conozco a una persona interesada en comprarlas de inmediato y que desea hacerle una buena oferta. Es cierto que para acceder a todo ello debe, en primer lugar, casarse con una mujer escocesa; algo que no debería de suponerle ningún problema porque usted continúa soltero y creo que tampoco tiene una prometida esperando, ¿es así?

Kenneth lo miró con recelo. Era obvio que habían investigado su vida para llegar a esa conclusión.

—Lo es.

—Perfecto, porque dispone de seis meses para encontrar a una dama escocesa y contraer matrimonio. Y cuando haya vendido la parte de la herencia que queda libre de obligaciones, solo tendrá que incumplir las siguientes condiciones exigidas en el testamento y procederemos a despojarle de ella. Entonces podrá divorciarse si es su deseo.

—¿Y cuánto tendría que esperar para ello? —preguntó Kenneth, que comenzaba a parecerle factible el plan.

—No mucho. Una vez que todos los trámites se hayan

resuelto, y le aseguro que los aceleraré al máximo, podrá marcharse. Cuando comprobemos que han transcurrido más de seis meses sin que haya aparecido por aquí, lo que corroborarán muchos testigos, se le despojará de la parte de la herencia que quede y se distribuirá ateniéndose al contenido del segundo anexo.

Finlayson observó el efecto que sus palabras ejercían en Kenneth y, al ver que no reaccionaba de inmediato, continuó:

—Creo que es una solución muy ventajosa para usted, pues ese tercio del que hablamos son unos 1 000 acres, que le pueden proporcionar varios miles de libras. Y para ello solo deberá desposarse con una mujer con la que, si no lo desea, no tendrá que convivir. Seguro que encontramos a una que se preste a ese matrimonio por una módica cantidad. Hay muchas personas necesitadas a las que les vendría bien algo de dinero para sacar a su familia adelante: una hija soltera cuyo padre no tenga trabajo o una viuda sin recursos y algunas bocas que alimentar, por ejemplo. Son malos tiempos y en estas tierras parece que no acaba de llegar el bienestar del que disfrutan los habitantes de las Tierras Bajas y del resto del país.

Kenneth estaba valorando la propuesta del abogado. No era mal negocio, al fin y al cabo tendría que permanecer allí hasta que completase la misión que le habían encomendado, lo que le facilitaría el llevar a cabo las gestiones de venta y contraer matrimonio. Esta era la condición más difícil de cumplir, pero si servía para ayudar a alguien necesitado, bien valía la pena. No era una solución muy ética, aunque sí práctica y de la que saldrían beneficiadas muchas personas, incluidos los Fletcher.

—¿Estas condiciones deberán hacerse públicas? —preguntó Kenneth. Si eran conocidas no se prestaría a esa farsa. No estaba dispuesto a que todos pensaran que solo le movía el interés.

—Solo si así lo desea. Nadie, excepto usted y yo, conoce el contenido de esta cláusula. Como ha podido observar, el sello estaba intacto y la firma de Murdock MacKay aparece en el exterior como testigo, aunque sin conocer el contenido de esta.

—Déjeme unos días para pensarlo y le comunicaré mi decisión —resolvió Kenneth. No era algo que podía tomarse a la ligera.

—Como usted prefiera, señor MacLennan, pero recuerde que es conveniente poner en marcha el proceso lo antes posible, así podrá liberarse de las obligaciones que la herencia le impone y reincorporarse a sus habituales ocupaciones. Si le parece bien, puedo ir adelantando los trámites. Buscaré alguna candidata de forma anónima —propuso.

—Como desee.

Finlayson se animó ante la buena acogida que había tenido su plan.

—De los fondos depositados en el banco y que no están sujetos a las rentas otorgadas en el testamento, no se exige ninguna condición y puede disponer de ellos como desee. Dígame qué quiere hacer.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—El último informe del banco, con fecha de hace un mes, nos da una cifra de 1203 libras esterlinas. Ese dinero está depositado en un fondo que proporciona una buena rentabilidad.

A Kenneth le sorprendió la cuantía. Pensaba que iba a ser menor.

—Que continúe como está hasta que decida qué hacer.

Kenneth se levantó dispuesto a marcharse.

—Hay algo más para usted, señor MacLennan.

Finlayson le alargó un saquito de terciopelo negro cerrado con cintas doradas.

—Su abuelo me pidió que se lo entregara.

Kenneth lo abrió y volcó su contenido. El anillo de oro con el escudo de los barones de Dolmuck, el mismo que se reproducía sobre la puerta de entrada al castillo y que su abuelo llevaba en el dedo pequeño de la mano izquierda, rodó sobre la mesa. También había una nota.

Espero que lo lleves con orgullo, como todos tus antepasados hemos hecho.

Kenneth sintió como si un arma le hubiese disparado al corazón. Arrugó la nota y la tiró al fuego de la chimenea que calentaba la fría sala. La expresión de su rostro demostraba la extrema tensión que sentía.

—Debieron enterrarlo con él. Guárdelo para el auténtico barón de Dolmuck —dijo con la voz cargada de rencor, y salió de allí.

Había llegado ilusionado y se marchaba abatido, pero no podía consentir que sus problemas personales interfirieran en su trabajo. Tenía una misión que cumplir y, aunque no parecía complicada, debía centrar toda su atención en ella; ese era suficiente acicate para borrar de su mente las preocupaciones y centrarse en lo que tenía que hacer.

Buscó un hospedaje donde pasar la noche y después de quitarse el polvo del camino se dedicó a recorrer algunas de las tabernas más conocidas de la ciudad para tantear el ambiente. Por

experiencia sabía que era en esos lugares donde mejor podía recabar información. El alcohol desataba la lengua y él sabía bien cómo aprovecharse de esa circunstancia para hacer hablar a la gente.

Capítulo 9

Al día siguiente, Kenneth se levantó al alba y partió hacia Dolmuck.

Tras una noche en la que apenas había dormido en el incómodo camastro de la habitación alquilada, no estaba del mejor humor y así se lo explicó al posadero. Al observar el brillo peligroso que desprendía la mirada de su cliente, el hombre accedió a cambiarlo a una alcoba mejor, así como a hacerle una rebaja por la semana que iba a tenerla reservada.

Pero el malestar de Kenneth no se debía solo a las malas condiciones del aposento. La noche anterior había recorrido tres tabernas y recabado importante información y una buena cantidad de chismes, todo ello regado generosamente con el *uisge beata*[6] al que eran tan aficionados los habitantes de aquellas tierras. Lo que no esperaba, o no recordaba, era que la bebida resultase tan fuerte. Gracias a su gran tolerancia al alcohol, había logrado mantener cierta sobriedad hasta el final, pero no había podido evitar el terrible dolor de cabeza que ahora sentía y que incrementaba su malhumor general.

Volvió a pensar en la cuestión principal que tenía entre manos: el testamento de su abuelo. Ojalá no lo hubiese incluido en él, pensó, ya que le estaba ocasionando un buen dilema y muchos quebraderos de cabeza. Si esa era su intención al dejarlo como heredero, lo había conseguido.

No pensaba ceder a las exigencias, aunque con la alternativa que el abogado le había ofrecido no tendría que renunciar a ella en su totalidad y podría sacar algunas ganancias por la venta de las tierras. No lo necesitaba. Los ingresos por su trabajo y los dividendos de las inversiones que había realizado con bastante buen criterio le permitían vivir con comodidades y disponer de cierta solvencia económica, sin llegar a ser un hombre rico. Tampoco le interesaba hacer ostentación de su fortuna. Por el tipo de actividad que realizaba, debía mantener un necesario anonimato. Pocos imaginaban que el anodino señor Buller que tenía alquilado un modesto piso en un barrio de clase media era el propietario de una espaciosa residencia en St. James Square, pero no le vendrían mal esos miles de libras a los que el abogado había aludido. Un alto cargo del Foreign Office debía mantener un nivel social más elevado y ello suponía innumerables gastos.

Sería una pequeña farsa, casi como una representación teatral de las que tantas había presenciado en su infancia —y participado en ocasiones— cuando recorría los caminos de Francia con su madre y la compañía de actores, o cuando realizaba alguna misión y debía adoptar una personalidad distinta para trabajar de infiltrado. Se casaría, esperaría el tiempo necesario para liquidar la parte de las tierras que podía vender y se divorciaría, retomando su vida como si nada de eso hubiese ocurrido. No hacía mal a nadie. En cuanto a Briana y Ewen, sus parientes lejanos, era cierto que les arrebataría parte de la herencia, pero ¿acaso no se la merecía? Sería una compensación por haber soportado mientras vivió en Dolmuck la rudeza de su abuelo, su falta de generosidad, su ausencia de cariño… Sí, claro que se la merecía.

Le había pedido a Finlayson unos días para pensarlo, aunque ya lo tenía decidido. Aceptaría su propuesta y así se lo comunicaría a su regreso a Inverness. Se casaría con una mujer que reuniera las condiciones que exigía la cláusula del testamento. Sería un matrimonio de conveniencia que no pensaba consumar y que disolvería cuando fuese posible. No necesitaba crearse nuevos problemas, y una esposa e hijos los traían. Su profesión era demasiado arriesgada y absorbente como para permitirse distracciones de ese tipo.

De camino hacia Dolmuck las emociones volvieron a golpearle al compás de los recuerdos que le traían los parajes que iba atravesando. Decidió abandonar la ruta más transitada y cabalgar por las estrechas sendas que en el pasado tantas veces había recorrido junto a Dougal.

¿Por qué había decidido volver a aquel lugar en el que la mayoría de los recuerdos eran amargos? Por varias razones: comprobar si, con la ausencia de su abuelo, el castillo ya no le parecía tan lúgubre y reencontrarse con su verdadera familia escocesa: Grizela y Dougal, los fieles sirvientes de su abuelo, que lo habían querido, cuidado y protegido desde que llegó a Dolmuck, y con Briana y Ewen, aquellos niños a los que quiso como a hermanos, y que no lo recibirían con agrado, pues les había arrebatado su herencia.

Cuando las finas gotas comenzaron a caer, se caló el sombrero y espoleó al caballo. Quería llegar al castillo antes de que la lluvia lo calase por completo.

Briana subió con agilidad a la carreta y se cubrió la cabeza con el manto de lana para protegerse de la lluvia. Le quedaba un largo trayecto por delante y llevaba un buen retraso. Tendría que ir más rápida que de costumbre.

Como no había encontrado a Stew por ningún lado y Colin, el mozo de cuadra, tenía faena, había cargado ella las herramientas y los dos sacos de grano y lo había cubierto todo con una lona encerada para que no se estropeasen. Tenía intención de prestárselos a Donald Nicolson. La última cosecha había sido un desastre y apenas tenía para mantener a su numerosa familia. Con lo que le llevaba, podría sembrar de nuevo. Confiaba en que tuviese más suerte este año y pudiera pagarle las rentas atrasadas.

Tal vez era demasiado blanda, como Dougal le recordaba con frecuencia, pero le resultaba imposible cerrar los ojos ante las necesidades de los demás. Los niños de los Nicolson no tenían la culpa de que el clima, o tal vez la poca pericia de su padre, no contribuyesen a que las cosechas fueran abundantes. No iba a dejar que pasasen hambre.

Angus, en cambio, no lo habría consentido. Él se mostraba inflexible con los atrasos, pero desde que ella comenzó a encargarse de la administración de la hacienda, la situación había cambiado. Le faltaba valor para exigir el pago a una familia que no tenía ni para comer, y falseaba las cuentas para que no se advirtiese el déficit de ingresos, que pensaba compensar cuando recibiera su parte de herencia. Angus nunca lo advirtió y Ewen no se inmiscuía en ello si disponía de fondos suficientes para sufragar sus caprichos. Claro que entonces no pensaba que tendría que rendir cuentas a nadie.

No había sido así, y su situación era complicada, pero como era una persona resuelta terminaría encontrando una solución cuando se presentase el problema. Problema que no tardaría en llegar y que tenía nombre y apellido: Kenneth MacLennan.

Suspiró. No se trataba solo de la alteración de los libros de cuentas lo que la perturbada. Era lo más fácil de solucionar. Hablaría con el abogado para que le adelantase el total de la renta de ese año y repondría el déficit. ¿De qué vivirían su hija y ella entonces? Ya se las arreglarían, pensó con optimismo. Buscaría un empleo en el pueblo, y de no encontrarlo allí se marcharía a Inverness. El padre MacSimmons le había comentado que quería construir un colegio en Ferwey y necesitaría una maestra. Ese podía ser un buen trabajo, aunque apenas ganase para comer. Y lo desarrollaría con solvencia. Angus se había ocupado de darle una buena educación. Contrató a un tutor que les proveyó a su hermano y a ella de una buena educación, otra cosa que debía agradecer al viejo gruñón de corazón tierno que no todos supieron apreciar.

No obstante, mientras que Kenneth no llegase para hacerse cargo de la propiedad, ella continuaría administrando Dolmuck y

cobrando en especie. Él no tendría nada que reprocharle porque llevaba la hacienda como creía conveniente. Y, si no estaba de acuerdo, que se hubiese quedado allí para hacerlo personalmente como era su deber. Ahora tendría que acarrear con las consecuencias. Pero eso no le preocupaba. El mayor problema sería cómo lidiar con los sentimientos que aún bullían fuertes en su interior. Había luchado por sofocarlos, por reducirlos al máximo desde que comprendió, años antes, que él no iba a regresar. Lo necesitaba para que no le provocase más dolor y le permitiera conformarse con lo que tenía y ser feliz con ello.

No pudo ser.

Tras años de espera, de haberse negado a aceptar a los pretendientes que su padre le presentaba y, al final, verse obligada a casarse con Malcolm Murray, confió en que lograría pasar esa página de su vida y comenzar con ilusión una nueva. Creyó que podría arrancar de su corazón ese amor que se había enraizado con tanta fuerza. Lo intentó; nadie podía acusarla de no haberlo hecho. Malcolm era un buen hombre que la quería, pero ella fue incapaz de amarlo como se merecía y como esperaba… y él lo supo. Ahí comenzaron sus desdichas. ¡Maldito Kenneth MacLennan, que le había arrebatado cualquier posibilidad de ser feliz!

Cuando faltaba menos de una milla para llegar a la granja de los Nicolson, la lluvia arreció de golpe y la visibilidad se redujo tanto que apenas se divisaba el estrecho sendero, que se había convertido en un auténtico lodazal. Por ello, Briana no tuvo oportunidad de reaccionar cuando, en uno de los recodos, se encontró con un jinete que cabalgaba veloz en su dirección.

Tiró de las riendas para frenar al caballo y este se encabritó, elevando sus patas delanteras en protesta por la brusca maniobra. Emitió un grito de alarma al advertir que el carromato se inclinaba y vio con estupor cómo su contenido se deslizaba hasta el suelo y uno de los sacos esparcía su contenido sobre el embarrado camino.

Kenneth, que había acelerado la galopada en los últimos minutos cuando el aguacero comenzó a golpearlo con fuerza, se topó de improviso con el caballo que tiraba de un vehículo y apenas pudo esquivarlo. Frenó abruptamente y acabó en el suelo de forma estrepitosa. El golpe lo dejó desorientado por unos segundos. Tras recuperarse, se giró para levantarse. Había oído un grito y temía que el ocupante de la carreta hubiese sufrido peor suerte.

Cuando se levantó, advirtió que estaba cubierto de barro. Se pasó la mano por el rostro para eliminar los restos de suciedad que lo cubrían y el remedio fue peor. Desistió y se acercó para ver al otro

viajero. Se trataba de una mujer cubierta por un colorido tartán que se afanaba en recoger del suelo el grano que se había derramado de uno de los sacos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Kenneth con preocupación. Parecía no tener ningún daño físico, pues se movía con agilidad.

Briana giró la cabeza y lo miró unos segundos con gesto fiero.

—¿A usted qué le parece? ¡He perdido la mitad del grano que transportaba! —exclamó con voz desabrida, fruto del enorme disgusto que sentía, y continuó con lo que estaba haciendo antes de que la lluvia lo esparciera.

—La ayudaré. Puede que consigamos salvar algo —se ofreció Kenneth.

—¡No se acerque! —ordenó ella mirándolo con los ojos encendidos de furia. Apartó un mechón de cabello que le tapaba los ojos, lo que dejó un rastro de barro en él—. Ya ha hecho suficiente provocando este estropicio.

A Kenneth le molestó la reacción de la mujer.

—¿Qué insinúa? Usted iba por el centro del camino. ¿Por dónde pensaba que iba a pasar? —se defendió indignado. No consentiría que lo hiciese responsable de lo ocurrido cuando ella había sido la principal causante del encontronazo.

—Si no hubiese ido al galope, habría podido sujetar a su caballo.

—El tiempo no está para ir dando un paseo, señora. Si a usted no le importa empaparse, a mí sí. Solo me proponía llegar lo antes posible a mi destino —replicó mordaz, elevando el tono de voz para hacerse oír bajo aquella lluvia que no amainaba.

—Está muy equivocado si cree que me apetece calarme hasta los huesos, y menos que se estropee el grano que tanto esfuerzo nos ha costado cosechar. Yo también pretendía llegar a mi destino lo antes posible —contraatacó Briana en tono belicoso, y continuó intentando salvar la mayor cantidad posible.

—En ese caso, debería aprender a guiar a los caballos antes de lanzarse a los caminos como una insensata.

—No se atreva a decirme lo debo hacer. ¿Quién se ha creído usted que es? —Se le enfrentó con la mirada furibunda.

—La persona que me acaba de arrollar. ¿Se da cuenta de que he podido matarme al caer del caballo?

—Si no es capaz de soportar una leve caída no debería cabalgar por estos caminos, están llenos de surcos —le recomendó con mordacidad, y volvió su atención al grano esparcido. Tras unos

segundos, hizo un gesto de impotencia y rezongando por lo bajo desistió de su empeño y se puso a cargar los sacos y las herramientas.

«¡Qué mujer más irritante!», pensó Kenneth. Y estuvo tentado de marcharse de allí de inmediato. Su sentido de la caballerosidad se lo impidió y, sin mediar palabra, le arrebató el pesado saco de las manos y lo subió al carromato. Continuó con lo demás pese a las protestas de Briana, y cuando todo estuvo en su lugar lo volvió a cubrir con la tela y la aseguró con una cuerda.

Tras recapacitar, reconoció que tenía parte de culpa y quiso disculparse. La pérdida que había sufrido le supondría a su familia pasar escasez durante el invierno. No se la veía adinerada. La empapada vestimenta era de tela rústica y estaba desgastada por el uso. Un manto le cubría la cabeza y el cabello mojado se le adhería al rostro impidiendo apreciar sus rasgos y determinar su edad.

—Permítame que le restituya lo que ha perdido. Dígame cuánto le ha costado ese saco de grano y se lo pagaré. —Era lo menos que podía hacer. No se sentiría bien sabiendo que unos niños iban a pasar hambre por su culpa.

Ella lo miró por primera vez con detenimiento. Había perdido el sombrero y llevaba el cabello empapado y pegado al rostro, que estaba cubierto de barro y la lluvia formaba regueros en él, lo que no le impidió percatarse de su atractivo, a lo que se unía la elevada estatura, la fuerte complexión y la elegante postura, propia de un caballero. Pero la altivez que creyó detectar en su tono de voz la molestó. «Un maldito inglés dando limosna a los pobres escoceses», se dijo, y la irritación que sentía aumentó.

—Guárdese su dinero, señor, no lo necesito —le espetó con desprecio. Se subió a la carreta y prosiguió la marcha sin mediar más palabras.

De pésimo humor, Kenneth continuó el camino hacia Dolmuck. Si había olvidado el carácter huraño y desconfiado de los highlanders, ese encuentro acababa de recordárselo. Volvió a preguntarse por qué había regresado a aquellas agrestes tierras.

6 Agua de la vida (whisky) en gaélico escocés.

Capítulo 10

Después de un buen rato de rápida galopada bajo una incesante lluvia, Kenneth divisó la alta torre del castillo de Dolmuck, que destacaba en el horizonte. Contrapuestos sentimientos lo embargaron: dolor, resentimiento, añoranza y un cosquilleo de expectación que lo desconcertaron por su intensidad.

Lo recordaba como un edificio de piedra gris, frío e inhóspito, de largos y oscuros pasillos y estancias pequeñas y mal iluminadas. Lo que se le presentaba ante sus ojos era similar al que había visto por última vez, pero se apreciaban importantes cambios en su fisonomía. Una de las alas era diferente, de diseño más liviano, con numerosas ventanas y altas chimeneas que sobresalían de sus tejados de pizarra. Junto a ella, y separada de la construcción principal, se levantaba una pequeña edificación de ladrillo que debía tratarse de la casa de Grizela, que su abuelo le había legado en el testamento.

El castillo se había levantado sobre las ruinas de una vieja torre medieval tres siglos antes por el primer barón de Dolmuck, y desde entonces la mayoría de sus sucesores habían aportado algo a la construcción, modernizándola y ampliándola. El puente levadizo y el foso, que ya no ejercían ninguna función defensiva, habían desaparecido tras las últimas revueltas jacobitas, así como la mayor parte de la muralla que cerraba el patio de armas. Todo ello le hizo perder ese carácter de fortaleza que ostentaba un siglo antes, pasando a ser una mansión solariega como las que se podían encontrar en la campiña inglesa.

Cruzó el estrecho puente de piedra sobre el riachuelo, en el que tantas veces había jugado de pequeño, bañándose en verano y pescando con Dougal, y tomó el sendero franqueado de abedules que conducía al regio edificio.

También había cambiado ese corto camino de acceso. Parterres de rosales de diferentes tonalidades se vislumbraban en los laterales entre un cuidado césped, formando todo ello un bonito jardín en el que se divisaban pequeñas fuentes y algunas pérgolas que creaban zonas sombreadas. Le asombró que su abuelo hubiese consentido aquel despilfarro, pues era obvio que llevaba tiempo y dinero crear algo así y no hacía ni un año que había fallecido. Aunque no era tacaño, al menos con los que apreciaba, tampoco se le podía considerar espléndido y, sobre todo, era una persona práctica y no le

gustaba gastar recursos en adornos innecesarios.

Descabalgó ante la impresionante puerta de madera reforzada con adornos de hierro y ajada por los años. Su abuelo no había consentido derruirla, así como la parte de la muralla que quedaba en pie, y se empeñaba en echarle el cerrojo por la noche, recordó, como si con ello cumpliese con su deber de proteger el castillo.

El corazón se le aceleró a su pesar y los recuerdos lo golpearon con fuerza, como un mazazo en plena cabeza. La última vez que la cruzó era un jovencito y se marchaba para descubrir un mundo nuevo, con un incierto futuro por delante; ahora, ya adulto, volvía para reencontrarse con un pasado que le debía muchas explicaciones. Sabía que ya no las iba a encontrar.

Al entrar al que antaño fuera el patio de armas, donde tantos bravos guerreros se habían adiestrado para ir al combate, lo encontró desierto. Se dirigió a los establos, una amplia edificación ubicada en la parte trasera y a cierta distancia de la casa principal, para dar de comer y cepillar al caballo. Allí encontró, dormitando sobre unos sacos, a Stew, el caballerizo más antiguo que desempeñaba funciones de cochero. Debía de estar próximo a cumplir los setenta años y apenas quedaba algo del hombre fuerte y enérgico que él conoció.

Ante el sonido de los cascos del caballo, Stew abrió los ojos y los enfocó en el recién llegado.

—Buenos días, señor. ¿Qué desea? —le preguntó, levantándose de su improvisada cama.

—¿Cómo estás, Stew? Ya veo que te has olvidado de mí. ¿Tanto he cambiado?

El hombre se quitó el gorro y se rascó la cabeza, en la que apenas quedaban algunos pelos blancos.

—¡Que me aspen, si es el chico MacLennan! —exclamó con espontaneidad. Al darse cuenta de su excesiva familiaridad, rectificó de inmediato con gesto contrito—: Disculpe, señor MacLennan.

—Nada que disculpar. Sigo siendo el mismo Kenneth, aunque más crecido.

Stew negó con la cabeza.

—Ahora es el *laird* de Dolmuck, la situación ha cambiado —dijo de forma solemne—. Permítame el caballo.

Kenneth no quiso rebatirlo. Las tradiciones eran importantes para el anciano sirviente y él no iba a cambiar las cosas.

—¿Dónde se encuentra todo el mundo? —preguntó con mal disimulado anhelo.

Esperaba encontrar a Grizela, Crissa y Jane. Por el testamento sabía que Dougal había heredado un pequeño terreno al que dedicaría

sus esfuerzos. Le había alegrado enterarse de ese generoso gesto por parte de una persona tan egoísta e insensible como su abuelo.

A quienes no esperaba encontrar en Dolmuck era a los hermanos. Habrían huido de aquel lugar cuando tuvieron ocasión de hacerlo, al igual que él. Briana estaba casada con un Murray y Ewen, presumía, en Inverness, en la casa que su abuelo le había legado. Ya no serían aquellos niños que él apreciaba y cuidaba… y le guardarían rencor; pese a ello, no regresaría a Londres sin haberse encontrado con ellos.

—Deben de rondar por la casa. A Crissa la encontrará en la cocina preparando la comida y puede que a Grizela. Es donde pasa la mayor parte del día al ser el lugar más caldeado del castillo. Le viene bien para sus doloridos huesos. Del resto no le puedo dar noticias.

Kenneth dejó a Stew atendiendo al caballo y, con el corazón ligero, tomó el camino hacia la parte trasera del edificio. Se preguntaba cómo lo recibirían. ¿Lo verían como un usurpador de la herencia que debería haberle correspondido a Briana y Ewen? Sería de esperar, teniendo en cuenta que ellos habían estado allí y eran los que más se lo merecían.

Cuando llegó a la puerta, un familiar y delicioso olor a pan recién horneado lo asaltó. Sonrió para sí, agradecido de que algunas cosas no hubiesen cambiado en Dolmuck.

Grizela y Dougal se encontraban sentados alrededor de la gran mesa de madera y Crissa se afanaba en los fogones.

—Buenos días. ¿Le pueden dar cobijo a un viajero empapado? —preguntó, adentrándose en la amplia y caldeada estancia.

Todos se giraron al escuchar la fuerte voz varonil. Grizela fue la primera en reconocerlo. Se levantó y dio unos pasos hacia él con los brazos abiertos. Kenneth observó que los años transcurridos habían dejado su huella en ella. Continuaba siendo la mujer alta y robusta que recordaba, pero su cabello, que le gustaba lucir sin cofia, se veía encanecido por completo y numerosas arrugas surcaban su rostro; sin embargo, conservaba ese aire de vitalidad que la caracterizaba, aunque le costase mayor esfuerzo caminar. Y la gran sonrisa en su rostro sonrosado seguía siendo la misma.

—¡Cainnech, mi pequeño! —exclamó emocionada. Lo estrechó entre sus brazos y lo besó en las mejillas.

Kenneth, conmovido, respondió al abrazo con idéntica emoción. Al morir su madre, Grizela fue su consuelo y la persona que más lo quiso, y él le correspondía con idéntico afecto.

—No tan pequeño, Grizela —replicó con una sonrisa.

—Para mí siempre serás un pilluelo travieso. —El cariño que

sentía por Kenneth se apreciaba en el tono cálido de su voz. Se limpió con un pañuelo las lágrimas de alegría y lo miró con arrobo, su chico se había convertido en un guapo mozo.

Dougal acudió a recibirlo y le dio un gran abrazo. Kenneth observó que había envejecido mucho. De mediana estatura y gran fortaleza que Kenneth admiraba, ahora se lo veía algo encorvado y cojeaba un poco al andar. Pero era su rostro lo que más le impactó. Ese rictus de amargura que franqueaba su boca le daba un aspecto triste, tan diferente del hombre jovial que él recordaba, y que la genuina alegría que sentía por verlo no lograba compensar; también descubrió en sus pupilas cierto recelo que antes nunca estuvo allí.

—Te has tomado tu tiempo, muchacho. Estaba por ir a Londres a buscarte —comentó con socarronería.

Kenneth se alegró de que el sentido del humor siguiese intacto.

Crissa lo recibió con cariño, igualmente. Había cambiado poco. La oronda mujer de rostro pleno y expresión bondadosa seguía casi igual, tal vez su figura se había redondeado algo más y su espalda no se mostraba tan rígida como antaño, pero continuaba dando órdenes a la joven ayudante con la misma energía de antaño. Aunque le había dado más de un quebradero de cabeza cuando se colaba en la cocina y le robaba los pasteles recién hechos, sentía un gran aprecio por aquel niño desvalido que solo pedía algo de cariño.

Jane, a la que Stew había puesto al tanto de la llegada de Kenneth, entró en la cocina. Cuando él se marchó era una jovencita de su edad muy tímida y que prefería pasar desapercibida, ahora era una mujer con más aplomo y un brillo de felicidad en los ojos. Su corta estatura y el tono blanquecino de la piel continuaban siendo otra de las características que recordaba.

—Me alegro de su llegada, señor —dijo con su voz suave, bajando la mirada.

—¿Señor? ¿Has olvidado mi nombre acaso? —dijo Kenneth, y se acercó a ella para darle un abrazo, al que ella respondió con una risita nerviosa.

—Este es mi marido, Niall, nos casamos hace un año —dijo Jane con regocijo, señalando al hombre corpulento de ancho y bronceado rostro que había entrado detrás de ella—. Se ocupa de los jardines y de ayudar a Dougal en las reparaciones.

Niall inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Recién casados, entonces. Os felicito.

—Gracias, señor. Si me disculpa, continuaré con mis quehaceres —dijo Niall, y salió de la cocina.

—¿Tenéis niños, Jane, o es demasiado pronto? —preguntó Kenneth.

—Aún no hemos tenido suerte. Tal vez soy demasiado mayor —respondió sonrojándose.

—Pronto te verás bendecida con un precioso retoño. No pierdas la fe —aconsejó Grizela.

—Quítate ese gabán mojado. No vayas a coger un resfriado el primer día de tu llegada —le pidió Jane.

Kenneth se desprendió de la prenda y se la entregó. Se sentó a la mesa cerca del fogón. Crissa le colocó delante un tazón humeante del consistente caldo que solía preparar con carne, verduras y avena y una rebanada de pan, que Kenneth agradeció. Necesitaba entrar en calor después de la larga cabalgada bajo la lluvia y nada mejor que aquellos contundentes alimentos para recuperar fuerzas.

Le costó tomarle afición a ese plato, al igual que a otros de la gastronomía escocesa, acostumbrado como estaba a las recetas francesas que su madre preparaba, pero acabó convirtiéndose en uno de sus favoritos. No lo había probado desde que se marchó.

—¿Cómo es que has tardado tanto en venir? Te esperamos desde hace meses —comentó Grizela.

Kenneth no pudo eludir la respuesta.

—Recibí la noticia de la muerte de mi abuelo y de que me había incluido en el testamento hace apenas dos semanas. Me encontraba de viaje en tierras americanas y los abogados no pudieron ponerse en contacto conmigo. He venido lo antes posible —explicó. No le agradaba mentirles, pero tampoco podía dar demasiadas explicaciones sobre su trabajo. Muy pocos conocían a qué se dedicaba y quería que siguiera manteniéndose en secreto. Era lo más sensato en una profesión que requería de discreción y anonimato.

Para la mayoría era un simple funcionario del Gobierno que se encargaba de cuestiones comerciales, de ahí sus continuos viajes a países extranjeros, que justificaban sus ausencias que su trabajo le exigía. Esa debió de ser la explicación que dieron a los abogados cuando investigaron para ponerse en contacto con él. Aun así, procuraba camuflar su aspecto cuando estaba infiltrado realizando una misión. Si alguno de los presentes lo hubiese visto la noche anterior, en su recorrido por las tabernas de Inverness, no lo habría reconocido. El elegante inglés que había alquilado una habitación en la posada no tenía nada que ver con el ajado marino que, al rato, salió con disimulo por la puerta trasera y volvió a entrar ya de madrugada por el mismo lugar.

—Eso nos comentó el señor Finlayson cuando vino a leer el

testamento hace más de seis meses —dijo Dougal.

—Para mí ha sido una sorpresa. Creía que me había desheredado, como tantas veces anunció.

—Yo sabía que no se olvidaría de ti. Tu abuelo te quería —aseguró Grizela.

—En ese caso, me habría gustado que me lo dijera en alguna ocasión. —La vieja animosidad era patente en su voz.

—Él no era dado a las muestras de cariño. Tuvo una vida muy dura desde que nació, sin afectos, y eso marcó su carácter. —Como en tantas ocasiones, y a sabiendas de que no se lo merecía, Grizela quiso defender a Angus, su sentido de la lealtad le movía a ello. Le compadecía. Los demonios internos, que lo acompañaron toda su vida, le impidieron disfrutar de un momento de paz, convirtiéndolo en un hombre muy desgraciado, torturado por sus recuerdos, y que no supo aprovechar lo único bueno que la vida le había dado: aquel niño valiente y generoso que lo habría hecho muy feliz. Aunque nada disculpaba el trato que había dispensado a su nieto, ella que conocía su pasado, se sentía más proclive a perdonarlo.

Kenneth no quiso rebatir las palabras de Grizela, que no compartía. La buena mujer seguía siendo fiel a su abuelo.

Capítulo 11

Kenneth degustó con placer la ración de pastel de carne que Crissa le había servido y un buen trozo de tarta de grosellas silvestres, una de sus favoritas.

—He echado de menos estos manjares. En Londres no saben cocinarlos.

La cocinera sonrió contenta ante las halagadoras palabras y continuó moviendo con brío el guiso de venado que se cocía en la olla.

—¿Cómo está Rhona y tu hijo, Dougal? —se interesó Kenneth.

—Bien, al igual que los otros dos que he tenido después. Un niño y una niña.

Kenneth soltó una risotada y le dio una palmada en la espalda.

—Veo que no has perdido el tiempo.

—No ha parado hasta tener una gran familia —comentó la orgullosa abuela. Su hijo le había dado unos nietos maravillosos y eso la hacía muy feliz—. ¿Cuándo podremos conocer a la tuya?

—Yo no he tenido tanta suerte. Continúo soltero y sin hijos, que yo sepa —respondió con una pícara sonrisa.

—¿Cómo es posible? A tu edad ya deberías tener una mujer y varios niños aguardándote en casa —se extrañó Crissa que, sin separarse de los fogones, estaba pendiente de la conversación.

—No habré encontrado a la mujer adecuada. Tampoco mi profesión, con tantos viajes, es la idónea para formar una familia. —Trató de justificarse. Al recordar los términos del testamento de su abuelo y lo que el abogado le había propuesto para celebrar un rápido matrimonio, rectificó—: Aunque estoy pensando en cambiar eso en breve.

—¿Tienes una prometida esperando tu regreso? —insinuó Grizela complacida.

—Algo así. —Su respuesta fue muy vaga. No estaba en situación de dar demasiadas explicaciones.

—Y ahora que eres el *laird* de Dolmuck, ¿qué piensas hacer? ¿Dejarás tu trabajo y te trasladarás aquí, o seguirás viviendo en Londres y disfrutando de las rentas que la hacienda proporciona? —preguntó Dougal con mal disimulado interés.

Aunque Angus había sido muy generoso al dejarle la casa y el huerto adyacente, con cuya explotación podrían vivir él y su mujer,

tenía dos hijos que siempre estaban cortos de dinero y una hija que estaba por casar y a la que debía proporcionar una dote aceptable. El sueldo que le pagaban en el castillo le había servido para mantener a su familia e ir ahorrando unas libras. Si Kenneth vendía Dolmuck, su situación podía cambiar.

Había estado allí desde niño encargándose de mil cosas, desde atender a los caballos a realizar las pequeñas reparaciones que eran necesarias, cazar y cuidar de la huerta que abastecía a la casa y ayudar a Angus y a Briana en el trato con los arrendatarios y a su madre en todo lo que podía. Angus había delegado en él, pues Ewen demostró desde muy joven ser un irresponsable como su padre. El nuevo dueño, en caso de que Kenneth vendiese, tal vez no quisiera mantenerlo en su puesto, con lo que tendría que marcharse a la costa, como tantos otros, a faenar en los barcos pesqueros; y ya era mayor para esa ardua tarea.

—Aún no lo he decidido —contestó Kenneth.

No quería comprometerse. Aunque había tomado una decisión, no debía desvelar sus planes ni las condiciones que se le exigía para hacerse cargo de la herencia. Decidió cambiar de tema para no verse forzado a mentirles sin necesidad.

—He visto que se han hecho reformas en el castillo. Es insólito que mi abuelo se decidiera a gastar dinero en este viejo edificio, y menos en un jardín.

—Tuvo que hacerlo por el incendio —aclaró Dougal.

Kenneth se alarmó.

—¿Un incendio?

—Sí, hace cuatro años. Se inició en el primer piso, en la zona de los dormitorios principales que ocupaban tu abuelo y Briana con la niña. No sabemos cómo se provocó. Alguien debió dejarse una vela encendida que, al caer al suelo, prendió la alfombra —explicó Grizela. Omitió lo que se había venido comentado desde el incidente entre el resto del servicio. Briana acababa de abandonar a su marido y se había trasladado con su hija, que contaba un año, al castillo. Todos creían que al fantasma de la señora no le había gustado esa decisión, pero ella no creía en fantasmas.

—¿Resultó alguien herido? —Kenneth estaba impresionado.

—Por suerte, no hubo que lamentar ninguna desgracia. Catriona, la cuñada de Briana, había venido de visita y dormía en un cuarto al otro lado de la escalera. Oyó llorar a la niña y acudió. Fue cuando vio las llamas. Logró sacar a Nerys y alertó a los demás. Si no llega a ser por su rápida intervención, los tres habrían muerto esa noche —reveló Grizela con expresión de angustia.

—Tu abuelo quería reconstruir la parte dañada igual que la anterior, al final, Briana lo convenció de hacer una edificación más moderna. El jardín también ha sido cosa suya. Tiene muy buenas ideas y el *laird* sabía reconocerlo. En los últimos años ha estado ocupándose de la hacienda. —Dougal se sentía orgulloso de Briana. La quería como a su propia hija, y a Ewen, aunque él lo había decepcionado. Aquel niño alegre e intrépido se había convertido en un hombre resentido y pendenciero.

—¿Vivía aquí? Pensaba que lo hacía en su propio hogar o en la hacienda de su suegro. No debe de haber sido fácil para mi abuelo tolerar la presencia de un Murray en Dolmuck.

Grizela y Dougal se miraron. Fue ella la que habló.

—Malcolm Murray no vivía aquí, nunca lo hizo. Ella se trasladó a Dolmuck con su hija al año de casarse. Fue una desgracia que él muriera, pero supuso un descanso para nosotros.

—No sabía que Briana hubiese enviudado. —«Debí pedirle información a Finlayson sobre el estado de las cosas en Dolmuck», se recriminó Kenneth. No era lo mismo arrebatarle la herencia a un Murray, que eran enemigos de los MacLennan, a hacerlo a una viuda con una niña—. ¿Cuánto llevaban casados?

—Unos cinco años. El matrimonio no fue bien desde el principio y para ella fue una liberación, pese a que no era ese el final que hubiese querido —se lamentó Grizela.

—¿Qué ocurrió?

—Briana no quería casarse y acabó aceptando porque su padre lo acordó con Fergus. Tu abuelo se opuso sin ningún resultado, al fin y al cabo, Robert Fletcher era quien tenía la palabra. Se embolsó una buena cantidad por ese trato, que no tardó en dilapidar. —Grizela no se alegraba de la horrible muerte que tuvo, pero no se podía esperar otra cosa de un borracho que había consentido que su hija se sacrificase para evitar que él fuese a la cárcel por deudor.

—¿Cuándo murió el marido de Briana? Debe de estar desolada.

—Hace poco más de un año, en agosto. Se enzarzó en una riña de taberna y lo acuchillaron. No puedo decir que me alegrara, eso sería pecar contra el Señor. —Grizela, que era muy religiosa, se santiguó arrepentida por lo que había dicho—. Era un buen hombre y quería a Briana, pero hizo mal en secundar los planes de su padre y consentir en casarse con una mujer que no lo quería. Eso solo les trajo la desdicha a ambos. Apenas duraron un año juntos, ella lo abandonó al poco de tener a su hija. Fergus la presionó para que regresara con su marido, pero tu abuelo apoyó su decisión y la protegió dándoles

cobijo a ella y a la niña. A partir de ese momento, Malcolm no volvió a levantar cabeza. Se dedicó a beber y a buscarse problemas. Hasta que consiguió que lo mataran. —Un suspiro de pesar escapó de sus labios. Otra vez la desgracia sacudía los muros de Dolmuck. Ella no creía en maldiciones, pero todo apuntaba a que alguien le había echado una a aquella familia.

A Kenneth le impactaron las palabras de Grizela. Recordaba con cariño a aquella niña pelirroja y vivaracha, muy sensata para su edad, que ejercía de madre de su hermano pequeño con una encomiable abnegación.

—¿Y Ewen? ¿Qué ha sido de él?

—Ese es digno hijo de su padre, me temo; holgazán, juerguista y derrochador —declaró Grizela desilusionada.

—Madre… —la advirtió Dougal.

—No me callaré. Kenneth tiene que saber a lo que se enfrenta porque le va a crear más de un quebradero de cabeza, como ha venido haciendo hasta ahora con su hermana —respondió airada al aviso de su hijo. Y volviendo su atención a Kenneth—: Ha estado viviendo a costa de tu abuelo desde que nació sin corresponder en nada. Como ya he dicho, es un holgazán al que no se le puede encargar ninguna responsabilidad. Se pasa el día en las tabernas del pueblo o en Inverness, en las mesas de juego o en las casas de mala fama, gastando el dinero que no tiene y que tampoco va a poder devolver. Tu abuelo hizo muy bien en no dejarle a él más que lo justo para vivir.

Kenneth tomaba nota de lo que Grizela, tan locuaz como siempre, iba contando. Contaba con encontrarse problemas a causa de la herencia, pero parecía que estos iban a ser mayores de lo que esperaba.

—Entiendo. No deben de estar muy contentos con la situación. Me refiero a que me designase heredero de la mayor parte de los bienes.

—Puedes asegurarlo, en especial el chico. Esperaba ser el siguiente *laird* de Dolmuck, aunque por poco tiempo. Si le hubiese dejado la mitad de la herencia, como él creía, habría tenido que venderla para pagar las deudas; y ya sabemos quién se aprovecharía de ello. Tu abuelo lo vaticinó y eso debió influir en su decisión de dejarte la mayor parte de las tierras. No iba a permitir que Fergus se hiciese con ellas, como lleva años pretendiendo. Sabía que tú las conservarías para las futuras generaciones.

Kenneth no dijo nada. Las palabras de Grizela lo habían perturbado. ¿Cómo confesarles sus planes?

—Basta ya de cháchara. Tienes que cambiarte o cogerás un

buen resfriado. ¿Dónde está tu equipaje? —le apremió Grizela, levantándose.

—Solo he traído algunas prendas en las alforjas para pasar uno o dos días. Tengo que regresar a Inverness a poner las cosas en orden por allí.

Grizela indicó a Aileen, una de las doncellas, que subiera agua caliente al cuarto de Kenneth. La joven de cabellera azabache y ojos turquesa estaba sentada en un rincón de la cocina pelando patatas y no quitaba ojo a Kenneth ni oídos a la conversación. Ya tenía buen material para chismorrear con el resto de los sirvientes.

—¿Tengo un cuarto? —preguntó él sorprendido.

—Por supuesto. Lo tenía preparado desde la lectura del testamento, cuando supe que regresarías a Dolmuck.

Kenneth le dedicó una sonrisa y la siguió al primer piso, que ella subió con esfuerzo. Con más de setenta años, Grizela se encontraba fuerte y se empeñaba en ocuparse de todo, como siempre había hecho.

Llegaron ante una puerta al principio del largo pasillo donde se encontraban las dependencias principales. Grizela la abrió con una de las llaves que llevaba en un atado en su cintura.

—Pensé que te gustaría este, orientado al sur, igual que el que ocupabas de niño, aunque bastante cambiado. Briana convenció a tu abuelo de que instalara chimeneas en todas las habitaciones y grandes ventanas para que entrase más luz. Si quieres ocupar cualquier otro, mando prepararlo ahora mismo. Los aposentos de tu abuelo están al fondo del pasillo. No quisimos tocar nada hasta que vinieras. Los dos de enfrente los ocupan Briana y su hija. El de Ewen se encuentra en el ala oeste. Dice que así tiene más privacidad. De todas formas, apenas lo ocupa. Le gusta más la ciudad y cuando viene por aquí prefiere alojarse en cualquier fonducha o burdel donde duerme sus borracheras. —El tono de voz de la anciana revelaba el desagrado que esas costumbres le merecían.

—Este está muy bien, Grizela. Gracias. —Kenneth entró en él y depositó el ligero equipaje sobre la cama. Se volvió hacia la mujer y le alargó una pequeña bolsa de cuero que extrajo del bolsillo interior de su levita—. Esto es tuyo.

Grizela la cogió y vació el contenido sobre su mano. Cinco soberanos de oro aparecieron, brillantes y pesados. Lo miró con una muda pregunta en los ojos.

—Es lo que me prestaste… Y he añadido los intereses. Espero que estés conforme.

Ella volvió a guardar las monedas en la bolsa y se la devolvió.

—No fue un préstamo, Cainnech, fue un regalo.

—Esto también es un regalo. Por favor, me haría muy feliz que lo aceptaras. —La súplica en su mirada animó a Grizela a complacerlo.

—Está bien. Y ahora, quítate esas ropas húmedas antes de que enfermes y te conviertas en un lastre para todos —dijo con el mismo tono que empleaba cuando era un niño y regresaba empapado por haber estado jugando en la nieve. Se guardó la bolsita en el bolsillo de su falda y salió cerrando la puerta.

Capítulo 12

Briana regresó a Dolmuck al atardecer cansada y malhumorada. Los caminos embarrados hacían el viaje más lento y llegó a la granja de los Nicolson bien entrada la mañana. Pasó varias horas explicándole a Donald y a sus hijos cómo y cuándo debían sembrar y la forma de utilizar las herramientas que les prestaba. Compartió su frugal comida y ayudó a Mati, la esposa de Donald, a coser algunas prendas y bañar a los dos pequeños. Cuando terminó, el sol ya estaba bajo en el horizonte y tuvo que darse prisa si no quería que la pillara la noche por el camino. No sería la primera vez que un viajero imprudente era asaltado en aquellos parajes plagados de bandidos.

No todos eran malvados, reconocía Briana. Muchos de los hombres que rondaban por las tierras baldías y se dedicaban a expoliar a los viajeros eran personas desesperadas que solo pretendían alimentar a sus familias, al haber sido expulsados de las granjas que arrendaban y quedarse sin medio de subsistencia. Los reasentamientos que les habían impuesto en pequeñas franjas de tierras a lo largo de la costa occidental eran insuficientes para el cultivo o la cría de animales y solo les quedaba recurrir a esas medidas extremas cuando el hambre acuciaba.

Colin se hizo cargo de la carreta cuando Briana entró en el patio. El muchacho, que aún no había cumplido los veinte años, de rostro salpicado de pecas y pelo de un rojo encendido, era nieto de Crissa y Stew.

Briana bajó con rapidez y se dirigió a la casa. Llevaba todo el día sin ver a su hija y quería darle la cena, como solía hacer, y estar un rato con ella antes de que se fuese a dormir.

Pasó con prisas por la cocina y subió por la escalera de servicio hasta el primer piso. Buscó a Nerys en el cuarto de juegos, la antigua habitación de Ewen contigua a la suya, y no la encontró.

—¿Dónde está la niña? —preguntó a Mary, la niñera, que se dedicaba a recoger los juguetes esparcidos por el suelo.

—Se ha quedado con Dougal en las caballerizas mientras le preparo el baño —respondió con las carnosas mejillas arreboladas. Sabía que se había retrasado en sus quehaceres, pero fue incapaz de convencer a Nerys para que subiera a su cuarto.

Briana hizo un gesto de disgusto. A esa hora, su hija ya

debería estar bañada y preparándose para cenar. Cuando ella no estaba allí, las doncellas se relajaban. Grizela estaba demasiado mayor para supervisarlo todo, pero se negaba a descansar, que bien se lo había ganado, y a darle más quehaceres a Jane.

Bajó las escaleras y, atravesando otra vez la cocina, se dirigió a las caballerizas sin advertir los cuchicheos de Crissa y Aileen ni las disimuladas miradas que le dirigían.

Cuando estaba llegando al edificio vio salir por la puerta una figura que reconoció al instante. ¡El jinete del camino, el que había provocado que el caballo se encabritase y el carromato volcase su carga!

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó de malos modos, plantándose ante él con actitud belicosa. No olvidaba que por su culpa había perdido más de medio saco de buenas semillas.

Kenneth se sorprendió. Volvía a encontrarse a la mujer del camino y seguía igual de enfadada. Ahora que el pelo no le cubría el rostro reparó en su atractivo, con esos grandes ojos verdes lanzando furiosos destellos. No tuvo ocasión de responder porque Dougal salió de las caballerizas llevando de la mano a Nerys.

La niña se soltó de inmediato y fue corriendo hacia su madre.

—¡Mamá! —exclamó, alzando los bracitos para que la cogiera.

A Briana le cambió el gesto de inmediato y abrazó a su hija con placer.

—¿Cómo has pasado el día, cariño? —le preguntó tras darle un beso.

—Me he divertido mucho.

—Me alegro. Ahora debes subir. Mary te está preparando el baño —le indicó, depositándola en el suelo.

—¿Tú no vienes?

—Enseguida estoy allí. Tengo que hablar con este caballero. —Briana le dirigió a Kenneth una mirada torva, que se acentuó cuando descubrió la sonrisita que bailaba en su rostro.

El asombro no abandonaba a Kenneth. ¿Esa mujer era Briana? ¿Dónde se había quedado la niña delgada con la cabellera de fuego que lo miraba con embeleso? Aquel saco de huesos se había convertido en una hermosa mujer con un cuerpo voluptuoso que alteraba sus sentidos y le despertaba muchas emociones, nada inocentes la mayoría de ellas.

—Hasta mañana, señor —se despidió Nerys—. No olvide que tiene que enseñarme a montar.

—No lo olvidaré, linda. Yo siempre cumplo mis promesas.

Cuando su hija hubo entrado en la casa, Briana se encaró con

él.

—¿Puede contestarme? Le he preguntado qué se le ha perdido en este lugar —inquirió sin abandonar el tono beligerante que venía mostrando—. Si viene a reclamar algún daño por el incidente de esta mañana, le advierto que no estoy dispuesta a repararlo. Insisto en que usted ha tenido la culpa.

—Tranquila. No vengo a reclamar nada que no sea mío —respondió Kenneth de forma enigmática. Su sonrisa se ensanchó al ver que ella se encendía.

—Pero ¿cómo se atreve a…? —Briana hervía de indignación. Se acercó más a él con los puños apretados.

—Ya veo que no me reconoces —dijo divertido, antes de que ella recurriera a la violencia.

Briana entrecerró los ojos para abrirlos de inmediato de forma desmesurada cuando comprendió de quién se trataba. Su cerebro se negaba a reconocer lo que su corazón ya había presentido. «No puede ser él —se repetía en su interior—. ¡Tanto tiempo!».

—¡Kenneth! —exclamó con un hilo de voz. Sintió que le faltaba la respiración, ahogada por el tumulto de sentimientos que se le agolpaban en el pecho.

—Me alegra verte de nuevo, *pumpkin*[7] —saludó él, empleando aquel apelativo que solía utilizar cuando, en broma, se mofaba de ella, y que a Briana tanto le hacía rabiar.

Kenneth pareció titubear un poco. Al final, se acercó y la abrazó. Pudo más la alegría de verla que la cautela.

Briana se quedó rígida, sin responder a su abrazo. El impacto había sido tal que le costaba reaccionar. Él, convencido de que se debía a su descontento, la soltó y retrocedió contrariado.

—Y yo —murmuró ella haciendo un gran esfuerzo—. Disculpa, debo ir con mi hija. —Y sin añadir nada más, se alejó presurosa hacia la casa.

La brusca reacción de Briana confundió a Kenneth.

—Debiste imaginar que no iba a ser fácil, muchacho —comentó Dougal a su espalda.

—No esperaba otra cosa —mintió. Se alegraba de volver a verla y le dolía el rechazo que advertía en ella. Le habría gustado asegurarle que no se iba a quedar sin su parte de la herencia, pero no debía desvelar sus intenciones.

Briana se debatía entre la alegría y la furia. Encerrada en su cuarto, se paseaba de un lado a otro como siempre hacía cuando

estaba alterada. Necesitaba serenarse antes de bajar y enfrentarse a Kenneth de nuevo.

¿Cómo había reaccionado de esa forma?, se preguntaba. Debió estar preparada para ese reencuentro, lo llevaba esperando desde que se leyó el testamento. Era obvio que no lo estaba y no podía engañarse diciéndose que la dominaba el resentimiento porque no era cierto. Había otros sentimientos muy poderosos que bullían con fuerza en su interior y que no lograba dominar. Esos que llevaba intentando sofocar sin éxito y que no dejaron de acompañarla ni cuando todos le decían que él había muerto, porque ella, en su interior, sabía que continuaba vivo.

Ahora tenía que marchase, dejar esa casa en la que había transcurrido la mayor parte de su vida, el único hogar que había conocido. Su nuevo dueño y ella no tenían cabida en él. No podía continuar viviendo bajo el mismo techo del hombre al que había entregado su corazón siendo una niña.

Se preguntaba cómo no lo había reconocido cuando lo encontró esa mañana en el camino. Pero aquel muchacho desaliñado que ella recordaba no se asemejaba al apuesto caballero vestido con elegancia, dos pies más alto y con unos hombros tan anchos que resultaban imponentes. Ahora, sin el cabello y la suciedad cubriéndole el rostro advertía los rasgos que recordaba. Ahí estaba el hoyuelo de la barbilla, los ojos grises de mirada penetrante, el oscuro e indomable cabello… También había cambios. La mandíbula se había ensanchado y la sombra de barba, que antes no tenía, le daba un aire decidido y peligroso que distaba del rostro de juventud de inocente mirada que continuaba apareciendo en sus sueños. Seguía siendo él, pero este Kenneth MacLennan era mucho más maduro y, desde luego, mucho más atractivo.

Inspiró con fuerza. Se estaba comportando como una niña. Era una viuda de veintiocho años con una hija, así que debía actuar como tal. Y, aunque no podía olvidar el hecho de que él la despojaría de lo que se había ganado con tanto esfuerzo, no iba a dejar que ese resquemor la cegara. Al fin y al cabo, Kenneth no se lo arrebataba, había sido Angus quien se lo había legado y estaba en su derecho de aceptarlo.

Fue al cuarto de su hija. La niña estaba chapoteando en la bañera y sonrió a su madre cuando la vio aparecer.

—Sube la cena de Nerys, por favor. Y pregunta a qué hora se servirá la del resto —le indicó a Mary mientras se levantaba las mangas del vestido.

—Sí, señora.

La doncella se apresuró a obedecer y Briana terminó de bañar a su hija. La envolvió en un paño y la acercó al fuego de la chimenea para que el calor le secara el húmedo cabello. Cuando Mary regresó a los pocos minutos con una bandeja, Nerys ya estaba vestida con ropa de dormir.

—Dice Grizela que la cena se servirá a la hora de siempre en el comedor grande.

—Gracias.

Briana miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Faltaba casi una hora para las siete. Sentó a la niña en la pequeña mesa y le puso delante la bandeja.

—No me gustan los guisantes, mamá —se quejó Nerys, mirando con repugnancia el plato de estofado de cordero.

—Tienes que comerlos para crecer, cariño. ¿No querrás quedarte así de pequeñita?

—Vale, pero solo unos pocos.

Cuando terminó de cenar, Briana la acostó, la arropó con mimo y se tendió junto a ella. Como la niña estaba agotada, cayó en un profundo sueño a los pocos minutos.

—¿Sabes si ha llegado mi hermano? —preguntó Briana a Mary antes de salir del cuarto.

—No, señora. ¿Quiere que baje y lo averigüe?

—No es necesario. Quédate con Nerys hasta que yo suba, por favor.

Briana se dirigió a su habitación para prepararse para la cena. Si estuviera allí Ewen, el trance sería más llevadero, pensó. Así tendría que enfrentarse ella sola a Kenneth.

Se miró al espejo y gimió. Su aspecto era lamentable. Las ropas arrugadas y el cabello enmarañado. Se desvistió y procedió a asearse. Vertió agua de un jarro en la palangana y se lavó a conciencia. Se puso uno de sus mejores vestidos y se cepilló el cabello hasta que quedó brillante y lo recogió en un moño alto del que escapaban algunos coquetos rizos. Se echó en el cuello unas gotas de esencia de rosas del frasco que le había regalado Malcolm al poco de casarse, y se colocó los pendientes de oro con pequeñas esmeraldas que Angus le regaló al nacer su hija. Esas eran las únicas joyas que tenía, ya que, cuando decidió abandonar a su marido, le devolvió el anillo que él le había entregado al casarse.

Cuando estuvo satisfecha de su aspecto, se decidió a bajar. Esa iba a ser una larga velada, presagió.

7 Calabaza, en inglés.

Capítulo 13

Kenneth sacó el reloj del bolsillo de su chaleco y lo miró. Faltaban pocos minutos para que se sirviera la cena. Parecía que todo seguía igual. Se mantenían las viejas costumbres: cena a las siete en el frío y oscuro comedor, cuando a él le apetecía hacerlo en la gran cocina, con Grizela y el resto de los sirvientes. Aunque algo sí había cambiado: su abuelo no estaría presidiendo la mesa e imponiendo a todos su sombría presencia.

Como le venía sucediendo desde que había llegado a Dolmuck esa mañana, le asaltaron los recuerdos, la mayoría de ellos desagradables, que continuaban muy vivos en su memoria. Pero sintió que había desaparecido esa atmósfera pesimista que parecía envolver al castillo y la sensación de tristeza, de opresión e inseguridad que lo acompañó mientras residía en ese lugar y de la que le costó desprenderse, porque parecía que hubiese arraigado en sus huesos.

Cerró el libro de cuentas y lo dejó sobre la mesa. Tendría que pedirle a Briana que lo pusiese al tanto de la administración de la hacienda, ya que, según le había comentado Dougal, ella era la que se encargaba de esa tarea, así como de tratar con los arrendatarios.

Briana. Pronunció en voz alta el nombre y sus labios se curvaron en una espontánea sonrisa. Quién le iba a decir a él que aquella niña, a la que consideraba una hermana, se iba a convertir en la fascinante mujer que había contemplado una hora antes. Una gran sorpresa, al igual que el acaloramiento que había sentido al verla, que no tenía nada de fraternal.

No se recriminó por ello.

Briana y él eran parientes lejanos. ¿Por qué no podía sentirse atraído por ella al igual que ocurriría con cualquier mujer hermosa? Lo que no quería decir que esa atracción derivase en algo más íntimo. No sería honrado, ni creía que ella accediera si llegaba a proponérselo. Le había dejado claro la inquina que le tenía, algo lógico por otra parte. A él le habría ocurrido igual si hubiesen venido a quitarle lo que creía suyo y que se merecía.

Dougal lo había puesto en antecedentes durante esa mañana, en la que habían estado recorriendo algunas de las tierras que ahora le pertenecían. Le confesó que Briana era una excelente patrona, que había conseguido hacer rentable la hacienda al introducir novedosas ideas, como la compra de nuevas herramientas o el empleo de abonos

y fertilizantes que mejoraron las cosechas. Y, para asombro de todos, había acabado por convencer a su abuelo de que destinase una pequeña parte de las tierras a la explotación ganadera, como hacían sus vecinos.

Angus se mantenía reacio a dedicarse al pastoreo porque eso suponía eliminar tierras de cultivo con la consiguiente expulsión de algunos arrendatarios, pero Briana le demostró que se podían compaginar ambas cosas: aumentar las ganancias y mantener a todos los campesinos en sus granjas. También era una hábil negociadora, que conseguía buenos beneficios con la lana que producían las ovejas.

Era obvio que Briana había desarrollado una gran labor durante esos años, los tres últimos principalmente, en los que Angus había delegado en ella la gestión de la hacienda cuando comprendió que sus fuerzas le fallaban. Todo lo contrario de su hermano. Ewen había resultado una decepción para el anciano, que puso sus esperanzas en él cuando Kenneth se marchó. El joven nunca demostró el menor interés en ocuparse de la hacienda, dedicándose desde que tuvo edad para ello a correrse juergas y meterse en líos.

Ewen creía que Angus le dejaría la mitad de la herencia, le había revelado Dougal, y esa creencia lo llevaría a derrochar de la manera que venía haciéndolo, hasta el punto de acumular importantes deudas de juego que pensaba pagar con lo que recibiera a la muerte del *laird*. Ahora que apenas le habían tocado unas migajas, debía de estar muy disgustado.

Kenneth maldijo para sí. No pudo estar más equivocado al pensar que el asunto se resolvería de forma rápida y sencilla. Al contrario, el futuro se le presentaba poco halagüeño; algo más que agradecer a su abuelo.

Salió del estudio y se encaminó al comedor. Al pasar por el amplio vestíbulo, vio a Briana bajando la escalera y aguardó. Se quedó sin habla ante la visión que ella presentaba. Si ya le había parecido atractiva al verla un rato antes, ahora se sentía fascinado por su belleza.

«La señora de Dolmuck», se dijo.

Ella se merecía ese puesto más que él y que su hermano. No conocía los términos de esa segunda cláusula del testamento en la que la herencia pasaría a ellos en caso de que él no cumpliese con los requisitos impuestos. El abogado se había negado a violar la confidencialidad, aunque, conociendo a su abuelo, no iba a permitir que una mujer le sucediera, ni siquiera una tan capaz como Briana. Por muy incompetente que Ewen fuese, era un varón y ese era un mérito incuestionable para convertirse en el *laird* del castillo.

A Briana se le volvió a acelerar el corazón al verlo con aquella sonrisa que quitaba gravedad a su rostro. En ese momento sí se parecía al muchacho que ella recordaba y al que llegó a querer más que a nadie. ¿Qué sentía por él? El verlo había removido sentimientos que creía superados. Rencor, entre los más fuertes, por haberse marchado dejándola allí. Ahora, con la madurez que los años le habían otorgado, comprendía que él no pudo hacer otra cosa. Se vio obligado a marcharse o habría acabado ocurriendo una desgracia.

Y de haber huido con él como deseaba, ¿dónde habrían ido? Un jovencito y una niña, sin olvidar que no habría abandonado a su hermano en Dolmuck. Tampoco podía echarle en cara que hubiese incumplido su promesa de regresar por ella. La hizo forzado por la situación, medio en broma para contentarla. Era solo una fantasía, como muchas de las que poblaban su mente infantil. Kenneth había rehecho su vida a muchas millas de allí y solo ella tenía la culpa de haber sido tan tonta de esperar a que regresase para casarse. ¡Qué estúpida!

Cuando Briana llegó a su lado, Kenneth le ofreció el brazo y se encaminaron hacia el comedor. Ella reprimió el temblor ante aquella familiaridad. Se había preparado para aparentar indiferencia, pero no lo lograba. Kenneth era como un hermano para ella. Siempre había sido así, aunque se hubiese hecho falsas ilusiones.

—Quería disculparme por lo ocurrido esta mañana. Tienes razón, yo iba demasiado rápido. Pagaré el grano que se derramó —dijo Kenneth para romper el silencio, que comenzaba a ser incómodo.

—Disculpas aceptadas. Y, como te dije, no es necesario. De todas formas, ya lo has pagado. Salió de las provisiones que tenemos guardadas para el invierno —aclaró ella con una sonrisa.

Kenneth sonrió ante su fina ironía. «Me lo tengo merecido», pensó. Se sentía extraño ante ella. Aquella niña a la que quiso como una hermana había cambiado, y no podía evitar verla como una mujer muy atractiva y seductora que alteraba sus sentidos y endurecía su cuerpo. Inspiró profundamente. Mejor quitarse esas ideas tontas de la cabeza. Él estaba allí para sacar el mayor provecho que pudiera, el que se merecía, y no debía enredarse con otras cuestiones.

Llevaba demasiado tiempo sin disfrutar de los placeres carnales, unos cuatro meses si las cuentas no le fallaban. Tras la boda de Gregory, decidió visitar a un compañero de armas que vivía por los alrededores de Wisley Manor. La dueña de la posada en la que se alojó una noche, una viuda de buen ver y muy cariñosa, quiso convencerlo de la comodidad de su cama y… Pero esos no eran pensamientos apropiados, se recordó.

Entraron al comedor. Kenneth volvió a sentir el impacto de los recuerdos, en especial la última vez que estuvo allí, cuando discutió con su abuelo y este lo golpeó. Aquello fue la gota que colmó el vaso y lo que le decidió a abandonar Dolmuck sin ningún tipo de remordimiento.

La mesa estaba dispuesta solo para dos comensales. Briana ocupó su lugar, a la izquierda del *laird*. En la cabecera, donde Angus se sentaba, estaba preparado el otro servicio. Kenneth dudó.

—Ese es ahora tu sitio —le recordó Briana.

Él se sentó algo incómodo. Nunca pensó que pudiera ocupar ese sitio, ni lo deseó; ahora tampoco lo deseaba.

—¿Tu hermano no nos acompaña?

—Ha debido retrasarlo algún asunto en la ciudad —explicó Briana de forma vaga. Habría cogido otra borrachera y estaría en algún burdel durmiendo la mona, pensó, aunque eso era algo que Kenneth no necesitaba saber.

Ewen siempre había sido un desastre, pero desde la lectura del testamento resultaba difícil verlo sobrio. Temía el momento en el que se presentara allí. El enfrentamiento con Kenneth sería inevitable y, si surgía una pelea, él no sería el ganador. El hombre que tenía al lado se veía preparado y parecía de los que no se dejan avasallar.

Aileen y Hazel, una jovencita de la aldea de sonrisa fácil y rubios cabellos a la que solían llamar para que ayudara en el castillo cuando tenían invitados, se encargaron de servir la cena.

—Crissa se ha acordado de tus platos favoritos —mencionó Briana.

Sobre la larga mesa de madera de roble macizo, en la que se habían servido las comidas en Dolmuck desde tiempos inmemoriales, se encontraban dispuestas las diferentes viandas: el espeso caldo de cordero, cebada y verduras, que era el mejor reconstituyente para los fríos días invernales, la sabrosa empanada de salmón y huevos y el *haggis*, la contundente salchicha elaborada con carne, avena, cebolla y especias a la que Kenneth tardó en acostumbrarse y a la que acabó por tomarle el gusto; al menos la que Crissa preparaba, que era de sabor más suave por llevar carne de ciervo, y que acompañaba de puré de nabos y guisantes.

Para rematar aquel festín había *cranachan*, el delicioso dulce de crema, harina de avena y frambuesas en almíbar que tanto había echado Kenneth de menos. Todo ello acompañado de una hogaza de pan de centeno con mantequilla y una jarra de la oscura cerveza de malta que fabricaba Murdo Buchanan, uno de los arrendatarios.

—Me ha preguntado. Lo cierto es que no había vuelto a probar ninguno de ellos desde que me marché. En el resto del mundo no son aficionados a estos manjares.

—El resto del mundo se pierde muchas de nuestras excelentes tradiciones —apuntó Briana convencida.

—Como vosotros os perdéis las del resto del mundo —contraatacó él.

—Quizá tengas razón. Estamos demasiado encariñados con nuestro pequeño rincón. Tal vez vaya siendo hora de evolucionar y explorar nuevos horizontes, como tú has hecho —admitió. Era la primera vez que lo reconocía, y que hubiese sido ante él le resultaba aún más insólito.

Pero era cierto. No había viajado más allá de Inverness y le gustaría ver nuevos lugares y conocer culturas diferentes. En el fondo no podía culpar a Kenneth. Si hubiese sido hombre, también se habría marchado de Dolmuck. Pero las mujeres no pueden decidir, era lo que le habían enseñado. Dependían de un hombre: el padre, el marido, el hermano… Tenían que obedecer y sentirse agradecidas de esa protección.

Tampoco debía quejarse de la vida que había llevado. Si Angus no los hubiese acogido, habrían terminado en la indigencia, mendigando por las calles como otros muchos niños cuyos padres no podían mantenerlos. En cambio, ellos habían disfrutado de un techo confortable que los cobijó y una mesa bien repleta, sin olvidar el cariño recibido por parte de los moradores del castillo, incluido Angus.

El *laird* la quería a su manera y se lo demostraba de la forma que su adusto carácter le permitía: valorando su capacidad, otorgándole su confianza en los asuntos de la administración de la propiedad, oponiéndose a que su padre concertara ese matrimonio —que al final no pudo evitar—, abriéndole las puertas de su casa cuando decidió abandonar a Malcolm, protegiéndola ante un marido que la reclamaba, sin importarle provocar la ira de Fergus, que lo amenazó con demandarlo ante la justicia. Hasta llegó a venderle un trozo de tierra para conseguir que desistiera de su empeño, un gesto extraordinario para una persona que se había negado a vender un solo palmo de su propiedad y menos a su ancestral enemigo. Ese fue un gran acto de amor por su parte y ella procuró corresponderlo como se merecía.

A Kenneth le desconcertó el conformismo que detectó en sus palabras.

—¿Dónde se ha quedado la niña respondona y sabelotodo que

yo conocía?

—Gran parte lo he ido dejando por el camino, aunque no te descuides, porque puedo sacar las uñas cuando menos te lo esperes —bromeó.

—Esa sí es la *pumpkin* que yo conocí —admitió Kenneth con una carcajada.

Briana rio. Comenzaba a sentirse cómoda con él. Había vuelto la antigua camaradería y se alegró. Le debía mucho a Kenneth. Cosas intangibles pero importantes, como el haberle tendido los brazos cuando tanto ella como su hermano necesitaban ayuda, sus palabras de consuelo en los peores momentos y un hombro en el que llorar cuando lo necesitó.

Comieron en silencio durante unos minutos. Kenneth saboreó los platos que le traían recuerdos de su juventud. Había probado exquisiteces en sus numerosos viajes, pero esos sabores que te acompañan durante la edad del aprendizaje nunca se olvidan.

—¿Ha resultado duro durante estos años? —preguntó Kenneth mientras degustaba con placer el sabroso *cranachan* regado con una copa del oloroso *whisky* de malta al que se estaba aficionando. Imaginaba que sí, pero quería que ella se lo confirmase.

Briana lo miró. Lo había sido, la mayor parte del tiempo, y más aún los últimos años, cuando se vio metida en aquel matrimonio que nunca deseó. Y Kenneth tenía parte de culpa. Si hubiese regresado, no se habría visto obligada a casarse con Malcolm.

—Fue una dura época para todos por muchas circunstancias, pero si te refieres a la relación con tu abuelo, te diré que sí, fue más duro que antes de marcharte —admitió. Quedó en silencio durante unos segundos para continuar con una voz que rezumaba tristeza y dolor—. La incertidumbre de no saber si seguías vivo o habías perecido por el camino constituyó una tortura que acabó minando su salud. Su carácter taciturno y amargado se recrudeció. Todos opinaban que era por la edad, pero a mí no me engañaba. Yo sabía que era porque se consideraba responsable de tu marcha y esperaba que regresaras y, con ello, que le perdonaras sus errores, su falta de ternura, el maltrato injusto al que te sometía y del que estaba muy arrepentido, créeme. ¿Sabes que nunca permitió que nadie ocupara tu sitio en esta mesa? Siempre estuvo vacío, esperando que volvieras. Esa esperanza nunca lo abandonó, ni siquiera en el lecho de muerte. ¿Quieres saber cuáles fueron sus últimas palabras? —Fue una pregunta retórica, porque continuó sin esperar a que Kenneth respondiera—: «Nunca le dije que lo quería. No debí hacerlo responsable de las culpas ajenas. Él solo era una víctima inocente.

Espero que me perdone».

Kenneth permaneció en silencio, conmovido a su pesar por lo que Briana estaba contando, e intrigado por el significado que esas palabras pudieran significar. Debía referirse a su ascendencia inglesa, algo que despreciaba. Le costaba creer que su abuelo hubiese llegado a quererlo, como Briana afirmaba, aunque puede que su soberbia le impidiera reconocerlo, teniendo en cuenta su estigma.

—¿Por qué no lo visitaste en alguna ocasión para saber cómo estaba, para interesarte por los que dejaste aquí? —El reproche era patente en la voz de Briana, que tenía los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

—¿Y qué querías que hiciera? Él nunca me demostró el menor rastro de cariño. ¿Recuerdas cómo me trataba? —Sus palabras destilaban amargura, algo que creía haber superado. Pero no, continuaba allí, como dieciocho años atrás. Y no le importó mostrarla ante ella. Briana y Grizela habían sido sus confidentes, su consuelo.

—Pero era tu abuelo, tu familia, lo abandonaste… Y nos dejaste aquí solos para sobrellevar su desesperación.

Kenneth suspiró. No necesitaba que le echaran en cara su mal comportamiento. Ya se bastaba él para hacerlo. Reconocía que, por mucha animosidad que sintiese por su abuelo, debió recordar que tenía un deber hacia él y hacia los demás.

—¿Os trató mal?

—No, nunca nos maltrató. No era cariñoso y a veces la ira lo cegaba, como recordarás, pero era duro verle hundirse poco a poco. Yo lo quería. Se portó conmigo mucho mejor que mi propio padre.

Briana se levantó y salió corriendo de allí. Kenneth la vio marchar y no intentó detenerla. Tras unos minutos, se marchó con un fuerte sentimiento de culpa oprimiéndole el pecho. Si hubiese sabido…

Capítulo 14

Briana observaba por la ventana de su habitación a Kenneth y a Dougal ejercitándose con las espadas en el patio central. ¿Cuántas veces había contemplado esa escena?

Cuando era una niña le maravillaba la fuerza que se desprendía de aquellos músculos en tensión. Se sentía fascinada por los movimientos de la lucha simulada, los envites y retrocesos. Era como una danza primitiva por la supervivencia. Se podía pasar horas mirándolos. Recordaba el cuerpo adolescente de Kenneth, que ya anunciaba en lo que se iba a convertir, con los largos músculos apenas definidos.

Ahora era muy diferente.

El cuerpo de aquel jovencito alto y delgado que tanto le gustaba observar se había transformado en algo asombroso que le quitaba el aliento. Esa energía contenida y la tensión que se advertía en él eran maravillosas. Era un hombre magnífico, poderoso, arrebatador…, y ella se sentía cautivada.

Un espasmo en el vientre le recordó el tiempo que llevaba sin sentir la pasión de un hombre y cuánto lo echaba de menos. Aunque no llegó a amar a Malcolm, en ocasiones disfrutó del placer en sus brazos. Él era paciente y conseguía que gozara con sus caricias. Ella se esforzó en corresponder a esa dedicación durante los primeros meses de su matrimonio. Habrían logrado cierta armonía conyugal si él no le hubiese exigido algo que no podía darle. Nunca lo amaría y así se lo confesó. Quiso ser honrada, y fue un error. A partir de entonces, todo se estropeó. La convivencia resultó tan difícil y penosa que acabó abandonándolo.

Apartó de su mente los tristes recuerdos y volvió a centrar su atención en los dos hombres que combatían en el patio. En el pasado, Dougal se imponía con facilidad a su rival, ahora estaba teniendo serias dificultades para evitar ser vencido. Kenneth ya no era el alumno al que adiestraba para la lucha. Se había convertido en un buen contrincante difícil de doblegar.

—¿Te rindes? —preguntó Kenneth.

—Aún puedo vencerte con facilidad, mocoso —replicó Dougal entre jadeos. Su voz reflejaba el cansancio que el esfuerzo le causaba.

Kenneth esquivó un golpe con agilidad y soltó una risotada.

—No estoy tan seguro de ello. Admítelo, Dougal, te has vuelto más lento.

—Habla por ti. Yo continúo en plena forma. La vida sana es lo mejor para conservar las fuerzas, y no tragar el aire pestilente de Londres.

—¿Cómo sabes a qué huele el aire allí si nunca has viajado más lejos de Stirling? —Lo retó.

—En eso te equivocas. Estuve hace unos ocho años en Londres. Tu abuelo me envió. Quería encontrarte.

¡¿Su abuelo había enviado a buscarlo?! Kenneth se quedó estupefacto y descuidó la guardia, lo que el otro aprovechó para atacarlo por el flanco derecho y derribarlo.

—¿Lo dejamos por hoy? —sugirió Dougal con una sonrisa guasona, alargando la mano.

—Está bien. Pero mañana no tendrás tanta suerte —le advirtió Kenneth aceptando la ayuda y, con ello, la derrota.

Dougal soltó una risotada y ambos se dirigieron al pozo ubicado en uno de los extremos para refrescarse.

—No diste conmigo en Londres, según parece —señaló Kenneth, volviendo al tema que le intrigaba.

—En efecto. No pude localizarte.

—¿Y por qué fuiste allí? Podía haberme encontrado en cualquier parte del mundo. De hecho, así era. Una vez acabada la guerra y derrotado Napoleón, Kenneth abandonó el Ejército, pero continuó al servicio de la Corona. En esa época estaba en Francia trabajando para el Foreign Office. En unos meses se iba a celebrar el Congreso de Aquisgrán y su país representaba un importante papel como una de las potencias vencedoras.

—¿Recuerdas a John MacIver, que trabajó de palafrenero durante unos meses antes de alistarse?

Kenneth asintió. Un joven muy delgado y de ojos saltones del que los niños se reían a sus espaldas. Recordaba que iba detrás de una de las doncellas, que no le hacía caso. En una ocasión la acorraló en los establos y ella le propinó un fuerte rodillazo en sus partes nobles. Al quedarse sin respiración, la muchacha aprovechó para salir huyendo.

—Nos dijo que te había visto en Francia durante la guerra sirviendo en un regimiento inglés. Cuando fui a preguntar por ti, me comunicaron que te habían licenciado y no sabían tu paradero. Regresé sin haber dado contigo, aunque supimos que habías sobrevivido a la contienda. Tu abuelo me prohibió que lo dijera, y por

eso todos creían que pereciste en ella.

Dougal no quiso revelarle todo lo que MacIver le había contado, al igual que tampoco se lo contó en su día a Angus.

Recordaba la conversación mantenida aquella noche en la taberna, cuando se acercó para celebrar la derrota definitiva de Napoleón:

—¿Ha regresado el chico del *laird*, el rebelde que su abuelo no podía manejar y que acabó escapando de casa? —le preguntó MacIver después de su segunda jarra de cerveza.

—No tenemos noticias de él.

—Entonces os alegrará saber que seguía vivo hace unos meses. Me lo encontré cerca de París, pocos días antes de la batalla de Waterloo. Estaba en el campamento y era oficial, capitán de un regimiento inglés, nada menos. Y lo más curioso es que se encargaba de labores de espionaje y era uno de los mejores, según comentaban. Recuerdo que le llamaban *shadow*, por lo escurridizo que era. Había cambiado mucho, pero no podía ocultar esa fiera mirada, tan parecida a la de MacLennan. —Soltó una turbia risotada, fruto de la embriaguez, y continuó: Dale noticias suyas al viejo. Le interesará saber que su nieto no murió devorado por los lobos como temía.

Dougal se lo comentó a su madre. Él no era partidario de decírselo al viejo para que siguiese con la incertidumbre de no saber si Kenneth vivía o había muerto, lo que le estaba royendo por dentro. Quería que pagara de esa forma por el trato cruel que le había dispensado al chico casi desde que llegó a Dolmuck. Pero Grizela, que tenía un corazón blando, insistió en que se lo dijese, ocultándole cuáles habían sido sus funciones durante la contienda. Sabía que eso le amargaría la buena noticia de saber que continuaba vivo.

—A mi abuelo no le haría mucha gracia. De esa forma, se veía obligado a dejarme la herencia —aventuró Kenneth.

Dougal negó con la cabeza. Calificaba a Angus como un ser desalmado carente de afectos e incapaz de mostrar sus sentimientos hasta que su madre le contó una historia que permanecía oculta más de cincuenta años. Entonces cambió de opinión y casi llegó a entender su actitud… Casi, porque él nunca habría tratado de esa manera a un niño bajo ninguna circunstancia.

—Te equivocas. Su alegría fue grande y se sintió aliviado. Durante esos años pensó que habías muerto en el camino. Estaba orgulloso de ti, luchaste en una guerra y lograste sobrevivir. —Dougal sonrió y le dio una cariñosa palmada en la espalda—. A su manera, algo extraña, te quería. De todas formas, y por lo que yo sé, no pensaba incluirte en el testamento hasta unos meses antes de su

muerte, cuando redactó el último. Me envió a Inverness con el sobre que contenía los documentos para que se lo entregase al abogado. Dijo que con eso esperaba remediar algunas cosas. Supongo que se refería a la injusticia que suponía el anterior testamento, en el que dejaba a los hermanos herederos a partes iguales y el castillo quedaba en manos de Ewen.

—¿Y qué pudo haberle hecho variar de opinión? —se interesó Kenneth. No acababa de creer que su abuelo, en un último arranque de generosidad y amor filial, hubiese decidido cambiar el testamento.

—No estoy seguro, pero creo que comenzó a planteárselo cuando Briana se casó con Malcolm. Sabía que estaba dominado por su padre y que las tierras, tanto las de ella como las de su hermano, acabarían perteneciendo a los Murray. Cuando Malcolm murió comprendió que Fergus, como abuelo de Nerys, podría reclamar ante la justicia el hacerse cargo de la gestión de la herencia si acusaba a Briana de haber abandonado su hogar y a su marido. Ese hombre tiene influencia y la suficiente ambición y falta de escrúpulos para hacerlo, y hasta algo peor como enviarla a la cárcel. Angus intuyó que sus tierras irían a parar a Fergus, que era lo último que deseaba, y procuró que no se saliese con la suya.

Nerys vino corriendo hacia ellos. Dougal abrió los brazos para recibirla y la niña rio feliz cuando se sintió elevada por los aires.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó Kenneth.

—Voy a ir con mi mamá a recoger hierbas para la cocina. Dice que tengo que aprender.

—Eso está muy bien. ¿Crees que me dejará que os acompañe? —Kenneth había decidido pasar unos días más en Dolmuck. Se encontraba a gusto allí y con ello daba tiempo a Finlayson para que encontrase algunas candidatas adecuadas para convertirse en su esposa; quería tener opciones de elegir, en caso de que al final se decidiese a secundar ese plan. También quería dejar pasar unos días para continuar sondeando en las tabernas de la ciudad. Podía resultar sospechoso tanto interés y malograr la oportunidad de descubrir hasta dónde llegaba la conspiración segregacionista y cuáles eran los responsables de la esta.

—Claro. De alguna ayuda serás —dijo Briana, que se acercaba con una cesta en la mano.

Kenneth miró en su dirección y, al igual que la noche anterior, algo se removió en su interior, y no solo se trataba de alegría por verla. Cuando tuviera unos minutos, analizaría esas emociones que, debido a lo inesperado, le parecían más extraordinarias.

—Será un auténtico placer servir a tan bellas damas. Espero

estar a la altura de sus exigencias —dijo Kenneth, e hizo una exagerada reverencia.

La niña rio y lo imitó. Briana tampoco pudo evitar una sonrisa y que el corazón se le acelerada.

Kenneth cogió la chaqueta y el sombreo y las siguió hasta los establos.

—Colin, prepara a Melaza, por favor. Hoy viene Nerys conmigo —le ordenó Briana.

Esa yegua era la más mansa y la solía montar cuando llevaba a su hija. Por lo general, prefería al brioso Diablo, el mejor caballo del establo, un pura sangre inglés que Angus había comprado un año antes por sugerencia de la propia Briana, con la intención de dedicarlo a la cría. El negocio había sido rentable y en poco tiempo habían conseguido beneficios con la venta de los potrillos que había tenido Melaza.

El muchacho se apresuró a obedecer. Le gustaba Dolmuck y el trabajo que realizaba, por lo que se esforzaba en hacerlo bien para que sus abuelos consintieran en que se quedase. No deseaba regresar a casa de sus padres y acabar de pescador en las frías aguas del mar del Norte, como sus hermanos.

—¿Cómo es que no montas tu propio caballo, Nerys? —le preguntó Kenneth.

—No sé montar. Mi mamá no quiere enseñarme. Dice que es peligroso —explicó con naturalidad.

—Yo te enseñaré y te compraré un poni —le prometió en voz baja.

Nerys se sintió entusiasmada y corrió hacia su madre.

—¡Mamá, el primo Kenneth me va a enseñar a montar y me va a comprar un caballito para mí sola! —anunció con entusiasmo.

Briana miró a Kenneth con un brillo asesino en los ojos.

—Será por encima de mi cadáver.

Kenneth sonrió y se regodeó con el bello aspecto que mostraba la mujer que tenía delante. En eso no había cambiado. Cuando se enfurecía, sus ojos se convertían en dos esmeraldas brillantes y cautivadoras.

Capítulo 15

Cuando regresaron al castillo, después de una agradable cabalgada y con buenas provisiones de hierbas aromáticas y frutos para la cocina, era casi la hora del almuerzo. Tras descabalgar y dejar los caballos al cuidado de Colin, Briana subió con la niña a sus habitaciones. Hizo que Nerys se lavara y se cambiara de ropa y la dejó con Mary mientras ella bajó a la cocina para prepararle la comida. Por lo general, solían comer ambas con Grizela y el resto de los sirvientes, pero al estar Kenneth allí consideraba más correcto acompañarlo en el comedor.

Grizela se encontraba en la cocina y en su rostro se apreciaba un rictus de preocupación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Briana mientras se acercaba a los fogones para revisar lo que Crissa había preparado.

—Ha llegado Ewen —le informó la anciana.

Briana se quedó inmóvil. Temía ese momento desde el regreso de Kenneth.

—¿Dónde está?

—En la biblioteca, dando buena cuenta de los licores. Será mejor que vayas a hablar con él y le recomiendes que modere su carácter para evitar enfrentamientos. Me ha parecido que no viene de buen talante —la aconsejó.

Briana suspiró resignada y se apresuró a salir. Debía aleccionar a su hermano antes de que se encontrase con Kenneth, que se había quedado en los establos.

Kenneth se entretuvo ayudando a Stew, al igual que hacía cuando era un muchacho. Siempre le habían interesado los caballos y tenía buena mano con ellos, afirmaba el caballerizo. Estos se convirtieron en su refugio, el lugar donde acudía para huir de la casa y de la aspereza de su abuelo.

Cuando comprobó que se acercaba la hora del almuerzo, decidió ir a asearse y cambiarse de ropa. El ejercicio le había abierto el apetito y esperaba con ilusión los nuevos manjares que Crissa habría preparado.

Con una sonrisita de anticipación entró en la casa. En el vestíbulo, antes de subir a su habitación, se encontró con Ewen, que lo

esperaba en la puerta de la biblioteca con una copa en la mano.

—Hola, primo. Al fin has llegado. Ya comenzaba a pensar que estabas dispuesto a renunciar a la herencia. Aunque, como nunca te creí un estúpido, sabía que vendrías —dijo con una sonrisa socarrona a modo de saludo.

Kenneth se sorprendió. No reconocía en aquel hombretón de rasgos agraciados y mirada vidriosa al Ewen de seis años que había dejado al marcharse. Aun así, se alegró de verlo. Recordaba al pequeño que iba detrás de él como un cachorrillo juguetón. Lo apreciaba mucho y le constaba que él también lo quiso, aunque se temía que esos sentimientos habían desaparecido cuanto se enteró del contenido del testamento de su abuelo.

—Me alegro de verte, Ewen. No te habría reconocido. Ya no eres aquel mocoso con la cara untada de barro y los ojos llorosos que se escondía en los rincones más insospechados para evitar que lo encontraran después de alguna trastada —dijo con verdadera alegría. Sintió el impulso de abrazarlo, pero la actitud del otro, que continuaba apoyado de forma displicente en el marco de la puerta, lo frenó.

—Tú tampoco eres el muchacho larguirucho que prometió enseñarme a manejar la espada y que se largó sin despedirse siquiera —respondió Ewen. La acritud era patente en cada palabra, así como en el rictus que mostraba su rostro. Y no solo se debía al hecho de haberle arrebatado el legado que cría suyo, venía de más atrás.

Para Ewen, Kenneth había sido su hermano mayor, su referente, su modelo a seguir, el que iba a enseñarle a defenderse en la vida, el que lo acompañaría en su difícil camino a la madurez. Pero todos esos sueños e ilusiones se hicieron añicos cuando aquella mañana al levantarse Briana le comunicó la noticia. Y aunque su hermana le dijo que pronto regresaría a por ellos, no la creyó. Intuía que los había abandonado.

Lloró durante horas metido debajo de la cama hasta que Grizela lo sacó de allí y lo acunó entre sus rollizos brazos, consiguiendo que se durmiera.

—Fue una decisión repentina de la que no me arrepiento, si he de ser sincero —reconoció Kenneth. No sabía si Ewen conocía los hechos que ocurrieron esa noche y que precipitaron su marcha.

Comprendía su decepción. Su comportamiento de entonces no fue el más honrado. Pero él no era responsable de aquellos niños ni tenía medios para hacerse cargo de ellos. ¿Dónde habría ido? Si apenas pudo mantenerse él durante el primer año hasta que ingresó en el Ejército.

—No lo dudo. ¿Para qué mirar atrás? Y te ha salido muy bien la jugada, ¿no crees? Al viejo se le olvidó lo que dijo nada más largarte. Recuerdo muy bien sus palabras: «De ahora en adelante no quiero volver a oír pronunciar el nombre de ese bastardo. Ha muerto. No existe» —pronunció, imitando el tono hosco de Angus—. ¡Maldito mentiroso!

—¡Cállate, Ewen! Ya has dicho suficiente.

La voz de Briana se escuchó autoritaria. Ambos se giraron para verla plantada con las manos en las caderas y áspera actitud. Sus ojos expresaban la furia que la inundaba. No había podido llegar a tiempo de aleccionar a su hermano y estaba furiosa. No era cuestión de enzarzarse en una disputa con Kenneth. Él no tenía la culpa de que su abuelo hubiese cambiado de opinión a última hora, sin tener en cuenta que esa era su casa y ellos solo unos invitados.

—Ya me callo, hermanita. No he querido molestar a Kenneth con mis palabras. De hecho, me alegro mucho de volver a verlo. Cuando el abogado nos comunicó que seguías vivo y gozabas de buena salud, nos causó una gran impresión. Incluso se corrió el rumor de que habían encontrado tu cuerpo destrozado por las alimañas del bosque al poco de marcharte.

—Por suerte no ocurrió así. —Kenneth sintió un interior escalofrío al recordar aquel largo y peligroso viaje en el que llegó a pensar en muchas ocasiones que no llegaría vivo a su destino. Tras casi un mes en el camino, llegó a Londres hambriento y desarrapado, pero por su propio pie.

—La comida va a servirse en unos minutos. Cuando os parezca bien, podemos ir al comedor —se apresuró a decir Briana para evitar más polémicas.

—¡Cuánta ceremonia! Antes te gustaba comer en la cocina, ¿no es así, Kenneth? Pero, claro, ahora eres el nuevo *laird* y estaría mal visto —continuó Ewen con sus puyas, ignorando la mirada de advertencia de su hermana.

—No tengo preferencias por el lugar. Donde ella diga, a mí me parecerá bien. —Kenneth no quiso seguirle el juego. Sabía que lo estaba provocando y no iba a caer en ello. Debía tener paciencia. Ewen estaba decepcionado y ofendido, a él le habría sucedido igual.

Briana encaminó la marcha hacia el comedor seguida de los dos hombres. Kenneth con paso firme y decido y Ewen con cierta vacilación fruto de la ligera embriaguez que sentía. En la mesa habían añadido un servicio más. Kenneth se sentó en la cabecera y los hermanos en el lugar que solían ocupar. Aileen y Hazel sirvieron, como la noche anterior.

Comieron en silencio durante los primeros minutos. Kenneth y Briana con apetito, Ewen solo se dedicaba a beber sin apenas probar bocado. Briana hizo un gesto disimulado a Aileen para que retirara la botella de vino, pero Ewen lo advirtió y la agarró antes de que se la llevara.

—No te preocupes. No voy a acabar con las existencias de la bodega. Y, en todo caso, ya me encargaría de reponerlas. El viejo no me ha dejado en la indigencia, al menos. Ha sido muy generoso y con la renta que recibo puedo pagarme algún capricho de vez en cuando.

Briana mantuvo la mirada en el plato, abochornada por la actitud de su hermano. Miró con disimulo a Kenneth y vio tensión en su rostro. Estaba haciendo un gran esfuerzo por ser paciente.

—Kenneth, me gustaría comenzar lo antes posible a ponerte al tanto de la administración de la hacienda para que mi hija y yo podamos marcharnos. Si hubieras avisado de tu llegada, ya nos habríamos trasladado; como no sabíamos cuándo vendrías, preferí quedarme para supervisar todo. —Briana tenía pensado alquilar una casita en Ferwey hasta que pudiera ocupar la granja que tenía arrendada a Donald Nicolson. Este le había comentado que iba a dejarla antes de que llegase el invierno.

—Esperaba que continuaseis viviendo aquí. Hay espacio suficiente para todos. —El ofrecimiento de Kenneth era sincero. De todas formas, en pocos meses Dolmuck no le pertenecería.

—Eres muy generoso, pero no debemos.

—Habla por ti, hermanita. Yo pienso quedarme. Tengo pensado alquilar la casa de Inverness y…

Briana fulminó a su hermano con la mirada y este enmudeció.

—El castillo es tuyo y supongo que querrás dirigirlo a tu antojo. Nosotros tenemos nuestros propios hogares y allí es donde viviremos —continuó, con la mirada puesta en Ewen, al que había dirigido las últimas palabras—. Además, a tu futura esposa no le agradará tener invitados permanentes.

A Kenneth le extrañó el comentario de Briana hasta que recordó la conversación mantenida con Grizela en presencia de Dougal, Crissa y algún sirviente más en la que habían hablado sobre ello.

—No sabía que ibas a casarte, primo. Enhorabuena —dijo Ewen alzando la copa en un solitario brindis—. ¿Y cómo es que no te ha acompañado? ¿Acaso no le gustan los salvajes páramos escoceses? —preguntó en tono despectivo, intuyendo que la futura esposa de Kenneth era inglesa.

Criado en aquella casa, donde el dueño profesaba un odio

visceral hacia los ingleses y todo lo que con ellos se relacionara, era lógico que hubiese heredado esa inquina, pensó Kenneth.

—Esta tierra es muy hermosa, ¿a quién no le gustaría? —respondió Kenneth de forma evasiva, haciendo oídos sordos a las veladas ofensas que venía lanzándole Ewen desde el principio. Su profesión le había enseñado a conservar la sangre fría en cualquier circunstancia. El responder a las provocaciones, por pequeñas que fuesen, solo acarreaba problemas.

—Espero que se decida a venir. Ardo en deseos de conocer a la bella dama que te ha robado el corazón. Aunque me temo que no todos estarán tan contentos —insinuó con una risotada mirando a su hermana.

Briana trató de ignorar el comentario y continuó con los ojos fijos en el plato, consciente de que el rubor cubría su rostro.

Kenneth sonrió sin otorgarle importancia a las palabras de Ewen. Recordaba haberle dicho a Briana en alguna ocasión que se casaría con ella. Cosas de niños.

—Si te parece bien, comenzaremos mañana a repasar las cuentas, o, si lo prefieres, pondré al tanto de ello al administrador que designes —insistió Briana. Estaba decidida a marcharse y quería hacerlo lo antes posible.

—No tenía pensado contratar a ningún administrador. No será muy complicado.

—No lo es, aunque sí laborioso. Tu abuelo se hacía cargo de ello hasta hace unos cuatro años, cuando sufrió el primer ataque de apoplejía; a partir de entonces, me he venido encargando yo.

—No tenía conocimiento de esos ataques. ¿Quedó inválido? —preguntó Kenneth.

—Perdió bastantes facultades, pero no le imposibilitó para continuar con su vida.

—Muy cierto. Continuó siendo el mismo viejo tirano de siempre —interrumpió Ewen.

Briana miró a su hermano con enojo y continuó:

—Limitó bastante sus actividades. Ya no se ocupaba de los libros y del trato con los arrendatarios, lo hacía yo. Tampoco se ocupaba de la administración general de la casa, aunque eso era trabajo de Grizela.

—Briana se encargó de todo, como venía haciendo desde hacía tiempo. Y mira cómo se lo ha agradecido —volvió a quejarse Ewen.

Briana, que ya no toleraba más improperios, se giró y se encaró con él. Por muy caprichosa que hubiese sido la decisión de

Angus, algo discutible en todo caso, eso no le daba derecho a mostrarse maleducado ni a hacer responsable a Kenneth de ello con sus desagradables acusaciones. Veía cómo se estaba conteniendo y admiraba su temple, pero si su hermano continuaba por ese camino, acabaría con su paciencia, y, aparte de que era injusto, no les convenía enemistarse con él.

—Ewen, si vas a continuar con ese tono, deberías ir a comer a la cocina, como sueles hacer. —Le habló como cuando era niño y se ponía impertinente.

Ewen no replicó. Briana volvió su mirada a Kenneth, que mostraba una expresión indescifrable, y continuó con la conversación:

—Sería conveniente que visitaras a los arrendatarios y hablaras con ellos, así como con las autoridades de las aldeas. Saben que eres su nuevo *laird* y están deseando conocerte.

Kenneth había presenciado la pequeña disputa sin pronunciar palabra. No le agradaba que surgieran problemas entre los hermanos por su causa.

—Estaré dispuesto cuando te venga bien. Hasta dentro de un par de días no tengo intención de volver a Inverness, donde he dejado unos asuntos pendientes.

—Esta misma tarde, entonces. Son varias granjas las que hay que visitar y eso requerirá horas. Si te parece bien, podemos comenzar por la de los Martin, está bastante alejada y en sentido contrario al resto, lo que nos llevará varias horas.

—Yo lo acompañaré, hermana. No tengo ningún compromiso esta tarde y así haré algo productivo. De todas formas, pensaba acercarme por allí. Quiero proponerle un negocio a Lean Martin.

Briana miró a Kenneth como pidiendo su opinión.

—Como os parezca bien —aceptó él.

—En ese caso, esperaré en la biblioteca a que termines. A mí se me han quitado las ganas de comer. —Se bebió de un trago el contenido de la copa y se levantó, saliendo con paso algo inseguro del comedor.

Un incómodo silencio sobrevino a la marcha de Ewen. Briana se sentía avergonzada por la actitud de su hermano e intentaba encontrar las palabras para justificarlo ante Kenneth.

—Disculpa su grosero comportamiento, por favor. Para él ha sido un duro golpe ver que se desvanecían sus sueños —dijo al fin, evitando su mirada.

—Lo entiendo. Yo habría reaccionado igual y volcaría mi enfado sobre la persona que me hubiese usurpado el patrimonio, fuese ella responsable o no. —Kenneth quiso tranquilizarla con sus palabras,

aunque no sentía lo que acababa de decir. Ewen mostraba una debilidad de carácter que le desagradaba. Confiaba en que cambiara o tendría muchos problemas en su vida.

Miró a Briana y percibió la tensión en su rostro. Quería a Ewen, eso era obvio. Ella había sido más una madre que una hermana para él, y debía de ser duro ver en lo que se estaba convirtiendo. Estuvo tentado de exponerle sus planes, de decirle que no se preocupara, que parte de la herencia les sería entregada, pero decidió callar.

A Briana le agradó la comprensiva actitud de Kenneth. Siempre tuvo un gran corazón y mucha paciencia, también una gran habilidad para tratar a los niños, a pesar de su corta edad. La había ayudado innumerables veces a calmar a Ewen tras alguna rabieta, o a consolarlo cuando estaba triste. Estaba convencida de que sería un gran padre.

Terminaron el almuerzo y ambos se dirigieron a la biblioteca.

—Tómate una copa de este estupendo brandi para coger fuerzas, Kenneth, el camino es largo —sugirió Ewen, que ya había dado buena cuenta de él.

—No suelo beber, y menos antes de subirme a un caballo. Tú deberías hacer lo mismo. Sabes lo peligroso que es. Me han contado que tu padre murió al caer por un barranco cuando regresaba a casa después de haberse pasado la tarde bebiendo en la taberna —le recordó Kenneth con mal disimulado malestar.

—No te creas todo lo que te cuenten. Ese es un bulo que corre por ahí. En realidad, mi padre murió en un accidente. El caballo se rompió una pata y eso hizo que se precipitase al vacío.

Briana calló. Si su hermano prefería creer la historia oficial a la otra, que era la verdadera, no iba a desilusionarlo.

Ewen apuró la copa y se levantó con agilidad.

—Pongámonos en marcha, entonces, o nos caerá la noche de regreso. Estos bosques son peligrosos cuando la luz se extingue. Continúan campando a sus anchas partidas de asaltantes, y no queremos que le ocurra nada al *laird*, ¿no es así, hermanita? —La miró con guasa, sin inmutarse por el gesto desabrido que Briana le dirigió, y soltó una carcajada.

—Sera mejor que os acompañe —intervino ella. No le gustaba la actitud de Ewen, lo creía capaz de cometer una estupidez.

—¿Temes que no sepa hacer el trabajo? —replicó Ewen ofendido—. Me hiere tu desconfianza.

—No te preocupes, Briana. Todo irá bien —la tranquilizó Kenneth. Desconfiaba del interés de Ewen por acompañarlo. ¿Qué

pretendía?, se preguntó. Si pensaba tenderle una emboscada iba a quedar decepcionado.

Muy a su pesar, Briana tuvo que verlos partir. Tenía un mal presentimiento.

Capítulo 16

Durante algunos minutos, Kenneth y Ewen cabalgaron a buen ritmo en dirección a la granja de los Martin.

Kenneth no bajaba la guardia, convencido de que Ewen tenía una doble intención. Ese interés en acompañarlo era inusual. Su fino olfato para detectar el peligro, que le había salvado la vida en varias ocasiones, le hacía estar alerta.

Cuando llegaron a un pequeño bosquecillo que debían atravesar, aminoraron la marcha y Ewen aprovechó la ocasión.

—¿Cuáles son tus intenciones, Kenneth?

—¿A qué te refieres?

—A la propiedad que has heredado, por supuesto. Lleva un gran trabajo ocuparse de tanta extensión de terreno con varias granjas. Tanto mi hermana como yo podemos dar buena fe de ello, ya que hemos estado ocupándonos estos últimos años. Y se necesita de la presencia constante del *laird* para imponer autoridad. En cuanto a los beneficios, tampoco son gran cosa. Dan para vivir sin grandes lujos, en especial si insistes en mantener a los arrendatarios. Lo único que está dando dinero es la cría de ganado lanar, algo de lo que el resto de los terratenientes ya se benefician. Pero tu abuelo persistía en mantener las tradiciones y continuar con los arriendos.

Ewen se atribuyó con descaro un mérito que no le correspondía, lo que no engañó a Kenneth, que estaba informado de las andanzas del joven. Se pasaba la mayor parte del tiempo en Inverness entregado a sus vicios y solo recalaba por Dolmuck para pedir dinero a su hermana, que acababa dándoselo a escondidas de su abuelo. Debió de ser una gran decepción aquel muchacho, en el que Angus había puesto todas sus esperanzas al tratarse de un descendiente puro de los MacLennan, sin contaminar por sangre inglesa como era su caso.

—Soy consciente de ello, Ewen. —No le era desconocido el proceso por el que había pasado aquella comarca, que parecía haberse acelerado en las últimas dos décadas.

—Lo comentaba porque me resulta difícil de creer que estés dispuesto a dejar tu vida en Londres y ese magnífico empleo que dicen que tienes para el Gobierno inglés, con continuos viajes por todo el mundo, para enclaustrarte aquí, en este lugar perdido en el que la única diversión es evitar morir congelado en invierno.

—Aún no he decidido lo que voy a hacer. Pero descuida, cuando lo sepa, tú serás el primero al que se lo comunicaré —ironizó.

—Gracias, primo. Tal vez pueda ayudarte a tomar una decisión. Sé de buena tinta que hay una persona muy interesada en comprar las tierras que quieras vender. Esa persona te haría una buena oferta por ellas, la mejor que podrás encontrar. Así te verás liberado del compromiso de administrarlas y podrás continuar con tu vida, pero mucho más rico de lo que eres ahora —propuso Ewen, utilizando sus mejores dotes de persuasión.

Fergus le había ofrecido una buena cantidad si convencía a Kenneth de que le vendiera las tierras. En vista de la precaria situación en la que el viejo lo había dejado, eso le supondría una inyección de capital con la que taparía la boca a los acreedores, que le reclamaban las deudas contraídas.

—¿Puedo conocer el nombre de ese comprador? —Kenneth imaginaba de quién se trataba. No podía ser otro que Fergus Murray, el suegro de Briana y propietario de una considerable extensión de tierras al norte de las de su abuelo; con seguridad, el mismo que Finlayson le había comentado. Se dedicaba a la cría de ganado ovino y necesitaba pastos frescos para sus rebaños.

—No puedo desvelarlo aún, prefiere permanecer en el anonimato. Pero te aseguro que su oferta no podrá ser mejorada por nadie.

—Entiendo —se limitó a decir.

Kenneth presumía que la mediación de Ewen no iba a salirle gratis a ese comprador, de ahí su interés en convencerlo, pero si revelaba el nombre se arriesgaba a que los trámites se realizaran sin intermediarios y la probable recompensa se esfumaría. Acuciado como estaba por las deudas, deseaba acabar con el tema lo antes posible.

—¿Qué te parece la propuesta? ¿Puedo decirle que estás dispuesto a vender? —preguntó ilusionado. Ya se veía con el dinero en el bolsillo.

Kenneth no necesitó meditarlo. Después de todo lo que había escuchado sobre Murray de boca de Grizela y Dougal, y recordando la animadversión que su abuelo le tenía, no iba a consentir que obtuviese lo que deseaba. Ya encontraría otro comprador.

—No. Y si ese posible comprador es Fergus Murray, puedes decirle que no pienso venderle ni un puñado de las tierras que me ha legado mi abuelo —le advirtió tajante.

El rostro de Ewen cambió de la ilusión a la ira en segundos.

—¿Se puede saber por qué te niegas a vendérselas, en caso de que sea él? —preguntó, sin querer admitir que era Fergus la persona

interesada.

—¿Necesitas que te lo explique? Mi abuelo nunca permitió que se hiciera con ellas y yo no voy a entregárselas. No cometeré esa traición a su recuerdo y tú deberías guardarle la misma consideración, teniendo en cuenta que te recogió cuando estabas prácticamente en la calle, te crio y te ha proporcionado un medio de vida.

—¿Guardarle consideración con lo que me ha hecho? Me ha arrebatado lo que era mío. Él me lo prometió, me dijo que me dejaría el castillo y la mitad de las tierras, que yo sería el nuevo *laird*. ¡Mentira, todo era mentira! —Las palabras salieron incontenibles de su boca, expresando toda la rabia y la frustración que sentía.

—Tendría sus razones para cambiar de opinión, ¿no te parece? Tal vez deberías preguntarte si eres digno de ser el *laird* de Dolmuck —apostilló Kenneth. Sabía que estaba siendo cruel, pero debía ser claro y hacerle comprender su falta de madurez y compromiso para hacerse cargo de un legado de ese tipo.

—¿Y tú sí? Tú que huiste a la primera ocasión dejándonos a merced de ese déspota… Deberías haber muerto en la guerra como otros muchos hombres más valerosos y apreciados y así no habrías venido a destrozarnos la vida —le espetó con rencor y, azuzando al caballo, se alejó en dirección opuesta.

Kenneth no concedió importancia a esas palabras, dichas en un momento de ofuscación y decidió no ir tras él. Prefería dejarle margen para que se calmase. Ewen necesitaba madurar y darse cuenta de que debía cambiar sus costumbres.

Con un suspiro de desaliento, giró al caballo y tomó el camino de vuelta al castillo. Ya visitaría la granja de los Martin en otra ocasión.

Acostumbrado a observar todo lo que le rodeaba, advirtió el brillo del metal entre el ramaje apenas una fracción de segundo antes de oír el sonido de la explosión y de inmediato sintió un fuerte impacto en el pecho, como si le hubiesen golpeado con un puño de hierro.

El caballo se asustó y comenzó una rápida cabalgada entre los árboles de forma errática y peligrosa. Kenneth logró agarrarse al cuello del animal para sortear las ramas y frenar la carrera. Advirtió que iba perdiendo fuerzas y que una creciente debilidad lo invadía. Cerró los ojos y se abandonó a su suerte. Apenas sintió el golpe cuando, al poco, cayó al suelo entre la espesa maleza.

Su instinto de supervivencia le proporcionó las fuerzas necesarias para arrastrase hasta un lugar más seguro. Sabía que la persona que le había disparado intentaría asegurarse de que había

acabado con su vida. Si lo encontraba, tendría pocas posibilidades de salir con vida. Aunque conservaba la pistola que siempre llevaba con él, su creciente debilidad jugaba en su contra. No podría mantenerse despierto y, si perdía el conocimiento, firmaría su sentencia de muerte.

Con supremo esfuerzo, se alejó del camino y se escondió entre el espeso ramaje de un gran grosello negro, rogando por que su agresor no lo descubriera. Se presionó la herida con un pañuelo que sacó de su bolsillo para que no siguiera manando sangre y cogió la pistola con la otra, dispuesto a vender bien cara su muerte.

«De peores situaciones has salido. No puedes permitir que tu vida acabe en este detestable lugar», se dijo con ese sarcasmo tan propio de él.

Capítulo 17

Briana se paseaba de un lado a otro del patio presa de una gran preocupación. Estaba anocheciendo y Ewen y Kenneth no habían regresado. Sabía que el retraso se podía deber a muchas causas y ninguna de ellas tenía que ser desafortunada. Eran dos hombres valientes y armados, pero eso no le impedía preguntarse si les había ocurrido algún percance.

Volvió a acercarse al portalón de entrada y le pareció divisar a lo lejos un caballo que se acercaba. Respiró más tranquila, ya estaban de vuelta. Iba a entrar en la cocina para avisar a Crissa de que preparara la cena cuando Dougal la llamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltada.

—Creo que viene solo un caballo… y sin montura.

—¿Cómo? —Comenzó a correr hacia la puerta con Dougal tras ella.

En efecto. Cuando el caballo llegó hasta ellos advirtieron que se trataba de Merlín, el que Kenneth montaba cuando partió esa tarde, y venía asustado. Con esfuerzo, lograron tranquilizarlo y conducirlo a las caballerizas. Allí observaron que llevaba varias heridas, producidas al parecer por ramas, y las crines del cuello manchadas de sangre.

Los temores de Briana se confirmaron. Cabía la posibilidad de que el caballo, al espantarse por cualquier causa, hubiese acabado derribando a Kenneth. Merlín era muy temperamental y desconfiado con los extraños. No debió permitir que lo montara hasta que se hubiesen conocido mejor. En ese caso, ambos vendrían a lomos de Carbón, el caballo de Ewen.

Después de esperar un buen rato y no divisarse ningún jinete, Briana presagió lo peor. Convencida de que habían tenido un accidente de algún tipo, se decidió a salir a buscarlos antes de que fuese noche cerrada.

Dougal pidió a Stew que ensillara los caballos y le dijo a Colin que trajera dos mosquetes y avisara a Niall para que los acompañase.

—Ensilla a Diablo, voy con ellos —indicó Briana a Stew.

—No es necesario que nos acompañes. Nosotros los encontraremos —sugirió Dougal.

—He dicho que voy —insistió, y Dougal tuvo que claudicar. La conocía bien y sabía lo tozuda que era.

En pocos minutos estuvieron preparados y partieron. Como el

trayecto hasta la granja de los Martin era largo y había varios posibles caminos, decidieron separarse para abarcar más terreno, eligiendo los dos más probables.

Briana y Dougal tomaron el más corto y el más inseguro, que atravesaba el bosquecillo, y Colin y Niall el más largo, bordeando el río.

Briana iba rogando en silencio que estuviesen a salvo. El mismo negro presentimiento que la había asaltado cuando los había visto marchar horas antes continuaba presente. No debió dejarlos solos, se recriminó. Su hermano estaba desesperado y, aunque no le creía capaz de agredir a Kenneth a traición, sí de cometer alguna estupidez como enzarzarse en una pelea.

La oscuridad se iba haciendo cada vez más intensa y Briana comenzaba a desesperar. La antorcha que portaban apenas iluminaba unos pasos delante de ellos, por lo que marchaban despacio y observando bien a su alrededor. Cuando llegaron al bosquecillo, Briana sintió un escalofrío. Ese lugar era peligroso. Alimañas nocturnas lo poblaban y, de vez en cuando, acampaban allí grupos de salteadores.

—Quédate aquí, Briana, yo me adentraré —dijo Dougal.

—Te acompaño. Estaré más segura contigo que aquí sola.

Dougal comprendió que tenía razón. Le dio la pistola que llevaba al cinto y comenzaron a caminar por el estrecho sendero que lo atravesaba, esquivando las ramas bajas de los árboles y atentos a cualquier sonido sospechoso.

Con un sobrehumano esfuerzo, Kenneth consiguió mantenerse despierto y alerta en su escondrijo hasta que la noche cayó. Cuando calculó que había pocas posibilidades de que su atacante lo encontrara, decidió salir de aquella zona boscosa. Era consciente de que le sería imposible encontrar al caballo y llegar al castillo por sus propios medios, por lo que la única opción que le quedaba era llegar al camino, desde donde le resultaría más fácil pedir ayuda. Intentó ponerse de pie, pero las fuerzas le fallaron. Comprendió que arrastrándose no llegaría muy lejos y se resignó a pasar allí la noche con la esperanza de aguantar vivo hasta el día siguiente. Tal vez, entonces, alguien saldría a buscarlo.

¿Quién había querido matarlo? ¿En quién confiar? Porque había rechazado la idea de un accidente fortuito. Durante las largas horas de temor e incertidumbre se había estado haciendo esas preguntas y no acertaba con las respuestas. Sabía que tenía muchos

enemigos en Dolmuck, el primero de ellos Ewen. ¿Había sido el autor del disparo? No lo descartaba. Era uno de los que más perdía si él continuaba vivo y disfrutando de la herencia. Aunque no se hubiesen desvelado los términos de esa segunda cláusula, en la que se especificaba el reparto en caso de que él muriese o incumpliese las condiciones, Ewen sabía que parte de ella le correspondería. No necesitaba más para quitarlo de en medio teniendo en cuenta lo necesitado que estaba de fondos.

¿Y Briana? Ella no había salido tan mal parada como su hermano, pero no la creía tan desalmada de pretender matarlo para cobrar esa herencia; con todo, la razón le indicaba que esperase.

¿Y si no se trataba de uno de ellos, si su atacante no tenía nada que ver con Dolmuck y la herencia de su abuelo? Los segregacionistas podían haber descubierto quién era y lo que estaba haciendo allí. En ese caso, les interesaría eliminarlo antes de que averiguase algo que los incriminara.

No sabía qué creer y en quién confiar, ese era el problema.

Cuando se hizo noche cerrada, perdió toda esperanza de que viniesen a ayudarlo y se preparó para afrontarla lo mejor posible. Había conseguido detener la hemorragia. La bala le había impactado en el hombro izquierdo, bastante cerca del corazón. Tenía experiencia y sabía que ese disparo no era mortal, pero una infección de la herida podía acabar con él. Aunque lo que más le preocupaba era la creciente debilidad que sentía. La pérdida de sangre y el frío de la noche le provocaban un fatídico adormecimiento que jugaba en su contra. Si no se mantenía despierto, acabaría entre las fauces de algún lobo hambriento.

Se apoyó en el tronco de un grueso árbol y se cubrió con las hojas y ramas que tenía cerca para camuflarse. Eso no disuadiría a ninguna alimaña, que daría con el de inmediato por el olor a sangre que sus ropas desprendían.

Estaba perdiendo la batalla contra el sueño cuando le pareció ver una luz a lo lejos que se acercaba con lentitud. Durante unos segundos se debatió en la duda de si debía alertar de su presencia o permanecer oculto. Si era su atacante, tenía una oportunidad de acabar con él antes de que lograse matarlo —que era mejor que permanecer allí y exponerse a una muerte segura—, y si era alguien que iba en su búsqueda, estaría salvado.

No le costó mucho decidirse y, con un último esfuerzo, llamó pidiendo auxilio.

El silencio solo se rompía de vez en cuando por los sonidos de algún animal nocturno y los que producían los cascos de los caballos en el suelo cubierto de ramas y maleza. De pronto, Briana creyó escuchar un sonido diferente, como un silbido agudo. Extendió la mano indicando a Dougal que se detuviera, no quería que otros sonidos interfirieran por si aquel volvía a producirse. En el silencio que sobrevino, Dougal lo oyó. Procedía de un lugar hacia su izquierda. Como los caballos no podían pasar por allí, desmontaron y caminaron en esa dirección.

Dougal, que era un rastreador experto, detectó un rastro entre la maleza a la luz de la antorcha. Lo siguieron con el corazón encogido hasta que divisaron un bulto oscuro a corta distancia.

Briana, olvidando toda precaución, se lazó hacia allí seguida muy de cerca por Dougal. Al ver a Kenneth tendido en el suelo, el corazón se le paró por unos instantes.

—¡Dios mío, Kenneth! —exclamó. Se arrodilló a su lado con el rostro crispado de inquietud. La palidez de su rostro era extrema y apenas podía abrir los ojos, aunque su boca se torció en una media sonrisa socarrona al verla y ella respiró de nuevo.

—Me alegro de verte, *pumpkin* —dijo Kenneth con las últimas fuerzas que le quedaban.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó. Entonces descubrió un desgarro en la ropa a la altura del pecho. Apoyó la mano en ese lugar y notó humedad. Al retirarla, vio que estaba manchada de sangre—. ¡Está herido! —alertó a Dougal, que estaba a su espalda vigilando el entorno.

—No es nada. Apenas un rasguño. —Kenneth quiso bromear para quitar gravedad, pero sus palabras fueron vacilantes y casi inaudibles. La debilidad iba en aumento. Cerró los ojos, deseoso de entregarse al dulce sopor que había eludido durante largas horas.

—Tenemos que llevarlo al castillo, Dougal —indicó Briana en tono urgente—. ¿Y Ewen? —le preguntó.

Dougal movió la antorcha a su alrededor.

—No lo veo.

A Briana se le encogió el estómago de temor.

—Kenneth, ¿dónde está Ewen? —le preguntó conteniendo el aliento. Como no respondió, lo zarandeó para que no se desvaneciera. Por diferentes razones, temía escuchar la respuesta.

Él abrió los ojos con esfuerzo y trató de fijarlos en ella.

—Se marchó —respondió. No tenía fuerzas para expresarle sus temores.

A Briana no le tranquilizó la respuesta. Podían haberlo

atacado en otro lugar o… Negó la otra posibilidad que le venía a la mente, no debía pensar en ella. Se habría marchado antes de que los asaltaran. Continuarían buscándolo.

Dougal hizo un rápido escrutinio por los alrededores.

—No distingo más rastros —le comunicó a Briana. Miró a Kenneth con preocupación—. Debemos partir ya. Ha perdido mucha sangre.

Briana coincidió. Ahora no era el momento de interrogarlo. Necesitaba curar esa herida lo antes posible o sería mortal.

Con gran esfuerzo por parte de ambos, lo llevaron hasta el camino y lograron subirlo a lomos de Diablo e iniciaron de inmediato el regreso al castillo. Cuando llegaron, Dougal partió raudo hacia Ferwey en busca del doctor MacKay. Grizela, junto a Jane y Aileen, estaban esperando en el patio.

—¡Dios santo, ¿qué le han hecho?! —exclamó Grizela, santiguándose al ver a Kenneth apoyado en la espalda de Briana.

—Ayudadme. Tenemos que llevarlo dentro. Está herido —pidió Briana con apremio mientras desmontaba.

—Puedo bajar de un caballo —protestó Kenneth con voz ahogada, pero se tambaleó de forma peligrosa cuando quiso hacerlo.

Entre todas consiguieron bajarlo y, apoyado en Briana y Aileen, entró en la casa. Lo llevaron a la biblioteca para evitarle el esfuerzo de subir las escaleras hasta su habitación. Kenneth, que apenas podía sostener en pie, accedió. No se veía con ánimos de realizar esa proeza. Lo tendieron en el mullido sofá y Briana ordenó que trajeran agua y lienzos limpios mientras ella le quitaba la ropa para revisar la herida. Cuando retiró la camisa empapada de sangre se asustó: Kenneth presentaba un agujero del tamaño de un chelín muy cerca del corazón.

Capítulo 18

—Acércame un poco más la luz —pidió MacKay a Briana.

El doctor extrajo la bala y se afanó en eliminar los restos de tejidos que se habían incrustado en la herida y que podían provocar una infección. Cuando se aseguró de que estaba limpia de residuos, vertió unas gotas de brandi en ella y comenzó a suturarla con habilidad. Le aplicó un ungüento confeccionado con hojas de saúco y procedió a vendarla con la ayuda de Briana.

—Hay que cambiarle el vendaje todos los días. Cuando lo hagas, le extiendes un poco del ungüento en la herida para que cicatrice bien.

—De acuerdo, doctor —asintió Briana—. ¿Cuándo podremos trasladarlo a su habitación? Aquí no descansará con comodidad.

—Debe moverse lo menos posible o podría abrirse la herida. Que se quede unos días aquí y, cuando se encuentre con fuerzas, que suba a su cuarto. Ha tenido mucha suerte. Si la bala hubiese impactado una pulgada más abajo, le habría atravesado el corazón.

El doctor MacKay echó un último vistazo a Kenneth, que, agotado tras el traumático proceso, se había quedado dormido. Cuando se convenció de que no podía hacer nada más por él de momento, se dispuso a marcharse.

Decidido a averiguar qué había sucedido, pidió a Briana que lo acompañara fuera de la biblioteca. Estaba preocupado. Después de la súbita muerte de Angus, que dispararan a su heredero resultaba inquietante.

Briana hizo un gesto a Grizela para que se quedara con Kenneth y salió tras el doctor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó MacKay una vez en el vestíbulo. Dougal no le había dado ninguna explicación cuando fue a por él, solo le mencionó que Kenneth estaba malherido y que necesitaban su ayuda.

—No lo sabemos. A primeras horas de la tarde salieron Ewen y él hacia la granja de los Martin y, al ver que caía la noche y no aparecían, me alarmé. Fuimos a buscarlos y solo le encontramos a él, ni rastro de mi hermano. Temo que esté… —Un sollozo reveló los negros pensamientos que cruzaban su mente.

—Puede que lograra escapar ileso —sugirió con el fin de

tranquilizarla—. ¿Alguna idea de quién lo disparó?

—Pensamos que lo atacaría una partida de salteadores —respondió, guardándose su más secreto temor.

—Es posible. Se ha avistado una en los últimos días por estos páramos, pero nunca habían causado heridas tan graves. Por lo general, se limitan a robar lo que llevan los incautos viajeros y desaparecen sin causar problemas. Suelen ser padres de familia que solo buscan dar de comer a sus hijos. —Aunque no aprobaba esas acciones, comprendía la desesperación de unas personas a las que les habían arrebatado todo y solo pretendían sobrevivir—. ¿Vais a continuar la búsqueda de Ewen?

—Enviamos a Colin y Niall por otro camino y no han regresado. Espero que nos den noticias de él. Si no es así, saldremos a buscarlo cuanto comience a clarear.

MacKay asintió con la cabeza.

—Debes poner este incidente en conocimiento del alguacil para que sea investigado y detenga a los agresores, sean quienes sean —insinuó, aferrado a sus sospechas.

Briana sabía que el doctor tenía razón, pero quería esperar hasta tener más información y, sobre todo, hasta encontrar a su hermano. No descartaba que hubiesen sido unos asaltantes, como había sugerido. Se rumoreaba que se estaban volviendo cada vez más violentos.

—Le ruego que espere un poco. Puede que Ewen nos aclare lo ocurrido. —Rogaba por encontrarlo con vida y que no estuviese implicado en aquel grave delito.

No le creía capaz de atentar contra Kenneth, ni contra nadie, en realidad. Ewen era un fanfarrón como su padre, pero nunca haría daño de forma consciente, ni siquiera a la persona que le había arrebatado su herencia.

—Esperemos que no haya sufrido ningún daño. Si no es necesaria mi presencia de nuevo, regresaré pasado mañana para ver cómo sigue Kenneth. Avísame si ves algún cambio brusco o preocupante en su evolución. Y, cuanto sepas lo que ocurrió, házmelo saber. Mi obligación es informar de inmediato a las autoridades en casos como este.

Cuando el doctor MacKay se hubo marchado, Briana comenzó a caminar de un lado con nerviosismo. Necesitaba organizar sus pensamientos y analizar con calma la situación. Y no solo por el problema surgido por la agresión a Kenneth y la desaparición de su hermano; le preocupaban y mucho sus propias emociones. Aún no había abandonado su cuerpo el miedo que experimentó al verlo

tendido en el bosque, un miedo aterrador que le atenazó el corazón temiendo que estuviese muerto.

Intentó apartar las inquietudes. Ya analizaría esos sentimientos con más calma, se dijo, ahora lo más importante era encontrar a Ewen. Volvió a invadirla el temor. ¿Y si él no había sobrevivido? ¿Y si se encontraba en otro lugar herido y sin que le hubiesen prestado auxilio?

Decidida, fue a la cocina en busca de Dougal.

—Voy a buscar a Ewen. ¿Me acompañas? —le pidió nada más llegar.

Dougal, que se encontraba sentado a la mesa reponiendo fuerzas con una tardía cena, la miró con fijeza. Comprendía sus temores y los compartía. Quería a los dos hermanos, a los que había cuidado desde niños, pero reconocía que eran muy diferentes. La noble, sensata y voluntariosa Briana distaba mucho del imprudente, vago y exaltado de su hermano y, aunque no le creía un asesino a sangre fría, sí era capaz de actuar de forma irracional en el calor de una disputa. Él había observado, al igual que Briana, que Ewen tenía ganas de tratar a solas con Kenneth el tema que tanto lo alteraba, lo que resultaba inquietante.

Briana ardía en deseos de localizar a su hermano y que este le asegurase que no tenía nada que ver, pero debía disuadirla. Había muy pocas posibilidades de encontrarlo siendo noche cerrada y ellos correrían un importante riesgo. Los mismos asaltantes que habían disparado a Kenneth, si ese era el caso, podían agredirles a ellos. En unas horas amanecería y saldrían en su búsqueda.

—Esperemos a que haya luz —sugirió.

—Escucha a Dougal. Estas no son horas de aventurarse por esos caminos —le recomendó Stew, que se hallaba sentado junto al fuego del hogar.

—Ellos tienen razón, muchacha. Faltan pocas horas para que comience a clarear —intervino Crissa.

—Si lo han herido, esas horas pueden ser decisivas. —Briana no se dejaba convencer.

—Sabes que no voy a permitir que te marches sola por muy temeraria que seas, pero aguarda el regreso de Colin y Niall; con lo que nos digan, actuaremos en consonancia. Tal vez tu hermano decidió tomar otro camino.

—¿Y por qué no está ya aquí? Ha tenido tiempo suficiente de llegar a la granja de los Martin y regresar, ¿no te parece?

—Kenneth dijo que se marchó, por lo que puede haber ido a cualquier lugar. Sabes que es impredecible. —Dougal se estaba

quedando sin argumentos con los que convencerla de que desistiera de esa locura que podía acabar con una nueva tragedia.

—No me importa, saldré a buscarlo. Tomaré el mismo camino que Colin y Niall han seguido. Puede que los encuentre de vuelta y traigan a Ewen. No me quedaré aquí esperando sin saber si se encuentra bien. —La angustia de su voz era extrema. Ya había esperado demasiado.

Dougal suspiró. Briana no iba a cejar en su empeño y él no lograría persuadirla de que retrasase la salida.

—Está bien. Prepararé los caballos —cedió al fin.

—Lo haré yo, tú termina de cenar, te hará falta —dijo Stew, y se marchó hacia los establos.

—Debes comer algo, Briana. Te prepararé un plato de sopa que te caliente los huesos. Es una noche fría para andar por esos caminos —propuso Crissa.

—No creo que mi estómago pueda tolerar nada —rehusó ella, y salió de la cocina en dirección a la biblioteca.

—No te preocupes. Yo cuidaré de él. Tú ve a por tu hermano —le dijo Grizela, adivinando sus intenciones, cuando la vio entrar.

—Regresaré lo antes posible. Si ves que le sube la temperatura, le das un poco de hoja de sauce. Las compresas de agua fría le harán bien —aconsejó con gesto preocupado. Lo veía tan débil que se temía lo peor.

—He cuidado a muchos enfermos a lo largo de mi vida, muchacha, sabré ocuparme de uno más.

Con una última mirada al pálido rostro de Kenneth, Briana salió. En el patio la esperaban Dougal y Stew con los dos caballos. Estaban a punto de marchar cuando llegaron Colin y Niall.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Briana expectante, antes de que recuperaran el aliento.

—Lean dice que por su granja no pasaron ninguno de los dos. Tampoco hemos visto rastro alguno por el camino, y eso que a la vuelta hemos bordeado la margen izquierda del río —explicó Niall con voz sofocada. Parecía agotado después de la cabalgada. Colin, mucho más joven, presentaba un aspecto más descansado.

—Nosotros encontramos a Kenneth en el bosquecillo herido de un disparo, pero no vimos rastro de Ewen. Ahora vamos a buscar con mayor detenimiento por esa misma zona para ver si damos con alguna pista —les informó Briana, ya subida al caballo—. Colin, toma algo de alimento, cambia de montura y síguenos. Y coge un farol, nos hará falta toda la luz que podamos portar —le ordenó al joven, y girándose hacia Niall—: Cuando descanses, ve a Ferwey. Pregunta en

la taberna si han visto a mi hermano, y en casa de la viuda MacCann. Creo que suele visitarla —indicó con cierto sonrojo.

Annie MacCann era la manceba que frecuentaban muchos hombres de los alrededores y le constaba que su hermano pasaba allí muchas noches. Por muy bochornoso que resultase, prefería que Ewen hubiese dejado a Kenneth abandonado a su suerte para marcharse al pueblo a ahogar sus penas que terminar herido. A veces era capaz de esas chiquilladas.

Los sirvientes asintieron y ella y Dougal, provistos de sendos faroles, partieron rápidos hacia la zona en la que habían encontrado a Kenneth.

Tras varias horas de infructuosa búsqueda, regresaron al castillo. Niall, que los esperaba dormitando en un rincón del establo, les puso al corriente de sus indagaciones. El tabernero le contó que Ewen había estado en su local toda la tarde bebiendo y despotricando contra el nuevo *laird* ante todo el que quería escucharlo. Se había marchado ya anochecido, pero no sabía hacia dónde. Había preguntado a Annie MacCann y esta le dijo que llevaba casi un mes sin verlo. Pensó que decía la verdad porque parecía resentida, también porque no había visto el caballo de Ewen por ningún lado, y él apreciaba mucho a Carbón.

Briana sintió un gran alivio al saber que su hermano no había corrido la misma suerte que Kenneth. Aunque no lo descartaba como sospechoso de haberlo disparado, ni siquiera Ewen sería tan tonto o tan taimado de quedarse por los alrededores del lugar en el que habría cometido el delito emborrachándose y difamando a su víctima.

Desistió de continuar la búsqueda por el momento. El saber que no había perecido en el bosquecillo ya era una tranquilidad. Aunque podía haberse roto la crisma, como le sucedió a su padre, si se había atrevido a cabalgar de vuelta a Inverness de noche y borracho.

Antes de ir a ver a Kenneth, subió al cuarto de su hija. Con la tensión sufrida esa tarde, no había podido acostarla como era su costumbre y eso la afligía.

La niña dormía abrazada a su muñeca de trapo favorita, la que había pertenecido a Briana y que era uno de los pocos recuerdos que tenía de su madre. Mary, que dormía en una cama en el otro extremo de la habitación, se incorporó al verla entrar.

—¿Ha cenado bien? —le preguntó Briana.

—Sí, señora. No ha causado problemas para dormirse a pesar de que usted no estaba para contarle un cuento. Le he dicho que había salido a buscar un bonito regalo para ella —explicó la doncella.

Briana suspiró. La excusa había sido acertada, pero le traería

complicaciones. Nerys se levantaría esperando su regalo y ella tendría que buscar algo adecuado para no defraudarla.

—Está bien. Vuelve a dormir, es pronto para levantarte. Cuando Nerys despierte, ocúpate de su aseo y de que desayune. Yo estaré en la biblioteca cuidando al señor MacLennan. Si algo le ocurriera a la niña, búscame allí —indicó. Tenía que relevar a Grizela, que llevaba toda la noche sentada en una silla. Para sus cansados huesos, era una ardua tarea.

Mary asintió y volvió a la cama. Briana le dio un beso en la frente a su hija y salió de la habitación. Bajó a la biblioteca. Grizela seguía sin despegarse del lado de Kenneth.

—¿Cómo está? ¿Ha despertado? —preguntó con ansiedad.

—Ni se ha movido, pero el pulso late fuerte y no le ha subido la temperatura.

—Me alegro. Ahora márchate a descansar, yo me quedaré cuidándolo.

—No, niña, descansa tú. Todas esas horas a caballo buscando al cabeza loca de tu hermano te habrán fatigado. —Grizela estaba al tanto de lo sucedido con Ewen, y no se sorprendía porque ese chico era una verdadera calamidad que habría matado a disgustos a su madre si hubiese sobrevivido al parto.

—De ninguna manera. Quiero y debo hacerlo. Como bien has dicho, estoy tan cansada que la alfombra me va a parecer un lecho de plumas. —Bromeó Briana no sin razón. Sería como en los viejos tiempos, cuando alguna vez salían a cazar y se tendían a descansar sobre el blando suelo cubierto de hojas secas y envueltos en sus abrigados tartanes.

—Si te empeñas… —Grizela se levantó con dificultad de la silla y se encaminó hacia la puerta—. Mandaré a Aileen con un par de mantas y algo de comer. Me ha dicho Crissa que no has tomado nada desde el almuerzo y debes estar hambrienta.

—Necesito más descansar que comer, aunque un vaso de leche y un trozo de pastel me vendrán bien —sugirió. Estaba agotada y necesitaba dormir, pero no podría descansar mucho si debía vigilar a Kenneth.

Grizela se marchó y Briana se acercó a la chimenea. Añadió un par de gruesos troncos para caldear un poco más la estancia. El frío de la larga noche a caballo le había calado hasta los huesos.

Se acercó a Kenneth y lo contempló a sus anchas. No había tenido la oportunidad de hacerlo de forma tan descarada como ahora porque le avergonzaba que él lo advirtiera. Suspiró. Nunca creyó que el atractivo muchacho que recordaba se transformaría en el hombre

arrebatador que tenía delante.

Su elevada estatura lo convertía en uno de los más altos de los alrededores. Sus facciones eran varonilmente hermosas, con aquellos ojos del color del cielo tormentoso que siempre la habían cautivado, la boca de labios fuertes y bien perfilados, la recta nariz con una pequeña deformación en el puente, la mandíbula cuadrada y ese pronunciado hoyuelo en la barbilla que tanto le gustaba desde que era una niña y que nunca había visto en nadie.

Sin duda, Kenneth MacLennan era un hombre fascinante por el que muchas mujeres suspirarían, al igual que ella, y que nunca se fijaría en una tosca escocesa de pelo rojo teniendo a las hermosas y sofisticadas damas londinenses a su alcance.

Capítulo 19

Kenneth se despertó jadeante a causa de la terrible pesadilla que acababa de tener. En ella se veía indefenso, en el suelo cubierto de hojas secas, mientras un gran lobo negro con las fauces abiertas y chorreantes se acercaba. Sus ojos, de un rojo brillante, refulgían en la oscura noche. Cuando estuvo a su lado, comprobó con estupor que el animal tenía el rostro de Ewen y que lo apuntaba con una pistola.

Intentó incorporarse y sintió un agudo dolor en el hombro izquierdo. Emitió un gemido y volvió a tenderse.

—No te levantes. Permanece acostado —dijo Briana acercándose a él.

La suave voz lo tranquilizó. Kenneth se pasó la mano por el rostro para retirar el sudor que lo cubría. Miró hacia la ventana y advirtió que había oscuridad en el exterior; era de noche, pero ¿de qué día?

Recordaba todo lo ocurrido: el disparo, las horas oculto, la llegada de Briana y Dougal, el traslado a Dolmuck y la visita del doctor MacKay, al que reconoció pese a haber envejecido mucho en aquellos años. Le habían dado un brebaje amargo poco antes de comenzar a manipular en la herida para extraerle la bala, lo que le provocó un agudo dolor; después de eso, nada más. Debió de desvanecerse o quedarse dormido. ¿Habían pasado horas o días desde aquello?

Sintió un paño húmedo y frío en la frente y suspiró de alivio. Le dolía la cabeza y se sentía acalorado.

—Tienes que beber esto —le pidió Briana con urgencia. Le acercó a los labios una taza que desprendía un olor nada agradable y que recordaba bien: decocción de hoja de sauce, el remedio de Grizela para aliviar el dolor y que tantas veces había bebido en el pasado. Kenneth abrió los ojos y la miró. En su rostro se advertía un rictus de preocupación.

Briana pasó un brazo bajo su nuca y le incorporó un poco la cabeza para que estuviese más cómodo. Kenneth bebió sin rechistar todo el contenido y se tendió exhausto. Ella le cambió el paño de la frente por uno nuevo y le pasó otro por el rostro, el cuello y el pecho.

—¿Cuánto llevo aquí? —preguntó Kenneth con esfuerzo. Le costaba articular las palabras.

—Más de veinticuatro horas. Has estado inconsciente desde

que te trajimos.

—¿Tan mal estaba la cosa?

—La herida no era grave, pero has perdido mucha sangre. El doctor cree que en un par de semanas estarás recuperado.

Kenneth hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No puedo estar tanto tiempo inmovilizado —manifestó con irritación. Tenía una misión que cumplir y no podía aplazarla por un simple rasguño.

—No seas cabezota. Si no sigues las instrucciones del doctor, tardarás más en restablecerte. Y no creo que tengas nada tan urgente que hacer como para poner en peligro tu vida. Yo puedo continuar ocupándome de la hacienda. Retrasaré mi marcha cuanto sea necesario —se ofreció.

Él permaneció en silencio.

—Kenneth, ¿qué ocurrió? ¿Viste a la persona que te disparó? —preguntó Briana con el corazón encogido tras unos minutos de silencio. Temía su respuesta.

A Kenneth le costaba recordar. Tardó en responder y cuando lo hizo fue mirándola a los ojos; los suyos estaban brillantes por la fiebre.

—No, no lo vi. ¿Dónde está Ewen?

Briana se tensó. No sabía con qué intención se lo preguntaba.

—No ha aparecido aún. Estuvo en la taberna del pueblo esa tarde, pero no sabemos adónde fue a continuación —tuvo que reconocer.

—Cuando lo encuentres, pregúntale, tal vez él pueda responderte. —Su tono de voz sugería más de lo que indicaban sus palabras.

Briana se sintió ofendida.

—¿Acaso piensas que fue él? —preguntó con un matiz de reproche.

—Solo digo que se marchó tras una discusión que tuvimos y al poco, cuando regresaba al castillo por el mismo camino que él había tomado, me dispararon. Si no fue Ewen, puede que viera a quien lo hizo. De todas formas, no es buena señal que no haya dado la cara. —El esfuerzo lo estaba agotando. Reprimió un quejido y cerró los ojos con un gesto de dolor.

Briana se animó. Kenneth no lo acusaba de forma absoluta y eso era bastante tranquilizador. Y lo que decía tenía sentido. Tal vez vio a los asaltantes y, temiendo por su vida, no quiso volver para advertir o ayudar a Kenneth. Ewen nunca había destacado por su valentía, y esa podía ser otra de las causas de su desaparición:

avergonzado por su cobardía, no se atrevía a salir del agujero donde se había escondido. Muy propio de su hermano.

—Dices que discutisteis, ¿por qué razón?

Kenneth se sentía cada vez más cansado y soñoliento, pero se obligó a responder.

—Tu hermano me animó a vender las tierras. Conoce a un comprador muy interesado que me pagaría una buena cantidad. Él se llevaría una gratificación por las gestiones, de ahí su interés. Me negué a ello y se disgustó. Una razón más para quitarme de en medio, aparte de que si yo muriera las tierras serían para vosotros.

Briana se indignó. ¿Cómo podía pensar que su hermano era capaz de una acción tan vil?

—Conoces a Ewen casi desde que nació. ¿De verdad crees que te dispararía a sangre fría?

—No sé qué creer, Briana. Cuando me marché, tu hermano era solo un niño, no había formado su carácter.

—Es cierto, pero debes recordar cuánto te quería. Eras para él como el hermano mayor que nunca tuvo.

Aquel mocoso llorón que lo miraba con la misma admiración que su hermana se había convertido en un borracho desesperado por obtener dinero.

—No te voy a negar que está muy disgustado contigo, aunque no tengas la culpa de nada de lo que tu abuelo decidiera, pero haz un esfuerzo por entender su frustración —prosiguió Briana en un esfuerzo por convencerlo y convencerse ella misma de que Ewen no era el asesino sin escrúpulos que creía—. Desde que te marchaste, Angus le hizo creer que iba a ser su heredero, el nuevo *laird*, lo que le perjudicó. Desde entonces ha actuado en consonancia, cultivando ciertos vicios y despreocupándose de sus obligaciones al pensar que tenía la vida resuelta. Sé que debe dinero a mucha gente y que no podrá saldar todas sus deudas porque el legado recibido es justo, aunque escaso para el tren de vida que lleva…, que llevaba. Ahora tendrá que moderarse, encontrar un empleo y comenzar a comportarse como un adulto razonable, algo que requiere de un gran esfuerzo, y que confío que conseguirá.

Briana se levantó para echar otro leño al fuego y se quedó mirando las llamas embelesada en su ondulante danza, sintiendo su reconfortante calor. Estaba agotada. Llevaba muchas horas sin dormir intentando encontrar razones con las que exculpar a su hermano y se le estaban agotando. Había transcurrido mucho tiempo desde que abandonara a Kenneth y no se sabía nada de él. A ojos de todos parecía culpable.

—Tal vez he tenido la culpa de que sea así. Lo he protegido demasiado, evitándole sinsabores que le habrían hecho madurar y percatarse de la realidad de la vida. Pero yo solo soy una mujer. Tu abuelo tampoco contribuyó a hacer de él un hombre responsable. Apenas se preocupaba, y cuando le hablaba era para fomentar ideas equivocadas, a tenor del resultado. Si hubiese tenido una figura masculina como referente, un padre cabal que le hubiese enseñado cómo debía comportarse y no solo a pasarse el día en la taberna o los prostíbulos… —Ahogó un sollozo. ¿Para qué lamentarse por lo que pudo haber sido?

Volvió a sentarse al lado de Kenneth y comprobó que él se había dormido. Lo abrigó con la manta y le quitó el paño húmedo de la frente. La corteza de sauce estaba haciendo efecto y la fiebre le había bajado.

Suspiró. Imaginaba que no había escuchado sus últimas palabras.

—Qué diferente habría sido todo si no te hubieras marchado —dijo apenas en un murmullo.

Las lágrimas que se esforzaba en contener se escaparon de sus ojos al pensar en todo el dolor que se habrían ahorrado. La tristeza de aquellos primeros meses esperando en vano su regreso, sufriendo por si había perecido en el camino, sin saber dónde estaba, anhelando cualquier noticia que le diera un mínimo de esperanza… Cuando pasaron los años y él no regresó a cumplir su promesa, cuando ya no podía postergar más la boda que su padre había pactado, el terrible desengaño, la amarga aceptación. Su recuerdo siempre se había interpuesto entre ella y cualquier posibilidad de ser feliz con otro hombre.

Su matrimonio con Malcolm fue un desastre anunciado. Él fue honrado y la dejó marchar. No se opuso a que regresara con su familia y se enfrentó a su padre, que pretendía impedir que se llevara a Nerys con ella. Le dolió su muerte, incluso se sentía en cierta forma responsable. Si hubiese seguido a su lado no se habría abocado a esa vida de perdición, abandonándose a la bebida y enzarzándose en una disputa detrás de otra. Había llegado a apreciarlo, a valorar sus buenas cualidades y se culpaba de su trágico final.

Todo eso se habría evitado si Kenneth hubiese permanecido en Dolmuck.

Pero era una estupidez lamentarse por lo que pudo haber sido, se repitió. Ahora, lo que urgía era despejar toda duda que pudiera recaer sobre Ewen. Ella sabía que era inocente, pero él tenía que demostrarlo.

Capítulo 20

Cuando el sol se vislumbró en el horizonte, Briana había tomado una decisión: tenía que encontrar a su hermano para que explicara la verdad de lo sucedido. Él no había tenido nada que ver con el atentado contra Kenneth y debía defender su inocencia.

Dejó al herido a cargo de Grizela y buscó a Dougal. Lo encontró en la parte trasera de la casa, cerca de las caballerizas, reparando junto a Niall el muro de aquella zona que había sufrido daños con las últimas lluvias.

—¿Tienes alguna idea de dónde puedo encontrar a Ewen? Seguro que conoces sus lugares de diversión favoritos —le preguntó nada más llegar.

Dougal indicó a Niall que continuara y él fue a lavarse las manos en un recipiente.

—La mayoría de los lugares que frecuenta están en Inverness. Aunque, si es cierto lo que dijo el tabernero, no creo que se aventurase a hacer el trayecto hasta la ciudad en plena noche, son demasiadas millas y es peligroso. Me inclino por creer que se quedó más cerca, tal vez en Caemloch. En la taberna El Perro Verde se realizan partidas de naipes en las que se juega bastante dinero. Tu hermano solía ir con frecuencia, al igual que tu padre. Y hay una fonda que en realidad es un burdel. La visita cuando está por aquí. O puede que haya cabalgado hasta Kilmord. Está más lejos y el camino es peligroso de noche, pero hay más lugares de diversión.

—¿Algún otro lugar que conozcas?

—Tu hermano no me cuenta todo lo que hace, en especial desde que tuve que sacarlo de aquel tugurio en… —Dougal advirtió que había hablado demasiado al ver cómo ella levantaba las cejas en un gesto de asombro—. En fin, que no conozco todos los lugares que visita. Te he hablado de esos porque el camino desde Ferwey es corto. En las condiciones en las que estaba, apostaría que se quedó por los alrededores y se fue a dormir la mona, probablemente con compañía.

Briana se propuso preguntarle más adelante por ese incidente que desconocía y que había estado a punto de confesar, ahora urgía encontrarlo.

—Entonces empezaré por ese… esa fonda que me has indicado en Caemloch—decidió.

—No irás sola. Te acompañaré. Salimos en unos minutos —le

advirtió. Y sin esperar respuesta, se dirigió a los establos para ensillar los caballos.

Briana fue a la cocina. El trayecto podía ser largo y era mejor llevar provisiones. Pidió a Crissa que preparara unas empanadas de carne, un trozo de queso y unas botellas de cerveza, mientras, ella fue a ver a su hija. La niña estaba dormida y no quiso despertarla. Dio instrucciones a Mary, cogió un grueso gabán y salió.

Llegaron a Caemloch en poco más de una hora y, sin demorarse, se dirigieron al burdel. Este se encontraba a las afueras de la aldea, en un edificio señorial venido a menos. Cuando entraron al amplio patio delantero, Dougal reconoció el caballo de Ewen y se lo señaló a Briana, lo que les indicó que, si no lo habían robado, su hermano se encontraba allí.

Briana llamó a la puerta con premura. Viendo que nadie acudía a abrir, volvió a llamar. Iba a hacerlo por tercera vez cuando la puerta se abrió. Apareció una mujer madura y con aspecto de haber acabado de levantarse de la cama. Los miró con gesto huraño y con voz destemplada les preguntó:

—¿Qué desean?

—Buscamos a Ewen Fletcher. Queremos saber si se encuentra aquí. —Briana se mostró autoritaria. No iba a permitir que la humillara. Bastante vergüenza estaba pasando al haber acudido a ese lugar.

—No conozco a nadie por ese nombre. Además, todos los huéspedes se han marchado ya. —La mujer quiso despistarla al suponer que se trataba de la esposa del mencionado. No era bueno para el negocio que los clientes fueran descubiertos. Si se corría la voz, los que tenían esposas celosas evitarían correr ese riesgo.

Briana no se dejó engañar.

—Permítame comprobarlo por mí misma —dijo resuelta. Apartó a la mujer con poca delicadeza y, desoyendo sus protestas, se introdujo en la casa.

Imaginando que las habitaciones se encontraban en el piso superior, subió la escalera con Dougal detrás de ella y la mujer pisándoles los talones y maldiciendo por lo bajo. Cuando llegó al primer piso, advirtió que había varias puertas y todas estaban cerradas. Sin pensarlo, comenzó a abrirlas. En las tres primeras solo había mujeres durmiendo y que, tras alguna protesta, siguieron a lo suyo. En la cuarta encontró lo que buscaba. Su hermano estaba en la cama, desnudo, y junto a él se encontraba una muchacha, ambos

estaban dormidos.

Briana lo llamó y, al ver que no despertaba, cogió el jarro de agua que había en el lavamanos y se lo echó por la cabeza. Ewen se incorporó de un salto, sobresaltado y blasfemando. La joven que estaba a su lado se despertó y, asustada, emitió un grito.

—¡Briana! —exclamó Ewen al verla, con los ojos desorbitados de estupor mientras se cubría con la sábana—. ¡¿Qué haces aquí?!

Briana no le contestó. De haber hablado, habría sido para maldecirlo.

—¡Márchate! —indicó a la joven acostada junto a su hermano.

—Pero esta es mi habitación —protestó ella indignada. ¡No solo la había despertado, ahora pretendía que abandonara su cuarto! «Algunas esposas no saben mantener la compostura», pensó.

Briana, con los puños apretados, la miró colérica.

—Si no sales de aquí ahora mismo, te sacaré a rastras, tú decides.

La chica obedeció y, sin ningún pudor, se encaminó a la puerta arrastrando con ella la sábana y dejando a Ewen al descubierto. Él se levantó de un salto y cogió los pantalones para cubrir sus partes. Le avergonzaba mostrar su desnudez ante su hermana. Habían pasado muchos años desde que ayudaba a Grizela a lavarlo.

—¿Puedes decirme qué haces aquí? —volvió a preguntar, terminando de vestirse de forma apresurada.

Briana inspiró con fuerza para calmarse antes de contestarle.

—He venido a buscarte. Tenemos que hablar. —No le apetecía mantener una conversación en aquel lugar, donde podían escucharla oídos poco recomendables.

Ewen, que ya había terminado de vestirse, se sentó en la cama para ponerse las botas.

—Si se trata de una de tus habituales regañinas, mejor lo dejas para otra ocasión. No estoy de humor para soportarlas —contestó con voz pastosa en la que el enojo era patente.

Le dolía la cabeza, tenía el estómago revuelto y un regusto amargo en la boca. ¿Cuánto había bebido? No llevó cuenta, pero era obvio que había sobrepasado con creces su límite y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Me es indiferente el humor que tengas, hermano. Y no, no pienso dejarlo para otra ocasión. El tema es demasiado importante para esperar a que se te pase la resaca. —Briana contenía a duras penas las ganas de abofetearlo para que espabilara de una vez.

Ewen se llevó las manos a la cabeza en un intento de aliviar el dolor. Apenas podía recordar lo que había hecho desde que llegó allí,

ni siquiera cuánto tiempo llevaba en aquel lugar. ¿Un día, dos o habían sido más?

—Está bien, empieza. ¿Qué he hecho mal ahora?

Briana hizo un gesto a Dougal. Él comprendió lo que quería decirle y salió de la habitación. Cerró la puerta y se mantuvo vigilante en el pasillo. Se plantó frente a su hermano con los puños apretados y una expresión de extremo furor en el rostro. Ewen, que ya conocía esos signos, sintió un involuntario temblor. Cuando su hermana estaba tan disgustada, era mejor no hostigarla más.

—¡¿Qué has hecho mal?! —exclamó, elevando la voz y acercándose a él, que se ladeó por precaución. Procuró serenarse. Aunque se merecía una buena tunda, Ewen ya no era el niño travieso o el adolescente holgazán y protestón al que ella ponía en su lugar cuando hacía alguna trastada—. Muchas cosas, entre ellas emborracharte y acabar en este antro y dejar a Kenneth abandonado a su suerte.

Ewen hizo un gesto despectivo.

—No sabía que era una damisela a la que debía llevar de la mano para que no se extraviase. Son sus tierras y es mayor para caminar por ellas sin compañía, si no recuerda el camino, que lo busque solo —señaló con fastidio. Decía muy poco a favor del *laird* de Dolmuck que hubiese ido quejándose a su hermana por haberlo abandonado.

—¡Serás estúpido! —Briana bufó de pura rabia. Ewen era un inconsciente y no parecía que esa situación fuese a cambiar—. ¡Kenneth sufrió un asalto esa misma tarde, al poco de que te marcharas y lo dejaras solo en el bosque!

Ewen se levantó impresionado y la miró con espanto.

—¡¿Cómo?! Está… muerto. —Pronunció las últimas palabras casi en un susurro, como temiendo que se hiciesen realidad.

—No, pero el riesgo persiste. La herida puede infectarse y ha perdido mucha sangre. ¡¿En qué estabas pensando?! —La recriminación estaba muy patente en su voz.

Ewen, que había contenido el aliento, lo soltó de golpe. Por mucho disgusto que tuviera, no le deseaba a Kenneth ningún mal.

—¿Qué ocurrió? —preguntó más aliviado. Si hubiese muerto, él no se lo habría perdonado nunca. Debió estar allí para ayudarlo.

—Alguien lo disparó. Por suerte, la bala no llegó a tocarle órganos vitales. Lo encontramos varias horas más tarde.

—Lo siento. No pensé que… —No pudo terminar la frase. Los reproches que se hacía ahogaban sus palabras.

La reacción de Ewen apaciguó un tanto a Briana. No era tan

buen actor como para simular esa preocupación.

—¿Por qué te marchaste? —quiso saber. Kenneth le había dado su versión, pero quería que su hermano se la confirmase.

—Discutí con él y me disgusté. No me apetecía acompañarlo. No pensé que le fuese a ocurrir nada grave. ¿Se sabe quién lo hizo?

—No, pero se sospecha de alguien.

—¿De quién?

Briana lo miró a los ojos para observar su reacción.

—De ti.

Esa respuesta fue como un golpe en el estómago. Dio un paso atrás hasta apoyarse en la pared.

—¡¿Cómo?! —La miró con todo el horror que sentía manifestándose en su rostro.

—Lo que has oído. Todos piensan que tú lo has hecho.

—¿Y por qué iba yo a dispararlo? —Reaccionó tras unos instantes de estupor.

—Se me ocurren muchas razones.

—Ya veo. Pues yo no fui y me ofende que lo pienses. —Estaba dolido con su hermana por creerlo capaz de un acto tan vil. ¡Por Dios, si Kenneth era como su hermano!

—No he dicho que te crea culpable. Lo que digo es que los demás sí lo piensan, incluso el mismo Kenneth, y tu desaparición no contribuye a demostrar tu inocencia.

—Yo no he desaparecido. He estado aquí desde esa noche… o eso creo. Pregunta a Margrit, la dueña, ella te lo confirmará —se defendió con calor.

Briana hizo un gesto de impaciencia.

—A mí no me tienes que convencer. Debes ir a Dolmuck y explicárselo a Kenneth. Después nos dedicaremos a buscar al culpable.

Ewen estuvo de acuerdo. Recogió sus cosas y bajaron.

—¿Quién me va a pagar por los servicios prestados, señor Fletcher? —preguntó Margrit, plantada en medio del vestíbulo.

Ewen miró a su hermana. Briana emitió un resoplido poco elegante y extrajo del bolsillo de la falda un saquito.

—¿Cuánto se le debe? —preguntó.

—A ver…, han sido dos noches, una de ellas con dos acompañantes, lo que hacen tres…

Ewen emitió una tosecilla para llamar la atención de la mujer, pero ella continuó con sus cálculos.

—… más bebida y comida… En total dos libras, señora —dijo con la mano extendida; y, ante el gesto de incredulidad de Briana, añadió con una sonrisita de suficiencia—: Y le hago descuento por ser

cliente habitual.

Briana pensó que la había tomado por la esposa y estaba disfrutando con la situación. Lanzó a su hermano una mirada asesina, pero cogió dos monedas y se las entregó a la mujer.

—Esta es la última vez que pago tus vicios —le advirtió a Ewen con los ojos lanzando destellos de furia.

Con gesto altivo, salió de allí seguida por Ewen y Dougal, que no había querido intervenir, limitándose a mirar al muchacho con desaprobación.

Llegaron a Dolmuck poco antes del almuerzo. Briana saludó a su hija, que jugaba en el jardín, y le pidió a su hermano que esperase mientras ella iba a ver cómo se encontraba Kenneth y si estaba en condiciones de recibirlo.

Se dirigió a la biblioteca, pero cuando entró la encontró vacía. Alarmada al no verlo allí, fue a la cocina y preguntó a Grizela, que ayudaba a Crissa a preparar la comida.

—¿Dónde está Kenneth?

La anciana dejó de remover la gran olla y la miró.

—En su habitación.

—No debió de haberse movido. ¡Es demasiado pronto! —La preocupación y el reproche matizaban su voz.

—Ha insistido en ello y no he podido impedírselo. Ya no es un chiquillo al que pueda dar órdenes. Y lo ha hecho él mismo, sin ayuda.

—Ese chico es tan fuerte como su abuelo, que no duraba en la cama más de dos días seguidos —intervino Crissa complacida.

—¿Ha venido el doctor MacKay?

—No. Vendrá esta tarde. He oído decir que ha ido a la granja de los Peterson porque Lucy se ha puesto de parto —dijo Grizela.

—Si no le pone freno a su marido, va a formar un regimiento ella sola. Ya va por el sexto —opinó Crissa, sin dejar de amasar el pan.

—Esperemos que esta vez sea una niña para que la ayude con la casa; tanto hombre es mucho trabajo para una sola mujer —dijo Grizela.

Briana no siguió escuchándolas. Se dirigió al piso superior y entró sin llamar a la habitación de Kenneth. Él estaba tendido en la cama con el rostro muy pálido. La proeza de subir las escaleras lo había agotado.

—¡¿Cómo se te ocurre cometer esta locura?! —lo regañó a voz en grito nada más entrar.

Kenneth sintió como si le taladraran el cerebro y emitió un

gemido de dolor.

—Por favor, he tenido suficiente con Grizela. Solo necesito descansar un rato y un poco de silencio, por favor —se quejó con voz débil. Sabía que había cometido una estupidez al empeñarse en realizar aquel esfuerzo.

Briana se acercó y le puso una mano en la frente. Estaba fría. Suspiró con alivio, la fiebre había desaparecido. Al observar la mancha de sangre en el vendaje dedujo que la herida se había abierto.

Kenneth permanecía con los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Briana comprendió que no estaba en condiciones de hablar con su hermano. Ewen tendría que esperar a que se repusiera.

—Deja que vea la herida —pidió más calmada, sentándose en la cama para tener un mejor acceso.

Él no replicó.

Con sumo cuidado para no causarle más incomodidad, Briana le retiró parte del lienzo para observar la herida. La cicatriz que la bala le había dejado presentaba buen aspecto y no parecía necesario volverla a coser. Esperaría a que el doctor decidiera qué hacer. El que no tuviese fiebre era buena señal, indicaba que no había infección.

Fue hacia el aguamanil y humedeció un lienzo con agua limpia de una jarra. Con él limpió la herida. Le extendió por la zona un poco de ungüento y volvió a cubrirla con otro trozo de lienzo limpio.

Kenneth se dejaba hacer sin emitir la menor protesta y, aunque no se quejaba, Briana sabía que todas esas maniobras le causaban dolor. Le limpió el sudor del rostro y del cuello con un paño humedecido, recreándose en los contornos de su boca, bajando por el pecho hacia el vientre con leves toques, maravillándose con la dureza de los músculos, la suavidad de la piel…

Él abrió los ojos y la miró. Sus rostros estaban cerca y Briana sintió una sacudida interna de excitación. Nerviosa, se retiró. Lo cubrió con la sábana y se levantó de la cama.

—Te subiré algo de comer y podrás descansar —dijo Briana con voz poco firme.

—No tengo apetito. Gracias.

—No puedes rechazar un buen tazón del caldo de Crissa. Ya sabes que obra milagros —bromeó ella de forma animosa, sin poder ocultar la preocupación que sentía.

—Está bien. Tomaré un tazón de ese caldo mágico o es capaz de dispararme ella misma por haberlo rechazado.

Briana sonrió. No había perdido el sentido del humor, lo que era un síntoma de que se estaba recuperando.

Capítulo 21

Después del reconstituyente refrigerio y de descansar unas horas, Briana consideró que el enfermo estaba en condiciones de escuchar las explicaciones de Ewen. Presumiendo que estaría en la biblioteca bebiendo, fue hasta allí. Al no encontrarlo salió al patio. Ewen estaba charlando con Dougal y parecía sobrio. Le pidió que la acompañara y ambos subieron al cuarto de Kenneth.

—Mi hermano quiere hablar contigo —anunció Briana al entrar. Detrás de ella iba el aludido que, con gesto apesadumbrado, apenas levantaba los ojos del suelo. Parecía un chiquillo que acababa de hacer una travesura e iba a recibir una reprimenda.

—¿Te habías perdido, Ewen? —dijo Kenneth con sorna. Su mirada no demostraba el menor rastro de diversión.

Ewen tuvo la decencia de sonrojarse.

—Siento lo ocurrido. De haber sabido que corrías algún peligro no te habría dejado solo —se disculpó.

—¿Estás seguro? Porque el peligro podía venir de muchos lados.

—Si estás insinuando que yo fui quien te disparó, he de decirte que estás equivocado y me ofende tu desconfianza —replicó Ewen enfurecido, e hizo intención de marcharse.

Su hermana lo retuvo por el brazo y, con un gesto que él conocía muy bien, le indicó que no se moviese de allí hasta que ella le diese permiso.

—Tu actitud y los hechos posteriores me inclinan a pensarlo. ¿Dónde te escondiste?

Ewen parecía reacio a hablar.

—No estaba escondido porque no había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirme. Reconozco que la conversación que mantuvimos me disgustó. Fui a ahogar mis penas a la taberna y, cuando el vino no lo consiguió, busqué otro remedio más… estimulante.

Briana carraspeó y torció el gesto. Kenneth receló que se había entretenido en algún burdel, del que su hermana lo había sacado. Al despertar esa mañana y no verla a su lado, supuso que había ido a buscarlo. Grizela acabó confirmándoselo cuanto le preguntó.

—¿No viste a nadie en el camino?

—No me crucé con nadie. Lo que no puedo asegurar es que no hubiese alguna persona escondida. Estaba alterado por la discusión y me alejé de allí tan rápido que no reparé en nada. Si había alguien, no lo vi —reconoció.

Kenneth reflexionó. ¿En realidad le creía culpable? No, se respondió. Ewen era vehemente y bravucón, pero no daba el tipo de asesino a sangre fría, y él sabía bastante de ello, pues se había topado con muchos. Entonces, si no había sido él, ¿quién lo había disparado y por qué motivo?

—Está bien. Creeré lo que me dices y así se lo diré al alguacil cuando me pregunte. Si se trata de salteadores, hay que cogerlos antes de que creen más conflictos.

Tanto Briana como Ewen se relajaron al oír las palabras de Kenneth.

—Daremos parte de inmediato a las autoridades —comunicó Briana—. Ahora, te dejamos descansar. —Indicó a su hermano con un gesto que la acompañara.

Kenneth se quedó pensativo. No había llegado a creer que hubiese sido Ewen y, al ver su reacción, se ratificó en ello. Al descartar desde el principio a Briana, quedaban pocas opciones, sobre todo porque no creía que se tratase de atracadores. Estos habrían seguido buscando hasta encontrarlo. No fue un intento de robo, estaba convencido, era un ataque personal. Por lo que, excluidos ellos dos, solo le quedaba pensar que estaba relacionado con su trabajo.

Alguien se había enterado de que era un agente del Gobierno y la misión que le habían encomendado. No sería extraño que hubiese un topo en el Foreign Office. Ya lo hubo con anterioridad. Recordó la misión en la que seis meses antes estuvo envuelto y en la que se involucró su hermano Gregory, cuya vida y la de Adele estuvieron en peligro. Si ese era el caso, habrían querido silenciarlo para que no descubriera el alcance de la trama y a sus cabecillas. Tendría que estar atento y descubrirlos antes de que atentaran contra él otra vez y algún inocente resultase herido.

—Acompáñame, tengo que hablar contigo —dijo Briana a su hermano una vez fuera de la habitación.

Ewen la siguió hasta un saloncito que daba al jardín posterior y que ella utilizaba en sus ratos de descanso para leer y repasar las cuentas.

—Dime, ¿quién está interesado en comprar las tierras de

Kenneth? —preguntó Briana cuando cerró la puerta. Quería que él le confirmase sus suposiciones.

Ewen vaciló. No deseaba desvelar el nombre del comprador porque sabía que a su hermana no le iba a gustar. Tampoco podía mentirle ni darle una evasiva. Era muy tozuda y no desistiría hasta averiguarlo.

—Se trata de Fergus. Me lo comentó hace meses, poco después de la lectura del testamento.

Como Ewen presuponía, esa respuesta enfureció a Briana.

—Sabes que es la última persona a la que Angus nunca se las habría vendido. Siempre se opuso a ello —le echó en cara.

—Pero el viejo ya ha muerto. No se va a enterar.

—Yo me opongo y estoy viva. Fergus quiere apoderarse de Dolmuck y no lo voy a consentir —zanjó tajante.

—Tú ya no decides, hermanita. Ahora el *laird* es Kenneth y puede hacer con las tierras lo que le plazca —replicó aun sabiendo que Kenneth tampoco era partidario de vendérselas a su vecino.

—Dudo que él acceda. Conocía la inquina que su abuelo le tenía a los Murray. Y si se le ha olvidado, yo me encargaré de recordárselo.

Ewen se encrespó.

—Si influyes en él me arruinarás el negocio. Fergus me pagará una buena cantidad si lo convenzo. Ya sabes que no me sobra el dinero.

—¿Y por unas cuantas libras traicionarías la memoria de quien nos crio? —le reprochó encendida.

—No me sermonees. A ti te ha dejado bien cubierta, pero ¿y a mí? Apenas unas libras con lo que solo tengo para pagar mi manutención.

—Te sobraría si dejaras de lado algunos vicios y te administraras mejor, aparte de buscar un trabajo.

—¡Eres una egoísta! —le espetó. Y salió de allí cerrando la puerta con violencia.

Briana suspiró. Su hermano continuaba comportándose como un niño mimado y creándole problemas.

Decidió buscar a su hija, que jugaba en su cuarto. Desde el ataque a Kenneth pasaba poco tiempo a su lado y se sentía mal por ello. Cuando subía las escaleras llamaron a la puerta. Al abrir vio que se trataba de Murdock MacKay.

—Buenas tardes, doctor. Ya no lo esperaba hoy. ¿Ha dado Lucy a luz?

—Hace una hora. Un robusto niño —informó. Su aspecto

cansado daba a entender que había sido un largo proceso.

Briana lo ayudó a quitarse el sobretodo.

—Vaya. Tampoco ha habido suerte esta vez. Espero que estén bien.

—Perfectamente. ¿Y el enfermo?

—Mejora con rapidez. No ha tenido fiebre desde anoche y esta mañana se ha encontrado con suficientes fuerzas para ir a su habitación.

Subieron las escaleras hasta el cuarto de Kenneth.

—Me alegra saberlo —dijo MacKay—. ¿Ha recordado algo más? ¿Logró ver quién le disparó o recuerda algún indicio que ayude a su identificación?

—Me temo que no. —A Briana se le había quitado un gran peso de encima al comprobar que Kenneth creía en la inocencia de Ewen.

—Eso va a complicar las cosas —se lamentó con desaliento—. Por cierto, parece que tu hermano ya ha aparecido. Nos hemos cruzado por el camino. Cabalgaba como si lo persiguiera el diablo. —La miró de reojo y continuó—: ¿Él logró ver al asaltante?

—Dice que no vio a nadie por los alrededores.

—En ese caso, hay que comunicar al alguacil lo ocurrido y que se encarguen de investigar el asunto de inmediato.

—He enviado a Dougal a Ferwey para que lo ponga en su conocimiento.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Briana tocó y entró seguida por MacKay.

—¿Cómo te encuentras hoy, muchacho? —preguntó el doctor.

—Mucho mejor que ayer. En un par de días podré retomar mis actividades —contestó Kenneth animoso.

—No te precipites. Que te encuentres mejor no quiere decir que estés curado. Vamos a echarle un vistazo a esa herida. —MacKay se acercó a Kenneth y le levantó el vendaje. Lo examinó, presionando las zonas próximas a la herida para comprobar que no sentía ningún dolor—. Veo que has hecho un buen trabajo, Briana. No observo señales de infección y está cicatrizando bien.

Ella sonrió contenta por el halago. Grizela le había enseñado cómo hacerlo y solía ocuparse de las pequeñas heridas de los habitantes del castillo, con lo que aliviaba a la anciana de esa tarea.

MacKay continuó examinando a Kenneth. Le miró la parte interna de los párpados inferiores y torció el gesto.

—La pérdida de sangre es lo que más me preocupa. Tienes que recuperarla y la única forma de hacerlo es con descanso y buenos

alimentos. Por lo tanto, nada de hacer esfuerzos. Deberás permanecer en cama durante una semana más.

—No puedo, doctor. Tengo asuntos que atender en Inverness que no admiten demora —protestó él.

—Pues tendrás que hacerlo si no quieres que tu estado de salud empeore. No sería el primero que fallece por una debilidad extrema. ¿Cómo va de apetito? —le preguntó a Briana.

—Hoy ha sido su primera comida y apenas ha probado bocado.

—Tiene que comer. Es fundamental para su recuperación. Alimentos contundentes. Huevos, carne, leche y crema…

—No se preocupe, yo me encargo —aseguró ella, mirando a Kenneth con gesto de institutriz enfadada.

Él gruñó por lo bajo, pero no volvió a protestar.

—Y revisa todos los días la herida. Debe mantenerse limpia y seca para que cicatrice sin problemas —añadió el doctor.

—Así lo hare.

—Regresaré en un par de días. Espero que sigas mis consejos y no insistas en hacer esfuerzos o retrasaras la recuperación —le recordó a Kenneth.

—Seguiré sus consejos al pie de la letra, doctor. Nadie tiene más interés que yo en curarse.

—Me alegra oírtelo decir.

Cuando salieron de la habitación, MacKay no tardó en expresarle a Briana sus temores.

—No debe tomarse mis instrucciones a la ligera. La pérdida de sangre fue muy importante y se encuentra más débil de lo que quiere admitir. Si no recupera parte de la que perdió en pocos días, algunos órganos podrían verse afectados, entre ellos el corazón.

Briana se alarmó.

—No imaginaba que fuese tan grave.

—Kenneth es un hombre fuerte y eso lo ha mantenido vivo, pero el peligro persiste. Es algo que debe comprender.

Cuando el doctor se marchó, Briana se puso manos a la obra. Ahora, el cometido más urgente era procurar que Kenneth recuperase las fuerzas, y ella iba a conseguirlo. Si tenía que atiborrarlo a comida como a un lechón destinado a abastecer la mesa en Navidad, así sería.

Como ya se acercaba la hora de la cena, bajó a la cocina. Algunas veces, cuando Angus no se encontraba en el castillo, se preparaban platos con las recetas que la madre de Kenneth trajo a su regreso de Francia, y que a él tanto le gustaban.

—Crissa, ¿recuerdas alguna de las recetas de Roselyn? —preguntó a la cocinera.

—No, pero las tengo guardadas. Ella me las dio.

—Tráelas, por favor. Vamos a preparar alguna. Le daremos una sorpresa a Kenneth.

Crissa sonrió complacida. Le gustaba cocinar esos platos tan elaborados y que tanto le gustaban al chico… y a los demás. Desapareció para regresar al poco con un pequeño cuaderno en las manos que le entregó a Briana. Esta fue pasando las hojas escritas con la pequeña y primorosa letra de Roselyn. Le habría gustado conocerla. Debió de ser una gran mujer, y muy bella, según le habían contado, porque no había encontrado ninguna imagen suya. En el castillo todos la querían y guardaban un grato recuerdo de la jovencita amable y vivaracha que partió hacia Londres para hacer realidad su sueño.

Briana intuía que había algún motivo más en ese deseo de abandonar su hogar y marcharse a recorrer el país, pero nunca quiso hablar de ello por respeto a Angus, al igual que los sirvientes que la conocieron. No ocurría lo mismo con los nuevos o con algunas personas de la aldea, a las que les gustaba inventar historias y difundirlas ante cualquiera que quisiese escucharlas.

Circulaban varias versiones. Desde que se había enamorado de un actor francés, perteneciente a una compañía de teatro que meses antes había ido a ver actuar en Inverness y que, ante la negativa de su padre a consentir el matrimonio, había huido con él, a las más extremas e increíbles, que aseguraban que el fantasma de su madre, que vagaba por el castillo, le había pedido que se marchara o le ocurriría una desgracia.

No apostaba por ninguna, si bien todas coincidían en un detalle, que Grizela le confirmó: la relación con su padre era mala. Angus parecía tenerle poco aprecio, o no sabía expresarlo, como siempre le había ocurrido. La trataba como si fuese una criada más y ella se cansó de tantos desprecios, algo similar a lo que ocurrió con su hijo.

Cuando Roselyn regresó, enferma y con un niño, su padre no cambió de actitud, aunque le permitió quedarse. Murió al cabo de pocas semanas y todos la lloraron menos él.

—¿Tenemos los ingredientes necesarios para hacerlas? —preguntó Briana, señalando un par de ellas.

Crissa estudió las recetas. Apenas había aprendido a leer, pero se sabía de memoria las páginas de aquel cuaderno.

—De casi todo. Para el *gratin dauphinois* sí los hay. Se le puede

añadir setas, a Kenneth le gustaba de ese modo. El *coq au vin* se puede hacer con cualquier tipo de carne y es fácil de elaborar. Utilizábamos oca y él apenas notaba la diferencia.

—Yo me encargaré del postre. Haré *crêpes*. Recuerdo que le gustaban mucho los rellenos de crema y confitura de pera. Espero que resulten comestibles.

Capítulo 22

Con la bandeja en la que portaba la cena de Kenneth en la mano, Briana se encaminó a su habitación. Cuando llegó a la puerta la encontró abierta. Oyó voces dentro: la grave de Kenneth y la vocecita infantil de Nerys. No quiso interrumpirlos y aguardó sin delatar su presencia y escuchando divertida la conversación.

—¿Y tú has visto alguna *kelpie*[8]? —preguntó Nerys con expectación en la voz.

—Algunos dicen haberlas visto, yo no he tenido esa suerte. Son muy tímidas y solo salen a la superficie en contadas ocasiones para llorar por su desdicha, ya que no pueden caminar sobre la tierra como nosotros. Sus lágrimas acaban transformándose en guijarros de color verde.

—¡He visto muchos en la orilla del lago! —exclamó admirada.

—Pues ya sabes que en realidad son lágrimas de *kelpie*. Puedes coleccionar las más bonitas.

—Le diré a mamá que me lleve mañana a recoger algunas —dijo Nerys, que seguía embelesada las historias que Kenneth le contaba—. ¿Cuál es tu ser maravilloso preferido?

—Los *brownies*[9]. Son los más traviesos.

—¿Qué hacen?

—Por lo general, el *brownie* elige una casa de la que cuidar. Tiene un gran sentido de la responsabilidad y sale por la noche a cosechar, trillar, segar y a terminar las labores que quedaron por hacer. Pero, si advierte que no se han terminado por holgazanería, se dedicará a mortificar a los que no les guste trabajar —le explicó, divertido ante la expresión extasiada que mostraba el rostro de la niña. Le recordaba a Briana cuando, muchos años antes, Grizela les contaba viejas leyendas de la mitología celta.

—¿Cómo? —preguntó intrigada.

—De las maneras más insospechadas. Echándole tierra en los zapatos, frotando ortigas en la ropa para que no puedan soportar el picor, agriando la cerveza… Tienen mil formas de vengarse. Así que no seas holgazana o serás objeto de sus represalias —explicó con voz trémula y gestos exagerados que hicieron reír a la niña—. Pero en el fondo son amables y solo necesitan un poco de leche y un trozo de torta para sentirse recompensados por su trabajo.

—¿Puedo dejarle leche para que venga a ayudarnos?

—Claro. Aunque creo que le gustará más la crema.

Nerys palmeó entusiasmada.

—Le pediré a Crissa un cuenco con crema y una torta de avena con miel. A mí me gustan mucho.

—Seguro que a él también.

La niña sonrió complacida.

—¿Dónde le dejo la comida?

—En la cocina estará bien. Elige un rincón apartado para que nadie lo toque y puede que esta misma noche venga algún *brownie.*

—¿Y si no viene?

—Lo dejas en el mismo lugar hasta que nos haga una visita.

—Nerys, no fatigues más al primo Kenneth y ve a tu cuarto —dijo Briana entrando en la habitación.

—Pero estamos hablando del *brownie* que va a venir a casa —protestó la niña.

—Mañana continuaréis con la conversación. Es hora de cenar. —Briana no se dejó convencer. Depositó la bandeja en una mesita y avivó el fuego de la chimenea.

Nerys miró a Kenneth pidiendo su confirmación.

—Mañana continuamos, prometido. Si quieres, te hablaré sobre el significado de tu nombre.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó con gesto de asombro.

—Me lo enseñó mi madre cuando era pequeño. Están todos los nombres en un libro muy antiguo que guardaba mi abuelo en la biblioteca. Puede que esté allí. Bajaré a buscarlo y veremos qué significa Nerys.

—Sí, por favor. Quiero saberlo.

—Vamos, señorita, a tu cuarto —insistió Briana.

La niña obedeció con una mueca de disgusto y se marchó corriendo.

Briana se acercó con la bandeja y la colocó sobre la mesilla junto a la cama de Kenneth.

—Siento las molestias que te esté causando. Es una niña muy curiosa y por aquí hay pocos entretenimientos.

—No me causa ninguna molestia, al contrario, me distrae. Llevo demasiados días encerrado entre estas paredes.

—No tanto, apenas tres. Y ya oíste al doctor: reposo absoluto durante una semana.

Kenneth se incorporó con la ayuda de Briana, que le colocó otro almohadón en la espalda para que estuviese más cómodo.

—El buen hombre está un poco anticuado. La próxima vez

querrá aplicarme sanguijuela para que se lleven los malos humores —dijo en broma.

—Ya hemos abandonado esas prácticas por aquí. Te recuerdo que Edimburgo lleva siendo durante casi un siglo una de las ciudades más importantes en educación y cultura de Europa —alardeó, alzando la barbilla en cómico gesto.

—Edimburgo está a muchas millas. Dolmuck necesita modernizarse.

Briana no replicó. Sabía que tenía razón. Allí no había llegado la afamada Ilustración escocesa, en la que tantos pensadores e inventores habían destacado.

—Espero que tengas apetito porque Crissa se ha esforzado esta noche. —Le colocó la bandeja sobre las piernas y retiró los cubreplatos, mostrando el contenido—. *Gratin dauphinois*, *coq au vin* y *crêpes*, todo ello elaborado según las recetas de tu madre.

Kenneth sonrió. La pronunciación era desastrosa, pero identificó cada plato. Tendría que darle algunas clases de francés.

—¿Cómo las habéis conseguido?

—Crissa las guardó casi todas. Son uno de sus tesoros. No había tenido oportunidad de hacer ninguna desde que te fuiste.

—Huelen de maravilla. Seguro que saben igual de bien —opinó, y comenzó a comer con apetito.

Ella se sentó en un sillón junto a la cama y lo observó. Como cada vez que lo hacía, sentía una calidez interior y una especie de alegría que le hacía sonreír inadvertidamente. Suspiró. Debía olvidarse de todas esas tonterías, porque para él era como una hermana pequeña.

—Estaban exquisitos. Felicita a Crissa —dijo una vez acabados los dos primeros platos. Apuró la copa de vino y comentó—: Un buen caldo. ¿Procede de la bodega de mi abuelo o ya se han acabado las existencias? —No le extrañaría que Ewen hubiese dado buena cuenta de ella si tenía que hacer caso a su fama de insaciable bebedor.

—Quedan bastantes aún. En los últimos años, tu abuelo perdió el gusto por el vino y apenas bebía. Solo siguió siendo fiel al *whisky*, se lo hacía traer desde una destilería clandestina de Speyside. Solía tomar un buen trago antes de acostarse. Decía que le ayudaba a dormir.

A Kenneth le resultó extraño oírlo. En contadas ocasiones lo había visto sobrio. Siempre desprendía ese olor a alcohol que acentuaba su irascibilidad.

—Creo que estoy lleno. Dejaré el postre para mañana —dijo, retirando un poco la bandeja.

—Pruébalo, al menos. Lo he hecho yo —le pidió ella. Tenía que obligarle a comer para recuperar fuerzas.

—En ese caso, seguro que le encuentro un hueco en el estómago. —Se echó un buen trozo a la boca y se chupó los dedos—. Delicioso. Sabe igual que los de mi madre.

Una sonrisa nostálgica se formó en la boca de Kenneth y le vinieron imágenes de Roselyn preparando ese postre en la pequeña cocina del carromato que hacía las veces de casa y con el que estuvieron viajando por tierras francesas junto a la *troupe,* que se convirtió en su familia.

Fue una difícil época, en plena revolución, con el peligro acechando, pero para él fueron los mejores años de su vida. El amor de su madre y de los otros miembros de la compañía, la posibilidad de corretear a sus anchas, la aventura de ir de un lugar para otro… Todo era maravilloso a los ojos de un niño que no era consciente del riesgo que corrían porque su madre se encargaba de que disfrutase en todo momento, reservando para ella los sinsabores.

¿Cómo no advirtió que estaba tan enferma? Nunca se perdonaría el no haber estado más tiempo a su lado, el no haberle facilitado el final. A su edad solo se daba cuenta de que su vida había empeorado. Tuvo que abandonar la compañía de actores con la que había convivido y su existencia feliz y despreocupada para trasladarse a aquel lugar inhóspito y lúgubre con personas que no conocía y con un abuelo que no lo quería y que se lo demostraba en cualquier ocasión.

Recordaba las discusiones, las rabietas, los reproches que le hacía a su madre y que ella justificaba de la mejor manera, sin advertir su sufrimiento, sin reparar en que la enfermedad iba desgastando sus fuerzas hasta que un día no se pudo levantar de la cama. Entonces lo comprendió todo. Solo tenía siete años, pero intuyó que su madre se moría, que abandonaba ese mundo y lo dejaba con aquel hombre al que apenas conocía y del que no recibía ninguna muestra de aprecio.

Se sintió perdido, no solo porque iba a quedarse sin madre, también por lo que el futuro le deparaba. Entonces no se despegó de su lado. Tal vez quiso con ello compensarla por los sinsabores que le había provocado, o fue un vano intento de retenerla un poco más. Cuando murió, derramó todas las lágrimas que había estado conteniendo mientras ella estuvo viva, lágrimas por su pérdida y por él. A pesar de su corta edad advertía su precaria situación. Su abuelo no lo quería allí, pero se veía obligado a mantenerlo, lo que le echaba en cara cuando tenía la menor ocasión. Por suerte, estaba Grizela. Ella

se convirtió en su aliada. Lo ayudó y lo guio en aquellos tristes meses posteriores, y continuó haciéndolo en la medida de sus posibilidades. Ella y Dougal se convirtieron en su familia, y cuando llegaron Briana y Ewen los incluyó.

Suspiró. ¿Para qué recordar aquella nefasta época? Mejor quedarse solo con las cosas buenas, como aquel plato que tanto le gustaba. Miró a Briana con un brillo de gratitud en los ojos, que ella supo apreciar.

—Voy a tener que agradecer a quien me disparó, de otra forma no habría conseguido tanta atención por vuestra parte.

Briana se ruborizó de contento.

—No creas que esto se va a repetir muy a menudo. Tenemos demasiadas ocupaciones para dedicar horas a complicadas recetas —replicó, sin ocultar la satisfacción que sentía—. Y ya que hablamos de ello, cuando te encuentres con fuerzas, comenzaré a ponerte al tanto de las cuentas para que te hagas cargo de la administración de Dolmuck. No quiero meterte prisa, pero debo ocuparme de mis asuntos y para ello tengo que desligarme de Dolmuck.

—¿Qué quieres decir con desligarte de Dolmuck? —No le gustaba cómo sonaban esas palabras.

—Tengo un hogar que organizar.

—Este es tu hogar, ¿no es así?

—No, Kenneth, es el tuyo, ya hemos hablado de ello. Yo tengo mi hogar… o lo tendré. Como sabrás, tu abuelo me dejó en usufructo la granja que ahora está arrendada a Donald Nicolson, aparte de una generosa asignación. Donald me ha comunicado que la deja en pocas semanas. Quiere trasladarse a Glasgow. Espera encontrar un empleo con el que mantener mejor a su familia. Cuando quede libre, tengo la intención de ocupar la casa y explotar yo misma las tierras. Tengo algunas ideas que pienso poner en práctica. Y tú querrás disponer de esta casa para ti y tu esposa.

—No tengo esposa… —dijo Kenneth de forma espontánea. De inmediato recordó los términos del testamento y rectificó—: Todavía; ¿qué prisa hay?

—Tú lo has dicho. Aún no te has casado, pero lo harás y tu futura esposa no querrá que otra mujer le organice la casa, ni yo tengo el menor deseo de hacerlo. Me marcharé cuanto estés en condiciones de ocuparte de la hacienda y te ponga al tanto de las cuentas. Ya está decidido.

Briana se inclinó para coger la bandeja y perdió el equilibrio. Kenneth la sujetó por ambos brazos, quedando sus rostros a escasa distancia. Ella sintió el aliento quemante de él en su mejilla y cerró los

ojos, regocijándose por unos segundos con aquella embriagadora sensación, sin desear separarse. Kenneth la sujetaba y ella no sabía si era para ayudarla a incorporarse o para evitar que lo hiciera, tampoco tenía interés en averiguarlo. De pronto, sintió los labios de él rozando su mejilla y experimentó un espasmo de placer. Cerró los ojos y se deleitó con aquel contacto que le quemaba.

—Ya he terminado de cenar.

La infantil voz de Nerys hizo reaccionar a Briana, que se irguió con rapidez y con las mejillas arreboladas.

—Muy bien. Espero que te lo hayas comido todo. Ahora, da las buenas noches al primo Kenneth y vuelve a tu cuarto. Tienes que rezar tus oraciones y acostarte. —Cogió la bandeja, que estaba volcada sobre la cama, y la dejó en la mesa.

—¿Puede seguir contándome fábulas? Eran muy bonitas —pidió con ilusionada voz.

Briana se mantuvo firme.

—No, tiene que descansar, y tú también. Hay muchos días para eso. Te leeré un cuento.

Nerys obedeció. Acercó su carita a Kenneth y le besó en la mejilla.

—Buenas noches, primo Kenneth. Que descanses.

—Buenas noches, linda. Hasta mañana.

—¿Necesitas alguna cosa? —preguntó Briana evitando su mirada.

—Nada de momento, gracias.

—Cuando acueste a la niña vendré a cambiar la sábana, se ha ensuciado —dijo, y salió presurosa de la habitación con Nerys de la mano.

8 Ondinas. Seres de la mitología celta parecidas a las sirenas que viven en los lagos.

9 Seres de la mitología celta. Duendecillos amables que favorecen las cosechas.

Capítulo 23

Briana se demoró en regresar a la habitación de Kenneth. Deseaba estar un rato con su hija, a la que había descuidado los últimos días, y también porque necesitaba serenar sus emociones, que se habían agitado tras el incidente minutos antes. ¿El roce de los labios en su mejilla había sido fortuito o intencionado? Mejor lo analizaba luego, así como lo que había sentido ante ese leve contacto.

Nerys, que era una niña muy despierta para su escasa edad, no había dejado de hacerle preguntas sobre Kenneth. Era innegable el impacto que le había causado. Las únicas figuras masculinas que se habían cruzado en su vida no eran una buena referencia, exceptuando a Dougal, que sentía por la pequeña un innato cariño y le dedicaba tiempo y paciencia.

Malcolm, su padre, apenas había ejercido como tal. Nerys tenía cuatro años cuando murió y sus recuerdos eran vagos. De no ser por su afición por la bebida habría sido un buen padre. En la mayoría de las visitas aparecía ebrio y ella no se atrevía a dejarlo solo con la niña por si ocurría algún accidente. Angus, un anciano huraño y gruñón, que mostraba poco interés por ella, y Ewen, que quería mucho a su sobrina, pero nunca tenía unos minutos para ella. Luego estaba Fergus, su otro abuelo. Apenas la veía desde que decidió abandonar a Malcolm, al igual que Alexander, el hermano mayor de su marido.

Nerys había recibido más cariño de los criados de la casa que de sus propios familiares. En Dolmuck todos la querían y la cuidaban. Para Grizela, Crissa, Stew, Dougal y el resto, era como una nieta más y la mimaban en exceso. Le iba a costar separarla de ellos cuando se mudase a su nuevo hogar.

Volvió a pensar en las palabras de Kenneth. A él no parecía importarle su presencia allí, pero ella sabía que cuanto más tiempo pasasen bajo el mismo techo, más difícil le resultaría mantener a raya esos sentimientos que se desbocaban en su presencia.

Miró la hora en el reloj colocado sobre la chimenea. Había transcurrido casi una hora desde la cena. No podía demorarlo más. Tenía que ir a la habitación de Kenneth.

Se miró en el espejo del tocador. No era una mujer coqueta. Nunca se había preocupado por su aspecto, aunque desde que él llegó procuraba mostrar la mejor apariencia posible. Era una tontería, lo

sabía, pero no podía evitarlo.

Cuando entró en la habitación, esta se hallaba en semipenumbra. Kenneth había apagado las velas y solo el resplandor de la chimenea daba un poco de claridad a la estancia.

Pensando que estaba dormido, Briana se acercó. Con cuidado, se inclinó sobre el lecho y le puso la mano en la frente. El tacto era frío, lo que le indicaba que la fiebre había desaparecido. Se alegró, era muy buena señal. Aun así, tenía la intención de dormir allí esa noche. La fiebre podía presentarse más adelante.

Iba a retirarse cuando él le sujetó el brazo. Ella se sobresaltó. Kenneth se llevó el dorso de la mano a la boca y la besó.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí, Briana —dijo apenas en un susurro.

Ella recuperó la mano y se incorporó, quedándose ante él en una tensa actitud.

—Es lo mínimo que haría por cualquier persona en tus circunstancias —quiso quitarle importancia.

—No es cierto. Siempre fuiste una persona increíble. Eras una niña y ya cuidabas de todos como una madre, incluso de mí, que era varios años mayor.

—El tener que cuidar de mi hermano debió de influir en mi forma de actuar, y lo hice extensivo a los demás.

Briana colocó uno de los sillones cerca de la cama y se sentó en él. Kenneth lo advirtió y se lo recriminó.

—¿No pensarás quedarte velándome?

—Eso es lo que pienso hacer. Estás débil —dijo con decisión.

—Me encuentro bien. No voy a consentir que pases otra noche durmiendo en malas condiciones. Si quieres quedarte, tendrás que hacerlo acostada a mi lado.

—¡¿Pero qué dices?! —exclamó atónita.

Kenneth soltó una risita.

—Vamos, Briana, que somos adultos y tenemos confianza. Y la cama es tan grande que podremos dormir los dos juntos sin rozarnos. Además, ¿crees que estoy en condiciones de atacar a nadie, en el caso de que quisiese hacerlo?

—Eso es un disparate. Seguiré aquí. Este sillón es muy cómodo —se empecinó ella.

—Si no te acuestas en la cama, dormiré yo en la alfombra —terció él, dispuesto a ganar esa batalla.

Briana no podía creer que estuviese hablando en serio. Debía de ser el vino. Con lo débil que estaba, los efectos del alcohol eran más intensos.

—Es la mayor tontería que te he oído decir hasta ahora. ¿Quieres agravar tu estado?

—Yo soy el primer interesado en mejorar lo antes posible, pero no consentiré que caigas enferma por mi culpa. Si piensas quedarte esta noche, lo harás en la cama o que suba una de las doncellas. —Y se la quedó mirando con un brillo retador en las pupilas.

Briana no contestó. Se acaloraba de solo pensar en tenderse a su lado.

—¿Qué decides? —la urgió él.

—Está bien. Me echaré en la cama —concedió. «Debo de haber perdido la razón por acceder a tamaña locura», pensó.

Se descalzó y se tendió a su lado.

—Deberías desvestirte y meterte bajo las mantas. Vas a coger frío.

—No pienso hacer tal cosa. Quítatelo de la cabeza. Fue tajante, tanto en el tono de voz como en el brillo de su mirada.

—Está bien. Si quieres estar incómoda, allá tú. —Kenneth quiso darse la vuelta y, al hacerlo, emitió un gemido de dolor.

—¿Qué te ocurre? —se alarmó ella, incorporándose.

—Nada grave. No recordaba la herida del hombro. Intenta descansar.

«Intenta descansar», se repitió Briana. ¡Qué fácil era decirlo! ¿Cómo iba a hacerlo acostados en la misma cama, sintiendo su calor y escuchando su respiración? Era la mayor tontería que había hecho en su vida. De todas formas, cuando se quedase dormido, se levantaría y volvería al sillón, del que no se tendría que haber movido.

Tras unos largos minutos de silencio, en los que los únicos sonidos que se escuchaban eran sus mutuas respiraciones, Kenneth preguntó:

—¿Fuiste feliz en tu matrimonio?

Briana tardó en responder, y no porque no tuviese clara la respuesta. La razón era que no quería que él supiera cuán infeliz había sido.

Kenneth aguardó. Sabía que había oído sus palabras y no quiso forzarla a contestar. Grizela le había contado que no fue feliz y que solo se casó forzada por su padre, pero quería escuchárselo a ella. En su interior deseaba que hubiese sido así, que el dolor por la pérdida de su marido no persistiese.

—No, no lo fui —dijo al fin Briana.

¿Para qué ocultarle algo que todos sabían y de lo que ya le habrían puesto al corriente? Lo que sí podía era contarle toda la

verdad de aquel acuerdo y que pocos conocían, y con ello limpiar en lo posible el nombre de su padre.

—Te habrán contado que me casé forzada por mi padre, y no es totalmente cierto. Él no era un buen padre. Nunca nos atendió como era su obligación, pero nos quería. Antes de acceder a casarme con Malcolm llevaba meses rechazando sus propuestas. Viendo que no lo conseguía, su padre recurrió al mío. Le ofreció una buena cantidad de dinero para que me obligara a aceptar ese acuerdo. Él se negó y Fergus compró sus deudas de juego, que eran muchas, y amenazó con denunciarlo. Mi padre estaba dispuesto a ir a prisión, o eso me dijo, pero yo no lo iba a consentir y acabé consintiendo ese matrimonio.

Briana ocultó el otro motivo, el más importante. Habían transcurrido doce años desde la marcha de Kenneth y no tenía la menor esperanza de que regresara. ¿Para qué continuar esperando por una promesa hecha a una niña que nunca tuvo intención de cumplir?

—El saber que me había casado forzada para evitarle la prisión acabó por hundir a mi padre, que se dejó llevar por sus vicios hasta que tuvo el trágico final.

—Siento que muriera de esa forma —se lamentó Kenneth. Le agradaba. Robert Fletcher era un hombre amable y parlanchín, que disfrutaba de las alegrías que la vida le proporcionaba. Comparado con su abuelo, era un soplo de aire fresco que aliviaba la tensión reinante en el castillo cada vez que venía a visitar a sus hijos, aunque por entonces él solo era un jovencito y no supo apreciar su debilidad de carácter. Lástima que no tuviera el valor suficiente para lidiar con sus excesos.

—Tal vez la muerte fue para él una liberación. La última vez que lo vi parecía muy enfermo. Y en el fondo me alegro, así no tuvo que presenciar los siguientes acontecimientos.

Briana permaneció en silencio unos segundos mientras reorganizaba sus recuerdos. Kenneth pensó que no quería continuar con las confidencias por ser demasiado dolorosas. Le agradó que ella quisiera sincerarse.

—La separación de Malcolm fue un duro proceso. No por su parte, ya que él lo aceptó, pero sí por parte de su padre. Fergus nos puso las cosas muy difíciles y, si no hubiese sido por tu abuelo, habría tenido que continuar viviendo con mi marido.

—Sé que se opuso a ese matrimonio.

—Lo hizo, aunque no lo pudo evitar. Quiso pagarle a Fergus las deudas de mi padre y él no aceptó. Y cuando me separé de Malcolm, me acogió sin poner ningún impedimento. Me protegió cuando Fergus amenazó con demandarme por abandono del hogar y

secuestro de su nieta, y hasta le vendió a bajo precio una parte de la propiedad lindante con sus tierras para que no siguiera adelante con sus amenazas. Todo eso hizo tu abuelo por mí. Tenía sus defectos, pero protegía a su familia.

Kenneth pensó que tal vez era cierto. Con ellos lo habían hecho, pero a él no lo consideraba de su familia.

Cuando las primeras luces del alba comenzaron a filtrarse por las contraventanas, Briana se despertó y se quedó rígida, sin saber dónde estaba. No reconocía la habitación ni comprendía por qué sentía ese peso sobre su cintura.

Poco a poco fue consciente de la realidad y advirtió lo que ocurría. Era el cuarto de Kenneth, su cama, estaba bajo las mantas y él se encontraba a su espalda, abrazándola. Sentía el calor de su cuerpo amoldado al de ella y su acompasada respiración en la nuca. Se tensó de inmediato. ¡¿Qué había hecho?! Recordaba haberse acostado, pero no cómo había acabado en brazos de Kenneth. Había sido una estupidez ceder a aquella descabellada propuesta.

Con cuidado de no despertarlo, logró liberarse del brazo masculino y se fue deslizando hasta salir de la cama. Una vez en el suelo, se colocó los escarpines y se marchó del cuarto, cerrando la puerta con sumo cuidado.

Kenneth abrió los ojos cuando Briana hubo salido y emitió un suspiro de resignación. Había sido una verdadera tortura mantener a raya su excitación durante las horas que ella había pasado en su lecho. El tenue olor a lavanda que desprendía su cabello le llenaba las fosas nasales y llegaba hasta su cerebro, enviando a sus músculos potentes mensajes de deseo. Y luego estaba su calor, aquella tibieza que la envolvía y que conseguía que su temperatura corporal se elevara varios grados.

¡Qué insensato! ¿Cómo se le ocurrió pedirle que se acostara a su lado? Se consideraba un hombre impasible, que no se dejaba vencer por sus pasiones. Desde muy joven se estuvo entrenando para ello. Muy mal habría hecho su trabajo de no haber sido así. Sin embargo, con ella se derrumbaban todos los muros de contención y parecía regresar a su febril adolescencia.

No debía consentir que ocurriera otra vez por mucho que le atrajese Briana, y era más de lo que le gustaba reconocer. Tenía que poner distancias entre ellos para enfriar esos sentimientos que había comenzado a albergar y que estaban a punto de hacer naufragar sus planes de futuro.

Capítulo 24

Con el firme propósito de continuar con los objetivos marcados y con la misión que le habían encomendado, Kenneth se esforzó en recuperarse lo antes posible. Esa mañana, después de que Jane le trajese el desayuno, se vistió él mismo y bajó a la biblioteca. Le supuso un gran esfuerzo que mermó sus reducidas fuerzas, pero lo consiguió. Le había prometido a Nerys buscar el libro de los nombres y la niña era de las que no perdonaba un olvido.

En los pocos días que llevaba allí, había comenzado a sentir un gran cariño por aquella pequeña que tanto le recordaba a su madre, y no solo en el aspecto físico. Cuando Briana llegó a Dolmuck tenía más o menos la edad de Nerys y, aunque parecía asustada y desconfiada, pronto comenzó a mostrar un carácter amable, generoso y muy maduro para su edad. Su hija también se parecía a ella en eso.

Buscó el libro en las estanterías y no tardó en hallarlo. Con él en las manos, se sentó en un sillón cercano a la ventana dispuesto a esperarla. Los rayos del sol calentaban la estancia, lo que, unido a la fatiga que el esfuerzo le había ocasionado y las pocas horas de sueño durante esa noche, le provocaron un leve sopor.

Nerys no se hizo esperar. Tras el desayuno fue a la habitación de Kenneth, al no encontrarlo, bajó a la biblioteca.

—¡Primo Kenneth, ya estoy aquí! —anunció con energía.

Kenneth se incorporó sobresaltado. El brusco movimiento le ocasionó una punzada de dolor en el hombro.

—Ya estaba pensando que te habías olvidado —dijo él cuando logró recuperarse.

—Mi mamá no me deja bajar hasta que no termino mis tareas.

—¿Tienes tareas que realizar?

—Claro. Tengo que ayudar a Mary a hacer mi cama y a ordenar los juguetes, y debo llevar la ropa sucia al lavadero y saludar a todos —enumeró ayudándose con los dedos de la mano. Oyéndola hablar nadie diría que solo tenía cinco años.

—Veo que eres una jovencita muy ocupada. No te entretendré entonces.

—Ya he terminado. Puedo acompañarte un rato, así no estarás solo —aclaró con desparpajo y, sin previo aviso, se subió a sus rodillas.

—Me alegra oírlo. Empezaba a aburrirme.

Kenneth sonrió, conmovido por el gesto de familiaridad de la niña, y abrió el libro.

—Vamos a buscar tu nombre… Sí, aquí está. Nerys significa «mujer noble». ¿Te gusta?

—Sí, pero yo no pertenezco a la nobleza.

—En este caso se refiere a nobleza de carácter, a una persona justa, honrada. ¿Entiendes?

La niña asintió con poca convicción.

—No te preocupes, lo entenderás cuando crezcas. Pero debes saber que es más importante ser noble de carácter que poseer un título de nobleza.

—Entonces me gusta —dijo con una gran sonrisa—. ¿Y el de mamá?

—Briana… «mujer de gran fortaleza», algo muy adecuado, porque no he visto una mujer tan fuerte como ella, en todos los sentidos. —La admiración que sentía se reflejaba en el cálido acento que imprimió a sus palabras y en la placentera sonrisa que las culminó.

—Ahora el tuyo —pidió Nerys, ajena a los sentimientos de él.

Kenneth volvió a mirar y encontró el suyo. Ya conocía el significado, pero simuló asombrarse.

—Aquí pone «hombre bien plantado».

El rostro de Nerys mostró gran desconcierto.

—¿Eres un árbol? —preguntó en voz baja, como si fuese un secreto que había que guardar.

Kenneth soltó una carcajada.

—No. Quiere decir «hombre atractivo». Pero no sé si creerlo. ¿Te parezco atractivo? —dijo, mirándola con una divertida mueca que le afeaba el rostro.

—¡Nooo…, eres feo! —respondió Nerys, que reía con ganas ante los ridículos gestos de Kenneth.

Briana, que había estado escuchando parte de la conversación detrás de la puerta, entró en la biblioteca.

—Nerys, ve a la cocina, Crissa ha preguntado por ti —indicó a su hija.

—¿Puedo ir luego? El primo Kenneth me está enseñando lo que significa cada nombre y queda el tío Ewen, Grizela, Dougal…

—Ahora, señorita —ordenó de forma tajante.

Nerys instó a Kenneth con la mirada a que la apoyara.

—Tienes que obedecer a tu madre, cariño. —Tuvo que hacer un esfuerzo para no sucumbir a la súplica de aquellos iris dorados que con el tiempo causarían la perdición de muchos hombres—. Pero

¿sabes lo que vamos a hacer? Te lo dejaré para que lo custodies y más tarde seguiremos mirando nombres. Tú serás la guardiana del libro de los nombres —dijo de forma solemne, y se lo entregó.

—¡La guardiana! —exclamó Nerys henchida de orgullo.

—Así es. Lleva cuidado de no perderlo. Encierra muchos secretos.

—No lo perderé —aseguró con seriedad y, feliz, se fue corriendo hacia la cocina.

Cuando se quedaron a solas, Kenneth preguntó a Briana con tono de alarma:

—¿Qué ocurre?

Briana le entregó un sobre lacrado en el que ponía «Kenneth MacLennan». Por su actitud, él intuyó que sabía quién lo enviaba.

—Lo ha traído un sirviente de Fergus Murray —respondió ella a su muda pregunta.

Kenneth comprendió su inquietud. Nada que viniese de su suegro podía ser bueno. Lo abrió y leyó su contenido.

—Me felicita por mi nuevo estado y pregunta cuándo puede visitarme para tratar un tema importante y productivo para ambos —dijo, tras leer la nota.

Briana se relajó. Había temido que fuesen malas noticias.

—Querrá comprar tierras, es su obsesión desde que tuvo edad de pensar.

—Si el comprador al que tu hermano se refería es él, ya debe de tener mi respuesta.

—Comprobarás que no admite una negativa. Es muy insistente —señaló con desaliento.

—Eso lo veremos. ¿Te molesta que nos visite?

—No. De hecho, nos ha visitado en alguna ocasión desde que nos mudamos a Dolmuck. No quiere perder el contacto con su nieta, dice. —Briana estaba convencida de que, más que el cariño, lo que movía a Fergus era lo que Nerys pudiese heredar en el futuro.

—En ese caso, le diré que puede venir mañana. Es conveniente tener buenas relaciones con los vecinos, y más si son familia.

—Deberías dejarlo pasar algunos días. Aún no has recuperado las fuerzas —lo aconsejó.

—Me encuentro muy bien. Y quiero terminar con esto lo antes posible. Tengo la intención de ir a Inverness en un par de días.

—¡¿Has perdido la razón?! —exclamó con calor—. Es un trayecto demasiado largo y estás convaleciente.

—Pues que sean tres, entonces. No puedo demorar más los

asuntos que tengo pendientes allí.

Tenía descuidada la misión que le habían encomendado. Si se estaba organizando una gran revuelta, debía descubrirlo lo antes posible y ponerlo en conocimiento de sus superiores. Y si esos conspiradores estaban detrás del atentado que había sufrido, era primordial desenmascararlos y eliminarlos antes de que actuaran de nuevo. En el grato refugio de Dolmuck y cuidado por personas que lo querían estaba a salvo, pero no podía quedarse para siempre.

También le urgía hablar con el abogado. Quería conocer el nombre del comprador interesado en sus tierras y tratar el tema de la esposa. No podía demorar esa cuestión, pues era requisito imprescindible para disponer de la herencia y marcharse de allí.

Durante unos instantes, se le pasó por la cabeza pedirle a Briana que se casase con él. Ella era la candidata perfecta. Reunía los requisitos exigidos en el testamento y saldría beneficiada cuando la herencia le fuese retirada por incumplimiento de la cláusula. No iba a mentirse negando que los fuertes sentimientos que Briana despertaba en él eran una de las razones que le habían llevado a valorar esa posibilidad; los mismos sentimientos que observaba en ella. Se lo indicaba el lenguaje de su cuerpo y el brillo de su mirada, algo que a su experiencia en descifrar las reacciones humanas no se le escapaba.

Si le pedía que fuera su esposa tenía muchas posibilidades de que aceptara, y no solo porque le favorecía ese arreglo. Tampoco dudaba de que su matrimonio se consumaría. ¿Cómo resistirse al arrollador deseo que le suscitaba? Siempre había sido capaz de controlar sus emociones; en este caso, no estaba seguro de conseguirlo. Y si eso ocurría, se arriesgaba a cambiar de opinión y olvidar sus propósitos.

Pero no podía someterla a esa farsa. Era una crueldad casarse para abandonarla cuando no hubiesen transcurrido ni seis meses, aunque ella estuviese al tanto y lo consintiese. Quedaría humillada ante todos, ya que no podría revelar el pacto al que habían llegado. ¿Y Nerys?, tampoco podía someter a la niña a esa afrenta.

Durante esos últimos días, en los que la muerte le había rondado, llegó a plantearse renunciar a su trabajo y quedarse en Dolmuck. ¿Estaba preparado para ello? No podía tener ambas cosas, lo sabía. Su profesión no era la adecuada para mantener una familia y no quería condenar a Briana y a su hija a una vida de constante zozobra. Ellas se merecían algo mejor de lo que podía ofrecerles.

Kenneth se levantó con dificultad y fue a la mesa. Cogió papel y pluma y comenzó a escribir. Cuando hubo acabado, vertió unas gotas de cera y selló la nota, que le entregó a Briana.

—Le he respondido que puede venir a visitarme cuando le parezca bien, pero que no tarde demasiado porque en unos días parto para Inverness.

—La enviaré con el criado, que espera la respuesta.

Briana se marchó y Kenneth se quedó pensativo. Advertía con inquietud que comenzaba a cuestionarse los proyectos trazados antes de llegar a Dolmuck, y la causante de ello era la persona que acababa de salir, pero no podía imaginar, cuando decidió embarcarse en aquel viaje hacia su pasado, que allí encontraría a una mujer que lo atraería como pocas hasta entonces, que con solo mirarla sentiría deseos de abrazarla y no soltarla jamás. ¡Si hasta aquel lugar, que en el pasado le pareció lúgubre, se iluminaba con su presencia! Al igual que Nerys. Esa niña ya ocupaba una gran parte de su corazón. Demasiados afectos para un hombre que había renunciado a cualquier tipo de sentimentalismo, el gran enemigo de su profesión.

Un buen agente no debía poseer nada que le importase lo suficiente, eso les concedía una ventaja a sus enemigos. Una esposa e hijos a los que amar eran demasiado valiosos y representaban una debilidad, de ahí que la mayoría de las personas relacionadas con ese oficio no tuvieran lazos familiares o eran tan tibios que no suponían un inconveniente.

No era cuestión de planteárselo. Tenía que continuar con sus planes iniciales. Una vez que hubiese encontrado una esposa, regresaría a Dolmuck con ella y Briana se marcharía. Así evitaría tentaciones.

Capítulo 25

Desde la ventana de su cuarto, Briana vio llegar el carruaje de los Murray. Cuando este paró frente a la puerta principal, Fergus bajó en primer lugar seguido de Catriona. Se alegró de que su cuñada hubiese venido. Llevaba más de dos meses sin verla y echaba de menos sus charlas. De todos los Murray, ella era la única que le caía bien. Sería porque solo era una Murray por matrimonio, pensó.

Detrás de ella bajó Alexander apoyándose en los bastones para caminar. El cochero fue a ayudarlo y él, con un gesto brusco, lo apartó. La arrogancia de la familia estaba presente en él. Al ver su andar trabajoso y el gesto de dolor en su rostro, lo compadeció, debía soportar un gran sufrimiento.

Durante el tiempo que vivió en Lochill, la casa de su suegro, él fue amable, pero su excesiva seriedad no le hacía merecedor de muchas simpatías entre la gente. Comprendía su problema. Nacer con aquella pierna deforme lo había marcado de por vida, aunque el manifiesto desdén que Fergus le mostraba desde sus primeros días de vida era lo que más influyó en su carácter. Al venir al mundo su hermano Malcolm, un niño fuerte, sano, sin ningún defecto y muy parecido a su padre, su situación empeoró.

Alexander siempre se sintió un extraño en esa familia. Hijo de la primera esposa de Fergus, que falleció tras el parto, no tuvo oportunidad de disfrutar del cariño de su madre, la única persona que lo había querido, ya que nunca lo recibió de su padre ni de su hermano. Por eso, Briana apreciaba más a Catriona. Ella había sabido ver más allá del cuerpo tullido y del carácter huraño de Alexander. «El amor solo entiende las razones que el corazón le dicta», se dijo.

Inspiró profundamente. Necesitaba de todo su coraje para enfrentarse a su suegro. Fue a la habitación de su hija. Nerys estaba sentada frente a una pequeña mesa en la que solía dibujar con el libro de los nombres abierto ante ella. Aunque no sabía leer, pasaba las hojas como si se estuviese enterando de todo. Desde que Kenneth se lo había entregado, constituía un tesoro para ella del que no se separaba.

—Cariño, han llegado el abuelo y los tíos.

—¿Me habrán traído algún regalo? —preguntó ilusionada.

—Seguro que sí. —Briana le ajustó el lazo que llevaba en la cabeza para recoger su rebelde cabello y le alisó el vestido—. Vamos a recibirlos.

Nerys cogió el libro bajo el brazo.

—Déjalo. No puedes ir con él a todos lados.

—El primo Kenneth me dijo que soy su guardiana y que no debo perderlo.

—Nadie se lo va a llevar si lo dejas aquí. Mary cuidará de él en tu ausencia.

La aludida hizo un gesto de asentimiento y Nerys le entregó el libro y siguió a su madre.

En el vestíbulo se encontraban los recién llegados despojándose de las prendas de abrigo, que entregaban a Jane. Al verlos allí, la niña se adelantó a saludarlos, esperanzada ante la posibilidad de recibir un obsequio. Se acercó en primer lugar a su abuelo, que le acarició la cabeza y luego a su tía, que se inclinó para darle un beso.

—¡Cómo has crecido en estos meses! —exclamó Catriona.

—Fergus, Alexander… —saludó Briana con una inclinación de cabeza—. Me alegra que hayas venido, Catriona. —Se dirigió a ella y le dio un abrazo.

—No podía dejar de hacerlo. Hacía demasiadas semanas que no os veía. Y quería traerle un regalo a Nerys —dijo mirando a la niña, y le entregó el paquete que llevaba en la mano.

—¡Un regalo para mí! —exclamó la pequeña.

—Sí. Ábrelo —le indicó con una gran sonrisa al ver su entusiasmo.

—La consientes demasiado, Catriona.

—¿Si no lo hago con ella, con quién lo voy a hacer? Es la única oportunidad que tengo —se quejó. A sus más de treinta años ya había perdido la esperanza de tener hijos y volcaba todo su cariño en su única sobrina.

—Eso no es excusa para malcriarla. Se convertirá en una caprichosa —apuntó Fergus.

Nerys, ajena a la conversación de los mayores, se afanaba en desenvolver el paquete. Al ver su contenido, emitió un gritito de alegría.

—¡Mira, mamá, una muñeca!

La muñeca, de cuerpo de trapo y rostro de porcelana, llevaba un elegante vestido y un gorrito sobre sus bucles rojizos.

—Cuando la vi en la tienda de Inverness no pude evitar llevármela. Se parece mucho a ti, ¿no crees? —le preguntó Catriona a Nerys.

—¡Tiene el pelo de mi color! —exclamó embelesada.

—Es muy bonita. Gracias —reconoció Briana.

—Todo es poco para mi niña. —Catriona se inclinó y la abrazó.

—Pasemos al saloncito, por favor —propuso Briana, y dirigiéndose a Jane—: Avisa al señor MacLennan de que los invitados han llegado y dile a Crissa que prepare té.

Jane se marchó y ellos se acomodaron en la cálida estancia. Alexander se sentó delante de la chimenea, en la que crepitaba un agradable fuego. El trayecto en el frío vehículo le había perjudicado y no lograba disimular el dolor que sentía en la pierna.

Catriona sentó a Nerys sobre sus rodillas. La niña no paraba de acariciar y acunar a la muñeca, acomodándole el vestido para que no se arrugase.

—Nos hemos enterado del violento asalto que ha sufrido el nuevo *laird*. Tuvo mucha suerte de salir vivo de él —comentó Catriona.

—Cierto. Por fortuna, la bala no le alcanzó ningún órgano vital.

—No me explico cómo las autoridades no hacen nada con esas bandas de salteadores que merodean por nuestras tierras —se quejó Fergus con irritación—. No se contentan solo con robar, ahora ya atacan con violencia a los viajeros.

—Cada vez es más peligroso circular por los caminos. ¡Qué horror! Yo no me atrevo a desplazarme sola —aludió Catriona con espanto.

—¿Se sabe a ciencia cierta que fueron unos salteadores? ¿Llegó a verlos? —preguntó Alexander, que había permanecido en silencio.

—No logró ver al autor del disparo, pero es lo más probable. Se ha divisado un grupo por la zona.

—¿Y quién va a ser? No creo que ningún cazador lo confundiera con un venado —apuntó Fergus, mirando con reprobación a su hijo.

El desdén que acompañaba a las palabras de su padre hizo que Alexander se sumiera otra vez en el silencio. Briana se sintió incómoda por la embarazosa situación. Catriona intentó aliviar la tensión.

—¿Qué vas a hacer ahora que ha llegado el heredero, Briana? ¿Permanecerás aquí o te mudarás a un nuevo hogar?

—Me marcharé cuanto Kenneth se haya recuperado y pueda hacerse cargo de la administración de la hacienda.

—¿Y adónde irás? Podrías trasladarte a Lochill. Hay mucho sitio allí —propuso Catriona, animando con la mirada a su suegro para

que secundara sus palabras.

—Por supuesto. Aquella siempre será la casa de mi nieta —dijo Fergus con cierta aspereza. No le había perdonado que abandonara su hogar y a su hijo años atrás.

—Gracias, pero he pensado alquilar una casa en Ferwey hasta que pueda trasladarme a la granja que Angus me dejó en usufructo.

—La tiene arrendada Donald Nicolson si no me equivoco. ¿Los desalojarás de ella? —preguntó Fergus.

—¡Nunca haría tal cosa! —repuso indignada. Que su suegro pensase que era capaz de cometer tal injusticia confirmaba que no la conocía en absoluto—. Donald me ha comunicado que la abandona en unas semanas. Cuando lo haga, me trasladaré allí y la explotaré yo misma.

—Pero ¿qué estás diciendo? Dedícate a cuidar de tu hija y deja ese trabajo para los hombres —censuró Fergus con calor, reprobando esa absurda idea. ¿Una mujer sola encargándose de una granja? ¡Qué disparate! Su nuera tenía ideas desatinadas e impropias de una dama, inculcadas por ese demonio de Angus MacLennan, que la crio.

—Hay mujeres que son capaces de realizar trabajos de hombres y hacerlos mucho mejor que la mayoría —opinó Kenneth desde la puerta. Había escuchado parte de la conversación con creciente irritación.

Recordaba que Fergus Murray nunca le había gustado. No sabía si era por influencia de su abuelo, que hablaba mal de él, o por propios méritos. En las escasas ocasiones en las que habían coincidido, le pareció una persona grosera y desabrida que trataba con desprecio a su hijo mayor. En una ocasión llegó a golpearlo porque no podía subirse al caballo. Él tenía entonces unos catorce años y Alexander algunos más. Quiso ayudarlo y Fergus se lo impidió. Sintió lástima por el joven que apenas podía sostenerse en pie y que reprimía las lágrimas con fiereza.

Todos miraron hacia la puerta. Kenneth se apoyaba en el quicio y parecía fatigado.

Nerys saltó de las rodillas de Catriona y fue corriendo a enseñarle su nuevo juguete.

—Mira, primo Kenneth. Me la ha regalado la tía Catriona. ¿A que es bonita?

—Mucho, pero no más que tú.

Briana se levantó y fue a su encuentro.

—Cariño, ve a enseñársela a los demás. Seguro que les gusta mucho —indicó a Nerys.

La niña obedeció entusiasmada.

—Ya conoces a mi suegro y a mi cuñado —comentó a Kenneth.

—Cierto, aunque hace muchos años de ello. Murray, Alexander… —saludó Kenneth.

—MacLennan —respondió Fergus de forma seca, como era habitual en él.

Alexander se limitó a inclinar la cabeza.

—Y ella es mi cuñada, Catriona.

—Señora Murray, un placer conocerla. —Se inclinó ante ella.

—El placer es mío, señor MacLennan. Tenía muchas ganas de conocerlo, he oído hablar mucho de usted. Es casi una leyenda entre nosotros: el jovencito que se marchó en pleno invierno y logró llegar vivo a Londres. También por sus hazañas en la guerra, que no han dejado de repetirse desde entonces.

La mirada de Catriona desprendía un brillo de entusiasmo que no pasó desapercibido a Briana y que le molestó. Se recriminó. Sabía que Kenneth era un hombre muy atractivo y que provocaba la admiración de toda mujer que lo mirase.

—Me asombra. No pensaba que fuese tan popular por estas tierras —repuso Kenneth con sinceridad. Dougal le había comentado que MacIver divulgó su encuentro en Francia poco antes de la derrota de Napoleón. Esperaba que no hubiese revelado su auténtico cometido en aquella época, si es que llegó a enterarse.

—Desde luego que lo es. Y dígame, ¿cuándo tendremos el placer de conocer a su esposa?

—De momento, no será posible. Aún permanezco soltero.

—Un hombre soltero en esta zona se debe de aburrir mucho. Estará deseando regresar a Londres.

—Acabo de llegar, señora, no he tenido tiempo de aburrirme —contestó con aquella sonrisa tan parecida a la de su hermano Gregory y que le prestaba un atractivo especial a su rostro.

—Siéntate, Kenneth. No debes agotarte —sugirió Briana, cediéndole el lugar que ella había ocupado.

—Estábamos comentando su peligroso encuentro con los bandidos. Fue un milagro que saliese vivo —intervino Catriona con un gesto de horror.

—Si no hubiese sido por la llegada de Briana y Dougal, me habría desangrado en aquel lugar —reconoció Kenneth, y le dedicó una mirada de agradecimiento a Briana.

—¿Habrá comunicado el asalto al alguacil? Tiene que formar una patrulla de búsqueda y detener a esos maleantes —intervino

Fergus con energía.

—Se le envió aviso. —Briana no quiso especificar cuándo, ya que no deseaba recrudecer las sospechas sobre su hermano.

Le preocupaba Ewen. Desde que se había marchado dos días antes no tenía noticias suyas. Esperaba que hubiese regresado a Inverness y no estuviese en otro tugurio gastando el dinero que no tenía o acumulando nuevas deudas que se vería en dificultades de pagar.

Jane y Aileen entraron portando sendas bandejas con el té y unos dulces.

—Dejadlas sobre la mesa, por favor. Yo lo serviré —indicó Briana, y comenzó a servir con maestría.

—¿Cuáles son sus intenciones, MacLennan? ¿Piensa instalarse aquí o continuar viviendo en Londres? Tengo entendido que trabaja para la Corona —se interesó Fergus.

Kenneth estaba esperando esa pregunta.

—Aún no he tomado una decisión. Hace apenas un mes que me informaron de mis nuevas responsabilidades. Estoy valorando todas las posibilidades —respondió de forma vaga.

—Tal vez yo pueda ayudarle a tomar esa decisión. Como le adelanté en mi nota, tengo una propuesta comercial que hacerle —continuó Fergus. Era un hombre práctico y no le gustaba perder el tiempo. Él había ido allí a hablar de negocios y no a tomar el té como una damisela ociosa.

Briana, que ya conocía el carácter de su suegro, optó por marcharse y dejarlos hablar.

—¿Me acompañas, Catriona? Me gustaría enseñarte los rosales de invierno que he plantado.

—Me encantará. Así dejaremos a los hombres tratar sus asuntos.

Cuando ellas salieron, Fergus no esperó.

—Como le he dicho, estoy interesado en hacerle una propuesta: comprarle todas las tierras que quiera vender. Ya habrá advertido que esta es una propiedad muy extensa y difícil de manejar, y está muy atrasada. Puede que Briana no le haya puesto en antecedentes, pero se lo digo yo. Su abuelo era un hombre muy… peculiar, apegado a las tradiciones, y se negaba a asumir nuevos retos. No se puede ignorar el progreso, como él hacía. El continuar con los arriendos de tierras para dedicarlas al cultivo es un atraso. Ahora lo que está en auge es la industria textil y la demanda de lana es grande. Yo me he sumado a esa exigencia de los mercados con muy buenos resultados, traducidos en grandes ganancias. Pero me faltan tierras

para que mis rebaños pasten, por ello estoy interesado en comprar las suyas y estaría dispuesto a pagarle un precio inmejorable.

Kenneth lo dejó hablar. Aunque sabía cuáles eran sus intenciones, prefirió no adelantarse. Una vez expuestas, podía darle una contestación.

—Es interesante lo que plantea, si bien no he decidido qué hacer con la herencia, como antes le he indicado.

—Pues debería hacerlo lo antes posible. Yo estoy dispuesto a comprar y hay otros vendedores por los alrededores deseosos de deshacerse de sus tierras. El clima no ha sido propicio y se han malogrado muchas cosechas. Y formar un buen rebaño es costoso. No todos los propietarios de terrenos pueden costearlo, aparte de que carecen de los contactos que yo poseo para vender la lana que producen mis ovejas —le urgió. Con sus palabras le advertía de lo que se podía encontrar en caso de que decidiese meterse en el negocio de la lana a gran escala.

—En ese caso, no debería dejar pasar la oportunidad de adquirir esas tierras. Como mi abuelo, soy reacio a desprenderme de lo que lleva en nuestra familia tantas generaciones —sugirió, y disfrutó de la expresión furiosa del rostro de Fergus al escuchar su contestación.

—En ese caso, no hay nada más que hablar. Si cambia de opinión, ya sabe dónde encontrarme —profirió Fergus con voz alterada y el rostro congestionado. Se levantó y salió de la estancia sin esperar a su hijo.

—Te deseo una pronta recuperación, Kenneth —dijo Alexander, y se marchó con su andar trabajoso detrás de su padre.

Capítulo 26

Pocos minutos después de que Fergus y Alexander se hubiesen marchado, Briana entró en el saloncito. Kenneth permanecía allí, esperando que ella apareciera. Sabía que estaba deseosa de conocer cómo había transcurrido la conversación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Briana nada más entrar.

Él estaba de espaldas, junto a la ventana por la que entraban unos generosos rayos de sol. Lo peor de aquel lugar era el frío que solía hacer durante la mitad del año. Acostumbrado a moverse por el sur de Francia, lugares en los que el sol era casi constante, cuando su madre lo llevó a Dolmuck pensó que se moriría. Acabó tolerándolo, pero nunca se acostumbró.

—Lo que esperábamos. Ha ofrecido comprar las tierras, yo le he dicho que no estaba dispuesto a vendérselas y se ha marchado bastante alterado, o eso me ha parecido advertir.

—No se dará por vencido, ya lo comprobarás. Es paciente y perseverante. Suele acabar consiguiendo lo que desea.

—No ocurrió con mi abuelo.

—Tu abuelo era la única persona que se le resistía, aunque, cuando agotó todos los medios de presión, recurrió a otros métodos.

—¿Cuáles?

—La alianza matrimonial. ¿Por qué crees que insistió tanto en casarme con Malcolm? Si tu abuelo no estaba dispuesto a vender, conseguiría las tierras de otra forma, y esa forma era la herencia. Todos pensaban que Angus nos las dejaría a Ewen y a mí. De hecho, en un primer testamento nos designaba herederos a partes iguales. Con Ewen no tendría problemas porque pronto se vio que era una persona muy manejable y que acabaría vendiéndole las tierras cuando fueran suyas. Conmigo no estaba seguro de cómo reaccionaría, y se aseguró mi obediencia. Al casarme con su hijo lo mío pasaba a ser de mi marido y, por lo tanto, suyo si lo quería; y sin pagar ni una libra.

—Interesante argumento —ironizó—. Entonces, solo le quedaba que mi abuelo muriese para acceder a las tierras.

—En efecto. Sabía que cuando Angus muriera, él tendría vía libre. No contaba con que te dejase de heredero.

—Ha sido una buena jugada por parte del viejo —reconoció Kenneth.

—Él sabía lo que Fergus pretendía, aparte de que al enterarse

de que estabas vivo debió sentir algún remordimiento. Al fin y al cabo, eres su único descendiente directo.

—No creo que eso fuese lo que lo animó a cambiar el testamento. Me inclino más por la primera razón. Sentía un odio visceral hacia los Murray. Me contaba una y otra vez la historia de cómo se habían quedado con la mayoría de las tierras tras la derrota de Culloden y la muerte de su padre. Y no consiguieron adueñarse del castillo porque alguien debió de compadecerse de una viuda con dos niños pequeños, ¿cómo iba a consentir que uno de ellos acabase siendo *laird* de Dolmuck? —Kenneth reconoció en sus palabras un leve rastro de admiración hacia su abuelo, aunque lo hubiese utilizado a él para vengarse de su enemigo.

—Puede ser, pero el caso es que al final lo hizo, de lo cual me alegro, créeme. Yo tampoco soy partidaria de que Fergus eche mano a estas tierras, sobre todo para que rabie al ver que no consigue lo que tanto ansía. No debería hablar así, pero no puedo olvidar que me obligó a casarme con un hombre al que no amaba por pura codicia. —El resentimiento era patente en su voz.

—De todas formas, si yo muriese o decidiese renunciar a la herencia, esta pasaría a vosotros —insinuó Kenneth, que permanecía de espaldas para evitar que ella advirtiese las emociones que lo sacudían.

—Es lo que nos dijo Finlayson en la lectura del testamento, pero no conocemos el contenido de esa segunda cláusula en la que se detallan los términos del reparto. Habrá algunas condiciones, como que no deberemos vender a los Murray o algo por el estilo. No creo que tu abuelo se diese por vencido al final.

—Eso pienso yo. Pero Fergus no lo sabe, al igual que ninguno de nosotros con certeza, así que cabe la posibilidad de que acceda por esa vía, y eso quiere decir que…

—Si tú mueres, la herencia pasaría a nosotros —terminó ella las palabras que Kenneth no se había atrevido a pronunciar.

Kenneth reflexionó sobre ello. Había llegado a la conclusión de que los autores del atentado habían sido partidarios de los independentistas, al descartar a los beneficiarios más obvios de su muerte: Ewen y Briana. No se le había ocurrido que alguien más podía estar interesado en quitarle de en medio, y por la cuestión de la herencia.

—¿De verdad crees que Fergus es tan desalmado de pretender matarme para quedarse con las tierras? —preguntó Kenneth. De ser cierto, le obligaba a replantearse la situación y tomar algunas medidas para descubrir al verdadero culpable.

Ella no necesitó pensarlo mucho. Aunque era el abuelo de su hija, tenía una pobre opinión de él, y no solo por su desmedida avaricia y la inquina que le había tenido a Angus. Era conocida su tiranía y falta de generosidad con sus antiguos arrendatarios, a los que desalojó sin compensación alguna. También de haberse aprovechado, en ocasiones con amenazas, de los pequeños propietarios a los que había comprado sus tierras a un precio mucho menor.

—Me temo que sí. Lo creo capaz de todo por conseguir lo que desea. Debes llevar mucho cuidado, Kenneth, tengo miedo de que vuelva a intentarlo.

La sincera preocupación que advirtió en su voz conmovió a Kenneth. La miró. El sol incidía sobre su cabello haciéndolo llamear y sus ojos brillaban con un velo de lágrimas. Estaba tan hermosa que quitaba el aliento.

Sintió el impulso de abrazarla. Quería tranquilizarla, asegurarle que nada iba a ocurrirle, que no se dejaría atrapar, pero recapacitó. No estaba seguro de poder resistirse a la tibieza de su cuerpo, al subyugante aroma de su cabello, que él tan bien conocía.

—Subiré un rato a descansar —dijo sin mirarla.

Cuando Kenneth salió, Briana se sintió decepcionada. Le habría gustado volver a sentir sus brazos rodeándola y su calor entibiándole el cuerpo. Suspiró. Añoraba las noches que pasó cuidándolo, en especial la última, cuando se había acostado en su cama. Pero él, al encontrarse con más fuerza, insistía en que nadie permaneciese allí.

Había observado que procuraba coincidir con ella lo menos posible. Prefería quedarse en su cuarto o en la biblioteca, y con mayor frecuencia salía al exterior de la casa para disfrutar del sol. Solo se veían durante la comida, pues la cena prefería hacerla en su cuarto. ¿Pretendía evitarla? Eso parecía. No querría dar pie a comentarios que pudiesen llegar a oídos de su prometida.

Al día siguiente, la visita del doctor acabaría confirmando las sospechas de Kenneth y Briana.

Kenneth se hallaba en la biblioteca, donde Briana le estaba poniendo al corriente de la administración de la propiedad cuando MacKay llegó.

—Te veo con mucho mejor aspecto, muchacho. Has recuperado el color y buena parte de la energía.

—Lo extraordinario sería que no lo hiciera. A este paso comenzaré a rodar como un tonel. Se empeñan en cebarme como a un

lechón para sacrificarme en Navidad —dijo con ironía y miró a Briana con fingida animosidad.

—No le haga caso, doctor, solo estamos siguiendo sus instrucciones y procurando que se alimente bien —replicó ella, que no se dejó intimidar por su gesto reprobatorio.

—Tampoco me dan muchas opciones. Es muy difícil llevar la contraria a tres mujeres tan voluntariosas como ellas; cuatro, en realidad, porque Nerys está aprendiendo muy rápido —volvió a mofarse.

—Un hombre inteligente y prudente debe seguir los sabios consejos de las mujeres que le rodean —sentenció MacKay—. ¿Y la herida? —preguntó a Briana.

—Cicatriza bien. Y no ha vuelto a tener fiebre desde los dos primeros días.

El doctor le quitó el vendaje y observó la herida.

—En efecto, está sanando bien. Que se mantenga limpia y seca y continúa aplicándole el ungüento que te dejé.

—Así se hará, doctor.

—Pasaré en una semana. Para entonces, ya deberías estar restablecido, si continúas alimentándote bien y guardando reposo.

—Seguiré sus consejos. —Kenneth se levantó con la intención de acompañar a MacKay hasta la puerta y hablar con él. Había un tema que le preocupaba y quería conocer su opinión. No quería comentar sus conjeturas con nadie por temor a estar precipitándose, pero los últimos acontecimientos así se lo exigían.

—No he tenido ocasión de hablar con usted sobre la muerte de mi abuelo —dijo Kenneth una vez fuera de la casa y de oídos curiosos—. ¿Cómo ocurrió? Sé que su salud no era buena, pero parece que fue inesperada y que sobrecogió a todos.

—En efecto, fue súbita…

MacKay calló durante unos segundos valorando la conveniencia de continuar. Puede que solo fueran elucubraciones suyas sin fundamento que provocarían recelos sobre personas inocentes, pero no quería ser cómplice por omisión de un crimen. Necesitaba contarle a alguien sus temores, y la persona más adecuada para hacerlo era el nieto del difunto que, por ser el menos imputable a su parecer, podía ayudarlo a descubrir al autor o autores de aquella maldad. Y si se equivocaba en su apreciación y Kenneth resultaba ser quien había adelantado la muerte del *laird* para ocupar su puesto y quedarse con su fortuna, sabría que él estaba al tanto de su delito.

¿Por qué no debía descartar a Kenneth? Porque pudo enterarse de que era el heredero de su abuelo y encargar a alguien que

suministrase el veneno a Angus, lo que significaba que tenía un cómplice en el castillo. Aun así, su intuición le dictaba que él no tenía nada que ver, y la agresión sufrida días atrás afianzaba sus dudas sobre su implicación y lo relegaba al último puesto de la lista, que era bastante larga.

—… e incomprensible —concluyó, una vez tomada la decisión de sincerarse con Kenneth.

—¿A qué se refiere?

—Como has apuntado, tu abuelo tenía algunos achaques propios de la edad, nada que pudiera vaticinar una muerte repentina ni siquiera en un futuro próximo. De hecho, me había llamado unas semanas antes para que ejerciera de testigo en el testamento que redactó, y lo encontré rebosante de energía y muy animado. Estaba contento por tener noticias tuyas, y el hecho de haber tomado la decisión de cambiarlo le satisfacía. Pensaba que era lo correcto. Por eso, cuando me avisaron aquella madrugada y acudí, me impresionó ver que había fallecido. Al examinarlo percibí que algo no iba bien. —Volvió a callar. Tal vez se estaba precipitando, pero los síntomas que vio en el cadáver de MacLennan eran muy claros. Y como estos solían aparecer al poco de haberse ingerido el veneno, calculaba que debió tomarlo antes de acostarse.

Conocía la costumbre de Angus de beber un buen trago de *whisky* antes de acostarse. Decía que le ayudaba a conciliar el sueño y a ahuyentar los demonios que acudían con la oscuridad. Por ello, lo primero que revisó fue la botella que tenía en su cuarto. Estaba vacía y no pudo comprobar si había contenido algo más que el preciado líquido; tampoco halló nada extraño al examinar las que había en la biblioteca, aunque costaba identificarlo, pues el acónito no altera el sabor de los alimentos o bebidas con los que se mezcla, de ahí que sea doblemente peligroso.

—Prosiga, doctor. ¿Qué fue lo que averiguó? —le instó Kenneth. Notaba la reticencia de su interlocutor y adivinaba la causa; sin embargo, aunque fuesen conjeturas, quería conocerlas. Podían darle pistas para descubrir quién habían intentado acabar con su vida.

—Cuando me presenté a la mañana siguiente, tu abuelo había fallecido tras horas de agonía. Lo primero que detecté fueron las quemaduras en la boca. Eso me alertó y al explicarme Briana —que fue la primera persona que acudió ante los gritos de socorro de Angus— los síntomas que había presenciado, reafirmé mi hipótesis. El fuerte dolor en el pecho, el ritmo acelerado de su corazón, la progresiva paralización de los miembros y la insensibilidad general que comenzó a sentir en el cuerpo, todo ello acompañado de fuertes vómitos, me

llevó a la conclusión de que había bebido un veneno muy potente y común por estos lugares y que se encuentra con facilidad. Se trata de la conocida hierba «matalobos» que es mortal incluso si se ingiere en pequeñas cantidades.

—Si es así, ¿por qué no lo puso de inmediato en conocimiento de las autoridades? Ese es un crimen que no puede quedar impune —le recriminó Kenneth.

—Sin un análisis de las vísceras no tengo la total seguridad ni puedo demostrarlo. No quise hacer partícipe a nadie de mis sospechas para no alertar al homicida, ya que tenía la intención de buscar algún resto de ese veneno que pudiera confirmarlas. Hice indagaciones, preguntando a todos los presentes qué habían cenado esa noche y si padecieron alguna molestia y no conseguí resultados, tampoco en la búsqueda. Revisé los licores que tu abuelo bebía, donde muy bien se podía haber camuflado, y no encontré restos en ninguno de ellos. Al no poder presentar pruebas al alguacil, preferí no levantar una polsaguera en la que los principales perjudicados serían los habitantes de Dolmuck. El hecho de que ahora te lo cuente es a causa del ataque que sufriste, que me hace recelar que no ha sido a causa de unos vulgares salteadores de caminos, y que la persona o personas que provocaron la muerte de Angus podrían estar detrás de ello.

—¿Recuerda quiénes estaban en la casa esa noche? —preguntó Kenneth, volviendo a sentir el resquemor de las dudas. Ya había desechado a Ewen como el responsable de la agresión sufrida, pero ante estas revelaciones tendría que replanteárselo. Eliminar al único obstáculo que se interponía entre la herencia que esperaba y él le habría resultado fácil.

—Briana y la niña, que dormían en una habitación cercana. Y los criados, en las suyas. Ewen no se encontraba aquí. Creo recordar que llevaba varios días fuera, en alguna de sus muchas jaranas. Su hermana envió a por él y llegó al día siguiente. —MacKay intuía los razonamientos a los que Kenneth estaba llegando. No descartaba a nadie, ya que el veneno pudo haberse preparado con horas de antelación.

Las palabras del doctor apenas tranquilizaron a Kenneth. Si Ewen no se encontraba allí aquel día, no tuvo ocasión de suministrar el veneno, pero podía contar con un cómplice. Igual razonamiento se aplicaba a Fergus Murray. Conocía las costumbres de su abuelo y pudo pagar a alguno de los criados, o a alguien que se introdujese de forma subrepticia en la casa. Esto último era menos probable, pues resultaba muy complicado para alguien de fuera y a pleno día. De Grizela, Dougal, Crissa, Stew y Jane no desconfiaba, aunque debía investigar a

los nuevos sirvientes.

—No lo entretengo más. Gracias, doctor. —Se despidió Kenneth.

—Lleva cuidado, muchacho. Puede que quien matara a tu abuelo aún no haya concluido su trabajo —le aconsejó. Se subió al caballo y se puso en marcha. Tenía que visitar a dos pacientes más y no quería que se le hiciese de noche por el camino.

Capítulo 27

Tres días después de la visita del doctor MacKay, Kenneth decidió viajar a Inverness. Se encontraba muy recuperado y ya no tenía sentido demorarlo más. Ni las súplicas de Briana ni las advertencias de Grizela consiguieron que desistiera de su propósito. Tenía muchos temas pendientes y poco tiempo para resolverlos.

A la necesidad de continuar con la investigación sobre la envergadura del movimiento secesionista detectado en los regimientos de las Highlands se unía la urgencia de descubrir si era cierto que habían envenenado a su abuelo, como el doctor afirmaba. Que eso suponía exponerse a que volvieran a atentar en su contra era un riesgo que estaba dispuesto a correr, no porque se lo debiese a él, lo hacía por su madre.

Aunque nunca la trató con cariño, Roselyn quería a Angus. Cuando le hablaba de su padre, se apreciaba el afecto en cada una de sus palabras, y él comenzó a querer a su abuelo a través de ella… Hasta que lo conoció y esa imagen se derrumbó. Por ello, porque su madre habría querido que se hiciese justicia, iba a averiguar quién mató a su abuelo.

En cuanto al tema de la herencia, había llegado a la conclusión de esperar un poco antes de pedirle a Finlayson que iniciase los trámites para buscarle esposa. Quedaban casi seis meses para la fecha límite, no era necesario precipitarse. Prefería esperar para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos y resolver todos esos asuntos que estaban pendientes.

Lo cierto era que cada día que pasaba se sentía más reacio a continuar con el plan ideado, con esa farsa de contraer matrimonio para cumplir con los términos del testamento de su abuelo, porque le resultaba vergonzoso. Tenía que haber otra forma de soslayar su responsabilidad y de sacar algún provecho de aquella herencia que comenzaba a pesarle como una losa. Debía pensar con calma lo que iba a hacer, y así se lo diría al abogado. Antes de tomar una decisión tan importante, y que marcaría su futuro, tenía que averiguar ciertas cosas que tenían más que ver con sentimientos… y con Briana.

Aquel cariño fraternal que sintió por ella en el pasado había evolucionado hacia un sentimiento que tenía mucho de carnal. La deseaba. No podía pasar un minuto a su lado sin que sintiera unos locos deseos de poseerla, por lo que había tomado la voluntaria

decisión de mantenerse apartado de ella el mayor tiempo posible. No confiaba en su fuerza de voluntad para conservar la cabeza fría y verla como lo que era, un miembro de su familia a la que debía tratar como tal. Si lograba permanecer alejado, como llevaba haciendo la última semana, todo iría bien.

Las intenciones de Kenneth se malograron. Briana, viendo que no podía hacerle desistir de su empeño, decidió acompañarlo. De ninguna manera iba a permitir que partiera a caballo y en solitario, demasiado esfuerzo y demasiado riesgo. Sería un blanco fácil para quien quisiera atacarlo de nuevo.

Con la excusa de que tenía que hacer compras antes de trasladarse a Ferwey y ver cómo estaba su hermano, pidió a Colin que preparara el carruaje, que llevaba años sin utilizarse. Y con el joven mozo de cuadra de cochero, partieron a primera hora de la mañana. Kenneth protestó, pero no le sirvió de nada y acabó resignándose. No contaba con la tozudez de Briana, a la que todos en la casa apoyaban.

Tirado por dos fuertes caballos, cubrieron el trayecto en apenas tres horas, lo que ayudó a aliviar la tensión entre ambos. Pese a lo reducido del habitáculo, consiguieron mantener una agradable conversación recordando anécdotas de su niñez, cuando hacían ese mismo viaje en carreta con Grizela y Dougal para acudir a la feria de Inverness. Esos recuerdos los mantuvieron entretenidos y alejaron el desasosiego que existía entre ellos cuando estaban juntos.

Al llegar a ciudad, fueron directos a la posada donde Kenneth tenía alquilada la habitación. La intención de él, y así se lo había expuesto a Briana, era permanecer algunos días allí. A ella no le quedó más opción que aceptarlo y, viendo que la herida estaba curada y él había recuperado las fuerzas casi en su totalidad, decidió que regresaría a Dolmuck al día siguiente, dejándole uno de los caballos para que hiciese el viaje cuando lo creyese conveniente.

Al tratarse de una noche solo, Briana acordó quedarse allí. No quería pernoctar en casa de Ewen. Era habitual que su hermano tuviese invitadas que no resultaban de su agrado, y no deseaba volver a reñir con él. Tenía pensado visitarlo esa tarde si estaba en casa.

Así lo hicieron. Kenneth alquiló otra habitación para Briana y a Colin lo envió a unos establos cercanos, donde cuidarían de los caballos y le proporcionarían acomodo para la noche. Como iba bien provisto de viandas que Crissa les había suministrado por si querían comer por el camino, sus necesidades estaban cubiertas. Pensó que el joven estaba deseoso de gozar de libertad para disfrutar de las diversiones de la ciudad, al tener pocas posibilidades de visitarla a lo largo del año; igual que él habría hecho a su edad.

Kenneth y Briana comieron en la posada y, tras el almuerzo, la acompañó a casa de su hermano, que estaba situada en uno de los mejores barrios de Inverness. Ewen no se encontraba en casa, le informó el sirviente. Briana esperaba esa respuesta, pero, como estaba decidida a verlo, insistió en esperarlo. Le dijo a Kenneth que se quedaría a cenar y que regresaría a la posada esa noche. A él no le importó, pues le dejaba libertad para realizar las gestiones que le urgían.

En primer lugar, se dirigió al despacho del abogado, que quedaba a corta distancia. Finlayson estaba reunido con un cliente y tuvo que aguardar unos minutos. Cuando pudo entrar, el abogado lo recibió con una sonrisa.

—Buenas tardes, señor MacLennan. Tengo buenas noticias para usted —anunció.

—Buenas tardes. Dígame.

—Me complace comunicarle que las gestiones realizadas han dado buenos frutos. Hay dos candidatas dispuestas a firmar el contrato, a las que no les he revelado los datos personales del contratante hasta que usted eligiera.

—Me complace su diligencia, pero he decidido esperar un tiempo antes de proceder. Quedan meses para la fecha límite y no quiero precipitarme.

Finlayson pareció algo decepcionado, aunque procuró disimularlo.

—Como usted desee. Las candidatas aguardarán, y si cuando se decida ya no están interesadas, hay otras dispuestas; menos cualificadas a mi modo de ver, pero perfectamente válidas para ocupar ese puesto temporal.

—Bien, pasemos a otro tema. Me comentó en nuestra primera entrevista que había una persona interesada en comprar las tierras que quisiese vender. ¿Podría decirme de quién se trata?

El rostro de Finlayson mostró un gesto de pesar.

—Siento no poder satisfacerlo en eso. Como comprenderá, no puedo desvelar el nombre de uno de mis clientes si él no me lo autoriza.

—Entiendo. ¿Y si yo le digo un nombre y usted se limita a afirmar con la cabeza? —propuso—. ¿Desvelaría con ello un secreto profesional?

—Bien pensado… creo que no —admitió. No era ético por su parte, pero no estaba dispuesto a defraudar a un cliente tan importante.

—En ese caso diría Fergus Murray.

El abogado vaciló durante unos segundos y al final acabó asintiendo. Kenneth sonrió satisfecho.

—¿Puedo preguntarle cuál es el interés en conocer a la persona?

—Esa persona se ha puesto en contacto conmigo para ofrecerme un trato. Como no estoy interesado en venderle a él las tierras, en caso de que al final decida hacerlo, quería saber si existía otro comprador.

—Me temo que no hay muchas personas que estén dispuestas a comprar en esta zona del país, excepto su vecino por razones que todos conocemos y que tienen más que ver con viejas rencillas que con beneficios económicos, aunque estos se darían —reconoció.

Kenneth había llegado a esa conclusión e intuía que iba a resultarle difícil vender ese tercio, y menos en los próximos seis meses. «Nada tenía, igual me quedaré», se dijo, resignado a no sacar provecho de la herencia.

—Siendo así, el tema de la esposa queda aplazado hasta que surja otro comprador o se encuentre una solución satisfactoria. Otra cosa.

—Usted dirá.

—¿Por quién es conocido el contenido de la segunda cláusula del testamento?

Finlayson dio un respingo y se ajustó las gafas con gesto ofendido.

—Por nadie, señor MacLennan. El sobre fue lacrado por su abuelo, en presencia del doctor MacKay, que firmó en el exterior como prueba de autenticidad sin conocer su contenido, al igual que ocurrió con la primera cláusula. Y así permanece desde entonces, guardado en lugar seguro y con el sello intacto.

—Entonces, ¿nadie conoce los términos? —quiso asegurarse Kenneth.

—Exacto.

—Eso es todo. Ya me pondré en contacto con usted para transferir a un banco de Londres los fondos a los que tengo libre acceso.

Tras la visita al despacho de abogados, Kenneth se dirigió a la posada. Tomó una cena temprana y subió a su habitación. Quería marcharse antes de que Briana regresara o corría el riesgo de que obstaculizase sus planes.

Una vez en su cuarto se cambió las ropas y transformó su apariencia. Cuando las sombras de la noche cayeron sobre la ciudad, un hombre de aspecto andrajoso, con los hombros encorvados y el

rostro apenas visible bajo la poblada barba y el ala del sombrero salió por la puerta trasera de la posada y desapareció en los oscuros callejones hacia los muelles, la zona donde se encontraban las tabernas y lupanares más frecuentados.

Kenneth entró en uno de ellos, El Zorro Plateado, que ya había visitado en otra ocasión y donde se encontró con algunos soldados gastando la paga en bebida y otros placeres más lascivos.

Como la vez anterior, el local estaba a rebosar de clientes que mezclaban sus olores corporales con el de la cerveza agria que bebían con alegría; lo que, junto al humo de las chimeneas que caldeaban el ambiente y el de las pipas con tabaco que algunos fumaban, hacía el aire casi irrespirable. No se inmutó. Estaba acostumbrado a aquellos ambientes, por los que solía moverse con soltura cuando estaba en alguna misión.

Miró alrededor y localizó a un hombre sentado en un rincón delante de una jarra. Lo recordaba de la vez anterior. Se trataba de un viejo soldado muy dado a soltar la lengua cuando llevaba un rato bebiendo. No consiguió en esa ocasión ninguna información importante, pero intuía que callaba más de lo que decía.

Se acercó a él con una botella del fuerte brebaje que hacían pasar por *whisky,* el mismo que le había provocado un buen dolor de cabeza la vez anterior. En esta ocasión, iba preparado para que no se repitiera. Necesitaba tener los sentidos alerta.

—¿Le hace acompañarme a un trago, *caraid*[10]? No hay nada mejor para calentar nuestros cansados huesos y aliviar el dolor de las heridas de guerra —le propuso a modo de saludo.

—Cómo no, eso nunca se rechaza. Siéntese a la mesa y tomemos ese trago —dijo el hombre, adelantando la jarra vacía. Del ajado sombrero que le cubría la cabeza escapaban unos mechones grasientos en los que las canas habían ganado la batalla. La ropa que vestía, sucia y desgastada, indicaba que el veterano no pasaba por un momento de bonanza económica.

Kenneth se dejó caer en la silla con un quejido y sirvió una generosa ración a ambos. Mientras simulaba beber, iba llenando el vaso del veterano y procurando llevar la conversación hacia el tema que le interesaba. Después de largos minutos y con la botella casi vacía, el hombre comenzó a soltar la lengua y le comentó, de forma confidencial, que algunos jóvenes soldados estaban muy revueltos y con ganas de acción.

—Si hubiesen luchado en una guerra de verdad, en la que tienes al enemigo enfrente empuñando una bayoneta ensangrentada, no se quejarían de tanta inactividad. Pero ya se sabe, cuando tienes

pocos años la sesera ocupa poco espacio en tu cabeza. Hay que esperar a que los ánimos se calmen y se sepa apreciar lo bueno que tienes sin querer arriesgarlo.

—Esos críos necesitan un buen escarmiento. Que los envíen a las colonias australes. Allí no dejas de empuñar la espalda porque los aborígenes son muy fieros y llevan mal que les hayan usurpado sus tierras —replicó Kenneth con la voz gangosa y el acento indefinido que había adoptado para ese papel.

—Eso digo yo. ¡Que los embarquen a todos! —coreó el soldado.

—Pero ¿son muchos? A ver si va a terminar esto en una batalla y pidiendo la vuelta de los Estuardo —continuó Kenneth con grandilocuencia viendo que el soldado ya se había animado y estaba deseoso de compartir comadreos.

—Válgame Dios, si apenas cuentan una docena. Pero hacen mucho ruido, eso sí.

—¿Y dónde se reúnen? Lo digo para no acercarme por allí. No quiero que me confundan con ellos y los ingleses tomen represalias. Me costó mucho ganarme la paga para que ahora me tilden de sedicioso y quieran enviarme a prisión.

—Harás bien, amigo, que los ingleses buscan cualquier excusa para vaciarnos los bolsillos. Yo estuve años sirviendo en los regimientos y me ha quedado una miseria con la que apenas tengo para pagar un techo donde guarecerme las noches frías; y todo porque vendí a un carnicero un par de caballos que estaban medio muertos para ganarme unos chelines. Pensarían que con lo que nos pagaban podía mantener a una familia. Al final me rebajaron la paga, los muy cabrones.

—¡Malnacidos! Seguro que ya has devuelto con creces lo que te dieron por esos caballos.

—Mucho más. He pagado una cuadra entera desde entonces. Menos mal que la bruja de mi mujer se marchó y se llevó a los críos. Cuatro bocas menos que alimentar. —Soltó una risotada que acabó en tos seca.

Los efectos del alcohol comenzaban a apreciarse en él y Kenneth se estaba impacientando. El hombre se andaba por las ramas y no llegaba a lo que deseaba descubrir: el lugar de reunión de los conspiradores, si es que lo sabía.

—¿No estarán por aquí? He visto que lo frecuentan muchos soldados —preguntó Kenneth—. Me gusta este local y, sobre todo, la tabernera. No quisiera tener que marcharme antes de conseguir que me caliente la cama unas cuantas noches —confesó bajando la voz y

acercándose al otro.

—Sí que es una buena hembra. Aprovéchate mientras el mástil se te levante. —Volvió a reír, lo que dejó al descubierto una boca casi desprovista de dientes—. Y queda tranquilo, aquí, como en otros tugurios por el estilo, solo vienen a beber y fanfarronear. Me han dicho que se reúnen en la iglesia de St. Thomas. El cura es un jacobita de los más radicales que he conocido, y de esos quedan unos cuantos por aquí. Siempre se ha dedicado a predicar el odio hacia los ingleses, pero fue a partir de la visita del rey inglés el año pasado cuando extremó sus sermones y comenzó a alentar las revueltas. Casi nadie le hacía caso hasta que murió el capellán de Fort George y él lo sustituyó. Allí ha encontrado oídos receptivos y cabezas vacías que hacen caso a su propaganda. Que sepa, solo tiene unos pocos seguidores, no más de veinte o treinta, que seguirán creciendo si no se ataja.

—¿Un cura puede tener tanta influencia en unos soldados? No lo creo. —Kenneth se mostró escéptico. Si lo que el viejo soldado le contaba era cierto, debía de haber alguien más implicado, y de mayor rango.

—Algún oficial estará metido o lo habrían cortado de raíz, sustituyendo al cura por otro menos revolucionario.

—Eso creo yo —coincidió.

Comprendiendo que ya no iba a obtener más información valiosa del veterano, Kenneth apuró su jarra y se levantó, dejando unas monedas sobre la mesa.

—Tómate otra a mi salud, camarada, yo me marcho. Tengo un negocio entre manos que no quiero que se malogre —dijo, y le guiñó un ojo de forma significativa.

—Que te sea provechoso. Ojalá yo pudiera dedicarme a esos negocios, pero mi tronco ya no crece por mucho que lo riegue —admitió, ahogando su pesadumbre con otro largo trago.

Kenneth iba a salir cuando vio entrar a dos soldados jóvenes con el uniforme del regimiento de las Highlands. Los siguió con la mirada y observó que se sentaban en una mesa al fondo del local, ocupada por otro soldado, en una zona apartada del resto.

Algo en la actitud de los dos jóvenes le puso en alerta. Los largos años dedicado a esa profesión le habían enseñado a fijarse en los pequeños detalles, y a esos dos se les notaba cierto nerviosismo en sus rígidos movimientos y la mirada cautelosa que dirigían a los demás.

Su intuición le decía que podían formar parte del grupo de sediciosos, por lo que decidió probar suerte y escuchar lo que

hablaban. Observó que la mesa en la que estaban sentados se encontraba junto a la puerta por la que se subía al piso superior, en el que debían encontrarse las habitaciones; un buen lugar para escuchar la conversación.

10 «Amigo», en gaélico escocés.

Capítulo 28

Kenneth salió de la taberna. Como en otros locales de ese tipo, esperaba encontrar una entrada directa desde la calle a las habitaciones para que los huéspedes no tuviesen que pasar por allí si no era de su agrado o si venían acompañados de alguna «dama de la noche» de las que se podían encontrar por alguna esquina.

Su deducción resultó acertada y pronto localizó la puerta que estaba buscando. Entró por ella. Al final del estrecho pasillo se encontraba la escalera y junto a ella otra puerta que debía de ser la que comunicaba con el local. La abrió ligeramente y el ruido y los olores de la taberna inundaron sus sentidos. También le llegaban las voces de los tres soldados que ocupaban la mesa situada junto a esa puerta. Aguzó el oído y escuchó pegado a ella.

Aunque le costaba comprender el lenguaje que empleaba —gaélico escocés con matices locales— que él hacía tiempo que no escuchaba, y de que algunas palabras no le llegaban con nitidez, se enteró de casi todo lo que decían.

—¿Las armas están a buen recaudo? —preguntó una voz con fuerte acento de las Highlands.

—Sí, en el lugar de siempre —contestó una segunda en tono más bajo.

—¿Habrá suficiente pólvora? —volvió a preguntar la primera voz.

—Más de la que vamos a utilizar. De eso se ha ocupado Morgan. No tenemos de qué preocuparnos.

—No estoy convencido de que sea el mejor plan —dijo una tercera voz con tono escéptico.

—¿Por qué lo dices, Farrell? —preguntó el que parecía llevar la iniciativa.

—¿Qué vamos a conseguir tomando el castillo de Edimburgo? Solo causar un poco de ruido. Nos seguirán tratando como escoria, reservándose ellos los puestos de mando y relegándonos a los trabajos más infames. Lo que se necesita es un golpe donde más les duela: en Londres, en su Parlamento. Allí están los responsables de las injusticias que se vienen cometiendo desde hace más de doscientos años —respondió con calor.

—Ese no es nuestro cometido. Nosotros no fijamos los objetivos, solo cumplimos órdenes. De todas formas, lo que expones es

algo descabellado. Seamos realistas, no tenemos fuerzas ni la infraestructura suficiente para dar un golpe tan lejos y a uno de los edificios mejor custodiados de todo el reino. Lo único que podemos hacer es presionar para que se nos escuche y mejorar nuestra condición, no ir a una revuelta general que acabaríamos perdiendo. ¿Quieres otro Culloden? Porque yo no. Ya perdí a mi abuelo allí y la mayor parte de nuestras posesiones pasaron a manos de los que eran fieles a los ingleses. No voy a arriesgar lo poco que me queda, más mi vida, por una quimera.

—Ian tiene razón. Se debe proceder poco a poco, ejerciendo presión para conseguir ventajas, no aspirando a una revolución. No hay tanta gente que nos apoye —opinó la primera voz.

—No me vas a convencer, Gregor. Seguiré pensando que debemos ir a por todas. Este es nuestro país y nosotros debemos gobernarlo.

—Ese tema no es el que nos ha traído aquí esta noche —cortó Ian, que se estaba impacientando ante la tozudez de Farrell—. Vamos a lo importante. Se nos ha dado una orden y tenemos que cumplirla. Vosotros dos recogeréis las armas y la pólvora y las trasladaréis al lugar que hemos acordado. Allí os estarán esperando. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó con rapidez Gregor.

—Farrell, ¿estás con nosotros? —preguntó Ian.

El aludido se demoró unos segundos en contestar.

—Lo estoy —dijo al fin.

—Bien. Llevad cuidado de no llamar la atención. Es importante que el material esté en el lugar antes del amanecer. Nos volveremos a encontrar dentro de una semana en el lugar de costumbre.

Kenneth supo que la reunión había terminado al escuchar ruido de sillas. Como no tenía apenas datos, solo que la acción armada se llevaría a cabo en el castillo de Edimburgo, necesitaba seguir a los soldados para conseguir más información. Si descubría dónde escondían las armas, podría detenerlos y requisar el material. Ya se encargaría él de hacerles confesar el lugar de entrega y el nombre de sus correligionarios. Cuando lo tuviera, lo comunicaría a las autoridades locales para que detuvieran al resto del grupo.

El tema parecía más grave de lo que imaginaba. No solo se trataba de un grupo de soldados influenciados por un párroco exaltado, como le había hecho creer el veterano, era algo más importante y que involucraba a un mayor número de personas. El castillo de Edimburgo era una fortaleza bien defendida y no sería fácil de tomar con las armas, a no ser que tuviesen la intención de socavar

su estructura utilizando la pólvora en los túneles excavados bajo él.

Presentía que se llevaría a cabo en breve y le urgía comunicarlo a su superior para que alertase a la guarnición y reforzasen las defensas. El problema era que no podía acudir al regimiento más cercano, en Fort George, porque no sabía en quién confiar. Tendría que recurrir a otros medios, pero antes necesitaba recabar toda la información que pudiera.

Volvió a salir por la puerta que había utilizado y se escondió en un lugar desde el que vería a los soldados abandonar la taberna. A los pocos segundos aparecieron los tres. Dos de ellos tomaron una dirección y otro la contraria. Se decidió a seguir a los que iban en pareja, intuyendo que eran los que tenían que cumplir el encargo.

Con la práctica que le daba su oficio, los siguió por los oscuros callejones sin que ellos lo advirtieran. Parecían ir enfrascados en una acalorada discusión. Tal vez al que llamaron Farrell, el más exaltado, continuaba discutiendo la conveniencia de tomar medidas drásticas y el otro, más moderado, discrepaba.

Cuando llevaba un buen trecho siguiéndolos, sintió un movimiento a su espalda. Sus agudos reflejos le alertaron de un inminente peligro y, de inmediato, sacó la pistola que llevaba en la cintura y se giró, pero no pudo evitar el golpe en el brazo que le hizo soltar el arma, más por lo inesperado que por la contundencia con que lo recibió.

Se agachó para recuperarla y no lo consiguió. Tuvo que retroceder cuando vio el brillo de la hoja del puñal destacando en la oscuridad de aquel desierto pasaje. Sacó su *sgian dubh*, que llevaba en la bota, decidido a defender su vida. Pensó que el tercer soldado lo había visto seguir a los otros dos y venía por él, o quiso asegurarse de que se cumplían sus órdenes y siguió a sus compañeros. De una forma u otra, estaba en un aprieto.

La escasa luz de la luna apenas iluminaba, aunque sí lo suficiente para distinguir que el agresor era más bajo que el soldado, que no vestía uniforme y que llevaba el rostro cubierto por una tela que solo le dejaba los ojos al descubierto, lo que le hizo pensar que no se trataba de él.

No esperó a que el otro atacase. Si se demoraba, perdería de vista a los soldados y ya no podría descubrir dónde y a quién le entregaban lo necesario para cometer el atentado. Se lanzó sobre su atacante para acabar lo antes posible. No tenía intención de matarlo, pero sí de herirlo para que le dejase continuar su camino. No contaba con que el otro era un diestro contrincante. Esquivó con agilidad el envite y contraatacó con rapidez. La hoja de la navaja le pasó a

Kenneth muy cerca del vientre. Se replegó y evitó que lo hiriera. Entonces, aprovechó que el flanco izquierdo del hombre quedaba desprotegido para arremeter por ahí, pero, como el brazo no lo tenía muy firme por el golpe recibido, no llegó a acertarle.

Cambió el puñal de mano con rapidez, lo que pilló desprevenido a su atacante y logró hundirlo en el costado derecho. El hombre emitió un gruñido y se tambaleó, aunque se mantuvo en pie. Cambió también el puñal de mano y contraatacó con la izquierda en un hábil movimiento. La afilada hoja rasgó la tela del brazo de Kenneth y lo hirió. El asaltante aprovechó para empujarlo con fuerza y lo derribó.

Desde el suelo, Kenneth vio cómo se marchaba corriendo. Renunció a seguirlo. No tenía esperanza de encontrarlo y tampoco era la persona que le interesaba capturar. Tal vez se trataba de un ladrón que había visto la oportunidad de robar a un incauto que se adentraba en una zona poco recomendable, aunque pronto comprendió que no le iba a resultar fácil y desistió. Le había causado una herida importante, lo que le serviría de escarmiento para no asaltar a otros en algún tiempo. Lo malo era que había perdido a los dos soldados de vista.

No desistió.

Cogió la pistola y continuó con la esperanza de verlos. Tras recorrer el laberinto de calles y no ver el menor rastro de ellos, abandonó la búsqueda y regresó a la posada. Tenía que poner sus ideas en orden y redactar un informe para enviárselo a *sir* William.

Cuando Briana se marchase al día siguiente, él se dirigiría a Fort Augustus. El comandante de la fortaleza era un antiguo conocido, con el que había luchado en la guerra contra Napoleón, y confiaba en su lealtad a la Corona. Le pondría al tanto de sus averiguaciones y le encargaría que hiciese llegar la notificación a Eckersley. Al no saber la fecha exacta del posible atentado, era de vital importancia que se detuviese a alguno de los implicados y le hiciesen hablar. Le recomendaría que investigaran en Fort George a los posibles cabecillas y al párroco de St. Thomas, en Inverness, como instigador; y que reforzara la vigilancia en el castillo de Edimburgo, donde preveía que se iba a realizar el ataque.

Subió a su aposento por la puerta trasera, al igual que había hecho al marcharse horas antes. No le interesaba que lo descubrieran con el disfraz, y menos Briana, o tendría que dar muchas explicaciones.

Capítulo 29

Briana se paseaba de un lugar a otro con evidente nerviosismo. Estaba muy preocupada. Hacía rato que había pasado la media noche y Kenneth no había regresado. Negros presagios la asaltaban.

Cuando llegó a la posada poco antes de las nueve de la noche, cansada de esperar a su hermano, fue a ver a Kenneth. Él no estaba y pensó que había salido tras la cena. Lo esperó intranquila durante un buen rato hasta que se decidió a ir a los establos donde Colin se alojaba. El muchacho tampoco estaba allí y quiso creer que lo había acompañado. Eso era lo deseable, aunque poco probable. Regresó y aguardó en su habitación cada vez más inquieta. Imágenes de diferente tipo venían a su mente, y todas eran igual de torturantes: Kenneth bebiendo en una taberna hasta quedar sin sentido, en un lupanar, acostado con una mujer, herido o muerto en algún rincón maloliente…

No dejaba de repetirse que era un hombre y tenía sus necesidades, a pesar de tener una prometida, pero no podía creer que fuese tan imprudente de arriesgarse en su estado. Hacía apenas una semana que había estado al borde de la muerte, ¿cómo podía ser tan insensato?

Estaba dispuesta a salir ella misma a buscarlo cuando le pareció oír un sonido por el corredor. Aguzó el oído y confirmó que se trataba de pasos, pero se percibían muy tenues, como si la persona no quisiera alertar de su llegada. Estos se escucharon con mayor nitidez al pasar ante su puerta y cesaron casi de inmediato. Oyó descorrer un cerrojo y de nuevo pasos en la habitación contigua, la que Kenneth ocupaba.

Aliviada, volvió a respirar con normalidad, había regresado y por su propio pie. Se debatió entre acudir a verlo o no. Quería saber cómo se encontraba, pero le parecía incorrecto visitar la habitación de un hombre a esas horas de la noche. Él no era un niño al que se debía vigilar. Tampoco deseaba que advirtiera la desazón con la que había aguardado su llegada. No quería ponerse más en ridículo.

Era evidente que Kenneth no mostraba ningún interés en ella, aparte del normal afecto que le profesaba por ser un familiar. Le tenía cariño, eso lo sabía, pero un cariño fraternal, como siempre había sido. Ella era la única que sentía de otra forma, algo a lo que él no

podía corresponder. Seguro que venía de estar con alguna mujer, se dijo, y sintió unos feroces celos royéndole las entrañas.

Se estuvo debatiendo durante largos minutos mientras escuchaba leves sonidos al otro lado de la pared, hasta que tomó una decisión.

Mientras pensaba en lo ocurrido, Kenneth se afanaba en desprenderse del disfraz ante el espejo que había sobre el lavamanos.

Se sentía confuso. El hombre podía haberle hundido el puñal con facilidad en el costado en más de una ocasión y no lo había hecho. Le pareció advertir que su intención no era herirlo. Si no se trataba de un ladrón ni del tercer soldado, como ya había descartado, debía de tratarse de otro de los conspiradores que estaban vigilando por allí y quiso entretenerlo para que no continuase siguiendo a sus compañeros. Tendría que extremar las precauciones.

Tiró de la barba canosa y esta salió sin esfuerzo, así como el bigote. Las espesas cejas desaparecieron a continuación, por último, agarró el cabello y la peluca que llevaba quedó en su mano. Sin todos esos añadidos, el rostro de Kenneth se mostró ante el espejo. Se lavó para retirar el ungüento blanquecino que le daba un aspecto cansado y se desprendió de las ajadas ropas. Guardó todo en el doble fondo de su bolsa de viaje a buen recaudo de miradas curiosas, y se preparó para disfrutar de unas horas de reparador sueño.

Una vez tomada la decisión de hablar con Kenneth, Briana se colocó una bata sobre el camisón y fue hacia la habitación contigua. Llamó y esperó. Los sonidos cesaron de pronto. Volvió a llamar y, tras unos segundos, la puerta se abrió.

Briana contuvo la respiración ante la imagen que se le presentaba. Kenneth ocupaba todo el hueco de la puerta. Solo llevaba puestos los pantalones, exponiendo el poderoso torso ante sus ojos… y la apuntaba con una pistola.

Él reaccionó rápido. Ocultó el arma en su espalda, tiró de ella hacia dentro de la habitación y cerró la puerta de inmediato. Quería evitar que alguna mirada curiosa la descubriera visitándolo de madrugada.

—¿Qué ocurre, Briana? —preguntó con preocupación.

—No… no ocurre nada. Te he oído llegar y no sabía… Solo quería comprobar que estabas bien —admitió turbada.

Pero ¿qué le pasaba? No era la primera vez que lo veía

semidesnudo. En realidad, lo había desnudado varias veces durante el tiempo que lo estuvo cuidando cuando estuvo inconsciente; si bien la impresión que acababa de recibir sería difícil de olvidar. La imagen de él, con la pistola en la mano y esa expresión decidida y peligrosa en el rostro, la había conmocionado. Era sensato que tomase precauciones, pero algo le decía que él estaba acostumbrado a esas situaciones y que era un hombre que no se dejaba sorprender con facilidad.

—Lo estoy, no te preocupes. Debes volver a tu habitación. —La tranquilizó.

—Siento haberte molestado. Como has tardado tanto, pensé que te había ocurrido algo y… —Se interrumpió y se acercó a él con rapidez. —¡Estás herido! —exclamó con gesto de horror.

Kenneth miró en la misma dirección que ella y advirtió el pequeño corte que el atacante le había hecho en el brazo derecho.

—No es importante, solo un rasguño —comentó.

—Yo decidiré si lo es o no —insistió ella con su gesto más autoritario, el mismo que empleaba con su hija cuando intentaba eludir las tareas que se le encomendaban. La timidez que mostrara en un primer momento había desaparecido.

Kenneth se sentó en la cama y Briana, con gesto serio y concentrado, examinó de cerca el corte en el brazo. Fue al lavamanos, echó un poco de agua en un paño y limpió la zona. No quiso preguntar cómo o quién se lo había hecho.

—La herida no es profunda, pero es mejor coserla para que cicatrice antes y evitar que se infecte. Cogeré lo necesario de mi habitación.

—No te molestes. Ya curará.

—Si no se limpia, acabará infectándose —dijo ella con testarudez y, sin darle opción a replicar, se dirigió a su cuarto.

Regresó al poco con aguja e hilo y con el ungüento que el doctor MacKay le había dado. Con habilidad, cosió la herida y la vendó. Al estar tan cerca de él le llegaba el olor a alcohol de su aliento. Había estado bebiendo y, probablemente, en compañía de alguna mujer. No podía recriminárselo. Ella no era nadie para censurar esa conducta, lo que no impedía que le doliera.

Kenneth estaba tenso. Su cercanía, el saber que debajo de aquella bata solo llevaba un liviano camisón, el sedoso cabello cayéndole sobre los hombros y desprendiendo ese delicioso olor… Apenas podía reprimir las ganas de hundir el rostro en él y saciarse con su suavidad. Gimió al advertir que su cuerpo estaba reaccionando a aquella tentación de una forma que lo abochornaba.

Briana supuso que se quejaba de dolor.

—Lo siento. Llevaré más cuidado —manifestó con falso pesar.

—Tranquila. Podré soportar unos minutos más de tortura —le aseguró con poca convicción. Todo estaba en su contra: la intimidad de su cuarto, el saber que nadie iba a interrumpirlos, el aspecto que ella presentaba… Si no terminaba pronto y se marchaba acabaría tendiéndola en la cama y haciéndole el amor como un poseso.

Briana reparó en el golpe del brazo, que no recordaba haber visto antes.

—¿Te has peleado con alguien? —preguntó irritada. Lo cierto era que prefería no saber dónde había estado ni lo que había hecho para salir tan mal parado.

Kenneth contestó de forma evasiva. No podía explicarle lo ocurrido.

—Solo ha sido una ligera diferencia de opiniones —admitió con sonrisa socarrona. Y para evitar que continuase indagando sobre ese tema, le preguntó: —¿Has visto a Ewen?

—No ha aparecido por allí en toda la tarde. Estaría en algún tugurio emborrachándose —comentó con desaprobación—. Tal vez habéis coincidido en alguno. Por el olor que desprendes, intuyo que has ido a festejar tu mejoría.

Kenneth aguantó la regañina sin pestañear. Comprendía su preocupación.

—No he tenido la suerte de encontrarlo. Puede que no haya recorrido tantos lugares como él.

—Con uno es suficiente si se aprovecha bien, ¿no es cierto? Aunque, si lo hubieras visto, podrías haberle avisado de mi presencia aquí.

La mordacidad de las palabras de Briana inquietó a Kenneth, que no comprendía la causa.

—Si tanto interés tienes en verlo, puedes quedarte mañana. Lo buscaré por todos los tugurios de la ciudad. Seguro que doy con él.

—No es necesario. No voy a permanecer aquí por ese insensato. Mi hija me espera en Dolmuck. Tampoco quiero que mi presencia te impida disfrutar de los placeres de la ciudad cuanto te apetezca. Pero como estoy convencida de que terminaréis encontrándoos, ¿podrías decirle que vaya a visitarme en Dolmuck lo antes posible? Tenemos temas importantes que tratar.

Briana era incapaz de ocultar los sentimientos que la sacudían con intensidad: resentimiento y unos furiosos celos al imaginarlo en brazos de otras mujeres.

—No creo que frecuentemos los mismos lugares. Iré a su casa a visitarlo y le daré tu recado.

—Gracias. Si no necesitas el carruaje, me marcharé a primera hora de la mañana, cuando termine las compras que he venido a hacer.

—Cuando tú decidas. Y llévate los dos caballos. Alquilaré uno para regresar a casa —dijo Kenneth y se sintió bien al pronunciar esas palabras.

Regresar a casa… En el pasado no había pensado en Dolmuck como en su hogar. En cambio, en pocos días había sentido que pertenecía a aquel lugar, el refugio de su madre, donde moraban personas a las que quería.

—Como desees. —Briana se dispuso a marcharse.

Él la detuvo, sujetándola por el brazo. No podía dejarla marchar así, sin conocer el motivo de su disgusto. Las mujeres le resultaban muy complicadas, otra de las causas por las que nunca se había planteado casarse. Se dejaban llevar por los sentimientos, lo que le impedía predecir sus reacciones; y eso le causaba una enorme confusión. Era obvio que no las entendía. Tendría que pedirle a Gregory que le enseñara algunos de sus trucos, si es que los tenía. Él se desenvolvía muy bien en los entornos femeninos.

—¿Qué ocurre, Briana? ¿Te he ofendido en algo? ¿Por qué estás enfadada conmigo?

—Yo no…

—Sí, lo estás, no lo niegues. —Kenneth no la dejó proseguir. No iba a convencerlo de lo contrario. No solo era el tono de su voz, también su mirada esquiva y la expresión irritada que mostraba su rostro—. Reconozco que he sido imprudente al exponerme a una recaída, pero no ha ocurrido nada que lamentar. Pensé que pasear por la ciudad no me haría daño. He pasado demasiados días sin salir de Dolmuck.

Ella reaccionó. Se plantó ante él con los brazos en las caderas y los ojos llameantes de furia.

—No ha sido una imprudencia, señor mío, ha sido una estupidez. Has puesto tu vida en peligro al atreverte a deambular solo por la ciudad cuando hace apenas una semana estuviste a punto de morir. Esa diferencia de opiniones a la que has aludido y que te ha dejado magullado ha sido una pequeña muestra de lo que te podía haber ocurrido. ¿Y si te hubiesen vuelto a disparar? ¿Sabes la cantidad de agresiones que hay todos los días, la mayoría de ellas mortales? La gente pasa hambre y recurre a lo que sea necesario para dar de comer a sus hijos; aparte de los habituales, que lo hacen para medrar —le echó en cara. Los sentimientos que la embargaban en esos momentos nublaban su razón. Solo sabía que él podía haber muerto, y ese

pensamiento era muy difícil de asumir.

—Tengo edad suficiente para medir el riesgo. Ya no soy el jovencito que recuerdas.

—Eso está a la vista, pero la prudencia no parece haber crecido en consonancia con el cuerpo. Eras un joven irresponsable y temerario y continúas siéndolo —le espetó con los ojos húmedos—. ¡Es que no comprendes que no podría soportar que te ocurriera algo!

A Kenneth le sobrecogieron sus palabras y la sincera angustia que detectó en ellas. Se levantó y la rodeó con sus brazos.

—No me va a ocurrir nada, Briana. Sé cuidarme.

—No, no sabes. Eres un estúpido y yo lo soy más por preocuparme por ti. De ahora en adelante, pueden dispararte todo lo que quieran que a mí no me va a importar —dijo con despecho, intentando contener las lágrimas que se empeñaban en escapar de sus ojos. No quería ponerse más en ridículo permitiendo que él la viese llorar. ¿Por qué había tenido que enamorarse de ese… de ese…?

Quiso desasirse de los brazos que la rodeaban con ternura. Debería hacerlo porque estaba corriendo el riesgo de perder la poca entereza que le quedaba, pero se sentía incapaz. Deseaba ese calor envolviéndola, el sonido de su corazón latiendo tan cerca de su oído, la tenue respiración de él sobre su sien… Se sentía frágil entre sus brazos y eso le gustaba. Estaba cansada de ser fuerte, necesitaba apoyarse en alguien… Lo necesitaba a él.

Kenneth sabía que estaba cometiendo un error, aunque no lograba reunir la suficiente fuerza de voluntad para dejar de abrazarla. Era tanto el bienestar que sentía, que no quería privarse de ello. Intensificó el abrazo cuando advirtió que se relajaba en sus brazos y comenzó a acunarla, como si estuviese calmando a una niña. La placidez que sintió lo asombró, pero ese sosiego pronto se vio alterado. La tibieza del cuerpo femenino, su olor saturándole las fosas nasales, la suavidad de su cabello rozando su mejilla… Notó que se acaloraba y la abrazó con más fuerza, pegándola a él de una forma poco fraternal.

—Briana…

El ronco susurro de Kenneth muy cerca de su oído la sacudió, y cuando sintió sus labios recorriéndole la mejilla hasta llegar a la comisura de la boca, no se opuso al beso que estaba por llegar. ¿Cómo hacerlo si llevaba tantos años esperándolo? Al contrario, movió la cabeza para que sus bocas se juntaran.

Al advertir la muda aceptación de ella, Kenneth tomó posesión de su boca con fiero ímpetu. La deseaba con locura. Llevaba deseándola desde que la vio ir hacia él aquella mañana en Dolmuck,

cuando no sabía quién era. ¿Cómo había sido capaz de contenerse todo ese tiempo? Briana vibraba en sus brazos con cada caricia que le prodigaba, respondiendo con todo su ardor, lo que contribuía a enardecerlo aún más. Deslizó sus manos ansiosas por aquel cuerpo voluptuoso, memorizando sus contornos, presionándola contra él para hacerle sentir su necesidad, su pasión desbocada.

Briana, lejos de asustarse, respondía con idéntico ardor. Había dejado de pensar, olvidando las implicaciones que pudieran derivarse de aquellos actos, y se dedicaba a gozar. Había esperado tanto…

Kenneth dejó de besarla durante unos segundos para mirarla. Ella tenía los ojos vidriosos de deseo y los labios hinchados por sus besos. Estaba tan hermosa que cortaba la respiración. Sintió que algo hermoso crecía en su interior… y se asustó. ¿Qué estaba haciendo? Tenía en sus brazos a una mujer excepcional, de gran belleza y mayores virtudes. Era generosa, apasionada, compasiva, inteligente… No le costaría enamorarse de ella, pero ¿se lo podía permitir? La razón le decía que no debía encadenarse a nada ni a nadie, que él se había trazado un camino y tenía que seguirlo. Por otra parte, su corazón le dictaba que se dejase llevar, que siguiese fiel a sus sentimientos, que era el momento de entregarse y disfrutar, que en Dolmuck y con Briana podía ser feliz.

En el caos que era su mente, con ella en sus brazos lanzándole silenciosos reclamos, no lograría la solución a su dilema; y hasta que no supiese lo que quería hacer con su vida y su futuro, debía reprimir sus deseos. Ella se merecía una entrega absoluta por su parte, no que la utilizase para satisfacer una necesidad momentánea.

Suspiró y le dio un beso en la frente.

—Creo que es mejor que regreses a tu habitación —le dijo, y en el tono agónico de su voz se apreciaba el enorme esfuerzo que esa renuncia le suponía.

Ella no entendió sus palabras, pero sí advirtió que dejaba de abrazarla. Dio un paso atrás y lo miró. La decepción, mezclada con dolor que Kenneth vio en su rostro, fue como un puñal clavado en su corazón, pero se mantuvo firme. Era lo más honrado que podía hacer por ella.

Tras unos segundos de desconcierto, Briana se giró y salió corriendo de la habitación. Kenneth pensó en seguirla y darle una explicación. Ella podía malinterpretar su reacción y quería asegurarle que no tenía la culpa; pero en ese caso debería sincerarse y no estaba en condiciones de hacerlo. Ya lo haría cuando supiese el rumbo que quería dar a su vida.

Capítulo 30

Cansado de dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, Kenneth se levantó y comenzó a escribir el informe para Eckersley. Ocupando sus pensamientos en otros asuntos lograría apartar los turbadores momentos vividos junto a Briana y el dilema que se le presentaba.

Tenía una misión que cumplir, la vida de muchas personas podía estar en peligro y no debía ponerse a analizar sus sentimientos ni a plantearse qué hacer con su futuro, porque, si no eliminaba la amenaza de los secesionistas, tal vez no habría futuro.

Se sentó en la mesa y comenzó a redactar, detallando lo que había descubierto y las acciones que pensaba emprender hasta que recibiese órdenes. Lo llevaría a Fort Augustus. Una vez que hubiese puesto al tanto de lo que ocurría a James Hughes, comandante al mando del regimiento destinado en la fortaleza, confiaba en que le prestase su ayuda para detener e interrogar a los posibles implicados, y que estos le facilitaran información sobre sus futuras acciones. Aunque se le habían escapado los dos soldados la noche anterior, tenía una valiosa referencia: el párroco de St. Thomas, y por él empezaría. No podía esperar a que el informe llegara a Eckersley y este le enviase refuerzos porque el tiempo corría en su contra.

Cuando lo hubo redactado, la noche comenzaba a dejar paso al día y comprendió que no era hora de acostarse de nuevo. Se vistió y salió de la habitación. Tomó un contundente desayuno y se dirigió a los establos. Allí podría alquilar un caballo.

Entró en las caballerizas y buscó a Colin. Quería que estuviese preparado para cuando Briana decidiese partir. El joven se hallaba tendido sobre un haz de paja en un rincón. Lo zarandeó para que despertara.

—Vamos, muchacho, es hora de ponerse en pie.

Colin se espabiló de inmediato. Se levantó y se llevó las manos a la cabeza. Esta parecía darle vueltas. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Kenneth sonrió. Había aprovechado la estancia en la ciudad para correrse una buena juerga y ahora sufría las consecuencias, pensó.

—¿Demasiada cerveza anoche, o fue algo más fuerte? —le preguntó con gesto compasivo.

—Eso parece. Estuve recorriendo las tabernas en busca de los hijos de Dougal y fui tan estúpido de pedir una pinta en cada una.

—Debieron de ser muchas, por lo que veo. Espero que los encontraras.

—No fue así, y eso que recorrí todas las del puerto, que son las que suelen frecuentar, según me dijo su madre. Puede que anoche no les dieran permiso en su regimiento.

—¿Son soldados? —se interesó Kenneth.

—Ambos. Primero se alistó Gregor y al poco lo hizo Farrell. Su padre se opuso a esa decisión. Quería que alguno se quedara a ayudarlo con las tierras que el *laird* le había dejado. Se negaron. Prefieren la vida militar. A mí me hubiera gustado alistarme, pero mi abuelo me convenció de que en Dolmuck tendría un trabajo seguro y no me expondría a los peligros y sacrificios que el Ejército conlleva…

Kenneth ya no escuchaba las palabras de Colin. La mención de aquellos dos nombres le hizo pensar en la conversación que había oído en la taberna la noche anterior y comenzó a atar cabos. Dos soldados cuyos nombres coincidían y un asaltante cuya pretensión era solo retrasarlo… El nombre surgió de forma espontánea: Dougal.

Una intensa amargura lo invadió ante el convencimiento de que el que era para él como un hermano lo había atacado la noche anterior para evitar que siguiera a sus dos hijos. Quería protegerlos, que no los identificase. Por eso solo se había limitado a frenarlo cuando podía haberlo herido o matado allí mismo. Si hubiese sido un ladrón o uno de los cómplices de los dos jóvenes, no habría dudado en silenciarlo. Dougal lo apreciaba y no quiso acabar con su vida, lo que no mermaba el dolor que aquella traición le provocaba.

Tenía que comprobar si estaba en lo cierto, se dijo con urgencia. Y había una forma fácil de hacerlo. Lo había herido en el costado derecho. Recordaba la hoja del puñal ensangrentada y el quejido cuando esta se hundió en la carne.

—Prepara el carruaje, partimos hacia Dolmuck cuando la señora Murray esté lista.

Kenneth se dirigió a la posada. No podía llevar el mensaje a Fort Augustus, pero lo enviaría con una nota para Hughes. Él tenía que ir a Dolmuck y hablar con Dougal para confirmar que sus conjeturas eran correctas, y tenía que hacerlo antes de que alertase a sus hijos o él mismo decidiese huir. No disponía de suficiente información para detener el asalto que los independentistas pensaban llevar a cabo, y así lo explicaba en la nota que había añadido, pero confiaba en que ellos le proporcionarían la suficiente para acabar de una vez con los insurrectos.

El posadero le indicó dónde podía dirigirse para enviar el mensaje con rapidez. Después de entregar el sobre lacrado al mensajero y pagarle la mitad de lo estipulado, conviniendo que en su destino le abonarían el resto, fue a buscar a Colin. Debían partir lo antes posible, y para ello tenía que avisar a Briana de sus intenciones.

Briana se giró en el lecho y miró hacia la ventana. No había echado la cortina la noche anterior y la luz entraba a raudales por ella. La mañana debía de estar bien avanzada.

Se levantó con esfuerzo. Había dormido poco en aquel duro lecho, aunque la mala calidad del colchón no tuviese la culpa. Abandonó la habitación de Kenneth en un estado emocional lamentable que le costó superar. Y cuando consiguió quedarse dormida, sus sueños estuvieron plagados de imágenes poco tranquilizadoras de Kenneth compartiendo lecho con una mujer de rubios cabellos y piel blanca como la nieve, una bella dama inglesa, como su prometida. Todo ello impidió que su sueño fuese reparador, y ahora se sentía agotada.

Pero no podía haraganear toda la mañana. Quedaba mucho por hacer antes de partir para Dolmuck. Debía ir al taller de la señora Bain para encargarle los vestidos que Nerys y ella lucirían en la boda de Leana, la hija de Dougal, que se casaba en un par de meses, y pasar por el almacén de MacLean para comprar grano y el resto de los artículos que tanto Grizela como Crissa le habían encargado.

No esperaba ver a Kenneth antes de marcharse. Suponía que los asuntos que lo obligaban a quedarse, fueran cuales fuesen, eran urgentes y había decidido comenzar bien temprano. Mejor, se dijo; prefería no encontrarlo. No sabía cómo reaccionaría tras lo ocurrido la noche anterior.

Se sentía dolida y defraudada por su conducta. En pocos minutos la había llevado de la euforia al desánimo, de ilusionarla con sus caricias a herirla con su rechazo, y eso dolía, aunque era mayor la vergüenza que sentía por haber expresado sin tapujos sus sentimientos, por responder con ese ardor a sus caricias, por mostrarle su desilusión cuando él interrumpió el abrazo.

No tenía nada que reprocharle, al contrario, debería estarle agradecida de que se hubiese portado como un caballero. De haber querido continuar, ella se lo habría permitido con gusto. Fue honesto y no quiso aprovecharse. Eso le honraba.

Estaba terminando de vestirse cuando oyó unos suaves golpes en la puerta. Presumiendo que se trataba de Kenneth, inspiró fuerte

para templar sus emociones. Debía aprender a atar corto sus sentimientos y aceptar que él nunca le correspondería como ella deseaba. Seguirían siendo como hermanos. Se esforzaría para que así fuese.

Le decepcionó comprobar que no era él.

—Buenos días, señora Murray. ¿Cuándo tiene pensado partir hacia Dolmuck? —preguntó Colin, que parecía azorado.

—En una hora. Debo hacer unos recados antes —calculó Briana—. Espera en la puerta con el carruaje preparado.

—Ya estamos esperando, señora.

—¿Estamos?

—El señor MacLennan viaja con nosotros.

¿A qué se debería ese cambio de planes?, se preguntó Briana alarmada. Tal vez se sentía mal y deseaba volver a Dolmuck. La noche anterior, cuando fue a su habitación, le pareció que no tenía buen aspecto. Admitió que había tenido un altercado, del que le quedaron rastros visibles como el corte y el golpe en el brazo; nada importante, pero podía tener algún daño interno.

—En ese caso, no me demoraré. Bajaré en unos minutos —le aseguró.

Briana se apresuró. Estaba preocupada. Se peinó el cabello en un sencillo recogido y preparó el escueto equipaje. Como no quería retrasarse, decidió saltarse el desayuno. Ya compraría algo para tomar por el camino.

Cuando la vio aparecer, Kenneth sintió el familiar calor en el pecho y deseó tomarla otra vez entre sus brazos y reconfortar con su dulzura su acongojado ánimo, pero debía mantenerse firme en su decisión. Sus mejillas arreboladas le indicaban que se sentía abochornada y decidió actuar con naturalidad, como si el arrebato de pasión que habían vivido solo hubiese sido un sueño.

—Buenos días. Espero que hayas dormido bien. —Saludó él con una sonrisa.

El desenfado de Kenneth no agradó a Briana, que esperaba otro tipo de comportamiento, aunque estuviesen a la vista de todos. Debería haberlo imaginado, se reprochó. Él no atribuía ninguna importancia al apasionado instante que habían compartido y quería dárselo a entender. Iba a casarse y ella solo había sido un arrebato que supo atajar a tiempo. «No importa, soy capaz de mostrar indiferencia».

—Perfectamente, gracias, aunque estoy confundida. No me explico a qué se debe que decidas regresar con nosotros. ¿No pensabas quedarte en la ciudad unos días? —preguntó con cierta acritud. El aspecto de Kenneth era inmejorable, sin mostrar en su rostro signos de

dolor o fatiga. ¡Y ella que se había inquietado pensando que algo malo le ocurría! Era una estúpida. ¡Que se preocupara su prometida!

—He resuelto los asuntos que me habían traído aquí y no veo motivo para quedarme… de momento —mintió. No podía confesarle sus tribulaciones ni la urgencia en hablar con Dougal—. Colin te acompañará a realizar las compras que tienes pendientes, aunque te ruego que no te demores —le pidió, y le dio la mano para ayudarla a subir al carruaje.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes noticias de Dolmuck? —se alarmó.

—No, solo que me gustaría partir lo antes posible.

Briana sabía que estaba mintiendo y le dolió que lo hiciera. ¿Tan poco aprecio le tenía que no era capaz de explicarle ese imprevisto cambio? Pero no iba a rebajarse mostrándole su decepción.

—De ninguna forma. Solo soy una invitada y el carruaje te pertenece. No voy a consentir que te retrases por mí. Puedes partir de inmediato si es tu deseo. Ya buscaré la forma de llegar a Dolmuck cuando termine —dijo furiosa, e hizo intención de bajar del carruaje.

Kenneth suspiró. Reconocía que estaba siendo desconsiderado. Briana resultaba muy transparente, no podía esconder sus emociones, y esa era una de las cualidades que más le gustaban de ella. Era lógico que estuviese preocupada y supusiese que algo inusual ocurría. No podía explicarle sus planes y mucho menos volcar su pesadumbre en ella, que no tenía la menor culpa.

—Lo siento, Briana. Me estoy comportando de forma muy grosera. Es cierto que tengo prisa por llegar a Dolmuck, pero no tanta como para que te arrebates. Cuando hayas terminado con tus quehaceres, partiremos; mientras, yo iré a realizar una última gestión. —Como ya había enviado el mensaje, tenía la intención de visitar la iglesia de St. Thomas. Si la suerte lo acompañaba, podría descubrir algo allí.

Briana se calmó. Estaba actuando como una niña con una rabieta. No podía forzar los sentimientos de una persona. Kenneth no estaba enamorado de ella y nunca lo estaría. ¿Por qué culparlo por ello?

—Estaré de vuelta en menos de una hora.

Kenneth se marchó antes de ceder al impulso de abrazarla. En sus brazos encontraría el alivio que necesitaba para olvidar la traición que había recibido del que consideraba un hermano.

Capítulo 31

Briana cumplió su promesa y en menos de una hora estuvo de regreso en la posada, donde Kenneth aguardaba para partir hacia Dolmuck.

—Como dijiste que no viajarías con nosotros de regreso, Crissa me encargó provisiones para varios meses —se justificó ella ante la cara de estupor de Kenneth, que se estaba preguntando cómo habían logrado colocar tantos bultos en el interior del carruaje y sobre el techo de este, lo que dejaba apenas espacio para un pasajero—. Pero queda sitio suficiente para ti. Yo viajaré en el pescante, junto a Colin —añadió, y antes de que Kenneth pudiera reaccionar, ya estaba a medio camino.

Él la cogió por la cintura y la depositó en el suelo de forma brusca. Al hacerlo, Briana perdió el equilibrio y se tuvo que apoyar en él, que la abrazó con fuerza para que no cayera. Una vez que se aseguró de que estaba estable, la soltó con la misma brusquedad. La expresión de su rostro cuando ella lo miró no era tranquilizadora.

—Si crees que voy a permitir que viajes a la intemperie es que no me conoces —le espetó.

—No te preocupes. He viajado en carromato muchas veces. No soy una delicada damita, como las que estás acostumbrado a tratar —replicó con sarcasmo.

Él no respondió a su envite. Estaba demasiado alterado para hacerlo de forma adecuada. Se limitó a cogerla del brazo e introducirla en el interior ignorando sus protestas.

—Si no tienes nada más que objetar, nos pondremos en camino —dijo, y cerró la puerta con brío.

—Cuando desees —respondió ella con altivez. Le había ofendido que la tratara como a una niña.

Kenneth subió al pescante e indicó a Colin que emprendiera la marcha. Su talante no estaba en el mejor de sus días. Al cansancio acumulado después de más de veinticuatro horas sin dormir se sumaba la demora que llevaban y el exceso de peso, que los obligaría a ir más lentos. «Será todo un milagro que logremos llegar a casa sin romper alguna rueda», pensó.

El breve contacto con Briana le había causado una inoportuna tensión que requería de todo su empeño para dominarla. Había sido una bendición la falta de espacio en el interior del vehículo, que

evitaba la tortura de viajar junto a ella y permanecer impasible.

Intentó dormitar, pero el lugar no era propicio y sus pensamientos regresaban una y otra vez al mismo dilema que se le había planteado desde que comenzó a recelar que Dougal era el autor de la agresión la noche anterior. ¿Sabía con anterioridad que era un agente de la Corona y cuál era su misión allí?, no dejaba de preguntarse; y, sobre todo, ¿había sido él quien lo disparó aquella tarde en el bosque?

Para Briana también fue un alivio. No habría soportado las siguientes horas al lado de Kenneth sin estallar en la retahíla de recriminaciones que guardaba en su interior y que amenazaban con ahogarla. Aún no asumía que solo unas horas antes se hubiese mostrado tan apasionado para pasar a una correcta camaradería. Como Grizela decía, a la mayoría de los hombres solo les interesaba una cosa con las mujeres y, cuando la conseguían, perdían el interés e iban detrás de otra conquista.

Pese al accidentado camino y la gran carga que llevaban, lograron llegar a Dolmuck sin ningún contratiempo. Kenneth había pedido a Colin que azuzara los caballos y en menos de tres horas divisaron los contornos del castillo en el horizonte.

Cuando entraron en el patio interior, Kenneth bajó del pescante y abrió la puerta del carruaje. Briana ignoró la mano que él le alargaba para ayudarla a descender y bajó de un salto.

—Descarga los paquetes y llévalos a la cocina. Ya te indicaré dónde colocarlos —ordenó Briana a Colin y, sin dirigirle la palabra a Kenneth, se introdujo en la casa.

Kenneth intuía la razón por la que Dougal no había acudido a recibirlos, como solía hacer cuando alguien traspasaba las puertas de Dolmuck. Quien sí lo hizo fue Niall.

—¿No está Dougal por aquí? —le preguntó con acento casual. No quería demostrar demasiado interés. No sabía cuántos estaban involucrados.

—Hoy no lo he visto por aquí, señor.

Dougal se encontraría en su casa, sin sospechar que lo había descubierto y que regresaría tan rápido, pensó Kenneth. Si estaba herido no querría que nadie en el castillo lo descubriese, mayormente su madre, que tenía una especial intuición para detectar los problemas.

—Bien. Ayuda a Colin con los bultos y deja mi equipaje en el vestíbulo —le indicó, y se dirigió a los establos.

Encontró a Stew dormitando sobre un fardo de heno y le tocó en el hombro.

—¡Ya estáis de vuelta! —exclamó el anciano—. Espero que mi chico se haya portado bien.

—Lo ha hecho. Es un gran muchacho —le aseguró—. Prepara a Merlín, voy a salir.

Stew se afanó en la tarea sin preguntar y sin hacerle ver que era la hora del almuerzo. La actitud impaciente de Kenneth no era muy propensa a tolerar demoras.

Cuando el caballo estuvo preparado, Kenneth partió hacia la granja de Dougal, que estaba situada a un par de millas de Dolmuck.

Rhona, la mujer de Dougal, se encontraba en la cocina lavando la vajilla que había utilizado en el almuerzo cuando Kenneth llegó.

—Sea bienvenido a mi humilde hogar, señor MacLennan. ¿Quiere que le prepare algo de comer? —le ofreció.

—Muchas gracias, Rhona, en otra ocasión. He venido a tratar un asunto con Dougal. ¿Está por aquí?

—Se ha acercado a revisar las trampas para liebres. No tardará en venir. Si quiere probar el estofado, ha quedado un poco del almuerzo. Dougal hoy no tenía mucho apetito —señaló la mujer.

—Lo esperaré fuera.

Kenneth se sentó en el borde del pozo que ocupaba un extremo del huerto y esperó. Al poco vio acercarse la figura de Dougal y hacia él se dirigió. Prefería que su mujer no escuchase la conversación.

Dougal ocultó su recelo al verlo, pero la mirada sagaz de Kenneth detectó el rictus de sufrimiento en su rostro. Aunque la herida no hubiese sido profunda, podía resultar peligrosa si no era tratada. Y por la despreocupación que mostraba Rhona, intuía que Dougal no se lo había dicho.

—¿Qué te trae por aquí, muchacho? ¿Te has perdido?

—Aún puedo recorrer estas tierras sin necesitar lazarillo —bromeó Kenneth.

—Me alegra saberlo. Entonces es que has decidido hacerme una visita.

—Así es. No estabas en Dolmuck cuando hemos regresado y me he preguntado qué te ocurría.

—He aprovechado que el dueño no estaba para hacer novillos —bromeó Dougal, aunque su voz no era tan firme como en anteriores

ocasiones a los oídos de Kenneth.

—Tendré que descontártelo del sueldo —continuó en el mismo tono. Se acercó a él y le palmeó la espalda—. Caminemos hasta el arroyo. Tengo que hablar contigo y allí tendremos más tranquilidad.

—Como desees —accedió Dougal sin mostrar inquietud.

Caminaron un trecho hasta que Kenneth calculó que se habían alejado lo suficiente de la casa.

—¿Cómo me dijiste que se llamaban tus hijos varones, Dougal? —preguntó con fingido desenfado.

—No te lo dije. Se llaman Gregor, el mayor, y Farrell, el que le sigue.

—Qué casualidad. Escuché esos mismos nombres anoche en una taberna de Inverness.

—No es de extrañar. Son nombres muy comunes por estas tierras, como sabrás —quiso quitarle importancia.

—Puede, pero el caso es que los hombres que así se hacían llamar eran soldados y hablaban de cometer un atentado. Algo punible, aparte de peligroso para ellos.

—Hay muchos exaltados que, tras tomar dos pintas, comienzan a lanzar bravuconadas. Cuando se despiertan al día siguiente ni recuerdan haberlas pronunciado.

—En este caso no es así, creo que iban muy en serio, ¿no es cierto? —preguntó, y su mirada revelaba que ya no iba a continuar con ese juego.

—¿Qué quieres decir? —Dougal se resistía a aceptar lo evidente.

—Acabemos ya. Sabes a lo que me refiero. Solo quiero saber si estás implicado con el grupo subversivo, porque tus hijos sí lo están.

Dougal, que se había mantenido firme y controlando sus emociones, entendió que no tenía sentido continuar fingiendo. Kenneth lo había descubierto.

—¿Cómo lo has sabido? —Lo miró con un rictus de angustia en el rostro.

—Oí los nombres de los soldados, y esta mañana Colin me ha comentado que tus hijos servían en el regimiento acuartelado en Fort George y que se llamaban Gregor y Farrell. Ese hecho, unido a que el hombre que me atacó cuando los seguía solo pretendía entretenerme para facilitarles la huida, me hizo reflexionar. —En un rápido movimiento, Kenneth le levantó las ropas y descubrió la cuchillada de su costado.

—Esa herida tiene mala pinta. Deberías ir a que el doctor MacKay te la trate o puede resultar peligrosa.

—Eso haré. —Hundió los hombros con gesto derrotado y dejó escapar un suspiro resignado.

Kenneth se compadeció de él. La expresión de Dougal le indicaba la batalla interna que tenía que luchar; debía ser muy dura.

—Dime, ¿hasta dónde hubieras llegado para detenerme?

—Un padre es capaz de todo por salvar la vida de sus hijos. Cuando tengas los tuyos lo comprenderás —dijo Dougal.

—¿Incluso a matar? —preguntó atónito.

—Sí… o a morir en el intento —admitió. Su voz rezumaba tanta convicción que Kenneth supo que era sincero.

—¿Sabías que era yo cuando me seguiste? —se interesó.

—Sí. Sé a qué te dedicas.

A Kenneth le impactó esa revelación. Muy pocas personas conocían ese dato, y menos nadie de por allí.

—¿Desde cuándo?

—MacIver me comentó que durante la guerra espiabas para el Ejército, y hace un año tu abuelo encargó a un detective que diera contigo, cuando pensó incluirte en el testamento. No le resultó fácil recabar información, pero consiguió enterarse de todo.

Kenneth se atrevió a hacerle otra pregunta que llevaba tiempo aguardando.

—¿Fuiste tú quien me disparó en el bosque?

Dougal lo miró a los ojos y no vaciló en su respuesta, que fue rotunda.

—No.

Kenneth lo creyó. Dougal solo quería defender a sus hijos, y él, en aquellos momentos, no les suponía una amenaza.

—¿Lo sabe alguien más en Dolmuck?

—Nadie más. Tu abuelo me dejó leer el informe del detective antes de destruirlo y me pidió que guardara el secreto. Por ello, cuando llegaste, me propuse estar alerta. Pensé que, aparte de la cuestión de la herencia, habías venido a investigar los rumores que circulan desde hace meses. Fui tras vosotros cuando os marchasteis a Inverness y estuve vigilando en la posada. Te reconocí, aun con el disfraz, y te seguí para averiguar si estaba en lo cierto. Quise avisar a mis hijos, pero entraron en la misma taberna en la que estabas y ya no tuve oportunidad. Cuando vi que ibas tras ellos, no me quedó otra opción que impedírtelo. No pretendía acabar con tu vida, solo darles la oportunidad de escapar.

—¿Hasta dónde estáis metidos?

—Yo no tengo nada que ver. No estoy conforme con el régimen que nos han impuesto y los desmanes que se comenten en

nombre del rey inglés, como la mayoría por aquí, pero me aguanto. Ellos en cambio… —Calló. Tenía un nudo en la garganta difícil de deshacer—. Ellos son solo unos críos exaltados que se han dejado embaucar por gente lista. No son malos chicos, solo jóvenes y fogosos.

—En lo que están metidos no es un juego, Dougal. Es algo muy peligroso que puede llevarlos a la horca.

—¡Ya lo sé! ¿Crees que no he procurado disuadirlos? Pero son unos cabezotas imbuidos de ideas equivocadas. Piensan que van a cambiar las cosas. Son unos ilusos.

El tono desesperado de su voz conmovió a Kenneth. Debía de ser muy duro querer tanto a una persona y no poder evitar su ruina.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dougal con expresión atribulada.

—Ya he enviado un mensaje a mi superior. Por ser hijos tuyos, y porque sé que dices la verdad, intercederé por ellos, aunque tienen que colaborar y después abandonar el país. No pueden quedarse aquí. Están metidos en una conspiración y sus propios correligionarios pueden querer acabar con ellos cuando se enteren.

—Ellos no son unos delatores. No querrán hacerlo. Tampoco creo que sepan mucho. Solo son soldados que cumplen órdenes, como la mayoría; los auténticos responsables se esconden en las sombras. Ni siquiera deben de ser militares. Apunto más a grandes terratenientes que quieren que se haga otra limpieza de tierras para aumentar sus posesiones.

—Entonces tendrás que convencerlos. Si quieres que tus hijos vivan, debes hacerles entrar en razón. No pueden continuar relacionándose con esos exaltados. Yo les facilitaré la salida. Mi hermano tiene barcos que cruzan el océano. Los enviaré a Londres con una carta en la que le pediré que los embarque en el primer viaje que salga para las antiguas colonias. No puedo hacer más, o colaboran o no aseguro que queden al margen. Deberán facilitarme toda la información que tengan sobre el complot: nombres, día y hora de las acciones armadas que piensan realizar, dónde esconden las armas… Los escuché hablar sobre un asalto al castillo de Edimburgo. Es de vital importancia que me faciliten datos para impedirlo. Solo así podré evitar que los juzguen por traición.

Dougal suspiró. Sabía que Kenneth tenía razón y le agradecía su generosidad. Sus hijos habían sido unos estúpidos manipulados por personas poderosas que saldrían impunes mientras ellos acabarían colgados. Le costaría separarse de ellos, no volverlos a ver, pero prefería saber que estaban vivos, aunque lejos, a presenciar su muerte.

—Está bien. Hablaremos con ellos y contarán lo que saben. Lo

más difícil será convencerlos para que se embarquen hacia otras tierras.

—Seguro que comprenden la necesidad. Se acabará descubriendo el complot y los colgarán. Esta es la mejor opción, pero no podemos tardar demasiado. Hay que evitar el atentado y no disponemos de mucho tiempo.

—Mañana a primera hora me presentaré en el cuartel. Les diré que su madre está muy enferma y los haré venir. ¿Dónde nos encontramos? Porque no querrás que alguien más se entere de que eres un espía de la Corona.

—Así es, no me interesa que se divulgue. Tú conoces mejor estas tierras. Indica una hora y un lugar en el que podamos reunirnos sin ser descubiertos.

Dougal meditó durante unos segundos.

—El recodo del río junto a la arboleda, media milla más arriba, es un buen lugar. A primera hora de la tarde, si te parece bien —propuso.

—Allí estaré. Y cúrate esa herida. No quisiera ser el causante de tu muerte.

—Se necesita mucho más para acabar conmigo, muchacho.

Kenneth soltó una risotada y subió al caballo. Dougal, con gesto pensativo, se dirigió a su casa. Antes de hablar con sus hijos, tenía otro trabajo igual de arduo: explicarle a su mujer que no volvería a verlos.

Capítulo 32

De regreso al castillo, Kenneth recapacitó. Se arriesgaba mucho con aquel encuentro. Si Dougal estaba involucrado, algo que dudaba, aunque no tenía la entera seguridad, sería un buen momento para eliminarlo. Y, aunque no lo estuviese, si sus hijos se negaban a colaborar, tendrían la oportunidad de hacerlo. Era un riesgo que tenía que correr, como tantos otros a lo largo de su carrera. Iría bien preparado por si le tendían una trampa y vendería bien cara su muerte.

Cuando llegó a Dolmuck, entregó el caballo a Colin y se dirigió a la casa. No había tomado nada desde el temprano desayuno y el estómago le reclamaba alimento. Entró en la cocina. Grizela y Crissa charlaban sentadas en una esquina bajo la ventana mientras tomaban una taza de té, y Aileen y Hazel se afanaban en limpiar los utensilios después de haber servido el almuerzo.

—¿Dónde te has metido, muchacho? Nos tenías preocupados —dijo Grizela al verlo entrar.

—He ido a visitar a Dougal —respondió. Y para que Grizela no continuase indagando, le preguntó a Crissa—: ¿Queda algo para comer?

—Claro. Un rico guiso de verduras y perdiz estofada con ciruelas —respondió la cocinera, y dirigiéndose a Aileen—: Dispón la mesa en el comedor para el *laird*.

—No es necesario, comeré aquí. Me gusta hacerlo y un rato de charla me vendrá bien. Habrán ocurrido muchas cosas en Dolmuck durante mi ausencia —propuso de forma inocente.

Le interesaba obtener información sobre los nuevos sirvientes, y esa era una buena forma de encauzar la conversación hacia donde quería. Tanto Grizela como Crissa eran muy dadas al chismorreo, una de las pocas diversiones con las que contaban en aquel apartado lugar.

—Importantes, muy pocas. Cada vez hay menos gente poblando estas tierras. A este paso no quedará nadie para cultivarlas. Los Sinclair y los Carlton, que tal vez recuerdes, tuvieron que emigrar a América. Fergus se apropió de sus tierras, al igual que de todas las que se han vendido por aquí —dijo Grizela.

—Si pudiera se las llevaría a la tumba para que no las heredase el hijo. Si le hubiese sobrevivido su favorito, sería diferente —censuró Crissa, que calentaba al fuego la comida para Kenneth.

—Al menos morirá tranquilo sabiendo que su nieta se convertirá en la heredera, en caso de que no ocurra un milagro y Catriona se quede preñada —intervino Grizela.

—La pobrecilla no ha tenido suerte en su matrimonio. Aunque debió esperar que ocurriría al casarse con un tullido. Una pena, porque habría sido buena madre. Solo hay que ver cómo quiere a Nerys —opinó Crissa.

—No sería la primera que se deja embarazar por mucho menos, y con el consentimiento del marido estéril. Si aún no lo está, puede que el problema no sea de él —puntualizó Grizela en tono malicioso. Corría la voz de que la mujer de Alexander no le hacía ascos a cualquier mozo de cuadra que estuviese de buen ver.

—¿Cuántos años llevan casados? —preguntó Kenneth, que seguía la conversación de las dos mujeres con atención.

—Unos diez, creo recordar. Apenas se festejó, y eso que es el mayor. —Fue Crissa la que respondió—. Fergus siempre ha despreciado a ese hijo por haber nacido lisiado, y lo seguirá haciendo hasta que se muera.

—Aquí parece que el tiempo no avanza, solo lo sentimos en los huesos, que duelen un poco más cada invierno —se quejó Grizela.

—Este va a ser más frío que el anterior, ya veréis, lo comienzo a notar. Por suerte, Briana ha traído una buena provisión de alimentos. Tendremos la despensa llena, que ya es una ventaja. —Crissa le puso a Kenneth un humeante plato colmado del contundente guiso y sonrió satisfecha cuando él comenzó a comer de inmediato con gran apetito.

—¿Habéis pasado escasez en alguna ocasión? —se interesó Kenneth.

—El último invierno fue difícil para los arrendatarios. Malas cosechas y falta de manos para trabajar la tierra, por lo que apenas sacaron para alimentar a sus familias. Así que todos pasamos escaseces —reconoció Grizela.

—Mi abuelo tenía unos buenos ahorros en el banco, ¿por qué no recurrió a ellos?

La mirada de advertencia que Grizela le dirigió a Crissa, la más parlanchina de las dos, no pasó desapercibida a Kenneth.

—Tu abuelo no se enteró —dijo Briana, entrando en la cocina. Había escuchado la conversación y sabía que él continuaría preguntando hasta que descubriera la verdad. No iba a permitir que las dos ancianas mintieran por ella.

Kenneth la vio entrar y se levantó, permaneciendo en pie hasta que ella se sentó.

—Yo me encargaba de la administración de la hacienda, como te comenté. Al ver la situación de la mayoría de los arrendatarios, no quise agravarla ni permitir que sus familias pasasen hambre, por eso no les exigí el pago. Nos arreglamos con lo que teníamos. Tu abuelo no lo advirtió porque procurábamos que disfrutase de los mismos manjares a los que estaba acostumbrado, que recortábamos de todo lo demás. Este año, la situación se ha repetido, pero como ya dispongo de la asignación que me dejó, he podido comprar suministros. Y ya he dado orden a mi banco para que me facilite un adelanto, con lo que repondré lo que los arrendatarios adeudan. No te verás privado de lo que es tuyo por una decisión que yo tomé.

Las palabras de Briana causaron una honda impresión en Kenneth. Conocía su generosidad y compasión con los necesitados, pero sin pruebas. Allí estaban: se desprendía de su dinero para que las familias de los arrendatarios no pasasen hambre.

—Ya trataremos ese tema con tranquilidad —se limitó a decir, mientras le lanzaba una mirada cargada de admiración que ella no supo descifrar.

—Cuando desees —respondió con gesto serio. Se dirigió a Crissa—: ¿Puedes prepararme una tisana de salvia? Nerys dice que le duele el vientre. Creo que ha comido demasiadas moras silvestres.

—Le dije a Mary que no le permitiera hacerlo, solo que las cogiesen. Esa chica no atiende. Creo que deberías despedirla.

—No voy a hacer tal cosa, Crissa. Necesita el sueldo que le pago. Sabes que desde el accidente de su padre el único dinero que entra en casa es el que ella lleva. —Le recordó. Briana tampoco estaba contenta con la niñera, pero se reprimía por su situación familiar. Cuando se marchase de Dolmuck tendría que prescindir de ella. No podría mantener tantos gastos, y más si tenía que restituir a Kenneth los arriendos de los dos últimos años.

Crissa llenó un vaso con la tisana que Briana le había pedido.

—Si no se le calma, le prepararé una de ajenjo, que le limpiará los intestinos.

—Espero que no sea necesario. —Briana salió de la cocina con prisas.

«Yo diría que no la ve como a una hermana», se dijo Grizela, muy perspicaz para leer las emociones humanas en los rostros de las personas, al ver la mirada que Kenneth le dirigía cuando se marchaba.

Sería feliz si se unieran en matrimonio. Briana siempre había amado a Kenneth. Desde que era una niña y apenas sabía reconocer ese sentimiento. Recibió un duro golpe cuando él se marchó, pero aguardó esperanzada su regreso. Ella no quiso desilusionarla. Sabía

que Kenneth tardaría en volver, si al final lo hacía. El rencor que sentía por su abuelo eclipsaba cualquier otro sentimiento que pudiese albergar su corazón. Y esperó que Briana lograse superarlo con el tiempo. No fue así. No supo medir la intensidad de ese sentimiento, o la tozudez de la jovencita, porque aguardó hasta que la obligaron a casarse. Y por lo que había observado desde que Kenneth regresó, esos sentimientos resurgían con fuerza.

En cuanto a él, no podría encontrar una mujer mejor que Briana, de corazón bondadoso, grandes virtudes y enorme fortaleza; todo lo que un hombre necesitaba para ser feliz. Si no reparaba en ello era porque había sobrevalorado su inteligencia.

—¿Cuándo nos presentarás a tu futura esposa, Cainnech? —le preguntó, observando su reacción.

Kenneth, que continuaba dando buena cuenta de los platos que Crissa le había puesto en la mesa, demoró la respuesta.

—Es pronto para eso —dijo de forma vaga. Terminó de comer, se excusó y se dirigió a su cuarto dispuesto a disfrutar de un necesario descanso.

«Ya decía yo. O no hay prometida o el interés por ella está disminuyendo», se dijo Grizela con satisfacción. Ahora solo quedaba que Kenneth se decidiera a dar el siguiente paso, y si era necesario ella le daría un empujoncito.

Anochecía cuando Kenneth despertó después de unas horas de reparador sueño. Se dirigió a la biblioteca hasta la hora de la cena y, al entrar, descubrió allí a Briana.

—He venido a por un libro para leerle a Nerys —se justificó. Sentía un inevitable azoramiento por su presencia del que se avergonzaba. Tendría que trasladarse a Ferwey antes de lo previsto.

—¿Cómo se encuentra la niña? —preguntó él.

—Parece que la tisana le ha calmado el dolor y ahora duerme tranquila.

—Me alegro. —Kenneth observó la preocupación en su rostro y sintió el impulso de abrazarla.

—Disculpa que no te acompañe durante la cena. Prefiero permanecer a su lado. Pediré que me suban alguna cosa.

—Lo entiendo. ¿Quieres que avisemos al doctor?

—No lo considero necesario. Mañana estará bien y con gran apetito. No es la primera vez que le ocurre ni será la última, me temo. —Sonrió, con lo que su rostro se iluminó.

Con el libro en la mano, se dispuso a marcharse y Kenneth la

retuvo por el brazo.

—Creo que tenemos que hablar, Briana.

Ella permaneció rígida. Su presencia era una tortura. Necesitaba sentir, aunque fuese por unos instantes, su calor y degustar el sabor de su boca, pero no iba a permitirse sucumbir otra vez. Alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Si te refieres a lo que sucedió anoche, no es necesario.

—Sí, lo es, te debo una explicación.

—No la necesito. Entendí tu postura. No te voy a decir que siento lo ocurrido porque no es cierto. Te agradezco que fueras honesto y me hicieras comprender lo impropio de nuestro proceder. Por mi parte, no van a surgir problemas. Nunca lo revelaré a tu futura esposa ni a nadie, queda tranquilo —le hizo saber, y salió antes de que él pudiese replicar.

Kenneth la vio marchar con un gesto de derrota. Como se temía, ella había llegado a conclusiones equivocadas, y la culpa era suya. Nunca se había tenido por un cobarde, aunque en esta ocasión se estaba comportando como tal. ¿Por qué le costaba tanto tomar una decisión?

Se sirvió una buena ración de *whisky* y se sentó a la mesa con la esperanza de que la tarea de revisar las cuentas le hiciese olvidar un cuerpo cálido y unos ojos brillantes de deseo. Suspiró, aquella iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 33

Kenneth se levantó a la mañana siguiente con un intenso dolor de cabeza. Había olvidado lo fuerte que era el *whisky* de su abuelo y ahora estaba sufriendo las consecuencias. Mal asunto si quería conservar sus sentidos alerta para el encuentro con Dougal y sus hijos ese mismo día.

Se recriminó por su estupidez. No tenía que haber permitido que sus sentimientos interfirieran. Una de sus grandes cualidades, y que lo había mantenido vivo hasta entonces, era su capacidad para mantenerse imperturbable cuando tenía una misión que cumplir. Pero hasta ahora nadie le había importado tanto como Briana, y pudo mantenerse al margen de conflictos emocionales.

Bajó a la cocina. Un contundente desayuno repararía los daños causados por la resaca y, de no conseguirlo, tomaría alguna de las pócimas mágicas de Grizela.

Recordaba la primera vez que se emborrachó. Tenía trece años y había cogido una de las botellas que su abuelo atesoraba en la bodega, como forma de vengarse por haberlo golpeado. No recordaba lo que provocó el castigo en esa ocasión, tampoco era necesaria una razón. Cuando Grizela lo vio en ese estado, y temiendo que Angus volviese a castigarlo, le hizo beber un brebaje del que no había olvidado su desagradable sabor, y lo escondió en su habitación hasta que se le pasó la borrachera.

Como siempre, Crissa se afanaba en los fogones ayudada por las jóvenes sirvientas.

—¿Dónde está Grizela? —preguntó al no verla allí.

—Ella suele desayunar en su casa, y atiende un rato el huerto de plantas medicinales antes de venir —le contestó Crissa.

Kenneth comprendió que era el momento de hablar con ella del tema que le preocupaba: la muerte de su abuelo y la posible implicación de alguno de los habitantes de la casa. Si en alguien podía confiar, aparte de en Briana, esa era Grizela, que constituía una estupenda fuente de información porque conocía muchos secretos.

Como Crissa le había indicado, Grizela se encontraba en el huerto, situado en el exterior de la muralla.

—Deberías pedir a alguien que te ayudara. Es demasiado trabajo para ti —propuso al verla encorvada sobre una planta de valeriana.

—Aún puedo ocuparme de estos quehaceres, muchacho. No quieras confinarme en una cama, como pretende Briana —rechazó con voz ahogada debido al esfuerzo.

—No creo que esa sea su intención. Hay otras labores de las que ocuparse en el castillo. No tienes necesidad de pasar frío en el exterior —insistió.

—Si has venido a molestarme, ya puedes marcharte a hacer lo que te plazca.

Kenneth sonrió. Grizela no cambiaría nunca.

—Quiero hablar contigo sobre un tema que me preocupa y que no puedo comentar con nadie más.

Ella dejó lo que estaba haciendo y lo miró. En la expresión de su rostro comprobó que se trataba de algo importante.

—Cuéntame. —Se sentó en el murete de piedra que cercaba el huerto y él lo hizo a su lado.

—El doctor MacKay me puso sobre aviso de algo inquietante. A su parecer, la muerte de mi abuelo no fue por causas naturales.

Grizela asintió con la cabeza. Ella era de la misma opinión, pero se abstuvo de comentarlo por no perjudicar a personas a las que quería. Si se abría una investigación todos señalarían a Briana y Ewen, lo que daría pie a Fergus para reclamar la tutela de su nieta, algo que ya había pretendido en otras ocasiones sin éxito.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con cautela.

—Si piensas que hubo algo extraño y, en ese caso, quién podría haber querido matar a mi abuelo… y a mí también.

Esas últimas palabras alertaron a Grizela. Esa posibilidad reforzaría la idea de que los hermanos eran los principales sospechosos. Por mucho que le preocupara ver en peligro a Kenneth, al que quería como a sus nietos, no podía alentar esas ideas. Supondría admitir que el asesino era alguien muy querido.

—No noté nada fuera de lo común. Tu abuelo era mayor y tenía achaques. Tampoco había llevado una vida saludable. La bebida lo fue minando por dentro, además de otros sinsabores. El doctor debía saberlo.

—Piensa que esos achaques no justifican los síntomas que advirtió en el cadáver. Él cree que fue envenenado con una planta llamada matalobos.

—Conozco esa planta. Es muy dañina. Hemos perdido varios animales por su causa, aunque nunca he oído que matara a un hombre.

—Puede resultar mortal en ancianos con problemas de salud si se ingiere en grandes cantidades mediante decocción. Si se lo

administraron, debió de ser en alguna bebida. El doctor hizo averiguaciones y no lo halló, por eso piensa que alguien de la casa borró todo rastro después de que mi abuelo muriera.

Kenneth estaba atento a las reacciones de Grizela. Presentía que sabía más de lo que estaba dispuesta a decir.

—¿Y tiene algún candidato para esa arriesgada teoría? —preguntó con precaución. De ser cierto, y el doctor MacKay había probado con creces que era un buen profesional y rara vez se equivocaba, el culpable estaba entre los habitantes del castillo, ella incluida.

—Ninguno de vosotros, es decir, de Briana, Ewen, Dougal o de ti; tampoco del resto de los antiguos sirvientes, pero ¿qué sabemos de los nuevos? ¿Conoces su procedencia? ¿Has notado algún comportamiento anómalo en ellos? Nada de lo que ocurre dentro de estos muros se te pasa por alto.

Grizela respiró más tranquila ante las palabras exculpatorias de Kenneth. Reflexionó sobre lo que le preguntaba. Tal vez estaba en lo cierto, aunque no se le ocurría ningún motivo para matar a Angus.

—¿Y qué razones podrían tener? Tu abuelo apenas tenía relación con ellos, no se metía en su trabajo, ni esperarían que les dejase nada en el testamento. De hecho, fue sorprendente la generosidad que demostró con Crissa, Stew y Jane.

—Entiendo. ¿Y si una persona que odiase a mi abuelo tanto como para desear su muerte y sacase provecho de ello hubiese pagado a alguien de aquí para que le suministrase el veneno?

Kenneth no quería influir en su respuesta, pero Grizela dedujo de quién hablaba.

—Fergus. —Pronunció ese nombre de forma espontánea. Kenneth asintió—. Tenía muchos motivos, bastantes más de los que todos creéis, pero no se hubiese servido de terceras personas para matar a Angus. Lo habría hecho en persona para disfrutar de ello.

—Pero supongamos que lo hizo. ¿A quién podría haber recurrido? ¿Qué sabes de ellos?

—No sabría decirte. Los conozco y siempre han servido fielmente. Aileen es la más antigua, lleva unos cinco años con nosotros, comenzó muy jovencita. Es trabajadora y callada. Nunca hemos tenido quejas. Mary es una buena muchacha y de familia honrada, aunque algo holgazana y despistada. Hazel solo lleva unos meses con nosotros. No estaba cuando tu abuelo murió. Niall apareció por aquí hace poco más de un año. Acababa de licenciarse en el Ejército, tras haber sido herido, y buscaba trabajo. Briana lo contrató para que ayudara a Dougal. Se casó con Jane al poco de llegar. Es un

hombre trabajador y muy habilidoso, no hemos tenido ninguna queja. Colin también llegó después de la muerte de Angus. Briana aceptó que se quedase como mozo de cuadra para complacer a sus abuelos. Es un chico sano, como habrás comprobado, y no le creo capaz de ninguna fechoría, menos aún de disparar a una persona y cobrar por ello; si bien las personas pueden sorprendernos.

La conversación con Grizela no tranquilizó a Kenneth. Tendría que investigar por su cuenta a los criados para descartarlos. El veneno era un arma más propia de mujeres, luego empezaría por ellas.

Se dirigió a la casa. Un buen plato de *porridge* le proporcionaría las energías necesarias. Cuando entró en la cocina, Briana se encontraba allí.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra Nerys esta mañana?

—Hambrienta, lo que es buena señal —dijo ella con serio semblante mientras preparaba la bandeja con el desayuno para su hija —. Pero hoy se quedará en la cama. El día ha amanecido muy frío y ella se encuentra débil. No quiero que enferme.

—Si no tienes inconveniente, subiré luego a verla. Tenemos un asunto que tratar.

—No lo tengo. Le gustará que la visites —aceptó.

Briana se marchó y Kenneth se dispuso a comer los alimentos que Aileen le había servido. La observó con disimulo. Recordaba que las últimas veces que la había visto se mostraba azorada y con la mirada huidiza, muy diferente de la joven sonriente que recordaba de los primeros días. ¿A qué se debería? Su experiencia le dictaba que esa actitud era propia de los que ocultan algo. Tendría que hablar con ella.

La ocasión se presentó cuando, tras el desayuno, decidió dar un paseo por los alrededores del castillo para buscar a Niall. Aileen regresaba de los gallineros con un buen cesto de huevos.

—¿Puedes dedicarme unos minutos, por favor? —le pidió Kenneth.

—Desde luego, señor —respondió ella con voz poco firme.

—Quisiera saber si tienes algún problema conmigo. Cada vez que te veo pareces estar deseando huir. ¿He hecho algo que te moleste? Si es así, te pido disculpas y te ruego que me lo digas para no volver a repetirlo.

El asombro fue notorio en el rostro de la joven doncella. ¡El *laird* le estaba pidiendo disculpas!

—No, señor. No ha hecho nada para incomodarme, al contrario, se ha mostrado muy amable conmigo —se apresuró a aclarar, y bajó la mirada abochornada.

—Entonces debes tener algún problema. Si es así, me gustaría que me lo dijeras por si puedo ayudarte.

Ella reflexionó durante unos segundos sobre la conveniencia de contar lo que había visto. Se arriesgaba a salir perjudicada, pero ya no podía permanecer en silencio.

—Tal vez no sea nada, señor, pero en la cocina se comenta que el disparo que lo hirió hace días no fue por una banda de salteadores y que podría tratarse de alguien que quiso acabar con su vida. También se comenta que… —Aileen no se atrevía a revelar lo que se murmuraba, en especial cuando Grizela no estaba.

—Continúa, por favor, no vas a traicionar a nadie si me cuentas lo que pensáis —la animó Kenneth.

Aileen se decidió. Debía hablar, aunque al hacerlo involucrase a una persona que la había tratado bien y que, estaba convencida, no tenía nada que ver con ello.

—Lo cierto es que se comenta que podría ser algún… familiar. —El sonrojo cubrió el bonito rostro de Aileen, pero eso no la detuvo; ya que se había decidido, no iba a detenerse ahora—. Yo no lo creo. Tanto la señora Briana como su hermano serían incapaces de algo así, pero como son los que más han perdido con… Bueno, pues eso es lo que comentan algunos de los sirvientes.

—Las opiniones de las personas no se pueden silenciar, pero harían bien en callar y no aventurar teorías si no tienen fundamento para ello. Me alegra que tú no pienses igual.

—Claro que no, es Jane la que piensa que hay razones para sospechar del señor Fletcher.

Kenneth se puso alerta. Ewen otra vez en el punto de mira.

—¿Y cómo es eso? ¿Tiene alguna información que desconozcamos?

—No es que lo viera cogerla, pero como apareció en su habitación piensa que él pudo tener algo que ver en la agresión.

—¿A qué te refieres? ¿Qué apareció en la habitación de Ewen?

—La pistola que faltaba de la armería desde hacía varios días.

Kenneth frunció el entrecejo como solía hacer cuando intentaba desentrañar algún misterio. Cogió a la chica del brazo, que pareció asustarse, pero no se resistió, y caminaron un buen trecho hasta alejarse de oídos indiscretos que pudieran escuchar la conversación.

—Explícame todo lo que sepas, por favor. Puede ser muy importante para descubrir a los verdaderos culpables —le pidió moderando el tono de voz. Sabía que podía ser muy intimidatorio y no

quería asustarla.

—Verá, señor, al día siguiente de que lo agredieran, cuando fui a limpiar la salita donde está el armario con las armas, advertí que faltaba una de las pistolas de duelo del *laird*…, del antiguo *laird* —rectificó—. Pensé en comentárselo a Grizela, pero con el ajetreo que había y la preocupación por su estado, no encontré la ocasión y lo olvidé. A la siguiente mañana, vi entrar en ese cuarto a Jane con un atadillo en las manos. Pensé que iba a limpiar y quise advertirle que ya lo había hecho yo, pero lo que estaba haciendo era colocando la pistola en su lugar. Le pregunté dónde la había encontrado y me dijo que en la habitación del señor Fletcher, que era probable que la hubiese olvidado allí la última vez que hizo prácticas de tiro. No dije nada, pero luego recordé haber visto las dos en su lugar el mismo día que a usted lo dispararon, cuando estuve limpiando allí por la mañana, y el señor Fletcher hacía meses que no practicaba.

—¿Estás segura de que la pistola estaba allí?

—Sí, señor. Siempre abro el armario para limpiar las armas y me fijo en ellas porque son muy bonitas.

Kenneth recordaba aquellas dos bellas pistolas de duelo, de mango de madera de cedro con incrustaciones de nácar, que descansaban en la caja forrada de terciopelo rojo. En más de una ocasión las había admirado, pero su abuelo nunca le dejó practicar con ellas.

—¿Y dices que Jane la colocó en su lugar dos días más tarde?

—A primera hora de la mañana. Yo acababa de limpiar allí.

El cerebro de Kenneth trabajaba a toda velocidad analizando la información que estaba recibiendo. Aunque Ewen hubiese cogido la pistola ese día con la intención de dispararlo, ¿cómo la dejó en su habitación si regresó al castillo ese mismo día, pero mucho más tarde? ¿Tenía un cómplice? Aunque también pudo cogerla esa mañana con la intención de hacer prácticas, como Jane suponía, y olvidarla en su habitación al salir hacia la finca de los Martin. No tenía que ser esa el arma con la que le habían disparado.

—¿Sabes si Jane ha hablado de ese tema con el resto de los habitantes de Dolmuck? —A Kenneth le interesaba saber si Briana conocía el hecho de que un arma, con la que bien podían haberlo disparado, había aparecido en la habitación de su hermano.

—Insistió en que era mejor no decirlo para no preocupar a la familia. Yo estuve de acuerdo, pero en vista de lo que se está murmurando me cuesta permanecer callada. No creo que el señor Fletcher sea culpable, pero ¿y si alguien la puso allí para hacer que las sospechas recayeran en él?

Kenneth pensó que la lealtad de Aileen por Ewen era inquebrantable, ¿o había algo más? La forma en que lo miraba cuando servía la mesa decía mucho de sus sentimientos.

—Gracias por la información, Aileen. Te ruego que no comentes esta conversación con nadie hasta que haga algunas averiguaciones.

—Por supuesto, señor.

La joven se marchó y Kenneth se quedó pensativo. Por mucho que se empeñase en descartarlo, el nombre de Ewen salía a relucir. Fuese o no culpable, allí había un hilo del que tirar y que podía desenredar la maraña en la que se había convertido aquel asunto.

Capítulo 34

Tras la confesión de Aileen, la intención de Kenneth era interrogar a Jane para que le diese su versión, pero, como faltaba poco para el encuentro con Dougal y sus hijos, decidió aplazarlo hasta su vuelta.

Quería llegar antes al lugar del encuentro para prevenir cualquier emboscada. Aunque confiaba en Dougal, no podía estar seguro de las intenciones de sus hijos. Por mucha autoridad que el padre tuviese, si ellos estaban imbuidos de las ideas independentistas, era difícil que los convenciese de abandonarlas y de denunciar a sus compañeros.

Pidió a Crissa que le preparase algo para el almuerzo. Comentó que quería visitar algunas granjas y comería por el camino. Le apetecía hacerlo. Le recordaría su lejana niñez, cuando se pasaba días cabalgando por las agrestes tierras en entera libertad, disfrutando de la belleza del paisaje y aprovechando para abstraerse de la intransigencia de su abuelo, de su mirada reprobatoria y de sus palabras hirientes.

Con un hatillo en el que la cocinera le había preparado un buen trozo de pastel de patatas y setas silvestres, queso, pan de centeno, galletas de avena y una botella de cerveza, se puso en marcha hacia el lugar de la cita.

Llegó en poco menos de una hora y exploró la zona. Quedaba otra más para reunirse con los Connley, padre e hijos. No había señales de actividad ni se veía a nadie por allí. Se relajó y decidió dar buena cuenta de los alimentos.

Comenzaba a sentir un leve sopor tras la abundante comida cuando sus sentidos lo alertaron. Su fino oído detectó sonidos de pisadas y espabiló de inmediato. Había escogido un lugar desde el que podía ver su alrededor y él quedaba oculto.

Tras unos minutos de tensa espera, vio aparecer a Dougal caminando.

—¡Kenneth!

Kenneth oyó la llamada de Dougal, pero permaneció en silencio. No quería descubrir su posición antes de comprobar si venía solo con sus dos hijos o los acompañaba alguien más.

—Parece que no ha llegado —dijo Dougal en voz alta.

A los pocos segundos aparecieron dos jóvenes, los mismos que

había visto entrar en la taberna de Inverness. Ambos altos y de robusta constitución, apenas guardaban parecido con su padre; si bien, ahora que los contemplaba con detenimiento, encontraba en sus rostros algunos rasgos de su Grizela.

—¿Estás seguro de que no vendrá con los soldados a detenernos? —preguntó Gregor con un matiz de desconfianza en su voz.

—Me dio su palabra —respondió Dougal convencido.

—Es mejor que te marches, padre. Si es una trampa, nos defenderemos hasta morir y tú no debes verte involucrado —le recomendó Farrell, sacando el *sgian dubh* de su bota derecha.

—Nos podemos fiar de él, no me mentiría.

Kenneth, convencido de que habían venido solos y de que se atenían a lo pactado, decidió salir.

—Gracias por tu confianza, Dougal. Espero que tus hijos me deparen el mismo crédito.

—Eso está por demostrar, señor. Nuestro padre nos ha explicado a qué se dedica y que tiene una propuesta. Adelante, lo escuchamos —dijo Gregor, el más moderado de los dos.

—La propuesta es bien sencilla. A cambio de que abandonéis vuestras actividades ilícitas y me proporcionéis el nombre de los responsables y las acciones que piensan realizar, os facilitaré la huida del país.

Farrell, con el rostro congestionado y el puñal en la mano, se aproximó a Kenneth.

—¿Por quién nos ha tomado? ¡No somos unos delatores!

Dougal se adelantó y lo sujetó el brazo.

—No seas estúpido. Escucha lo que tiene que deciros.

El joven se calmó un tanto y se retiró unos pasos.

—Disculpa su fogosidad, propia de sus pocos años. Me recuerda a cierto muchacho que tuve a mi cargo hace tiempo —dijo Dougal con una media sonrisa a la que Kenneth correspondió. Recordaba ese periodo de su adolescencia en el que la exaltación era su credo.

—La cuestión es esta —dijo mirando a los hermanos—: os he descubierto y no me costará mucho desenmascarar a algunos de vuestros compañeros y lo que pretenden hacer. El problema es que, si se lleva a cabo alguna acción en la que personas inocentes salgan perjudicadas, vosotros saldréis muy mal parados.

—¡Que lo intenten! —exclamó Farrell con agresividad volviendo a adelantarse.

Kenneth permaneció impasible.

—Si estás pensando que sois mayoría y podéis silenciarme, cosa que está por ver, debéis saber que he informado de vuestros nombres a mi superior y acabaréis encarcelados o algo peor. En cambio, si me ayudáis a detener esas acciones violentas, podréis tener una salida honrosa. Ocultaremos que habéis formado parte de esta revuelta y vuestra familia no se verá en el amargo trago de perderlo todo, de ser denigrados por sus vecinos y de acabar en la cárcel.

—Eso es muy fácil decirlo, pero no nos creemos nada de un desertor como usted.

—Calla, Farrell, y deja al *laird* que termine de explicarse —le instó su hermano, al que la propuesta le comenzaba a parecer razonable. Se había unido a los segregacionistas imbuido por un espíritu idealista, pero llevaba unos meses advirtiendo que las pretensiones legítimas que en un principio creyó estaban derivando en unos propósitos muy partidistas que solo beneficiaban a políticos y militares, que acabarían enriqueciéndose con el sacrificio de muchos.

Kenneth supo reconocer la moderación e inteligencia de Gregor, y a él se dirigió.

—Cuando partí ayer de Inverness, envié un mensaje a mi superior, que le hará llegar el comandante de Fort Augustus. En él le informo de lo que he averiguado y le doy vuestros nombres, así como el del párroco de St. Thomas, que es el capellán de Fort George, ¿no es cierto? —La cara de estupor de ambos le dio la respuesta a su pregunta—. Pero no resultará difícil descubrir al resto de los participantes, como ya os he dicho. Os aseguro que hay métodos muy efectivos y a los que ni el más valiente y sufrido de los humanos se puede resistir. Terminaréis confesando y os ajusticiarán por rebelión. Pero si me dais la información que necesito, os proporcionaré un salvoconducto para huir de aquí. Podréis embarcaros en uno de los barcos de mi hermano en dirección a alguno de los países del otro lado del Atlántico y se os recompensará con una cantidad de dinero que os facilitará la vida donde elijáis quedaros. Vuestros nombres no aparecerán vinculados a los independentistas y solo se os acusará de haber desertado del Ejército, por lo que vuestra familia no sufrirá ningún tipo de represalia.

Ambos hermanos se miraron durante unos segundos y luego miraron a su padre. Dougal asintió con la cabeza, instándolos a que aceptaran el trato. Era muy ventajoso y les facilitaba una salida para ese atolladero en el que su impulsividad juvenil les había metido.

—Pero todos sabrán que hemos sido nosotros. No quiero que me señalen como un traidor —se justificó Farrell.

—¿Y quién os va a acusar sin delatarse él mismo? Y en caso

de que alguien os incriminase, nadie creerá sus palabras porque no lo podrán probar. Comprendo que será duro alejarse para siempre de vuestro hogar y, tal vez, no volver a ver a la familia, pero es una condena mucho más llevadera que perder la vida; porque eso es lo que ocurrirá si os acusan de sedición.

—¿Qué desea saber? —preguntó Gregor resuelto, adelantándose a la protesta que intuía en su hermano.

Dougal sintió un enorme alivio. Había dudado de que aquel par de testarudos que tenía por hijos fuesen a aceptar las condiciones que Kenneth les había expuesto.

—Aparte de todos los nombres que puedas darme, lo que me interesa ahora mismo es conocer cuál va a ser esa acción inminente de la que hablabais en la taberna con vuestro compañero.

Gregor y Farrell se miraron, calibrando las ventajas e inconvenientes.

—Adelante —dijo Dougal animándolos a confesar lo que sabían.

—Quieren asaltar el castillo de Edimburgo —reveló Gregor.

Kenneth asintió. Concordaba con lo que había escuchado.

—¿Cuándo piensan llevar a cabo el asalto? —preguntó.

—La fecha no la sabemos con exactitud, aunque no creo que sea inmediata. Falta reunir más pólvora, que se va sustrayendo de los depósitos en Fort George y otros pequeños destacamentos.

Kenneth pensó que lo que en realidad pretendían era dinamitar el castillo, de ahí que necesitasen más cantidad de material explosivo. Y si querían que ese acto tuviera repercusión esperarían a unas fechas señaladas, como el día de St. Andrew, a final de noviembre. Durante esos días habría celebraciones en el recinto y morirían muchas personas. Si estaba en lo cierto, quedaba tiempo para impedirlo, pero no podía arriesgarse, debía avisar de inmediato a Eckersley.

Dougal llegó a la misma conclusión.

—Sois un par de cabezas huecas. No piensan asaltar el castillo, quieren volarlo, ¡y eso provocaría una auténtica matanza! —exclamó, espantado por la magnitud de lo que sus hijos y sus correligionarios pensaban hacer.

Los chicos se sintieron avergonzados ante la reprimenda de su padre.

—¿Y los nombres de los dirigentes? —volvió a preguntar Kenneth.

—Solo conocemos a unos pocos de nuestro regimiento. Suelen ser muy cuidadosos, para evitar delatores. El capellán es uno de los

instigadores, como ha dicho, y hay dos capitanes, MacAlphin y Renfrow. El resto son soldados como nosotros, unos quince. Le escribiré todos los nombres. Pero hay más, y no solo en Fort George o Inverness. Por algunos comentarios escuchados nos consta que gente importante de Edimburgo, e incluso de Londres, protege y financia a los agitadores —declaró Gregor.

—No os preocupéis, ya nos encargaremos de dar con ellos y neutralizarlos. Os agradezco vuestra colaboración. Mañana a primera hora iré a recoger la lista de nombres y os llevaré la carta que entregaréis a mi hermano, *lord* Gregory Rawson. Él os posibilitará la huida y os dará el dinero prometido.

Ambos estuvieron de acuerdo. La expresión de alivio en el rostro de su padre los convenció de que habían obrado acertadamente.

Kenneth los vio partir y él fue a coger el caballo para regresar a Dolmuck, pero un sonido lo detuvo. El disparo sonó de forma estruendosa y les hizo reaccionar a los cuatro. Kenneth, que había sentido el impacto en el árbol a pocas pulgadas de su cabeza, se ocultó detrás del grueso tronco y empuñó la pistola que llevaba oculta, atento a cualquier movimiento. Tanto Dougal como sus hijos corrieron a refugiarse entre la maleza.

Un nuevo disparo volvió a impactar en el árbol tras el que Kenneth se ocultaba, y ya no dudó de que él era el objetivo. Observó la zona de matorral desde la que había surgido la última detonación y disparó el también.

—Nos ha engañado, MacLennan —gritó Farrell fuera de sí.

—Yerras al acusarme, muchacho. ¿No será alguno de tus compinches?

—No se atreva a culparnos de esta emboscada —se defendió Gregor.

—Cerrad la boca. ¿No veis que van a por él? —instó Dougal a sus hijos.

Trascurrieron largos minutos sin que se escuchara ninguna actividad y Kenneth se decidió a actuar. No creía que se tratase de una trampa de los hijos de Dougal, luego la persona que había disparado debía de ser la misma que ya lo hizo días antes.

Salió con precaución y avanzó hacia el lugar en el que había detectado movimiento. Los otros lo imitaron y, con sus puñales en la mano, lo siguieron. Al apartar los matorrales observaron un rastro de sangre.

Kenneth miró a Dougal.

—La persona que ha disparado está herida y no ha podido avanzar mucho, pero sigue siendo peligrosa. Tampoco descarto que

haya alguien más. Tendremos que extremar las precauciones —dijo en susurros.

Dougal asintió en silencio. Hizo señal a sus hijos para que se dispersaran y entre todos explorar más terreno.

Siguiendo el rastro, Kenneth pronto dio con el agresor. Se encontraba tendido y doblado sobre el vientre, y sujetaba un mosquete. Se acercó con precaución, temiendo encontrar a quien menos querría ver. Al darle la vuelta, la incredulidad y el alivio se mezclaron en su rostro.

—¡Niall!

Dougal se acercó, y tras él Gregor y Farrell.

Kenneth alejó de una patada el arma y se inclinó para revisar el cuerpo. La bala le había impactado en el pecho, una herida mortal, aunque respiraba.

—¿Por qué me has disparado? —preguntó Kenneth con apremio.

Niall abrió los ojos con esfuerzo. Su mirada desenfocada y la débil respiración indicaban que su fin estaba cerca. Pero no despegó los labios, solo se limitó a curvar su boca en una imitación de sonrisa, que resultó grotesca en aquel pálido rostro.

—¡Dímelo, maldita sea! —insistió Kenneth.

Dougal comprendió que no hablaría y obligó a Kenneth a retirarse. Se arrodilló a su lado y presionó con la mano en la herida para cortar la hemorragia. No podía creer que Niall, el simpático y servicial compañero, fuese un asesino. ¿Qué motivo podía tener para atentar contra la vida de Kenneth, al que conocía de una semana antes? Un encargo era la única explicación que se le ocurría.

—¿Por qué lo has hecho, Niall?

De nuevo el silencio, solo roto por la cada vez más trabajosa respiración del moribundo.

—Escúchame, sabes que vas a morir, pero antes de que te llegue el final puedes salvar tu alma. Explica las razones que te han llevado a realizar esa acción y márchate en paz.

Tras unos segundos de silencio, Niall se decidió a hablar.

—Tuve que hacerlo… Se lo debía… —dijo apenas en un susurro y cerró los ojos.

—¿A quién? Revela el nombre de la persona que te encargó disparar contra Kenneth. Es quien debe cargar con la culpa, no tú.

Niall negó con la cabeza, agotando las pocas fuerzas que le quedaban.

—La quiero… Es mi familia —dijo, y con un último suspiro la vida se extinguió de aquel maltrecho cuerpo.

Dougal pasó una mano por los párpados y le cerró los ojos sin vida. Todos permanecieron en silencio durante unos minutos. Dougal, rezando por el alma del difunto; Gregor y Farrell, sobrecogidos al ver la muerte tan cercana, y Kenneth, acostumbrado a esas situaciones, formulándose preguntas a las que no lograba dar respuesta. El único que podía habérselas dado yacía muerto a sus pies.

Capítulo 35

Con aspecto apesadumbrado y cargando con el cuerpo sin vida de Niall sobre el caballo de Kenneth, él y Dougal emprendieron camino hacia Dolmuck. Gregor y Farrell se habían dirigido a su hogar. Tenían que redactar el informe que Kenneth les había pedido y disfrutar de su familia, a la que no volverían a ver.

Durante el trayecto, los pensamientos de Kenneth eran funestos. Había muerto la única persona que podía desvelar el nombre de quien quería verlo muerto; porque la idea de eliminarlo no había partido de él, estaba convencido. No tenía ningún motivo aparente, a no ser alguna viaja rencilla que Kenneth ignorase. Grizela le comentó que había estado en el Ejército. Puede que coincidiera con él en algún regimiento o se cruzaran durante el cumplimiento de alguna misión y, sin advertirlo, le había ofendido o perjudicado. Era algo habitual en su trabajo, de ahí que tuviese enemigos que no conocía, pero lo más lógico era que hubiese actuado por encargo; lo que resultaría muy difícil de descubrir… a no ser que su esposa estuviese al corriente.

De sus últimas palabras apenas se desprendía algún indicio que le llevase a descubrirlo. «Tuve que hacerlo… Se lo debía… » ¿Se había visto obligado a realizar esa acción en contra de su voluntad? Por la angustia con la que había expresado esas palabras, dedujo que decía la verdad. Alguien lo presionaba o se había visto obligado a devolver un favor. Pero ¿quién? Sus siguientes palabras «La quiero… Es mi familia» tampoco decían mucho, solo proclamaban su amor por su esposa, y ahora les tocaba el penoso deber de trasmitírselas.

Pero Jane no parecía inocente. Tras lo ocurrido, no cabía duda de que Niall había sido el autor del primer disparo, el que lo hirió, y de las palabras de Aileen se desprendía que ella le había ayudado a devolver el arma a su lugar.

Dougal, al que había puesto al tanto de la conversación mantenida con la doncella, tenía sus dudas.

—Puede que Jane esté diciendo la verdad. Encontró la pistola en la habitación de Ewen porque Niall la puso allí para incriminarlo. De todos es conocido que él, al igual que su hermana, son los más favorecidos en caso de que tú mueras.

—No lo descarto, pero tendré que interrogarla.

—Estaban muy enamorados. Le costará asimilar la muerte de

su esposo y descubrir el tipo de persona que era. Procura ser paciente —le recomendó Dougal.

—Lo haré. Yo también la aprecio —le aseguró Kenneth—. ¿Qué me puedes decir del mosquete que llevaba?

—Pertenece a la armería de tu abuelo. Debió cogerlo y seguirte cuando saliste. Lo que no comprendo es por qué esperó a disparar cuando te tenía a tiro mucho antes. —Dougal imaginaba que Kenneth había acudido al lugar con bastante antelación para evitar una emboscada, como él habría hecho.

—Escucharía la conversación que mantuve con Crissa y decidió que tenía una buena oportunidad de acabar el encargo, pero debió perderme la pista o yo lo habría descubierto. Al final dio con nosotros de casualidad. Las voces lo atrajeron y me vio. Con la precipitación, no apuntó bien, o yo me moví en el último segundo, y erró el tiro. —Kenneth sintió un involuntario estremecimiento al recordar el sonido de la bala muy cerca de su cabeza. Aún llevaba algunas astillas clavadas en el cuello que se habían desprendido del tronco donde impactó.

Cuando llegaron a Dolmuck el sol estaba muy bajo en el horizonte. Jane esperaba ansiosa en la puerta de entrada. Al ver el cuerpo inerte de Niall sobre el caballo se lanzó hacia él desgarrada por el llanto. Los gritos de dolor alertaron al resto de habitantes, que acudieron para ver qué ocurría.

Entre Dougal y Colin bajaron a Niall del caballo y lo depositaron en el suelo. Jane, rota de dolor, abrazaba a su marido y preguntaba entre sollozos cómo había ocurrido.

Briana contemplaba la escena espantada. Había reparado en las ropas de Niall cubiertas de sangre y dedujo que se trataba de un fatal accidente.

—Más tarde te pondré al corriente de todo, ahora hay que llevar el cuerpo al interior y esperar a que venga el alguacil —le dijo Kenneth, en contestación a su muda pregunta—. Ocúpate de atender a Jane, por favor. Llévala a la biblioteca para que pueda hablar con ella.

—Desde luego.

Con la diligencia que le caracterizaba, Briana comenzó a impartir órdenes. Entre Dougal y Colin llevaron a Niall a su habitación. Pidió a Crissa que le preparara a Jane una tisana para calmar los nervios y la acompañó a la biblioteca, donde la dejó al cuidado de Grizela.

Kenneth envió a Dougal a Ferwey para dar parte al alguacil. Habían decidido no involucrar a sus hijos, manteniendo la versión de que Niall los había disparado sin razón aparente. Kenneth, el único

que llevaba un arma de fuego, respondió al disparo y logró acertarle. Pidió a Stew, que era hábil con la madera, que preparase una caja con la que enterrar al difunto.

Una vez que hubo terminado decidió enfrentarse al duro deber de informar a la viuda de las circunstancias que habían rodeado la muerte de su marido y averiguar si ella estaba al tanto de las actividades de Niall y si podía facilitarle alguna información que les posibilitara descubrir quién le había pedido que acabase con su vida. Por su forma de actuar, al ver la ansiedad con la que aguardaba y la reacción tras descubrir el cuerpo de su marido, se inclinaba a pensar que estaba al tanto de algo, pero ¿cuánto sabía?

Cuando iba a entrar en la casa, Briana lo interceptó.

—¿Puedes decirme qué ha ocurrido? —le preguntó con mirada ansiosa.

—Niall nos ha disparado y yo he respondido. Él no ha acertado en el disparo y yo sí. No te puedo decir nada más. Tengo que hablar con Jane y con el alguacil cuando llegue.

—Pero ¿ha sido fortuito? ¿Estaba cazando y se ha equivocado de blanco? —preguntó, aunque su intuición le decía que no se trataba de un accidente. ¿Y si había sido él quien le disparó una semana antes?

—Creo que no, pero déjame hablar con Jane. Te ruego que me acompañes.

Briana no insistió y accedió a lo que le pedía. Ambos se dirigieron a la biblioteca donde Jane aguardaba. Cuando Kenneth entró pareció encogerse más en el asiento y un temblor la sacudió, reacción que él advirtió.

—Jane, entiendo tu dolor y que tal vez no es el momento, pero es urgente que respondas a unas preguntas y espero que las respuestas sean sinceras.

Jane empalideció y un sollozo escapó de sus labios. Agachó la cabeza. La mirada reprobatoria de Kenneth la intimidaba. Intuía que él estaba al tanto de todo.

—¿Sabes por qué tu marido ha disparado contra mí? —Kenneth lanzó la pregunta, atento a su reacción.

—¡No es posible! ¿Por qué haría tal cosa? —El espanto de Jane parecía genuino.

—Tal vez tú tengas la respuesta.

—Yo no sé nada. Nunca me hacía partícipe de sus planes y menos de algo así; se lo habría quitado de la cabeza.

—Pero algo tuviste que detectar cuando repusiste en su sitio la pistola que había cogido y con la que me disparó hace días —

insinuó Kenneth. La reacción de ella le indicó que había acertado en su suposición. Ewen no había cogido el arma, y esa certeza le aportó un gran sosiego.

—Yo no… yo…

Jane se echó a llorar. Grizela, sentada a su lado, la abrazó.

—Jane, tienes que decir a Kenneth lo que sabes —le aconsejó la anciana.

Ella asintió con la cabeza. Sabía que no podía ocultar lo que sabía por mucho que quisiese proteger el buen nombre de su esposo.

—Escucha, Jane. No creo que estuvieses colaborando con tu marido en lo que fuera que él pretendiese hacer, pero es posible que le hayas ayudado de forma inconsciente a cometer actos delictivos. Una esposa debe obedecer y proteger a su marido, pero todo tiene un límite.

—Él me dijo que no había sido y lo creí —confesó abatida.

—Explícate, por favor —la animó Kenneth.

Jane se serenó un tanto y comenzó a relatar los hechos.

—Todo comenzó hace unos meses, al poco de la muerte del *laird,* cuando descubrí escondida en nuestra habitación una bolsa con varias libras. Cuando le pregunté a Niall de dónde procedían él se excusó, aunque acabó admitiendo que eran en pago de un trabajo que había realizado. No quiso darme más explicaciones y yo tampoco insistí. No me pareció mal que hiciera otros trabajos para ganar algún dinero. Habíamos hablado de marcharnos a Edimburgo y regentar allí una taberna. Niall tenía un amigo que quería vender su negocio y nosotros estábamos interesados, pero no teníamos suficiente, a pesar de lo generoso que había sido el *laird.* Como no estaba tranquila le presioné para que me dijera quién le había pagado y de qué labor se trataba. Él acabó admitiendo que había sido un encargo de Fergus Murray. Niall es… era un buen tirador y, como hay manadas de lobos rondando los rebaños de ovejas, le ofreció dinero por cazar los que pudiera. Lo malo era que, al no tener armas, debía utilizar las de la armería, y eso me desazonaba; si alguien lo descubría cogiéndolas, podrían echarnos. No está bien aprovecharse de algo que no es tuyo para beneficio propio y así se lo dije. Él me dio su palabra de que no volvería a hacerlo y lo creí. Al ver la pistola escondida en nuestra habitación comprendí que no había cumplido su promesa, y cuando poco después te trajeron herido me asusté y temí que… —Se cubrió el rostro con las manos. No se atrevía a revelar sus temores.

—Continúa —la instó Kenneth.

Jane se secó las lágrimas con un pañuelo y lo miró. La expresión de su rostro era de total desolación.

—Si se descubría que la había cogido podían acusarlo de haberte disparado. El me aseguró que no había sido. Tampoco tenía motivos para ello… y lo creí.

Kenneth pensó que Jane quería demasiado a su marido y no le creía capaz de una acción tan espantosa como asesinar a una persona por dinero.

—¿Dejaste la pistola en su lugar para proteger a tu marido, pero inculpaste a Ewen? —le recriminó Kenneth.

—Lo hice sin pensar, no se me ocurrió otra cosa. Como Ewen solía practicar el tiro, bien podía habérsela olvidado en su habitación. Nadie pensaría que no era cierto. No pretendía acusarlo —quiso defenderse.

—¿Cómo tuviste valor de involucrar a mi hermano? ¡Sabías que se sospechaba de él! —exclamó Briana alterada; no creía que lo hubiese hecho de forma inconsciente.

—Lo siento, yo no quise… —se defendió, y comenzó a llorar otra vez.

—Dejemos eso ahora, Jane. —Kenneth miró a Briana de forma significativa. No era el momento para recriminaciones, que merecía, pero que entorpecían el interrogatorio—. ¿Qué más nos puedes decir?

—Esta mañana descubrí a Niall cogiendo uno de los mosquetes de la armería. Intenté impedir que se lo llevase haciéndole ver que era arriesgado, que te enfadarías si lo descubrías. Me dijo que no podía desaprovechar la ocasión. Había visto una manada de lobos cerca de las tierras de los Murray y Fergus le pagaría bien por los que consiguiera matar. Se marchó muy rápido y no pude detenerlo.

—¿Por eso esperabas en la puerta tan inquieta? —Ese hecho le había llamado la atención a Kenneth.

—Sí. Niall me aseguró que regresaría pronto y nadie lo advertiría. Me preocupé al ver que tardaba.

Kenneth la dejó marchar acompañada de Grizela. Él y Briana quedaron en silencio durante unos minutos. Kenneth se sirvió una buena ración de *whisky* para templar sus nervios. Había estado muy cerca de la muerte, se daba cuenta ahora que podía pensar en ello con tranquilidad.

Briana lo miró. No la había abandonado el sobresalto que sintió al ver llegar el caballo con un cuerpo inerte sobre él.

—¿Crees que dice la verdad? —le preguntó.

—Es probable. Amaba a su marido y no le creía capaz de cometer ninguna maldad, aunque la razón le dictara que podía haber sido el autor del primer disparo que recibí.

Kenneth no pensaba culpar a Jane, bastante tenía con la pena

por la muerte de su marido. Lo que más le interesaba ahora era descubrir si Fergus le había pagado a Niall y si ese pago había sido para matar lobos o para matar al nuevo *laird* de Dolmuck.

Capítulo 36

Tras poner al corriente de la situación a Stuard Graham, el alguacil de Ferwey, Kenneth pudo relajarse un rato y aprovechó para ordenar sus pensamientos.

No había querido facilitarle a Graham toda la información. Solo le reveló los hechos ocurridos ese mismo día, aventurando que los motivos de Niall para dispararlo tendrían su origen en alguna antigua rencilla, tal vez de la época en la que ambos estaban en el Ejército, y que no recordaba. Cuando Dougal fue interrogado, corroboró la versión de Kenneth.

La razón para ocultarle al alguacil sus temores era que no quería alertar a Fergus Murray. Tenía la intención de verlo al día siguiente, cuando hubiese recogido la información que los hijos de Dougal habían quedado en facilitarle y entregarles el mensaje para su hermano. Quería verle el rostro y observar sus reacciones cuando lo acusase de haber pagado a un sicario para asesinarlo, y en dos ocasiones. Tampoco descartaba que él estuviese detrás de la muerte de su abuelo. Ese dinero que Jane encontró escondido bien podía ser en pago por poner en la bebida el veneno que lo mató.

¿Creía capaz a Fergus de esa infamia? Sí, a tenor de lo que había oído; al igual que de querer librarse de él, otro de los obstáculos para acceder a las tierras de los MacLennan.

Cuando le comunicó sus intenciones a Briana, esta puso el grito en el cielo.

—¡¿Has perdido completamente el juicio?! —exclamó con genuino pavor.

Kenneth agradeció que se encontraran en la biblioteca, donde las voces se amortiguaban por las paredes llenas de estanterías y libros. No quería que trascendiera la discusión.

—Debo descubrir la verdad.

—Y de paso facilitarle el trabajo, ¿no es eso? Si vas a Lochill te expones a que te mate.

—Puede intentarlo en cualquier momento, Briana. ¿No pretenderás que me pase la vida encerrado entre estos muros, donde tampoco estaría seguro?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella intrigada por sus palabras.

—El doctor MacKay piensa que mi abuelo fue envenenado; y,

si está en lo cierto, creo que Niall lo hizo y por encargo de Murray.

El asombro se reveló en el rostro de Briana.

—¿Estás seguro?

—Así me lo dijo en su última visita. Fergus quería estas tierras y estaba cansado de esperar.

—¡Dios mío, es un monstruo! —Briana estaba espantada. ¡Era el abuelo de su hija!—. Razón de más para no ir. Tenías que haberle confiado tus sospechas al alguacil y que él se hubiese encargado de detenerlo.

—No tengo ninguna prueba concluyente que lo incrimine. La única persona que podía hacerlo ahora está muerta —se justificó.

—Está bien, pero yo iré contigo, y nos llevaremos a Dougal y a Colin.

—No creo que sea necesario llevar escolta. No es tan estúpido de arriesgarse a atentar contra mí en su propia casa, y menos cuando no sabe si Niall ha confesado. Se limitará a negarlo todo.

—Eso no es una garantía. Puede tenderte una trampa por el camino. Insisto en que debes ir acompañado y bien armado.

Kenneth sonrió. Briana lo tenía por un pusilánime que no sabía cuidar de sí mismo. Si supiera a qué se dedicaba y las veces que se había encontrado en situaciones peores, no insistiría en hacer que se rodeara de un ejército.

—Iré armado y solo. Es mi responsabilidad —se mantuvo firme.

Una repentina lividez cubrió el rostro de Briana.

—¿Cómo eres tan egoísta de arriesgar tu vida de esa forma? ¿No comprendes que no podría soportar que algo te pasara? —le reprochó, y salió de allí con urgencia. No quería que él la viera llorar.

Kenneth se quedó perplejo ante sus palabras. Conocía su carácter efusivo, pero aquella reacción lo había desconcertado. Excepto su madre y Grizela, nadie se había preocupado por él; por eso, la angustia que había vislumbrado en sus ojos lo había sobrecogido. No quería hacerse ilusiones sobre sus sentimientos porque debía tratarse de la lógica inquietud que sentiría por un hermano, pero tenía que averiguarlo.

Sin demorarse, se dirigió a la habitación de Briana. Llamó y no obtuvo respuesta. Al escuchar pasos dentro, no lo pensó más. Accionó la manivela con la esperanza de que no hubiese echado el cerrojo. Complacido, comprobó que la puerta se abría.

Briana se paseaba de un lado a otro de la habitación con el propósito de calmarse. La furia, mezclada con una extrema ansiedad, la dominaban. Cuando oyó que la puerta se abría, se giró. Al verlo allí

se encaró con él.

—No te he dado permiso para entrar. ¡Márchate! —le ordenó, limpiándose las lágrimas de un manotazo.

—No pienso hacerlo hasta que me digas por qué te importa tanto lo que me ocurra —declaró Kenneth acercándose a ella.

Briana lo esquivó y dio un paso atrás, chocando contra la pared. No podía permitir que la abrazase o sucumbiría.

—No me importa en absoluto lo que te pueda ocurrir. Ya no.

Kenneth detectó la mentira y una leve sonrisa curvó su boca. La cercó con los brazos y pegó su cuerpo al de ella, atrapándola. Le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No te creo. Vamos, sincérate —la retó.

—Eres un vanidoso —dijo con toda la firmeza que pudo reunir teniendo en cuenta que el rostro de Kenneth estaba tan cerca del suyo que sentía su ardiente respiración.

—Cierto, pero ese no es el tema que nos ocupa. Contéstame, por favor.

El ruego implícito en sus palabras conmovió a Briana, que ya no pudo resistirse. Para qué negar lo que era tan obvio, se dijo, lo que llevaba tanto tiempo guardando en su corazón.

—Porque te quiero, ¿no te habías dado cuenta? Me quitaste la posibilidad de amar a otra persona, ya que mi corazón siempre te ha pertenecido. Eso es lo que has hecho conmigo. —Lo dijo sin acritud, de forma natural, porque los sentimientos, cuando son sinceros, es fácil expresarlos.

Kenneth, que había escuchado sus palabras con la respiración contenida, se debatió entre el asombro y la alegría. Inspiró con fuerza sin dejar de mirar aquellas verdes pupilas que emitían un extraño brillo, el mismo que había observado en sus hermanos al mirar a sus esposas o en su padre cuando contemplaba a Frances.

—Pero no te sientas culpable, ni temas que vaya a perjudicarte de alguna manera. Me marcharé. Tú tienes una prometida y…

—Shhh… calla —le ordenó en un susurro antes de posar su boca en la de ella para fundirse en un beso apasionado. La satisfacción que sintió al hacerlo le provocó una repentina convulsión y la abrazó con fuerza.

Briana, que en un principio se azoró y hasta pensó en negarse, olvidó todo propósito que no fuese el de responder cuando sintió la lengua de él presionando contra sus labios para introducirse en su boda y explorarla con dominio y destreza, haciendo que su respiración se agitara y el corazón amenazase con salírsele del pecho. Una locura

de la que se arrepentiría, era consciente, pero ahora no era el tiempo de los reproches, era el momento de sentir. Esa iba a ser la única ocasión en la que tendría al hombre que amaba entre sus brazos y el recuerdo la acompañaría toda su triste y solitaria vida.

Kenneth experimentó una ardiente necesidad que lo privaba de todo pensamiento lógico. ¿Dónde quedaba su famoso autocontrol adquirido en tantos años de entrenamiento? No servía de nada. Había acabado sucumbiendo ante un cuerpo suave y entregado que le hacía sentir la plenitud que llevaba tantos años buscando.

Sin dejar de besarla, llevó las manos a su nuca para deshacer el flojo recogido que llevaba; y, una vez libre, abandonó su boca y hundió el rostro en la sedosa cabellera de fuego que tenía el poder de enajenarle los sentidos.

—Briana… —pronunció en ronco susurro, mientras deslizaba las manos por su cuerpo en desenfrenadas caricias, que atestiguaban su intensa necesidad.

Escuchar su nombre con aquella voz profunda y apasionada fue como un revulsivo para Briana, que le echó los brazos al cuello y volvió a atraerlo hacia su boca. No se saciaba de sus besos, eran adictivos, eran todo lo que siempre había deseado.

—Me vuelves loco —dijo él en agónico lamento, como si eso fuese una maldición, una dulce condena.

Ella rio sobre su boca y se frotó incitante contra él, deseosa de más caricias. Sentía su excitación y eso la llenaba de orgullo. Kenneth la deseaba, la deseaba con locura; y si ese deseo era lo máximo a lo que podía aspirar, bienvenido fuera.

Consciente de la necesidad de Briana, idéntica a la suya, Kenneth tomó una decisión: le haría el amor, aunque fuese el mayor error de su vida. Esta vez no estaba dispuesto a que el deber o los planes que tenía trazados primasen sobre la mutua satisfacción. Ya se enfrentaría a las consecuencias.

Sin dejar de besarla, la agarró de las nalgas y la izó. Fue con ella hacia la puerta y echó el cerrojo para disfrutar de la necesaria intimidad. Allí mismo comenzó a desvestirla, no podía esperar. Pero tuvo que abandonar la tarea porque ella había decidido torturarlo. No dejaba de frotar el vientre contra su miembro, que ya estaba al límite de la excitación, mientras desabotonaba el chaleco con hábiles movimientos. Pronto le despojó de él, lo lanzó al suelo y continuó con la camisa, que siguió el mismo camino.

Cuando Briana consiguió deslizar sus manos por el amplio torso cubierto de un suave vello oscuro, un ronroneo gatuno escapó de su garganta. No contenta con ello, acercó su boca y probó el sabor de

su piel. Mientras besaba y mordisqueaba los pequeños pezones, sus manos acariciaban el abultamiento de sus pantalones y manipulaban el cierre para despojarlo de ellos.

Kenneth ahogó un gemido. Las cosas se estaban desarrollando con demasiada rapidez, por lo que decidió tomar las riendas. Le sujetó las manos y la giró, colocándola de espaldas a él.

—Si sigues tan revoltosa, tendré que maniatarte —la amenazó con voz entrecortada.

—No te atreverías —dijo ella con sensual entonación, retándolo.

—Ponme a prueba. —Y la silenció con otro beso incendiario.

Liberó sus manos e hizo que las apoyara en la pared para comenzar a deshacer el trenzado de cintas que cerraban el vestido por la espalda. Como nunca había sido diestro ni paciente en esa tarea, sacó el *sgian dubh* que llevaba en la bota y las cortó, deslizándole la prenda por los hombros hasta el suelo. Le complació que no llevase corsé. Solo la camisola, los calzones y las medias cubrían su cuerpo.

Aún de espaldas, le soltó la cinta de la camisola y esta se deslizó hasta la cintura, quedando sus pechos al descubierto. Suspiró cuando los abarcó con sus manos. El contacto con aquella piel tersa y suave, que contrastaba con la rugosidad de los duros pezones, le provocó una llamarada en su interior.

Ella jadeó al sentir el electrizante contacto y frotó con urgencia su trasero contra el duro y ardiente músculo que presionaba contra su espalda. Le estaba diciendo sin palabras que estaba preparada, que no se demorase, que necesitaba sentirlo dentro de ella, que la espera la estaba enloqueciendo. Viendo que eso no daba resultado, recurrió a los gemidos.

Kenneth compendió que debería dejar los juegos para más tarde. No podría aguantar mucho más porque ella le estaba llevando al límite de su resistencia, y lo que más deseaba era hacerla gozar.

Le bajó los calzones e introdujo una mano entre sus piernas. Briana estaba húmeda y ardiente, preparada para él. Se desabrochó el pantalón y liberó su miembro, que derramaba lágrimas de necesidad. Le separó las piernas y la inclinó un poco más. Se deleitó durante unos segundos en acariciar las voluptuosas caderas antes de introducirse en ella con un rápido envite.

Briana jadeó al notar que entraba en ella y se movió buscando la máxima penetración. El placer que experimentaba al sentirlo en su interior, ocupándola por entero, era indescriptible. Él era fuerza y calidez, suavidad y dureza, todo lo que había deseado y necesitado.

Kenneth comenzó a moverse con lentas acometidas mientras

la acariciaba con destreza en su punto más sensible. Quería alargar esos instantes de placer previo a la culminación y proporcionarle todo el goce del que fuese capaz. Pero no contaba con la desaforada excitación que ella le provocaba, por lo que tuvo que acelerar el ritmo y llevarla con rapidez hacia la culminación. Cuando la oyó gritar entre espasmos de extremo placer, abandonó toda contención y se unió a ella en el deliro del éxtasis compartido. Y por unos segundos pensó que allí, junto a Briana, se encontraba su verdadero destino.

Capítulo 37

Kenneth miró la cabeza apoyada sobre su pecho y una inusual alegría le invadió. Después de esas horas de pasión, de entrega mutua, había comprendido que el tierno afecto que su corazón albergaba por ella durante tantos años había crecido hasta convertirse en un sentimiento distinto y muy profundo. Tal vez no la amaba con la intensidad que ella le había confesado, aunque no le costaría llegar a hacerlo en muy poco tiempo.

¿Sería feliz renunciando a su actual vida y al futuro que se le planteaba para permanecer en Dolmuck junto a Briana?, se preguntó. La respuesta fue inmediata: sí, lo sería. No le resultaría difícil acostumbrarse a una vida sencilla y menos al amor de esa mujer maravillosa que dormía confiada en sus brazos. El haber visto la muerte tan cerca le llevaba a plantearse si era el momento de abandonar su arriesgada profesión y dedicarse a cuidar de su hacienda y de las personas a las que quería. Su hermano Julian lo había hecho y no se le veía arrepentido.

Tenía que razonarlo, valorar las ventajas e inconvenientes, y con la suavidad del cuerpo de Briana pegado al suyo y su delicioso perfume saturándole las fosas nasales no podía tomar una decisión razonada.

Con un supremo esfuerzo de voluntad, y extremando el cuidado para no despertarla, abandonó el lecho. Una placentera sonrisa se formó en su rostro al rememorar ciertas imágenes y sintió que su cuerpo se tensaba de deseo. Suspiró con pesadumbre; le costaba renunciar a ese deleite, pero no podía permanecer allí. Tenía obligaciones que cumplir.

Se vistió y regresó a su habitación. Una vez en ella, se dirigió al pequeño escritorio que había en un rincón. Cogió papel y pluma y se dispuso a escribir. Tenía que redactar la carta que los hijos de Dougal, junto a la lista de personas implicadas en el complot independentista, le entregarían a su hermano. Ya se encargaría Gregory de hacérsela llegar a Eckersley.

Al amanecer salió de forma subrepticia de la casa y fue a los establos, que estaban desiertos. Ensilló un caballo y se encaminó a la granja de Dougal. Pretendía evitar que alguien se enterase de lo que iba a hacer. Era muy importante que el despacho llegase a manos de su superior lo antes posible; y para ello, nadie debía saber que los

jóvenes habían desertado y se dirigían a Londres.

Cuando llegó a la granja, padre e hijos lo estaban aguardando.

—Aquí tienes los nombres. No se han dejado ninguno, que recuerden —dijo Dougal, y le entregó un papel escrito.

Kenneth leyó su contenido y lo memorizó. Le sorprendió encontrar un par de nombres en él, aunque le decepcionó que el de Fergus Murray no figurase.

—Hacéis lo justo. No tienen que pagar inocentes para que algunos vean su sueño cumplido y venguen heridas del pasado —les dijo a ambos, cuyos rostros se mostraban serios.

Kenneth dobló los dos pliegos, los introdujo en un sobre y lo lacró. Se lo entregó a Gregor, así como una bolsa con algunas monedas.

—Con esto podréis comprar un par de caballos. Es preferible que os valgáis por vosotros mismos a utilizar un medio de transporte en el que os puedan reconocer. Cuando lleguéis a esta residencia —le dio una nota con la dirección de la casa de su hermano—, le entregáis el sobre en mano a *sir* Gregory Rawson; a nadie más. Si no estuviera, aguardáis a que llegue. Él os facilitará los medios para trasladaros a América y el dinero con el que podréis abriros camino en aquellas tierras. De vosotros depende que sepáis aprovechar esta nueva oportunidad que se os brinda. Espero que cumpláis con la palabra dada.

Ambos asintieron con un gesto.

—Y usted que cumpla con lo acordado —aludió Gregor.

—Estad tranquilos. No se os relacionará con el grupo de sublevacioncitas, aunque os aconsejo que cambiéis vuestros nombres, de ese modo evitaréis que os persigan.

Dougal miró a Kenneth con mudo agradecimiento, satisfecho con el trato.

—Una cosa más. No reveléis a nadie el acuerdo al que hemos llegado ni mi intervención en él. Me interesa conservar mis actividades en la ignorancia; y eso va por ti también, Dougal.

—Descuida. A todos nos interesa que este episodio se borre de nuestra memoria. —Dougal miró a sus hijos conminándolos a que secundaran sus palabras.

—En ese caso, solo queda añadir mi deseo de que tengáis un buen viaje y que la fortuna os acompañe en vuestro destino. Y, si me permitís un consejo, alejaos de los conflictos, pues estos solo traen problemas y sinsabores, y en ocasiones perjudican a las personas a las que más queremos.

—Gracias, señor, creo que hemos aprendido la lección —reconoció Gregor con sensatez.

Los hermanos se marcharon dejando solos a Kenneth y Dougal.

—Espero no tener que arrepentirme de haber intercedido por ellos ante mis superiores —dijo Kenneth.

—Son jóvenes e irreflexivos, no estúpidos, saben lo que les conviene —aseguró Dougal. Era muy difícil para él y para su esposa despedir a sus hijos, aunque lo preferían a verlos colgando de una cuerda.

—Zanjado este tema, pasemos al siguiente. Creo que Fergus Murray está detrás de estos ataques. Él le pagó a Niall para que me matase. Es más, creo que también le pagó para que envenenase a mi abuelo.

—¿Por qué lo piensas? Angus murió a causa de sus achaques, eso dijo el doctor MacKay —rebatió perplejo.

—Eso dijo porque no podía probar que fue envenenado, pero está convencido de que ocurrió así. Y, tras interrogar a Jane, yo también lo pienso.

—Explícate —le pidió Dougal, que se mostraba escéptico.

Kenneth le relató lo que el doctor le había contado y la conversación con Jane, en la que Dougal no había estado presente.

—Voy a ver a Fergus Murray. Me enfrentaré a él y conseguiré que me diga la verdad de una forma u otra, ¿estás conmigo? —preguntó Kenneth.

Dougal no dudó.

—Lo estoy. Solo permíteme que me despida de mis hijos. No creo que vuelva a verlos en esta vida.

—Te espero en Dolmuck. Briana quiere venir. Teme que vuelvan a intentar matarme y quiere asegurarse de que no lo consiguen —dijo con ironía.

—No la subestimes, muchacho. Es mucho más fuerte de lo que aparenta su frágil figura.

—Siempre lo he pensado —respondió con una sonrisa evocadora.

Subió al caballo y puso rumbo hacia Dolmuck. Le urgía verla, y no solo por el placer de volver a estrecharla entre sus brazos y disfrutar de su dulzura. Después de meditarlo había tomado una decisión y no quería darse la opción de arrepentirse. La noche de pasión vivida con Briana lo había convencido de que ese sentimiento que comenzó a surgir con timidez y que se había tornado en avasallador no era otra cosa que amor.

Estaba enamorado de ella y dispuesto a cambiar su vida, reconoció. Había dedicado muchos años a servir a su país, ya era hora de formar una familia y su propio hogar. Se lo había ganado. Le costaría abandonar su profesión, con la que había disfrutado, a pesar de los riesgos y de las veces que estuvo a punto de morir, pero le resultaría fácil acostumbrarse a una existencia más tranquila si tenía a Briana a su lado.

Esa había sido su última misión como agente de la Corona y así se lo comunicaría a *sir* William. Ahora, lo que tenía que hacer era pedirle a Briana que fuese su esposa, y su corazón palpitaba de emoción y temor en espera de su respuesta.

Briana emitió un bostezo y se desperezó con languidez. Su mente, nublada por el sueño, no alcanzaba a determinar la causa de su estado de euforia. Cuando los recuerdos de las últimas horas comenzaron a surgir, sonrió y se giró buscando a Kenneth. Le decepcionó no encontrarlo en el lecho a su lado.

Recorrió con la mirada la habitación, tampoco estaba. Dejó escapar un suspiro de añoranza y se colocó en el lado de la cama que él había ocupado. La almohada llevaba impreso su olor y eso la fascinó. Hundió el rostro en ella y aspiró con fuerza para llenar sus pulmones de ese añorado aroma tan embriagador que le hizo revivir sensaciones experimentadas pocas horas antes. No sabía explicar si era porque hacía mucho tiempo que no yacía con un hombre, o porque se trataba de él, de Kenneth, al que siempre había amado, pero esa experiencia no tenía nada que ver con las vividas con su marido.

Kenneth era pura fuerza, osadía y pasión. Se entregaba con generosidad y tomaba con exigencia; también con delicadeza, con una ternura que, en ocasiones, le había provocado una súbita humedad en los ojos.

Se estremeció y sintió un espasmo de deseo en el bajo vientre. Nunca había sentido tanto placer. Malcolm era amable y entregado. Ella advertía su interés en hacerla gozar, pero por mucho que se esforzase nunca le había hecho sentir esa locura, esa agónica necesidad de ser poseída, ese prodigioso goce que la había fascinado.

Kenneth era un gran amante, experimentado y generoso, lo que volvía loca a cualquier mujer. El pensar en cómo había adquirido esa destreza le provocó un arrebato de rabiosos celos. Era una necia, lo sabía. No podía esperar que él se hubiese conservado virgen, al igual que ella tampoco lo era. Había tenido amantes, y muchas con seguridad. ¿Qué mujer iba a resistirse a un hombre como él?

Se sonrojó al recordar algunas escenas. ¿Cómo pudo ser tan osada? Le había prodigado caricias que nunca llegó a imaginar. Pero con Kenneth era diferente. Se sintió exultante de dicha al verlo disfrutar. ¡Deseaba tanto hacerlo feliz!

Por los rayos de sol que se colaban entre los cerrados postigos de la ventana intuyó que hacía rato que había amanecido. Tendría que apresurarse. Kenneth la estaría esperando para ir a Lochill.

Se aseó y se vistió con rapidez. No quería demorarse y que partiera sin ella. Cuando iba a salir de la habitación escuchó unos suaves golpes en la puerta. Abrió y él estaba allí con una sonrisa cautivadora en su apuesto rostro.

A Kenneth los ojos se le encendieron de pasión al verla. Llevaba la larga melena rojiza sin recoger, el color de las mejillas era sonrosado y los ojos desprendían un brillo soñador. Estaba preciosa y él la amaba más de lo que había llegado a suponer.

—¿Puedo pasar? —Sin esperar su respuesta, se introdujo en la habitación y cerró la puerta. La abrazó y posó sus labios sobre los de ella de manera voraz. Se temía que nunca lograría saciarse de esa boca cautivadora.

Briana estaba confundida por su reacción. Esperaba que se mostrase indiferente, como había ocurrido en Inverness, y respondió con la misma pasión. Se pegó a él de forma inconsciente reclamando su cuerpo, frotando sus caderas, ansiando recibir las mismas caricias que le había prodigado con generosidad unas horas antes. No le importaba que el día hubiese llegado y que todos estuvieran circulando por el castillo. Lo necesitaba y lo demás carecía de importancia.

Kenneth advirtió las inequívocas demandas de ella y su cuerpo reaccionó, pero se impuso la cordura. No podía abandonarse al placer por mucho que ambos lo deseasen. Había una cuestión pendiente, aunque antes tenía una importante pregunta que hacer.

—¿Quieres casarte conmigo? —Las palabras salieron de su boca con dificultad porque ella no dejaba de besarlo.

Briana no procesó de inmediato lo que él decía. Cuando comprendió su significado, se separó y lo miró con los ojos muy abiertos.

Kenneth se tensó esperando la respuesta. No había sido la mejor manera de hacer la proposición, se dijo. En realidad, no tenía ni idea de cómo debía hacerse porque era su primera vez. ¿Debió llevarle flores y un anillo? Seguro que Gregory lo sabía. Él era un experto en esas lides.

—¿Me has pedido que me case contigo? —preguntó dudosa.

No estaba segura de haber escuchado bien y no quería hacer el ridículo presuponiéndole unas intenciones que no tenía.

—Sí, y me harías muy feliz si aceptases. Creo que yo también te haría feliz… y a Nerys —dijo de forma atropellada, y se maldijo por su torpeza.

—Pero ¿y tu prometida? —No quería ser la responsable de una ruptura y de hacer desgraciada a una mujer que no se lo merecía.

Kenneth titubeó unos segundos. No era el momento de explicarle las condiciones del testamento de su abuelo, que le habían llevado a plantear la necesidad de una futura esposa.

—No tengo una prometida esperando, ten la seguridad. Solo le he pedido matrimonio a una mujer, y esa eres tú.

Briana apreció su sinceridad y, en una reacción incontrolable de alegría, se lanzó a su cuello y comenzó a besarle el rostro de forma indiscriminada, mientras gruesas lágrimas escapaban de sus ojos.

Kenneth la abrazó y la izó hasta que sus pies abandonaron el suelo.

—¿Qué me contestas?

—¿Necesitas preguntar? Llevo esperando esta propuesta dieciocho años. ¡Claro que acepto!

Capítulo 38

Después de dar la buena noticia y recibir las felicitaciones de todos, Kenneth y Briana, acompañados de Dougal, se pusieron en marcha hacia Lochill, que se encontraba a unas ocho millas de Dolmuck.

El tiempo había empeorado y amenazaba tormenta, lo que disgustó a Kenneth, eso les obligaba a ir más lentos y no le interesaba demorarse. Si Fergus confesaba, cosa que no esperaba que hiciera, pero sí que cometiera un desliz y se descubriera él mismo, tendría que ponerlo en conocimiento del alguacil.

Protegidos contra el frío con gruesos gabanes, hicieron el trayecto a caballo para ir más rápidos. Kenneth hubiera preferido utilizar el carruaje. Era más cómodo para Briana y le daba la oportunidad de disfrutar de un rato de intimidad con ella. Tenía muy presentes las horas de pasión compartidas, pues su mente se empeñaba en recordárselas a cada instante y su cuerpo se endurecía con esas deliciosas imágenes. Se resignó con esfuerzo, ya que ella le había hecho ver la conveniencia de utilizar un medio de transporte más rápido.

En menos de una hora llegaron a Lochill. Como se encontraba al norte, hacía más frío. La gran construcción, mayor de lo que recordaba, se levantaba cerca de un lago y estaba envuelta en bruma. Sin muralla que la rodease, enfilaron el camino empedrado que daba acceso a la puerta principal y descabalgaron frente a ella.

Un mozo de cuadra se aproximó de inmediato para hacerse cargo de los caballos y Dougal lo acompañó con reticencia. No le agradaba dejar solos a Kenneth y Briana. Había llevado consigo, preparado para disparar, uno de los mosquetes de caza que Angus le había regalado y pensaba utilizarlo a la menor señal de peligro. Kenneth opinaba que Fergus no iba a ser tan necio de atentar contra él en su propia casa, de hacerlo sería en el camino de vuelta, y entonces Dougal podría actuar.

La puerta se abrió cuando Kenneth llamó al aldabón de hierro forjado que semejaba una cabeza de carnero con los cuernos enroscados, motivo que presidía un escudo de armas colocado en la fachada. Fergus había querido dignificar su apellido con un título nobiliario, que él mantenía que perteneció a sus antepasados, pero el Tribunal del Lord Lyon, que se encargaba de los derechos heráldicos,

no se lo concedió y se tuvo que conformar con colgar esos emblemas que solo engañaban a los incautos.

—Vengo a ver a mi suegro, ¿está en casa? —dijo Briana al mayordomo que les abrió. Su recargado uniforme de vivos colores y peluca empolvada, atuendo más propio de la corte francesa que de una casa solariega en los agrestes páramos de las Tierras Altas escocesas, hizo sonreír a Kenneth.

El hombre pareció indeciso hasta que una voz a su espalda le indicó:

—Por Dios, Lionel, no mantengas en la puerta a mi cuñada y a su acompañante —regañó Alexander con voz autoritaria, caminando con dificultad hacia ellos.

El mayordomo abrió la puerta y les hizo pasar con una reverencia.

—¡Briana, qué placer saludarte de nuevo! —exclamó. Le cogió la mano y la besó con delicadeza. Y dirigiéndose a Kenneth—: Es un honor recibirte en nuestra casa, aunque sea en tan tristes circunstancias.

—¿A qué te refieres? —se alarmó Briana.

—Estamos conmocionados. Ha sido tan repentino… Mi padre ha fallecido —dijo con gesto contrito, aunque en su voz no se advertía ningún rastro de aflicción.

Kenneth miró a Briana. En el rostro de ambos era visible la sorpresa mezclada con contrariedad.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó ella. No apreciaba a Fergus, pero no se complacía de la muerte del abuelo de su hija.

—Nos tememos que ha acabado con su vida.

El asombro fue mayor para los recién llegados.

—Explícate, por favor —le pidió Kenneth.

—Cómo no, pero acompañadme a la biblioteca, donde espera el alguacil, estaremos más cómodos y mucho más calientes. Estas corrientes de aire no benefician a nadie.

Iban a entrar cuando se oyeron voces que bajaban la escalera. Todos miraron en esa dirección y vieron a Catriona, que enjugaba sus ojos con un pañuelo, y al doctor MacKay. Cuando la mujer vio a Briana se lanzó hacia ella y la abrazó.

—¿Qué le habrá llevado a cometer tal locura? No logro entenderlo. ¿Y cómo se lo vamos a decir a Nerys? —se lamentó Catriona entre sollozos.

—Pasemos, por favor, y os pondremos en antecedentes —insistió Alexander.

Entraron en la amplia sala recubierta de estanterías en tres de

sus cuatro paredes y con amplios ventanales por los que entraba la débil luz de aquella brumosa mañana. Dos grandes chimeneas, en las que se quemaban gruesos troncos, calentaban la estancia y la hacían más acogedora. Stuard Graham esperaba sentado en un sillón con un vaso en la mano.

Briana se sentó junto a Catriona, que no dejaba de llorar. Kenneth pensó que debía de ser la única persona que había sentido la muerte de Fergus, ya que para su hijo suponía una liberación y el acceso a la fortuna de su padre; la mitad de ella, al menos, si Fergus no había excluido a su nieta.

—Doctor, ¿puede explicar usted cómo ha muerto mi padre y lo que se ha encontrado en su habitación? —le pidió Alexander.

—Como desee. —MacKay se aclaró la garganta. Se mostraba afectado y aliviado al mismo tiempo, sus sospechas se habían confirmado y el responsable de la muerte de Angus MacLennan había sido descubierto—. El señor Murray ha muerto tras ingerir acónito, un potente veneno, y todo hace pensar que se lo ha administrado él mismo. El frasquito que lo contenía ha aparecido en su mano y los signos de sus efectos son muy evidentes.

—Asimismo —continuó el alguacil—, sobre el escritorio que hay en su cuarto ha aparecido una carta manuscrita cuya letra es inequívocamente suya, según hemos cotejado con algunos documentos de su puño, en la que confiesa que pagó a Niall Jamieson, criado de Angus MacLennan, para que envenenase a su patrón y para que matase a su heredero, Kenneth MacLennan.

El impacto de esas palabras en los rostros de Kenneth y Briana fue evidente; el enigma se había resuelto.

El llanto de Catriona se recrudeció. El buen nombre de la familia se vería mancillado cuando se divulgase y eso sería una afrenta para una persona tan celosa de la buena reputación como ella, pensó Briana.

—¿Y nadie ha advertido lo que ocurría? Mi abuelo sufrió una larga agonía cuando ingirió el mismo veneno, ¿no es así, doctor? —cuestionó Kenneth. Aunque debía de estar contento con la rápida resolución del asunto, su instinto le decía que algo no encajaba; y él siempre le hacía caso a su instinto… o casi siempre.

—Tu abuelo debió ingerir una dosis pequeña que se camufló en la bebida, de ahí que los efectos, aunque igual de dañinos, fueran más lentos. En el caso de Fergus, al ingerir una cantidad mucho mayor, la muerte fue casi inmediata. El corazón se le paró antes de que los otros síntomas se presentaran, por lo que nadie advirtió nada hasta esta mañana, cuando su lacayo ha ido a la habitación a

despertarlo y lo ha encontrado en el suelo y con la rigidez típica que la muerte proporciona a todo cuerpo —explicó MacKay.

—Cuando nos lo ha comunicado, no lo podíamos creer. Por supuesto, hemos avisado de inmediato al doctor. Y cuando hemos descubierto la carta sellada y dirigida al alguacil, también a él —añadió Alexander.

«¿Y por qué acabar con su vida ahora?», se preguntaba Kenneth suspicaz.

—¿Sabes si tu padre estaba al tanto de que Niall había sido atrapado cuando atentó contra mí? —preguntó Kenneth. Era la única explicación que se le ocurría para justificar esa repentina decisión: que temiera que el hombre que contrató lo hubiese delatado y, al verse descubierto, decidiera acabar con su vida.

—Mi padre estuvo ayer en Ferwey. Puede que allí se enterase de la muerte de tu sirviente. Lo visitó a usted, ¿no es así, doctor? —dijo Alexander.

—Cierto. Le comenté sobre la muerte de Niall y cómo había ocurrido —admitió MacKay inquieto. No le gustaba admitir que chismorreaba con sus pacientes.

—¡Qué desgracia! No me explico qué le habrá llevado a realizar esas acciones. Mandar matar al señor MacLennan y pretender asesinar a su nieto. Debió de perder la razón, aunque nadie reparó en ello. Si nos hubiésemos dado cuenta, lo habríamos evitado, ¿verdad, querido? —preguntó Catriona a su marido entre sollozos.

—Tal vez —se limitó a decir él con gesto serio.

—Este es un caso que excede a mi autoridad. Debo ponerlo en conocimiento del juez MacFadden, de Kilmord. Él decidirá cómo se debe proceder. Mientras tanto, el cuerpo será llevado a la prisión en espera de la decisión del magistrado. Al haber sido un claro acto de suicidio, el párroco no le querrá dar cristiana sepultura. Tendrá que ser enterrado en la fosa común —planteó Graham.

—¡No, eso sería un sacrilegio y una deshonra para toda la familia! —La voz de Catriona se elevó con fuerza.

—La deshonra ya nos ha caído con las acciones de mi padre —se lamentó Alexander, que por primera vez mostrada algún rastro de sentimientos.

Briana miró a Kenneth. Nunca había apreciado a Fergus y menos al enterarse de que era el responsable de la muerte de Angus y del intento de asesinado de Kenneth, pero él ya había desaparecido y ahora su familia, Alexander y Catriona, que se mostraban amables y generosos con Nerys y con ella, no tenían que pagar las consecuencias de los malos actos de una persona demente.

—Tal vez no es necesario llegar a esos extremos —terció Kenneth.

Había comprendido la intención de Briana. Ella tenía una hija a la que quería proteger de las murmuraciones, y él estaba de acuerdo. Fergus ya había pagado con la muerte, que era lo que se merecía, ahora no debía extender su ignominia a los demás miembros de su familia, que podían perderlo todo sin haber tenido culpa de ello.

—¿Qué propone, señor MacLennan? —preguntó el alguacil. Prefería una solución mucho más sencilla y no el trabajo que le supondría llamar al juez MacFadden. Conociendo su forma de ser, no le agradaría que le molestase por algo así, y eso podía repercutir en un futuro ascenso.

—No se conseguirá ningún beneficio haciendo intervenir a los magistrados y exponiendo los hechos a la opinión de los demás; al contrario, las familias de los homicidas sufrirán sin tener culpa. Puesto que ha muerto Niall Jamieson, el autor material de la muerte de mi abuelo, no viene al caso complicar más las cosas. Si el doctor se aviene a ello, podría dictaminarse como natural la muerte de Fergus. Los culpables han pagado con lo más preciado que tenían, su vida, y yo, como mayor afectado por sus acciones criminales, me doy por resarcido. ¿Qué opinan, señores? —preguntó Kenneth, dirigiéndose a Graham y MacKay.

Los dos hombres valoraron la propuesta y ambos coincidieron en que era acertada.

—Por mi parte, estoy dispuesto a declarar que Fergus Murray murió de forma natural mientras dormía —aceptó MacKay.

—Creo que es la solución más justa para los que quedan vivos —opinó el alguacil—. Destruiré la carta con la confesión del difunto y no emprenderé ninguna investigación. Puede dar cristiana sepultura a su padre, señor Murray.

—Gracias, señores —respondió Alexander aliviado.

Satisfechos con la resolución del conflicto, Kenneth y Briana regresaron a Dolmuck. Ahora le tocaba a ella pasar por otro amargo trago: explicar a Nerys que nunca vería a su abuelo.

Capítulo 39

Un mes después de la trágica muerte de Fergus Murray, la felicidad reinaba en Dolmuck. Kenneth, convencido de que allí estaba el hogar que, sin saberlo, había estado buscando toda su vida, se sentía pletórico de entusiasmo. Amaba a Briana y era correspondido por ella. Solo faltaba para colmarlo de dicha que se convirtiera en su esposa, lo que ocurriría en poco tiempo.

Tres semanas antes había enviado dos comunicados. Uno a su padre, haciéndole partícipe de las buenas nuevas, y otra a *sir* William, informándole de que renunciaba al servicio, pues pensaba establecerse en Dolmuck y ejercer como *laird*, tal y como el testamento de su abuelo le pedía. Aun así, viajó hasta Fort Augustus para comunicar al comandante de la guarnición el resultado de sus pesquisas. Quería darle los nombres de los insurrectos que los hijos de Dougal le habían proporcionado, y ofrecerse a colaborar en su detención si era necesario.

Hughes le agradeció la información y le aseguró que se encargaría de tenerlos vigilados hasta que recibiese órdenes; y que enviaría un comunicado al responsable del destacamento a cargo del castillo en Edimburgo para que extremase las precauciones y estuviese preparado para un posible asalto.

Satisfecho tras haber cumplido con su deber, Kenneth consideró que podía centrarse en su nuevo futuro: formar una familia con Briana en Dolmuck.

Poco a poco, y con su ayuda, iba haciéndose cargo de sus deberes, que no eran tan sencillos como él creía y de la ingente labor que suponía administrar una propiedad tan grande, que incluía dos parroquias. Visitaba a los arrendatarios y proyectaba algunas mejoras para las tierras, parte de las cuales pensaba dedicar a la explotación ganadera, como le había sugerido Briana.

Había descubierto que formaban un buen equipo su prometida y él. Ella poseía conocimientos muy valiosos y una aguda inteligencia mercantil, y aportaba ideas muy rentables. Ahora comprendía por qué su abuelo había dejado la administración de la hacienda en sus manos.

Cada día se sentía más enamorado de ella y anhelaba el momento de hacerla su esposa, de poder disfrutar de su pasión con entera libertad, de despertarse a su lado por las mañanas y volver a hacerle el amor. Aunque la visitaba por las noches y pasaban parte de

ella juntos, notaba que Briana no estaba cómoda con esa situación y él se marchaba antes del alba.

Con Nerys le sucedía igual. El cariño que sentía por aquella niña despierta y vivaracha crecía día a día, hasta el punto de que no creía que pudiera quererla más de ser su propia hija. Su corazón se ensanchaba al verla perseguir por el patio, entre alegres carcajadas, al cachorrito de perro pastor que Catriona le había regalado, bajo la atenta mirada de Mary y Colin.

Se sentía satisfecho de cómo se había solucionado el problema de la muerte de Fergus. De otro modo, habría sido una complicación innecesaria y un estigma para la familia. Jane también lo había agradecido. Amaba a su esposo y no quería que se manchase su nombre, por lo que se decidió que su muerte se había debido a un desafortunado accidente de caza. De ese modo pudo ser enterrado en el cementerio de Ferwey, donde Jane esperaba reposar junto a él en el futuro.

—¿Estás convencida del paso que vas a dar, Briana? —preguntó Catriona, con preocupación.

Ambas se hallaban sentadas bajo la pérgola del jardín italiano que Briana había construido cerca de la muralla oeste. Catriona, que llevaba sin salir de Lochill desde el fallecimiento de su suegro, había ido a visitar a su cuñada al enterarse de la feliz noticia.

—Lo estoy. Kenneth es el hombre al que siempre he amado; que ahora vayamos a casarnos colma la felicidad que sentí al saber que seguía vivo. En cuanto a él, sé que me ama y quiere mucho a Nerys. No puedo pedir más. —La dicha que sentía se reflejaba en el tono ilusionado de sus palabras y en el brillo especial de sus ojos.

—En ese caso, me alegro mucho por ambos. —Catriona le cogió las manos en un gesto de cariño—. Permíteme que sea tu dama de honor en la ceremonia. ¡Me haría tanta ilusión! ¿O sería inapropiado al estar de luto?

—Me encantaría que lo fueras, y no creo que nadie tenga nada que objetar —respondió Briana entusiasmada.

Catriona era lo más parecido a una hermana que había tenido. Cuando se casó con Malcolm y se fue a vivir a Lochill, ella la acogió con agrado y fue su aliada en una casa gobernada por la tiranía de un suegro al que no le gustaba su carácter independiente, y con un marido incapaz de defender a su esposa frente a su padre. Alexander, su timorato cuñado, tampoco se atrevía a levantar la voz en su defensa ante las arbitrariedades de Fergus; solo Catriona la defendía y la

apoyaba, en especial cuando decidió marcharse de allí.

—Gracias, querida. Será una boda preciosa. ¿Tienes ya el vestido? Si no es así, te puedo recomendar una modista que hace maravillas. Pienso encargarle el mío y, si te parece bien, el de Nerys.

—Seguro que le gustará.

—¡Es maravilloso! Este feliz acontecimiento nos ayudará a superar los días amargos por los que hemos pasado con el triste final de nuestro suegro y el saber que estaba implicado en acciones tan horribles. Reconozco que, cuando me enteré de tu próximo enlace, recelé que era una estratagema de Kenneth para conseguir esposa. Pero si te ama, como dices, me alegra que al final se hayan resuelto sus problemas con la herencia y de la forma más beneficiosa para ambos.

Briana frunció el ceño ante las palabras de su cuñada.

—¿A qué problemas te refieres, Catriona?

—No le des importancia. Fue algo que Fergus me comentó. Se trata de una de las condiciones que tenía que cumplir para acceder a la herencia, y que aparecía en la cláusula del testamento de Angus. No sé cómo se enteró nuestro suegro. Debió de sobornar al abogado. ¿Recuerdas que Finlayson dijo que solo el interesado la conocería? —Briana asintió con la cabeza y ella prosiguió—: Pero él no iba a permitir que permaneciese oculta y más cuando afectaba a sus intereses. El caso es que se enteró de esos términos y me lo comentó.

—¿Y cuáles eran exactamente? —preguntó Briana, previendo que no le iba a gustar conocer la respuesta.

—Había varios. El que más me llamó la atención hacía referencia a la obligación de contraer matrimonio con una mujer escocesa con arraigo en estas tierras. Creo recordar que tenía de plazo seis meses, porque pensé que le resultaría una tarea difícil en tan poco tiempo, aunque me equivocaba, de lo cual me alegro. —Catriona sonrió a Briana y prosiguió—: Así que le encargó al abogado que le buscase una esposa que reuniera esos requisitos y que no le diera problemas a la hora de divorciarse, ya que su intención no era mantener el matrimonio más allá de lo necesario para hacerse con la herencia. Parece ser que no quiere vivir aquí. Le gusta el trabajo que realiza para los ingleses y el bullicio de Londres o de cualquier lugar donde lo envíen. Y no me extraña. Es lógico que no desee encerrarse en este lugar olvidado. Si yo tuviera esa oportunidad, no lo pensaría. Viviría en Londres y me codearía con la alta sociedad, y no en este lugar rústico y frío —reconoció con un suspiro resignado.

Catriona vio la palidez en el rostro de Briana y se apresuró a

rectificar.

—Pero eso fue antes de verte, por supuesto. No dudo de que esté enamorado de ti. Incluso creo que al poco de llegar aquí le dijo a Finlayson que no era necesario que le buscara esposa porque ya la había encontrado.

—Comprendo. Muchas gracias por la información, Catriona. Es beneficioso enterarse de las cosas cuando no es demasiado tarde —dijo indignada, y se levantó con la intención de marcharse.

—Briana, por favor. No saques conclusiones equivocadas. Tal vez Fergus estaba mintiendo. Ya sabes cómo era. Solía llevar doble intención en todo lo que hacía y decía, buscando su propio beneficio. —Catriona estaba desolada. Esperaba no haber cometido un error al hacerle esas confidencias.

—Seguro que hay una buena explicación para ello, en caso de que sea cierto. No te preocupes —dijo Briana con una forzada sonrisa. Lo cierto era que estaba furiosa. ¿Por qué no le había comentado Kenneth esos requisitos? ¿Tan poca confianza le merecía o es que tenía otras intenciones que le ocultaba?

—Me tranquiliza saberlo. Estoy convencida de que vas a ser muy feliz junto al nuevo *laird*, y por muchos años.

Nerys se acercó a ellas persiguiendo al cachorrillo.

—Mamá, tía Catriona, ya le he puesto nombre. Se va a llamar Jumper, porque no para de saltar. ¿Os gusta?

—Un nombre muy bonito y adecuado —le aseguró su madre.

—¿Quieres venir unos días a Lochill, cariño? Tienen que confeccionarte un bonito vestido para la boda.

—¡Sí! —exclamó la niña con entusiasmo; cuando recapacitó, le preguntó—: ¿puede venir Jumper?

—Desde luego. Eres su nueva mamá y no vamos a permitir que se quede solo.

Nerys sonrió complacida.

—Debo marcharme antes de que la tarde comience a caer —sugirió Catriona. Y dirigiéndose a la pequeña—: Despídete de tu madre y subamos al carruaje.

Nerys echó los bracitos al cuello de Briana y la besó en la mejilla.

—No te pongas triste. Vendré en pocos días para ayudarte a preparar el banquete. —La niña, que era muy intuitiva, había detectado el tétrico estado de ánimo de su madre.

—Gracias, tesoro. Diviértete con los tíos.

Cuando partió el carruaje de los Murray con Catriona y su hija dentro Briana se dirigió presurosa a la biblioteca, convencida de que

allí encontraría a Kenneth. Le urgía hablar con él.

Kenneth, al verla entrar, cerró el libro sobre plantas y sus enfermedades que estaba revisando y lo dejó sobre la mesa. Le sonrió y le dirigió una mirada encendida que ella conocía muy bien.

—¿Ya se ha marchado Catriona? —le preguntó, ansiando que se acercara para abrazarla; un deseo que le asaltaba nada más verla.

—Sí, y Nerys con ella. Va a pasar unos días en Lochill.

—La echaré de menos —reconoció. Viendo que continuaba parada en medio de la habitación, la instó a que se acercara. Le apetecía sentarla sobre sus rodillas y acariciarla. Los dedos le quemaban de necesidad.

Briana se mantuvo firme. Sabía lo que él pretendía y no podía permitirlo.

—Tenemos que hablar —dijo ella con gesto serio.

Kenneth suspiró resignado. Tendría que esperar a otra ocasión porque ella parecía preocupada y poco dispuesta a colaborar.

—¿Es cierto que la cláusula del testamento de tu abuelo te obligaba a casarte con una escocesa en menos de seis meses? —soltó antes de que sus fuerzas flaquearan y cediese al impulso de correr hacia sus brazos y perder la razón con sus besos.

Kenneth se quedó petrificado ante esas palabras.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó con un hilo de voz.

—Eso no importa ahora, solo dime si es cierto.

Él tuvo que admitirlo; la actitud resuelta de Briana no consentía evasivas y él ya había decidido confesarle la verdad sobre el testamento y esa dichosa cláusula. Ya le había hablado de su auténtica profesión y de su familia inglesa, de la que se sentía muy orgulloso, pero le costaba confesarle ese secreto que lo avergonzaba.

—Lo es. Pero…

Ella lo interrumpió. No quería escuchar sus excusas, solo sus sinceras respuestas.

—¿Y es cierto que le encargaste al abogado que buscase una candidata dispuesta a no oponerse cuando decidieras anular el matrimonio?

Kenneth la miró a los ojos sin ningún rastro de ocultación. No le gustaba reconocer que había estado a punto de cometer una falsedad y sabía que cuando lo admitiera Briana lo despreciaría, pero no le mentiría nunca más.

—Cuando Finlayson me puso al tanto del contenido de la cláusula en la que se establecían las condiciones de formalización de la herencia, le dije que no estaba dispuesto. Es obvio que mi abuelo quería atarme a este lugar y yo, en aquellos momentos, no pensaba

hacerlo por muy cuantiosa que esa herencia fuese. Él me propuso una solución para que sacase algún provecho. Solo tenía que cumplir con el primer requisito, casarme con una mujer escocesa, y podría disponer a mi antojo de un tercio de las tierras. Me comentó que había una persona interesada, Fergus Murray al parecer, y una vez que realizase la venta podría divorciarme o abandonar Dolmuck durante un periodo superior a seis meses, con lo que perdería mis derechos sobre el resto de la herencia. Acepté que me buscase una esposa porque consideraba que me merecía ese tercio. Sería una mínima recompensa por los años que pasé en este lugar soportando el trato despiadado al que me sometía mi abuelo; y con ese arreglo podía salvar de la necesidad a una mujer, incluso a una familia, ya que iba a ser recompensada por esa boda de conveniencia. Pero fue antes de conocerte, Briana. Cuando viajamos a Inverness le comuniqué al abogado que no pensaba seguir con ese plan. No podía casarme con otra cuando mis sentimientos por ti comenzaban a brotar. Y cuando te pedí matrimonio no estaba pensando en que mis problemas se solucionarían, solo pensaba en que te amo y quiero pasar mi vida junto a ti, aquí en Dolmuck o donde tú desees.

A Briana, que había escuchado sus explicaciones sin interrumpirlo, le pareció advertir sinceridad y arrepentimiento en su voz y sus gestos, más allá de sus palabras… o podía estar mintiendo. ¿Cómo creerlo? Había tenido mucho tiempo para confesarle todo ello y no lo hizo, ¿por qué? La razón le dictaba que no era sincero y que el único motivo que le impulsó a pedirle que fuese su esposa era cumplir con el requisito para tener acceso a la herencia. La deseaba, no lo ponía en duda. Se lo demostraba con su cuerpo apasionado, aunque eso no quería decir que la amase.

—Me cuesta creer tus palabras, Kenneth. Si hubieras sido sincero desde el principio…

—Lo sé, y me lo reprocho, pero no sabía que esto iba a ocurrir, que me iba a enamorar de ti. Entonces solo eras una rival en la herencia de mi abuelo. —El arrepentimiento imprimía un tono desesperado a su voz—. ¿Qué puedo hacer para que comprendas que te amo, que no me mueve otro interés?

—Nada. Ya no puedes hacer nada —dijo y salió de la habitación con premura. No quería humillarse más ante él mostrándole las lágrimas de dolor y frustración que arrasaban sus ojos.

Kenneth fue a seguirla, aunque comprendió que era mejor dejar que se calmase. Cuando no bajó a cenar esa noche, comenzó a preocuparse. La inquietud lo consumía. Había obrado mal, lo sabía, y

solo deseaba que ella lo perdonase.

Acabó de cenar y subió a su habitación. Como siempre hacía, fue al cuarto de Briana para pasar la noche con ella. Intentó abrir la puerta y advirtió que estaba echado el cerrojo. Llamó y Briana no contestó. Lo repitió en dos ocasiones más a lo largo de la noche con idéntico resultado. En la soledad de su cama, añorando el cuerpo tibio y entregado de la mujer a la que amaba, tomó una decisión: si la herencia de su abuelo había sido la causante de esa ruptura, renunciaría a ella; todo por conservar su amor.

Capítulo 40

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Kenneth partió hacia Inverness. Briana necesitaba una prueba fehaciente de su amor y de que su interés en casarse solo obedecía al deseo de estar a su lado.

Finlayson lo recibió con cordial sonrisa, que se evaporó de su rostro cuando Kenneth lo acusó de divulgar el contenido de la cláusula.

—Me ofende que cuestione la honorabilidad de nuestro bufete, señor MacLennan. Nunca seríamos capaces de violar el secreto profesional.

—Explíqueme, entonces, cómo es posible que la esposa de Alexander Murray esté en posesión de esa información —replicó Kenneth a punto de perder la paciencia.

—Me resulta imposible explicar algo tan absurdo. Puede haberlo inventado.

—¿Todo el contenido del escrito sin equivocarse? Me temo que no tiene tanta imaginación. Si no ha sido usted, habrá sido alguien de aquí con acceso a esos documentos —insistió.

—Nadie tiene acceso a los documentos excepto yo. Los guardo en un armario de seguridad, con doble cerradura, y cuyas llaves llevo conmigo. —El abogado tiró de una cadena que llevaba prendida de su chaleco y extrajo de uno de sus bolsillos las llaves a las que había aludido.

—¿Ha hablado o mostrado a alguien el contenido de esa cláusula?

—Nadie ha tenido acceso a esos documentos —aseguró con firmeza.

Kenneth reflexionó. Si era cierto solo le quedaba la opción de que alguien hubiese escuchado la conversación mantenida semanas antes.

—Permítame que haga una comprobación. Vaya a hablar con su secretario. Pregúntele algo, no importa qué. Y cierre la puerta, por favor —le pidió. No pensaba abandonar ese tema hasta descubrir al culpable, o los culpables.

Finlayson, intuyendo sus intenciones, obedeció. Cuando el abogado cerró la puerta él se levantó y fue hacia ella y pegó la oreja a la misma. Escuchó durante unos minutos sin conseguir oír nada. La gruesa puerta impedía que ningún sonido se filtrase. No se dejó

amilanar por el fracaso. Reflexionó. Estaba convencido de que la conversación había sido escuchada, probablemente por el secretario, pero tenía que descubrir cómo.

Volvió a sentarse. Cuando Finlayson regresó ya había decidido el plan que iba a seguir.

—Envíe a su secretario a hacer algún recado. Necesito que se aleje de aquí durante un rato.

Finlayson no puso objeciones. Si era cierto que Jones había desvelado secretos de sus clientes, él era el mayor interesado en descubrirlo.

Cuando el secretario se hubo marchado, Kenneth se puso de inmediato en acción. Revisó la sala que Jones ocupaba buscando algún hueco u orificio en la pared por el que se pudiera escuchar lo que se hablaba en el despacho. Tras un concienzudo escrutinio, desistió. Allí no había nada de lo que estaba buscando.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —preguntó Kenneth. Era la única habitación contigua.

—Es el depósito donde almacenamos los expedientes antiguos y multitud de enseres.

Kenneth entró. Las paredes estaban llenas de estanterías en las que se amontonaban papeles y libros. Comprendió que le llevaría un buen rato retirarlos, pero la suerte estuvo de su lado. Observó que el polvo se acumulaba en todas las superficies excepto en una pequeña zona. Apartó los libros que allí reposaban y advirtió que uno de los ladrillos estaba suelto. Al sacarlo quedó al descubierto la tela que cubría la pared del despacho contiguo.

—Aquí lo tiene. Así se enteró de los términos de la cláusula. Nos escuchó mientras hablábamos.

Finlayson se quedó lívido. Se preguntaba cuánto tiempo había dedicado, el que hasta ahora creía fiel empleado, a espiar las conversaciones con sus clientes y, sobre todo, cuánto provecho había sacado de ello. Si se divulgaba, la ruina caería sobre él. Nadie confiaría en su discreción.

—Lo pondré de inmediato en conocimiento de la justicia y será castigado por su felonía —le aseguró, asumiendo con estoicismo la catástrofe que se le venía encima.

—Déjeme primero hablar con él. Tengo algunas preguntas que hacerle. Mientras regresa, requeriré de sus servicios. Quiero que redacte un documento.

Un par de horas más tarde, Kenneth abandonaba satisfecho el despacho de Finlayson. Jones no había sido difícil de disuadir y, al verse descubierto, había cantado como un verdadero barítono. Explicó

que Fergus Murray le había ofrecido una buena cantidad por informarle del contenido de las dos cláusulas del testamento. Él le explicó que no tenía acceso a esos documentos, pero el hacendado insistió en pagarle por cualquier información valiosa que pudiera proporcionarle. Cuando Kenneth se personó y pudo escuchar la conversación, se lo comunicó a Fergus; lo mismo hizo cuando volvió a la semana siguiente.

Pero lo más importante era lo que Kenneth llevaba en su bolsillo: un documento por el que le cedía a Briana un tercio de las tierras, de las que tomaría posesión al convertirse en su esposa, quedándose él sin nada en caso de que lo despojaran de la herencia por incumplimiento de alguna de las exigencias que dicha cláusula contenía, como divorciarse o pasar más de seis meses fuera de Dolmuck. Así le demostraría que sus intenciones eran lícitas y que se casaba con ella por amor y deseaba permanecer a su lado de por vida.

Cuando llegó a Dolmuck el sol comenzaba a declinar. Sin demorarse, fue a buscar a Briana. A esa hora solía estar en la habitación de su hija repasando las lecciones diarias. Al no hallarse Nerys allí, presumió que estaba en el pequeño saloncito del ala este, del que había hecho su refugio cuando deseaba disfrutar de un rato de soledad.

No la encontró. Tampoco en la biblioteca, por lo que decidió ir a la cocina. Le gustaba charlar con el resto de las mujeres de la casa mientras preparaba algún plato con las recetas de Roselyn, a las que se había aficionado.

En la cocina, como era habitual, encontró a Grizela y a Crissa enfrascadas en una conversación junto al fuego del hogar. Aileen y Hazel, sentadas en la gran mesa, pelaban patatas para la cena y escuchaban a las dos ancianas. Jane, que, desde la muerte de su marido, había perdido la alegría y parte de la vitalidad, solía pasar muchos ratos en su habitación.

Cuando Kenneth entró, se hizo un tenso silencio.

—¿Dónde está Briana? —preguntó a nadie en concreto.

No obtuvo respuesta y, por la seriedad que mostraban los rostros y los esfuerzos por parecer ocupadas, Kenneth intuyó que algo ocurría.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar, en esta ocasión alarmado.

Grizela se levantó y, apoyada en un bastón, se encaminó a la puerta.

—Vamos fuera, Cainnech, los rayos del sol aún calientan. Ayúdame a recoger algunas zanahorias para la cena.

Kenneth obedeció. Presumía que lo que pensaba contarle no le iba a gustar.

Cuando llegaron al pequeño huerto situado en la parte posterior de la edificación, Grizela se sentó en el murete semiderruido que había formado parte de la muralla protectora.

—Briana se ha marchado —dijo la anciana sin rodeos. Era partidaria de enfrentar los problemas cara a cara.

Aunque Kenneth lo esperaba, la noticia no le causó menos dolor.

—¿Dónde?

—Ha ido a Lochill.

—Iré a buscarla. Su hogar es este —decidió resuelto y comenzó a caminar hacia la casa.

—No lo harás. Necesita alejarse de aquí algunos días para reflexionar.

Kenneth retrocedió los pocos pasos que había dado.

—Te ha contado lo ocurrido. —Fue más una afirmación que una pregunta.

—Lo ha hecho. Actuaste mal. Debiste decirle lo que te traías entre manos cuando pusiste los pies en Dolmuck.

—No la engañé, Grizela, si es a lo que te refieres. La quiero y deseo que sea mi esposa. No tiene nada que ver con las condiciones impuestas por mi abuelo.

—Te creo, pero ella necesita convencerse de tu sinceridad. Deja que medite. Te ama, desde hace muchos años, y acabará por darse cuenta de que tus intenciones son nobles. Créeme, es mejor esperar. Si la boda se retrasa unas semanas, no importa, mejor eso a que se arrepienta y no se celebre nunca.

—Está bien, le daré un par de días e iré a por ellas —aceptó Kenneth a regañadientes.

Fue a marcharse cuando se acordó de algo.

—Grizela, en una ocasión aludiste a la enemistad entre mi abuelo y Fergus Murray y que iba más allá del asunto de las tierras, ¿a qué te referías?

La anciana suspiró. Prefería no revelar a nadie más esa triste historia, pero era justo que Kenneth la conociese.

—Siéntate a mi lado —le pidió. Kenneth obedeció y Grizela comenzó a desvelar un secreto que le pesaba como una losa en su conciencia—. En efecto, la inquina entre las dos familias venía de antes de que tu abuelo y Fergus nacieran, pero esta se recrudeció con

el tiempo. Angus perdió a su esposa y al hijo que esperaba y necesitaba casarse de nuevo. Un día encontró en los campos a Moira, tu abuela, una jovencita muy hermosa que era hija de uno de sus arrendatarios. Se enamoró de ella y decidió desposarla. Pero Moira estaba enamorada de otro. —Grizela suspiró—. Llevaba un año viéndose a escondidas con Fergus, porque ambos eran muy jóvenes para pensar en matrimonio. Tu abuela no quería casarse con el *laird* y le suplicó a su padre que no la forzara. No lo consiguió y tuvo que obedecer. Juró que se vengaría y unos días antes del enlace se entregó a Fergus. La noche de bodas tu abuelo descubrió que su esposa no era la doncella que él había esperado y eso lo hundió. La obligó a decirle quién había sido su amante y ella disfrutó al hacerlo. Le dijo todo lo que guardaba su corazón: que amaba a Fergus más que a su vida, que estaba en cinta de él, que huiría para reunirse con su amado… Los gritos traspasaron la puerta de la habitación y yo, que dormía en la de enfrente, lo escuché todo.

Grizela mostró un gesto de pesar. «El amor, siempre el amor, que puede ser maravilloso y, al mismo tiempo, la mayor fuente de desdicha», se dijo. Miró el rostro serio de Kenneth y continuó.

—Angus la encerró en la habitación, a la que solo él y yo teníamos acceso. Al confirmarse que estaba en cinta, casi enloqueció, convencido de que el hijo que portaba no era suyo. Cuando Moira dio a luz a una niña, tu madre, nueve meses después, se hundió en la desesperación. No quería verla, ni tocarla, ni amamantarla… Así estuvo varios días hasta que una noche, tras una fuerte discusión con Angus, se tiró por la ventana de su habitación. —Calló durante unos segundos, abrumada por los tristes recuerdos. La terrible escena parecía estar representándose ante sus ojos—. Todos acusaron a tu abuelo de haber matado a su esposa. Y aunque no fue así, él tuvo que soportar esa culpa toda la vida… y también la cruel incertidumbre de no saber si aquella niña era hija suya o de su peor enemigo.

Kenneth se quedó atónito. Ahora comprendía tantas cosas…

Grizela, al ver su rostro demudado, sintió pena, pero era justo que conociese aquel terrible secreto.

—Siento que hayas tenido que enterarte.

—No te preocupes, Grizela, has hecho bien en contármelo. Ahora entiendo la amargura que acompañaba a mi abuelo, sus desprecios hacia mí y hacia mi madre —reconoció con pesadumbre.

—Tu abuelo era muy terco y orgulloso. Nunca quiso ver el parecido que les unía a él y su hija. Prefirió creer las palabras de su esposa, fruto del odio que le profesaba.

—Un motivo más para que Fergus quisiera matarlo: le robó a

la mujer que amaba.

—Cierto, ese sería un buen motivo, aunque si no fuera por el escrito que dejó, nunca se lo habría atribuido —reconoció Grizela. Kenneth le había explicado la trágica muerte de Fergus y la nota en la que se incriminaba de los crímenes—. Era un hombre ambicioso y aborrecía a Angus por todas esas razones, pero si hubiera querido matarlo lo habría hecho mucho antes, cuando Moira seguía viva para recuperarla. Y si pretendía matarte, ¿por qué insistía en comprarte las tierras? —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. No me convence. ¿Estás seguro de que él escribió esa carta?

Las palabras de Grizela reforzaron las dudas que Kenneth albergaba desde que se enteró de esa oportuna confesión, pero, si no había sido Fergus Murray el instigador de la muerte de su abuelo y de sus dos intentos de asesinato, ¿quién podía ser?

Capítulo 41

Hacía cinco días que Briana se había marchado y Kenneth no tenía ánimos para enfrentarse a ella, no hasta que la zozobra surgida por las revelaciones de Grizela desapareciera. ¿Y si Angus MacLennan no era su abuelo y lo había sido Fergus Murray? Aunque la anciana estuviese convencida del parecido entre su madre y su abuelo, la incertidumbre lo atormentaba hasta el punto de posponer la visita a Lochill. Se planteaba muchas cuestiones: ¿Era justo que heredase a Angus cuando tal vez no era familiar suyo? ¿Tenía derecho a arrebatarles la herencia a Briana y Ewen, que sí llevaban sangre MacLennan en sus venas? ¿Qué podía ofrecer un hombre que no tenía la certeza de quiénes eran sus antepasados?

Sumido en sus cavilaciones, no advirtió que alguien se le acercaba hasta que una voz conocida lo saludó.

—Qué decepción, hermano, esperaba encontrarte convertido en un auténtico *highlander*, con faldas, la cabellera al viento y una daga en la cintura.

Kenneth se giró para encontrarse con el sonriente rostro del pequeño de los Rawson.

—¡Gregory!, ¿qué haces tan lejos de Londres? —preguntó con franca alegría. La llegada de su hermano era un motivo de regocijo que aliviaba en parte su abatimiento.

Dejó de cepillar a Diablo, que protestó con un relincho, y le dio un efusivo abrazo. Gregory correspondió con idéntico agrado.

—Me he enterado de que estabas en dificultades y he venido a echarte una mano —respondió con sutil ironía. Los hijos de Dougal le habían informado de lo ocurrido y quiso cerciorarse de la gravedad de la situación.

—Gracias por tu interés, muchacho, pero ya se ha resuelto el problema.

—Vaya, y yo que venía pensando que aquí encontraría un poco de acción —se quejó con una simpática mueca.

—¿No me digas que echas de menos los viejos tiempos? ¿Ya te has cansado de la vida tranquila y hogareña que tanto ansiabas hace seis meses? —se burló Kenneth.

—De ningún modo. Soy más feliz de lo que nunca soñé, lo que no impide que me guste hacer ejercicio de vez en cuando.

—Pues lo siento, pero aquí vas a encontrar poco del tipo al

que aludes, a no ser que Eckersley te haya encargado alguna misión.

—Si te refieres al asunto de las revueltas independentistas, poco queda por hacer. *Sir* William ordenó detener a todos los implicados y ya se encuentran en prisión. He traído en uno de mis barcos, que está atracado en Inverness, un escuadrón de infantes para que reemplacen a los existentes en Fort George, que serán destinados a lugares distintos para evitar resurgimientos indeseados. También se ha reforzado la vigilancia en torno al castillo de Edimburgo, por si persisten algunos disidentes que puedan causar problemas.

—Me alegra que todo se haya resuelto. Y dime, ¿cómo está la familia? ¿Y Adele?

—Todos bien, por lo que sé. Padre con sus sesiones en el Parlamento, Julian y Claire en su finca con los dos diablillos que tienen por hijos, mi madre con sus obras sociales, ya que no tiene ningún soltero a mano para buscarle pareja, y Adele disfrutando de su embarazo, lo que no le impide acudir al hospital donde colabora como voluntaria. Por cierto, estoy deseando conocer a la excepcional mujer que ha conseguido convencerte para que decidas engrosar el grupo de felices casados. ¿Cuándo me la presentarás?

El rostro de Kenneth se ensombreció, lo que no pasó desapercibido a Gregory.

—No se encuentra aquí —reconoció de forma escueta.

—Detecto nubes de tormenta en el horizonte. ¿No os habéis casado y ya tenéis vuestra primera disputa importante? No es buen augurio para un venturoso matrimonio, créeme —dijo con esa media sonrisa que añadía más atractivo a su rostro.

—Nadie te ha pedido tu opinión, muchacho, por muy entendido en mujeres que seas —repuso Kenneth frunciendo el ceño. No necesitaba que le recordasen lo estúpido que era.

—Un sabio consejo suele venir bien. Pero tú sabrás. Cuéntame cómo se ha resuelto ese problema. Los hermanos Connley me dijeron que te habían disparado en dos ocasiones; una de ellas, lograron herirte de gravedad y la otra conseguisteis capturar al agresor. ¿Cuál fue el motivo de esos actos? Según ellos, no tenían nada que ver con la misión que te habían encomendado.

—Es cierto, se trataba de una rencilla personal, pero vamos a tomar un trago. Debes necesitarlo después de la cabalgada desde Inverness.

—No sabes cuánto. Casi se me había olvidado el frío que hace por estas tierras.

—Al menos, el aire que se respira aquí es mucho más puro que en Londres y el frío se elimina con buenas ropas de abrigo.

—Ya veo que te estás adaptando bien a tu nueva vida, hermano. Dentro de nada te veremos con las piernas al aire y tocando la gaita al amanecer —sugirió Gregory con sorna.

—No descarto ni lo uno ni lo otro, chico —admitió con una risotada.

Ambos se dirigieron hacia la casa. Una vez sentados en los cómodos sillones de la biblioteca y al calor de la chimenea, Kenneth le refirió todo lo ocurrido.

—¿Dices que no te convence cómo se ha resuelto el problema? ¿Qué sospechas? —Si Kenneth dudaba de esa resolución era porque algo iba mal, pensó Gregory. Su hermano, y lo había comprobado, era un observador muy sagaz y destacaban en él su destreza e intuición para resolver enigmas; y este era uno bien enrevesado.

—Todo me pareció muy extraño desde el principio, tanto el suicidio de Fergus Murray como su confesión; y el asesino que contrató para matarme…

—¿Por qué te suscitan dudas?

—Fergus no era el tipo de persona que recurriese a quitarse la vida, en eso coincidimos todos. Aunque fuese culpable, habría luchado por defender su inocencia. Tenía dinero e influencia para convencer a cualquier juez. Y Niall Jamieson, el hombre que me disparó en dos ocasiones, no parecía un asesino, he visto a muchos en mi vida y creo distinguirlos. Cuando espiraba me dio la impresión de que había obrado coaccionado por algo o por alguien. Tuvo que tener algún motivo más poderoso que el dinero para incitarle a actuar de ese modo.

—Su viuda dijo que Murray le había pagado por unos trabajos, ¿no es cierto?

—En efecto, pero cabe la posibilidad de que le pagara solo para cazar lobos, como ella defiende.

—¿Por qué entonces tomó Murray el veneno y confesó por escrito?

—¿Y si no fue él? Otra persona puede estar detrás de esto y ha querido hacer responsable a Fergus.

—Intuyo que tienes un nombre —dijo Gregory con perspicacia.

—Lo tengo, aunque me cuesta creerlo —reconoció.

—¿De quién se trata?

—Ewen Fletcher.

—¿Tu futuro cuñado?

—El mismo.

Gregory hizo un gesto de pesar. Kenneth tenía un serio

problema si Fletcher era el culpable, y de ahí vendrían las desavenencias entre su prometida y él.

—Como he dicho, me cuesta creer que Ewen haya ideado ese enrevesado plan. Primero, porque no le creo tan retorcido y, además, porque le habría resultado difícil hacer que Fergus escribiese la nota y tomase el veneno. Pero es la única persona, aparte del propio Fergus, con poderosos motivos para querer matar a mi abuelo y a mí, a no ser que existan otras posibilidades más incomprensibles.

—¿Y si ambos sucesos no están relacionados, como piensas desde el principio? Bien podría ser que Fletcher envenenara a tu abuelo y luego coaccionara a Murray para que admitiera que había sido él, y Jamieson, por cuestiones personales, disparó contra ti —sugirió Gregory.

Kenneth reflexionó. Era una posibilidad que debía tener en cuenta.

—Tal vez tengas razón y habría que investigar cada caso por reparado.

—Yo empezaría por la viuda de Jamieson. Tal vez sepa más de lo que dice —propuso.

—Te agradecería que lo intentases. Puede que consigas más información.

—Si guarda algún secreto lo averiguaré —afirmó Gregory.

Kenneth asintió. Su hermano pequeño conocía muy bien a las mujeres y sabía cómo tratarla, él era el adecuado para interrogar a la afligida viuda.

Llamó al tirador y en pocos minutos se personó Jane en la biblioteca.

—¿Deseaba algo, señor MacLennan? —preguntó, omitiendo el trato familiar que solía emplear al estar en presencia de un invitado.

—Queríamos hablar contigo. Siéntate, por favor —le pidió.

Jane obedeció. Parecía inquieta y temerosa, como venía mostrándose desde que su marido había muerto.

—Este es mi hermano, *lord* Gregory Rawson.

—*Milord*…

—Un placer, Jane. Mi hermano me ha informado de su triste desgracia. Permítame que la acompañe en su dolor. Debió de ser muy duro perder a su marido y enterarse del tipo de persona que era el mismo día.

Gregory advirtió la reticencia de ella a hablar delante de Kenneth y, con un gesto disimulado, le indicó que se marchara. Una vez que hubo salido, Jane pareció relajarse un poco.

—Yo nunca pensé que fuera capaz de algo así. Era buena

persona y muy trabajador. Debió de volverse loco —insistió Jane en su inocencia.

—Tal vez, o puede que albergara algún tipo de animadversión por mi hermano y eso lo llevó a actuar de aquella manera. ¿Le comentó algo sobre ello en alguna ocasión?

La existencia de la carta en la que Fergus admitía su culpabilidad y la de Niall, así como la trágica muerte de Angus, no se había divulgado. En la casa solo lo sabían, aparte de Kenneth y Briana, Grizela y Dougal, y ahora Gregory. Jane no encontraba explicación al hecho de que su marido hubiese disparado contra Kenneth.

—No creo que lo conociera, aunque lo cierto es que parecía más tenso desde que se enteró que el señor MacLennan era el nuevo heredero.

Gregory se puso alerta.

—¿Y cuál sería la razón? Me han dicho que su marido estuvo en el Ejército, al igual que mi hermano; puede que se conocieran allí y le guardase algún tipo de rencor, ¿no le parece? Él no recuerda a ningún Niall Jamieson, aunque le pudo pasar desapercibido. ¿Está segura de que su marido no le comentó algo al respecto? —insistió Gregory. La forma en la que ella retorcía el delantal le indicaba que no era del todo sincera. Tendría que ir con más tacto—. Claro está que nadie le haría responsable de no haber facilitado esa información. Hay veces que esas cosas no se recuerdan hasta que pasa un tiempo.

Jane se debatía entre el deber y la obligación. Gregory lo advertía en la expresión de su rostro, en el que leía como en un libro abierto.

—Le prometí no decirlo a nadie, pero ya no importa. Espero que me perdone, y Kenneth también —dijo al fin con voz saturada de remordimiento.

Gregory sintió un interior cosquilleo de expectación. La dama comenzaba a desvelar sus secretos. Se recomendó ir con tacto para no asustarla.

—No se preocupe, mi hermano es una persona muy comprensiva y tendrá en cuenta que se vio obligada por los votos matrimoniales —le aseguró con su sonrisa más seductora, a la que ninguna mujer podía resistirse.

—Así es. Era mi marido y le debía obediencia.

—¿Y qué es eso que tanto temía que se supiera?

—Verá, *milord*, Jamieson no era su verdadero apellido ni era hijo de un pescador de la isla de Skye. Su verdadero nombre era Niall Hoggan y su familia arrendaba una granja en el noroeste, en Strathnaver. Se lo cambió cuando… desertó del Ejército. —Jane bajó

la cabeza apesadumbrada. Le atormentaba haber traicionado a su esposo y añadir otra mancha a su deshonroso recuerdo.

Gregory pensó que ahí podía estar el origen de la rencilla. Si había coincidido con Kenneth en alguna ocasión, temería que pudiera denunciarlo a las autoridades.

—Muchas gracias por la información, Jane. Ha sido de gran ayuda. Si recuerda algo más que relacione a su marido con mi hermano, no dude en comentárnoslo. —Gregory se levantó y le dio la mano para ayudarla, en un galante gesto.

—Dígale a Kenneth que no creí que tuviera importancia hasta que usted me lo ha hecho ver. Lo siento mucho. —Jane comenzó a llorar. Temía que la encarcelaran por haber protegido a un desertor.

Gregory la atrajo a sus brazos en un espontáneo gesto de consuelo que ella agradeció. No soportaba ver sufrir a ninguna mujer.

—Puede estar tranquila, ninguna culpa recaerá sobre usted. Solo protegía a su marido. Además, si hubiese tenido la sospecha de que había un motivo de hostilidad entre ambos, no lo habría ocultado.

—Tenga la total seguridad. No iba a consentir que un acto tan cruel quedase impune y menos contra un familiar del antiguo *laird* y de Briana, a quienes tanto debo.

—Pues marche tranquila.

Cuando Jane salió, Gregory fue en busca de Kenneth. Lo encontró en un pequeño huerto en la parte trasera del castillo, ayudando a una anciana a recoger hierbas.

—Grizela, este es mi hermano pequeño, *lord* Gregory Rawson, que ha venido unos días de visita —dijo con visible afecto.

—Es innegable que el aire de familia está impreso en ambos rostros —valoró Grizela, sintiendo una inmediata simpatía por el recién llegado, de sincera sonrisa y mirada limpia.

—Un verdadero honor, señora. —Gregory se inclinó en una grácil reverencia—. Mi hermano nos ha comentado que usted lo cuidó cuando era un jovencito enclenque y asustado. Veo que hizo una gran labor.

—Asustado tal vez, enclenque nunca. Desde pequeño ya se apreciaba que iba a ser un buen mozo —puntualizó ella con cariño.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Kenneth a su hermano sin disimular la ansiedad que sentía.

—Puede, eso tendrás que valorarlo tú.

—Cuéntanos. A Grizela le interesa oírlo.

Gregory les refirió lo que Jane le había confesado.

—Tampoco recuerdo a ningún soldado con ese nombre, aunque, si pensó que estaba al tanto de su deserción, tendría un

motivo para atacarme.

—Eso he pensado. Tenía mucho que perder si se descubría su delito, de ahí que estuviese inquieto desde que se enteró de que eras el heredero y acabarías viniendo por aquí.

—Me alegra que esa fuese la razón —reconoció Kenneth. El que Fergus Murray, que podía ser su abuelo, hubiese mandado matarlo era algo que lo atormentaba.

Grizela comprendió a qué se refería.

—Ya te dije que Fergus tenía sus defectos, pero que no le creía un asesino. Todavía pongo en duda que matase a tu abuelo.

—Me temo que en ese caso sí es responsable, Grizela —admitió Kenneth, y dirigiéndose a Gregory—: Vamos a cabalgar un rato y disfrutarás de la belleza de estas tierras.

Iban a marcharse cuando Grizela los detuvo.

—¿Has dicho que el verdadero apellido de Niall era Hoggan y que procedía de Strathnaver?

—En efecto, señora, eso es lo que su viuda ha declarado —respondió Gregory.

—¿Por qué lo preguntas? —indagó Kenneth expectante.

—Acabo de recordar que la esposa de Alexander Murray, Catriona, procede de aquella zona; lo que no recuerdo es su apellido de soltera. Puede que se conociesen.

Kenneth y Gregory se miraron. Ninguno de ellos creía en las coincidencias y menos cuando había un delito de por medio.

—¿Quién podría saberlo, aparte de ella misma y su marido? —preguntó Kenneth. Un negro presentimiento lo sacudió al recordar las últimas palabras de Niall: «Tuve que hacerlo» «Se lo debía» «La quiero. Es mi familia». En un principio creyó que se refería a Jane, su esposa, y lo hacía por ella, para poder marcharse a Edimburgo como era su sueño, pero ¿y si se estaba refiriendo a Catriona? Si se trataba de un familiar y ella se lo pidió, a Niall le costaría negarse.

—El doctor MacKay, que la acogió en su casa al quedar huérfana. Estuvo cuidando de su esposa hasta que murió. Alexander la conoció cuando acudía a la consulta para tratarse los dolores que su pierna tullida le provoca.

Los hermanos apenas escucharon las últimas palabras de Grizela. Marcharon al galope hacia la casa de MacKay.

Capítulo 42

Anochecía cuando Kenneth y Gregory avistaron las dos torres cuadradas que se levantaban en los extremos de la gran mansión. Lochill aparecía apenas visible por la escasa luz, pero lo que los dos hermanos divisaron con nitidez fue el resplandor del fuego que salía por una de las ventanas de la torre oeste. Espolearon los caballos presos de una terrible premonición.

Las palabras de MacKay habían sembrado el temor en ellos cuando un rato antes le habían preguntado. El doctor les contó que conocía al padre de Catriona, pues ambos procedían de la misma región. Cuando se enteró de que había muerto en el incendio de su vivienda y poco tiempo atrás también la madre, le dio cobijo a la desamparada jovencita, que entonces tenía quince años. Su esposa estaba recluida en cama y necesitaba a alguien que la cuidase.

Catriona se adaptó muy bien y cuidaba de la casa y de la inválida con diligencia y cariño, hasta que murió a los pocos meses. Ambos lloraron su pérdida y Murdock decidió seguir dando trabajo y refugio a la joven, que no tenía adónde ir. Alexander, que estaba enamorado de ella desde la primera vez que la vio, le propuso matrimonio en cuanto ella cumplió los dieciocho años y Catriona aceptó entusiasmada.

Los Hoggan tenían un hijo mayor, que había ingresado muy joven en un regimiento de las Highlands como muchos otros. No podía asegurar que se tratase de Niall, al que había visto en Dolmuck en una ocasión, pero recordaba que su rostro le resultó familiar, tal vez porque se parecía a su padre.

Después de escuchar las explicaciones del doctor, ambos se convencieron de que había muchas posibilidades de que Catriona y Niall fuesen hermanos, pero solo ella lo podía confirmar. Gregory le recomendó a Kenneth que actuase con cautela. No sabían quiénes estaban implicados. Si Fergus no fue el que pagó para matarlo, bien pudo ser Alexander, que actuaba en complicidad con su esposa. Los motivos eran obvios: eliminarlo para que los hermanos Fletcher heredasen. ¿Qué les tenían preparado a ellos? Probablemente el mismo destino. Al quedar Nerys heredera, ellos, que parecían adorar a la niña, se convertirían en sus tutores y, por lo tanto, en los dueños de Dolmuck.

Cuando llegaron a esa pavorosa conclusión, comprendieron

que Briana estaba en peligro, y ya nada pudo detener a Kenneth. Se lanzó al galope hacia Lochill.

Llegaron en pocos minutos y descabalgaron al salto. El fuego cubría la mitad superior de la torre y varias personas se concentraban en el gran patio delantero observando impotentes cómo las llamas devoraban el regio edificio. Kenneth comenzó a buscar a Briana y Nerys entre ellos, mientras Gregory organizaba a los presentes para que lo ayudasen a atajar el fuego.

—¡Primo Kenneth! —exclamó una vocecita desesperada.

Nerys corrió hacia él y se abrazó a sus piernas llorando asustada.

—Y tu madre, cariño, ¿dónde está?

—No lo sé. La tía Catriona me ha dicho que estaba aquí, pero no la encuentro. Tengo mucho miedo.

A Kenneth se le encogió el corazón al advertir el pánico en los ojos de la niña y sintió una rabia interna que amenazaba con ahogarlo.

—Quédate aquí y no te muevas. Yo la buscaré —le ordenó, y pidió a una de las doncellas que la cuidase.

—Voy a entrar —avisó a Gregory mientras se quitaba la levita y se encaminaba hacia la puerta de entrada.

—Te acompaño.

—No. Continúa con lo que estás haciendo. Hay que sofocar el fuego lo antes posible —indicó a su hermano y, sin pensarlo más, entró en la casa.

Del amplio vestíbulo salían dos escaleras, cada una hacia un ala de la mansión. Subió por la escalera oeste, presumiendo que en esa zona encontraría a Briana. Si su intuición no le fallaba, Catriona habría provocado el incendio para acabar con ella, al igual que había hecho años antes en Dolmuck. Ya le pareció extraño aquel incendio cuando Grizela le habló de él, y ahora las piezas encajaban.

Al llegar al primer piso divisó entre el humo a dos figuras en medio del largo pasillo. Con el fondo terrorífico de las llamas, Catriona, pistola en mano, apuntaba a su marido. Kenneth se quedó petrificado, sin hacer ningún movimiento para no perturbar más a la mujer, que parecía haber enloquecido.

—Déjala salir, Catriona, no añadas más muertes a tu conciencia —le rogaba Alexander apoyado en la pared.

—¿Crees que me importa? Ella es solo una pieza más de este juego que pienso ganar —se jactó. Aunque sus planes no estaban yendo como esperaba, al no haber sido capaz el estúpido de su hermano de matar al nuevo *laird*, al igual que tampoco lo hizo con su

padre cuando le contó los numerosos abusos que sufría por su parte, ella se encargaría de enmendarlo.

—¿Hasta dónde va a llevarte tu ambición? ¿A cuántos matarás para conseguir lo que quieres? —La voz de Alexander era pura amargura y desesperación, pero no logró conmover a su esposa.

—A todos los que sea necesario, empezando por ti. He soportado demasiado tiempo a un lisiado que no ha sido capaz ni de darme un hijo. Ve a reunirte con tu infame padre. —El odio que destilaba su voz era tan mortífero como el brillo demoníaco de sus ojos.

Catriona apuntó a su marido, pero antes de que lograse disparar se escuchó un sonido. Un grito de dolor escapó de la boca de la mujer al sentir el impacto de la bala en el brazo, que le hizo soltar el arma. Maldijo al ver la alta figura de Kenneth que, tras haber tirado la pistola, empuñaba un puñal.

—Maldito MacLennan. Yo acabaré contigo —dijo Catriona con el rostro deformado por la cólera salvaje que la dominaba. Se agachó a recoger el arma y, al dar un paso atrás, las llamas que avanzaban por la alfombra prendieron en su falda.

No lo advirtió, ofuscada en encontrar la pistola que el denso humo le impedía localizar, hasta que el vestido se convirtió en una enorme tea ardiente. Ella comenzó a gritar y quiso desgarrarlo, pero el fuego ya se había extendido por sus brazos.

Alexander se lanzó a ayudar a su esposa en una carrera desesperada. La tumbó y se tendió sobre ella en un intento por apagar el fuego con su cuerpo, lo que ocasionó que las llamas también lo quemaran.

Kenneth desgarró el cortinaje que cubría una de las ventanas y se lo echó por encima a los dos cuerpos fundidos en un letal abrazo, apagando el fuego que los estaba devorando. Tiró de ellos hasta ponerlos a salvo de las devastadoras llamas que avanzaban destruyendo todo a su paso. Sin perder más tiempo, comenzó a abrir puertas para localizar a Briana sin dejar de gritar su nombre.

Desesperado, comprendió que debía de estar en alguna habitación de la zona incendiada. Llenó sus pulmones de aire y, cubierto por el cortinón que antes había utilizado, se dispuso a avanzar entre las llamas.

—¡Kenneth!

El grito desgarrador lo frenó. Miró hacia atrás y vio a Briana correr hacia él. La sensación de alivio fue tan intensa que no acertó a moverse de allí.

Briana llegó a su lado y ambos se fundieron en un estrecho

abrazo, que ni el llanto de ella ni los esfuerzos por respirar de él lograban deshacer.

Lo consiguió la voz de Gregory.

—Echad una mano. Ya disfrutaréis de las efusiones de cariño cuando no corramos riesgo de achicharrarnos —dijo mientras golpeaba las llamas con una tela húmeda.

Kenneth cogió otro lienzo y siguió el ejemplo de su hermano; Briana y el resto de los sirvientes ayudaban acarreando cubos con agua. Ella, que había pasado por una situación similar cuando se produjo el incendio en Dolmuck, sabía bien lo que había que hacer y dirigió con diligencia y mano firme la tarea.

Tras casi una hora de agotador trabajo, luchando contra el fuego abrasador y el humo que viciaba el aire y lo hacía irrespirable, lograron sofocar el incendio, que no llegó a extenderse al resto del edificio, pero que consumió las dos plantas superiores de la torre. El fuego se había originado en el extremo del pasillo, frente a la puerta de la habitación de Briana, que Catriona había cerrado por fuera para impedir que saliera. No contaba con la determinación de ella, que, anudando varias sábanas, había logrado descolgarse por la ventana y llegar al suelo sin sufrir daño.

Cuando Kenneth y Gregory salieron al exterior, divisaron los cuerpos de Catriona y Alexander tendidos en el jardín. El doctor MacKay, que los había seguido, se ocupaba de atenderlos con la ayuda de Briana, y varios sirvientes sostenían antorchas para iluminar la negra noche.

Kenneth, un hombre curtido en mil batallas, se impresionó al ver el rostro de Catriona, completamente quemado, cuyos únicos signos de vida eran sus ojos abiertos en los que el brillo maléfico iba apagándose poco a poco. Miró al doctor y este, con un gesto de negación, le indicó que todo estaba perdido. MacKay no comprendía cómo quedaban restos de vida en aquel cuerpo consumido por las llamas. La fuerza del mal era la que se resistía a dejarla marchar; y fue el único que lloró la muerte de aquella muchacha a la que había querido como a una hija.

Con grandes quemaduras, el estado de Alexander era grave, aunque continuaba con vida. Lo trasladaron al gran salón de la casa, situado en el ala este, y lo depositaron en un improvisado camastro. MacKay, que había enviado a unos sirvientes a su casa para que le trajeran los medicamentos necesarios, se dedicó a desprender del cuerpo del herido las ropas quemadas, llevándose con ella grandes trozos de piel. El dolor lo había dejado inconsciente, lo que le evitó la tortura que le habría supuesto el proceso.

Capítulo 43

Varias horas más tarde, MacKay entró en la biblioteca donde Kenneth y Gregory descansaban con un vaso de *whisky* en las manos. Briana se había unido a ellos poco antes, tras dejar a su hija dormida y al cuidado de una de las doncellas.

Gregory había quedado fascinado con Briana, a la que consideraba una mujer valiente y resolutiva, aparte de hermosa. Cuando la vio llegar desde la parte trasera del edificio y abrazar a su hija, dedujo que se trataba de la prometida de su hermano. Al preguntar si alguien quedaba en la casa y decirle que Kenneth estaba dentro, Briana partió veloz a rescatarlo. Él fue a detenerla y ella se desasió de un manotazo y se introdujo en el edificio en llamas. En ese momento supo que su hermano no podía haber elegido mejor.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Briana con ansiedad.

El gesto de pesadumbre en el rostro de MacKay les adelantaba las malas noticias que iba a dar.

—Los daños son peores de lo que pensaba. Tiene más de la mitad del cuerpo quemado, ha perdido la visión y sus pulmones se han visto afectados. Todo lo mataría en pocas semanas, pero antes lo harán las infecciones que no conseguiremos evitar. Los próximos tres días serán cruciales. Si logra superarlos, tal vez tenga alguna posibilidad de sobrevivir unos meses más —se compadeció.

Todos lamentaron el triste destino de Alexander Murray, un hombre que ya había nacido con una desgracia y que no logró superarla a lo largo de su vida porque su padre, la persona que más debió quererlo y apoyarlo, lo despreciaba.

—¿Podemos hacer algo para ayudar? —preguntó Kenneth.

—Por él, poco más, solo hacerle más fácil sus últimas horas. Ahora está consciente, aunque débil, y ha pedido hablar con vosotros —indicó a Kenneth y Briana.

Ambos se levantaron y fueron a la habitación en la que Alexander descansaba. Tendido sobre el sencillo lecho, el doctor le había recubierto el cuerpo con miel y protegido con blancos lienzos. Tenía quemaduras en la mitad derecha del rostro y en la cabeza, donde había perdido el cabello. Los ojos estaban ocultos bajo un paño húmedo. Había tomado una buena cantidad de tisana elaborada con corteza de sauce blanco para aliviar el terrible dolor que sufría.

—Alexander, Kenneth está conmigo. Te escuchamos —dijo

Briana cuando estuvo a su lado. No quería tocarlo, pues sabía que ese gesto le causaría más dolor.

Él reaccionó a la voz y quiso girar la cabeza. Un gemido surgió de sus labios y desistió.

—Quiero que me perdonéis por todo el daño que os he hecho —dijo con voz débil pero clara.

—Tú no tienes la culpa de esta tragedia —le aseguró Briana.

Kenneth les había relatado la conversación escuchada entre Alexander y Catriona, por lo que deducía que ella había maquinado un plan para hacerse con Dolmuck cuando su hermano recaló por allí al desertar del Ejército. No pensaba que Fergus hubiese estado implicado, al contrario, fue otra víctima de la ambición de una mujer trastornada.

—Sí, tengo parte de culpa en tanta tragedia. Debí de haber confesado mis sospechas al alguacil, pero fui cobarde. No quería perder a la única persona que me demostraba cariño, aunque resultase que era fingido. —Ahogó un sollozo. Le dolían más las crueles palabras llenas de resentimiento que Catriona le dirigió que las quemaduras que le habían arrancado la piel—. Comencé a recelar de ella cuando mi padre murió. Me pareció increíble que decidiera suicidarse, estaba demasiado apegado a la vida para hacerlo; y menos que declarase haber pagado a Jamieson para que matase a Angus MacLennan y a su heredero. Él nunca habría admitido algo así, aunque lo hubiese hecho.

Alexander tuvo que hacer un descanso. Se fatigaba demasiado al hablar y le costaba respirar. Briana le pasó un paño húmedo por los labios para refrescárselos.

—No debes agotarte. Descansa. Ya hablaremos cuando estés mejor —le recomendó ella.

Él negó con la cabeza. Sabía que su fin estaba cerca y quería llevarse al otro mundo la conciencia limpia, si era posible.

—Como nada de eso me convencía, concluí que alguien le había suministrado el veneno contra su voluntad y que la carta manuscrita tampoco la había escrito él. Me costó admitir que la única persona que podía haber realizado esas acciones era mi esposa. Revisé su cuarto y encontré una hoja de papel escrita por mi padre. Era un acuerdo de arrendamiento antiguo y no tenía sentido que estuviese allí, pero me hizo atar cabos y recordé que la noche anterior durante la cena mi padre se quejó de dolor en las rodillas. Catriona se ofreció a darle unas friegas con aceite de lavanda, que ella misma destilaba. Había aprendido a preparar remedios caseros durante los años que estuvo en casa del doctor MacKay. Juntando todos esos datos llegué a

la conclusión de que mi mujer había suministrado el veneno que acabó con él y había escrito la carta incriminatoria imitando su letra, pero no alcanzaba a comprender el motivo. Ella no sacaba ningún beneficio con las acciones de las que mi padre se hacía responsable, ni con la muerte de este, a no ser que le guardara un secreto aborrecimiento que nunca demostró. —Un repentino acceso de tos interrumpió sus palabras. Cuando se tranquilizó, continuó hablando—: No quise ver lo malvada que era y hasta dónde la llevaba su ambición. Lo descubrí demasiado tarde, cuando advertí las llamas frente a tu habitación, Briana, y ella me impidió que acudiera a liberarte.

Suspiró y algunas lágrimas circularon por sus mejillas. No solo le mortificaba la maldad de su esposa, también el no haberlo descubierto a tiempo para evitar todas esas muertes innecesarias.

—Sé que no viviré mucho más, aunque eso no es lo que me aflige. Ya nada me queda por lo que vivir, si acaso el cariño de Nerys. Esa niña me ha hecho muy feliz durante los días que ha pasado en esta casa, y a Catriona. La quería, y creo que su intención era quedarse con ella y la herencia de ambas familias, pero antes tenía que eliminar a todo el que estorbase sus planes. Se han cumplido en parte sus deseos. —Intentó sonreír y solo consiguió que en el rostro quemado se formase una grotesca mueca—. Nerys sabrá darle un buen uso a su herencia. Tú la orientarás sabiamente, Briana, estoy convencido. Seréis unas dignas señoras de Lochill. Solo os pido que me perdonéis —acabó con apenas un susurro. El agotamiento le pudo y Alexander se quedó dormido.

Kenneth y Briana salieron de la habitación. Ella se encaminó hacia la biblioteca, donde Gregory y MacKay esperaban. Él la detuvo.

—Tenemos que hablar —dijo. Necesitaba unos minutos con ella a solas para desterrar, con la tibieza de su cuerpo, los restos de la angustia que había experimentado y que persistían en él. El pensar que podía haberla perdido en aquel incendio provocado por la locura de Catriona le causaba escalofríos. Y lo que tenía que decirle no tenía espera.

Ella asintió. Lo cogió de la mano y lo llevó hacia una zona alejada del olor a destrucción.

—Es el refugio de Alexander. Le gusta pintar y no lo hace nada mal —aclaró Briana al entrar en un pequeño cuarto con grandes ventanales que daban al jardín lateral, y en el que abundaban los cuadros y los objetos de pintura.

Kenneth cerró la puerta y se apoyó en ella. Atrajo a Briana a sus brazos y la besó con desesperación, sintiendo que volvía a la vida. Ella, que se había mantenido firme, notó resbalar las lágrimas por sus

mejillas, liberándose entre los brazos del hombre que amaba del terror que había padecido. Kenneth advirtió su silencioso llanto y la acunó hasta que ella se repuso.

—He pasado tanto miedo al pensar que… —dijo él, y la abrazó más fuerte.

—Ssss… Ya ha pasado todo, *mo ghaol*[11]. Ya no nos puede hacer daño.

Briana tembló al recordar los momentos de terror vividos, cuando vio el humo colándose por la puerta y advirtió que estaba cerrada. Se sintió atrapada y sus pensamientos se repartieron por igual entre su hija y Kenneth. La desesperación que la invadió al comprender que Nerys podía estar en peligro le dio fuerzas para luchar contra el infortunio. Abrió la ventana y allí vio su salvación. Sin demorarse, confeccionó una cuerda con trozos anudados de las sábanas, la ató a la pata de la robusta cama, y se descolgó. Cuando comprobó que su hija estaba a salvo, volvió a respirar tranquila, hasta que le dijeron que Kenneth estaba dentro, buscándola, y el pánico la invadió.

—¿Me perdonas mi estupidez al no contarte lo referente al testamento de mi abuelo? —le preguntó Kenneth. En su mirada se reflejaba el arrepentimiento.

Briana no necesitó pensarlo. Sabía que él la amaba más que a su propia vida. Lo había comprobado al ver que estaba dispuesto a traspasar las llamas para rescatarla de la muerte o perecer en el intento. Y prefirió demostrárselo con su cuerpo en vez de decírselo con palabras.

Alexander murió a causa de la infección de las heridas una semana más tarde. También influyó, opinaba el doctor, la tristeza que se apoderó de su alma y que le arrebató las ganas de vivir. Por expreso deseo, lo enterraron en la misma fosa en la que yacía su esposa, la mujer a la que había amado y la que le destruyó.

En el testamento que Finlayson redactó, y que él firmó ante testigos antes de morir, dejaba a su sobrina heredera de todos sus bienes, lo que, sumado a lo que la niña recibía por la parte de su padre al morir su abuelo, la convertían en la dueña de Lochill y de las tierras de los Murray.

Briana se encontró con la ingente tarea de administrar una posesión muy extensa, pero como era una luchadora y contaba con la ayuda de Kenneth, se convenció de que saldrían adelante.

Se casaron tres semanas después de los trágicos sucesos en

una íntima ceremonia oficiada en los jardines de Dolmuck, arropados por todos los habitantes del castillo más el doctor MacKay, Ewen y Gregory, que decidió posponer su marcha para acompañar a su hermano en ese feliz día.

Ewen, olvidada ya la animadversión que había albergado hacia Kenneth, se mostró feliz de ver a su hermana unida al hombre al que siempre había amado, y les comentó sus planes de futuro: había decidido establecerse en América, donde le aseguraban que existían grandes oportunidades para ganar dinero. Si lo hacía para huir de las deudas que acabarían metiéndolo en prisión, no lo dijo; tanto Kenneth como Briana así lo pensaron.

No obstante, Kenneth había tomado una decisión. No creía justo que la herencia de su abuelo fuese a parar a sus manos. Los hermanos se la merecían tanto como él, por lo que había decidido donar a Briana y a Ewen un tercio de las tierras a cada uno.

La sorpresa de Ewen fue mayúscula cuando, tras la comida posterior a la ceremonia, lo llevó a la biblioteca y se lo comunicó.

—Agradezco tu generosidad, cuñado, pero mi decisión de abandonar el país es firme y no podría hacerme cargo de ellas. Ya he llegado a un acuerdo con el banco para que me adelante la renta de los cinco años que Angus me legó. Con ello pagaré mis deudas y me quedará para el pasaje. —Le resultaba difícil renunciar al dinero que le darían si las vendiera, pero no podía hacerlo. Sabía que Angus hubiese querido que su legado quedara en la familia.

Kenneth no esperaba que lo rechazara.

—Entonces te las compraré. Me vendrán bien esas tierras para cumplir con los proyectos que tengo pensado emprender.

—Si te empeñas… —Ewen sonrió. Esa opción la aceptaba con sumo gusto—. Y te haré un buen precio por ser de la familia.

Briana entró y le alegró ver a su marido y a su hermano en tan buena armonía.

—Os dejo, tengo un asunto pendiente con cierta dama a la que no puedo defraudar —dijo Ewen con un pícaro guiño. Le dio un beso en la mejilla a su hermana y salió.

Una vez solos, Kenneth la atrajo a sus brazos y le susurró al oído:

—Aún no te he dado mi regalo de bodas.

—Tú eres mi regalo, no necesito nada más —dijo ella sobre sus labios, frotándose con sensualidad contra él en un silencioso reclamo.

Kenneth gimió ante ese excitante contacto, pero resistió. Cogió el documento redactado días antes por Finlayson y se lo

entregó.

Cuando acabó de leerlo, Briana lo miró con los ojos desbordantes de agradecimiento. Otra prueba de amor por su parte.

—¿No crees que ya tengo demasiadas tierras que administrar? —se quejó con una sonrisa guasona.

—Yo te ayudaré. Me estoy convirtiendo en un experto hacendado —repuso.

Briana rio y él la atrajo hacia sus brazos, dispuesto a expresarle sin palabras cuánto la amaba.

11 «Mi amor», en gaélico escocés.

Epílogo

Wesley Manor, Farleigh, condado de Surrey. Junio de 1824

Los jardines que rodeaban la regia mansión estaban adornados con las mejores galas. Los marqueses no habían reparado en gastos, tenían mucho que celebrar y estaban felices por ello.

Bajo el elegante templete construido para la ocasión, George Catesby, desplazado desde Culham, oficiaba el bautizo de su nieta. La pequeña Constance, de tres meses de vida, dormía plácidamente en brazos de Adele, su madre, ajena a lo que se desarrollaba a su alrededor y bajo la gozosa mirada de Gregory, su padre. Más atrás Henry y Frances, los felices abuelos, sonreían emocionados; habían logrado reunir a toda la familia y ese era un motivo de júbilo para ellos.

Julian y Claire, junto a sus dos hijos, Alice y Charles, ocupaban sus asientos en un lugar destacado. A su lado se situaban Kenneth, Briana y Nerys, que habían viajado desde Dolmuck para asistir al feliz acontecimiento y para que la esposa e hija de Kenneth conocieran a sus parientes ingleses.

Cuando la ceremonia terminó, familia e invitados se dispersaron por el jardín, donde se habían dispuesto numerosas mesas con refrigerios y varias atracciones y juegos para los más jóvenes.

Francés presentó con orgullo a Briana a algunos de los invitados. Le complacía el buen criterio de Kenneth en la elección de esposa, pues la joven escocesa era sensata, generosa y resuelta, cualidades que ella valoraba más que la belleza, que también poseía.

Tras lucirse ante los invitados con su nueva nuera, ambas se dirigieron a una de las mesas donde Claire, Adele y Gregory vigilaban a Alice y Nerys, que jugaban con otros pequeños. Las dos niñas habían congeniado desde el principio y se habían hecho inseparables.

—Ahora debes comer por dos. Ese niño tiene que crecer sano y vigoroso dentro de ti —opinó la marquesa. Se sentía afortunada de que fuese a aumentar la familia e impaciente por la llegada de su nuevo nieto.

Briana, que se encontraba en su cuarto mes de embarazo, estaba radiante. El brillo especial de su mirada y la expresión de plenitud en el rostro acentuaban su natural belleza. Y aunque no estaba de acuerdo con esa creencia, no iba a desairar a la madrastra de su marido, que había demostrado tanto a ella como a su hija

afabilidad y sincero afecto. Sentía gran aprecio por la dama y estaba feliz de haber conocido a la maravillosa familia de Kenneth. Le conmovía el cariño que se profesaban y la unión que existía entre todos sus miembros.

—Gregory, querido, trae a Briana algunos alimentos —le pidió Frances a su hijo.

—Al momento, madre. No voy a permitir que mi futuro sobrino pase hambre —dijo con esa sonrisa tan atractiva, entre cínica y divertida, que le daba aire de adorable sinvergüenza, algo que él se cuidaba de cultivar—. ¿Puedo servir en algo más a mis hermosas damas? Ya sabéis que no hay nada que me haga más feliz —dijo, mirando a Adele con un significativo guiño. Y se marchó riendo al ver el sonrojo que había cubierto el rostro de su esposa, poco acostumbraba a esa familiaridad, aunque le encantaba.

Briana se sentó junto a Adele y miró con arrobo a Constance, que dormía satisfecha una vez que su madre la hubo amamantado.

—Es una niña preciosa. Los caballeros se disputarán una mirada de esos ambarinos ojos en el futuro —opinó.

—Ha heredado los rasgos de su padre, es cierto, aunque espero que se parezca a su madre en todo lo demás —apuntó Frances con inequívoco agrado. La esposa de su hijo pequeño era una mujer extraordinaria, al igual que Claire. Nunca imaginó que sus expectativas se cumplirían con creces. Sabía que a sus dos hijos, y ahora a Kenneth, les había sonreído la fortuna. Y a pesar de las grandes diferencias físicas y de carácter entre ellas, las tres habían congeniado, lo que era otro motivo de satisfacción. Podía estar tranquila porque los dejaba en buenas manos.

Gregory regresó al poco con un plato colmado de viandas y agarrando de la mano al pequeño Charles. El niño llevaba el rostro cubierto de restos de comida, así como la ropa.

—He encontrado a este bribonzuelo debajo de la mesa de los postres atiborrándose a pastel de crema —informó divertido. Los recuerdos de esas mismas hazañas cometidas en su niñez le asaltaron y provocaron una mirada soñadora.

Todas contuvieron una carcajada ante el gesto de enfado del niño, de poco más de dos años, que no parecía avergonzado por haber sido descubierto cometiendo una trastada.

—Vamos, tunante. Hay que asearte y cambiarte de ropa antes de que todos te tomen por un pilluelo de la calle —dijo Claire con fingida severidad. Lo cierto era que se sentía muy satisfecha de la vitalidad e ingenio de su hijo, tan parecido a Julian.

—Te acompaño, Claire. Tendré que pedirle a la señora Lynch

que prepare más pasteles. Parece que este diablillo ha acabado con todos. —La sonrisa gozosa de Frances desmentía sus reprobatorias palabras.

Ambas damas se dirigieron a la residencia con el pequeño Charles de la mano de su madre. El niño luchaba por liberarse. Le habían privado de la diversión y quería reunirse con su hermana y el resto de los niños, que jugaban en el césped.

—Gracias, Gregory, pero no tengo apetito —dijo Briana. Los canapés y los hojaldres que le había servido parecían muy apetecibles, aunque se sentía saciada. En los días que llevaba allí estaba comiendo en exceso, y la culpa la tenían los sabrosos platos que la cocinera preparaba. Acostumbrada a las contundentes comidas de Crissa, aquellas golosinas culinarias le habían fascinado por su exquisitez y ligereza. Ya le había pedido a Frances algunas recetas para cuando regresara a casa.

—Si sientes molestias, te puedo facilitar una tisana de melisa y hojas de frambuesa que te aliviará. Yo solía tomarla durante los primeros meses —le sugirió Adele.

—Apenas las tengo, pero no me vendrá mal —agradeció. Su cuñada poseía grandes conocimientos en botánica trasmitidos por su padre, reputado médico y boticario, y había aprendido mucho de ella en los días que llevaban juntas.

Gregory reclamó a su hija. Le resultaba muy difícil describir los sentimientos que le embargaban desde que la tuvo por primera vez en sus brazos. La extrema felicidad, a la que se unía una creciente sensación de temor por su bienestar, era tan extraña como maravillosa y lo abrumaba. Muy a su pesar tenía que darle la razón a su hermano Julian, que le previno de lo que le iba a ocurrir.

Sir William Eckersley, al que habían invitado, se acercó a Kenneth, que charlaba junto a su padre y a Julian en otro rincón del jardín.

—Permítame que lo felicite, MacLennan. Tengo entendido que le han concedido un título nobiliario.

—Gracias, señor. En realidad, el título de barón de Dolmuck ha sido restituido a la familia después de habérsele despojado de él tras los levantamientos jacobitas de 1745 —aclaró Kenneth. En su dedo lucía con orgullo el anillo de los barones de Dolmuck, que su abuelo le había legado y que en un principio se negó a aceptar.

Henry había mediado ante el Parlamento para que le restituyeran a su hijo el título que le pertenecía, consciente de que al aceptarlo renunciaría de forma definitiva al apellido Rawson. Pero sabía que Kenneth quería llevar el de su madre, y así se lo manifestó

para que no dudase en aceptarlo: «Eres mi hijo, sea cual sea el apellido que lleves, y eso no va a cambiar. Si es tu deseo honrar a tus antepasados, yo estoy feliz por ello». A Kenneth le conmovieron esas palabras.

—¿Piensa establecerse en aquellas tierras? ¿No hay posibilidad de convencerlo para que vuelva al servicio activo? —preguntó Eckersley con un matiz de esperanza en la voz. Le costaba renunciar al mejor agente que había tenido y en el que había pensado para sustituirlo cuando se retirase. Su última misión había sido un éxito. Gracias a sus informes se había desmantelado una red de intereses ocultos cuyo último fin era derrocar al actual Gobierno.

—Mi hermano le ha tomado el gusto a la vida sencilla, señor. Se ha convertido en un terrateniente —contestó Julian complacido. Se sentía más unido a él cada día. Le había invitado a visitar Heydon Hall y Kenneth, que tenía interés en aprender de la notable experiencia de su hermano en temas agrícolas, había aceptado.

—Sin dejar de atender las obligaciones que la concesión del título le suponen, entre ellas, acudir a algunas sesiones en el Parlamento para defender los intereses de su jurisdicción —le recordó el marqués. Se alegraba de que su hijo mayor hubiese ingresado en la nobleza, sobre todo porque tendría que viajar a Londres con cierta frecuencia.

—Descuida, padre, sabré llevar con dignidad mi nueva condición por muchas obligaciones que se me impongan —respondió Kenneth con humor. A él tampoco le importaría permanecer por algún tiempo en Londres, la ciudad en la que había vivido gran parte de su vida. Ya había dispuesto que prepararan su residencia en St. James Square para cuando viajara a la ciudad. Briana también le había indicado que no le importaría pasar algunos meses al año allí.

—Estoy convencido de que así será, hijo —dijo con satisfacción, y dirigiéndose a Eckersley—: Si me acompaña, quiero enseñarle el nuevo semental que he adquirido.

—Con gusto, marqués. —Y ambos se alejaron hacia los establos.

—¿Cómo se encuentra tu esposa? Espero que el largo trayecto no le haya afectado —preguntó Julian a su hermano cuando se quedaron solos.

Tenía la vista puesta en la mesa situada bajo el gran roble, en la que estaba sentada Briana junto a Gregory y Adele.

—En ningún modo. Le ha encantado realizarlo. Nunca había salido de aquellas tierras y todo le sorprende y maravilla; a Nerys también. —Kenneth se sentía feliz al comprobar lo que estaban

disfrutando con aquel viaje y lo felices que se veían con su nueva familia.

—Una dama muy valiente, según me comentó Gregory, y con grandes conocimientos sobre cultivos y administración de propiedades agrícolas. Debes sentirte muy complacido.

Kenneth tembló al recordar lo cerca que había estado de perderla.

—No menos que tú de Claire por la misma razón. No me explico cómo he tenido la gran suerte de atraparla —reconoció con humildad.

—Creo que los tres hemos sido bendecidos con nuestras mujeres, aunque no nos lo merezcamos.

—En eso te doy la razón.

Ambos hermanos soltaron una carcajada.

—¿Me estoy perdiendo alguna diversión?

Kenneth y Julian se giraron al escuchar la voz de Gregory, que se había acercado con su hija en brazos.

—Nada de importancia, chico. Filosofando sobre la condición humana —dijo Julian con una sonrisa guasona.

—A vuestra avanzada edad es lo único que os podéis permitir, claro.

—Si vienes buscando pelea, devuelve la niña a su madre y prepárate para recibir una buena tunda —amenazó Julian con gesto torcido—. Y deja ya de babear, por favor, que me avergüenza mirarte. No eres el primero que tiene un hijo, ni siquiera una hija, tan bonita como Constance.

—Cada día estás más gruñón, viejo, no me explico cómo Claire te soporta —replicó Gregory mordaz—. Te recuerdo que como padre de esta preciosidad tengo todo el derecho del mundo a babear. Además, no eres tú quien puede recriminármelo. Si no recuerdo mal, hasta se te escapaban algunas lagrimillas de felicidad cuando mirabas a Alice o a Charles; es más, aún se te escapan.

—Cierto. Y no me abochorna reconocerlo.

—Lo que tiene uno que oír —dijo Kenneth divertido.

—No te hagas el duro, escocés, que te he visto chochear con Nerys —le recordó Julian.

—Pues cuando Briana dé a luz va a ser bochornoso verlo con un pequeño MacLennan en brazos —se burló Gregory.

Kenneth suspiró.

—Seguid con vuestras puyas, muchachos. Estoy demasiado contento para que me afecten —respondió con una sonrisa de oreja a oreja, y se dirigió hacia la mesa que ocupaban Briana y Adele. Hacía

horas que no la tenía entre sus brazos y la necesidad lo abrumaba.

—Disculpa que te prive de la compañía de mi esposa. Tengo que consultarle un asunto urgente —alegó, y cogió a Briana de la mano.

—Los temas urgentes nunca deben demorarse —respondió Adele con una sonrisa que le aportaba un atractivo especial, y dirigió a su cuñada una divertida mirada que a Briana le hizo enrojecer.

—¿Qué tal si nos perdemos para disfrutar de unos minutos de tranquilidad, amor? Estoy empezando a agobiarme con tanta gente por aquí —propuso Kenneth con los ojos brillantes mientras la conducía con excesiva rapidez hacia una zona del jardín donde la densa arboleda les ofrecía adecuada intimidad.

—No creo que sea correcto. Tu familia puede molestarse. Y tengo que vigilar a Nerys —discrepó, aunque lo siguió con idéntica urgencia. Ella también necesitaba de su contacto.

—¿Dónde crees que van? —preguntó Julian mirando a Kenneth y Briana avanzar por el jardín.

—Al lugar que estás pensando —respondió Gregory con una sonrisita maliciosa—. Aprende rápido.

—Desde luego. Va a resultar el más inteligente de los tres.

—Eso me quedó claro en el momento que lo conocí.

—Pues creo que seguiré su ejemplo. Voy a rescatar a Claire de la tediosa conversación que está manteniendo con lady Wrigley y le proporcionaré algo de alivio; presiento que lo necesita. Y si tú fueras un Rawson, cosa que me cuestiono, harías lo mismo con Adele. Ya sabes que el lema de nuestra familia siempre ha sido servir y cuidar; y yo las veo muy necesitadas de cuidados, ¿no te parece? —opinó Julian, mientras le daba un golpecito en el hombro.

—Viejo, de vez en cuando se te ocurren ideas de lo más brillantes —admitió Gregory.

—La sabiduría que da la edad, chico, ya la adquirirás con los años… supongo.

Las carcajadas de los dos hermanos llegaron hasta los oídos de Kenneth, que sonrió al imaginar el motivo de su regodeo. Hasta que Briana selló su boca con un beso apasionado y él se olvidó de todo lo que no fuera el amor que los unía.

Agradecimientos

Este libro es muy especial para mí porque con él se cierra una serie de tres historias independientes con un hilo común, que comencé hace casi quince años. Durante ese tiempo me han acompañado unos personajes a los que les he tomado mucho cariño. Los Rawson han sido mi segunda familia, con la que me he divertido, he sufrido a veces y he disfrutado en todo momento. Me va a costar despedirme de ellos, pero la serie acaba aquí, con el hermano mayor.

Tengo que agradecer en primer lugar el apoyo de mi familia, que ha sufrido mis «ausencias literarias» con paciencia y comprensión, han permitido que Julian, Claire, Gregory, Adele, Kenneth, Briana, Henry, Frances y el resto de los personajes de esta serie intervinieran en nuestras conversaciones, se sentaran a la mesa con nosotros y hasta nos acompañaran en las vacaciones. También les agradezco la continua presión a la que me han sometido para conocer la historia de Kenneth. Esas exigencias me han animado, y casi obligado, a escribirla. Y aquí una mención especial a María José, Lidia y Víctor, mis lectores cero, por su ayuda incondicional y sus acertados consejos.

Tampoco habría sido posible sin la confianza que siempre me ha demostrado Teresa Rodríguez, editora de Ediciones Kiwi.

Y, cómo no, nada de esto habría sucedido si no hubiese contado con vuestra lealtad, queridos lectores. Vosotros, que, con los mensajes de aliento, las muestras de cariño y el interés por conocer nuevas aventuras de los Rawson, me habéis animado a escribirlas.

A todos, ¡mil veces gracias!